

APUNTES PARA UNA FE CLARA EN TIEMPOS DE CONFUSION



Pensamientos en libertad

Pablo Martín Sanguiao



“Pro manuscripto privato”

P. Pablo Martín Sanguiao

25 de Marzo 2019,

**Fiesta de la Anunciación a María y de la Encarnación del Verbo,
comienzo del Reino del Querer Divino en la tierra
y de su triunfo en el Corazón Inmaculado de María**

APUNTES PARA UNA FE CLARA EN TIEMPOS DE CONFUSION

en la escuela del Evangelio y de los Escritos de la Sierva de Dios
Luisa Piccarreta, “la pequeña Hija de la Divina Voluntad”

I - Pensamientos en libertad	II - La Fe más bella se llama confianza
<p>1 - ¿Qué puede significar esta portada? 2 - Es fundamental el fin que nuestra intención da a las cosas 3 - Libertad y libre albedrío 4 - ¿Es cierto que todos los hombres somos hermanos? 5 - Ecumenismo 6 - Autoridad y Magisterio 7 - Vicarios de Dios 8 - Jesús ha pedido “por” mí 9 - Revestirnos de Cristo: el Santo Rosario 10 - El Santo Rosario 11 - El Cuerpo físico de Cristo y su Cuerpo Místico: ¡unidos pero no confundidos! 12 - Las tres dimensiones de la vida de Cristo 13 - Cristo en mí y yo en El 14 - El verdadero Amor 15 - El perdón 16 - Jesús y María: “No separe el hombre lo que Dios ha unido” 17 - Misericordia y Justicia: No separar lo que en Dios está unido 18 - Dos actitudes, dos tipos de oración 19 - Nuestra relación con Dios 20 - Ahora se cumple el Juicio 21 - El Padrenuestro, clave de lectura de la vida 22 - Sacrificio, consagración, sacerdocio 23 - “¡FIAT!”</p>	<p>24 - “Aumenta nuestra Fe” (Lc 17,5) 25 - Lo que no es la Fe... 26 - Por el contrario, la Fe es verdadera Fe... 27 - La Fe, según Luisa Piccarreta y Nuestro Señor en sus escritos 28 - “La renuncia a la verdad es letal para la fe” (Benedicto XVI) 29 - ¿Cuántos caminos hay de salvación? 30 - Una sola Iglesia 31 - Verdadero y falso Ecumenismo 32 - Fuera de la Iglesia no hay salvación 33 - Jesús no es opcional 34 - Profecías de la Beata Anne Katherine Emmerich 35 - 30 ideas peligrosas de la extraña y extravagante iglesia 36 - El «CREDO» del Pueblo de Dios (Pablo VI) 37 - La Fe tiene necesidad del conocimiento 38 - Conceptos básicos: el tiempo y la eternidad 39 - El Acto eterno de Dios: la Stma. Trinidad y la Encarnación 40 - El Verbo se ha encarnado 41 - Entremos en el Proyecto eterno de Dios 42 - “Esto es una manzana” 43 - El orden de los decretos del Acto único y eterno del Querer Divino</p>
III - “El que ama la Verdad viene a la Luz”	IV - El verdadero Amor
<p>44 - “¿Quién eres tú y quién soy Yo?” 45 - Todas las cosas están veladas en la tierra 46 - Nuestra existencia es una cuestión de fe 47 - Sólo el Creador puede hablar de la vida humana 48 - Aclaremos conceptos fundamentales 49 - El mal y el remedio del mal 50 - Libertad humana e intervención de Dios 51 - El dolor y la enfermedad 52 - Un “nuevo humanismo” 53 - El hombre ¿dios de sí mismo? 54 - Hijos de la Luz, rayos del Sol 55 - Vida y muerte se han enfrentado en un prodigioso duelo 56 - La prueba y la tentación 57 - Profesión de Fe</p>	<p>58 - “Ha llegado la hora que sea glorificado el Hijo del hombre” 59 - Exigencia del Amor 60 - Consecuencia del Amor 61 - El verdadero Amor 62 - En comunión 63 - La amistad y el compartir 64 - “¿Qué cosa es la Verdad?” 65 - Ahora se cumple el Juicio 66 - Etica Cristiana 67 - Los libros y el Libro de la Vida 68 - ¿Sanación de qué cosa? 69 - “Estoy a la puerta y llamo” 70 - Un consejo divino 71 - Carta de Amor del Padre Divino</p>

APUNTES PARA UNA FE CLARA EN TIEMPOS DE CONFUSIÓN

En la Fe de la Santa Iglesia, sin pretender dar lecciones a nadie, ofrezco al buen sentido y a la buena voluntad de quien lee estas reflexiones, con el deseo de ayudar a los hermanos que el Señor me ha encomendado en este tiempo de oscuridad, de confusión y de extravío de la Fe para su formación básica en la Fe y como guía en su vida.

Me mueve el deseo de hacer ver la lógica y la belleza de la Fe.
Me mueve el celo por ver reconocida y glorificada la Palabra de Dios.
Me mueve el santo temor que también a mí pudiera reprocharme así:

“Vosotros no os habeis puesto en las brechas y no habeis levantado ningún baluarte en defensa de los Israelitas, para que pudieran resistir en el combate en el Día del Señor”
(Ezequiel 13,5).

“He buscado entre ellos un hombre que levantase un muro y se alzara en la brecha ante Mí, para defender el país para que Yo no lo devastase, pero no lo he hallado”
(Ezequiel 22,30).

En efecto, “los labios del sacerdote deben custodiar el conocimiento y de su boca se espera la instrucción, porque es mensajero del Señor de los ejércitos”
(Malaquías 2,7).

“...Te recomendé que invitaras algunos a que no enseñen doctrinas diferentes y a que no hagan caso de fábulas y de genealogías interminables, que más sirven para vanas discusiones que para el proyecto divino manifestado en la fe.

El fin de esta corrección es la caridad,
que brota de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe sincera.
Precisamente desviándose de ella, algunos se han dedicado a charlatanerías, pretendiendo ser doctores de la ley mientras no entienden ni lo que dicen, ni alguna de esas cosas que dan por seguras” (1ª Tim. 1,3-7).

“Llegará un día en que no se soportará más la sana doctrina, sino, por manía de oír cosas interesantes, los hombres se rodearán de maestros conforme a sus pasiones, rehusando escuchar la verdad para volverse a las patrañas” (2ª Tim. 4,3-4).

1 - ¿Qué puede significar esta portada?



Nos habla de una invitación de Dios: *“sin embargo no seguirá escondido tu Maestro; tus ojos lo verán, tus oídos oirán estas palabras detrás de tí: «Este es el camino, recórrelo», en caso de que vayas a la derecha o a la izquierda”* (Isaías, 30, 20-21).

Jesús es *“el Camino, la Verdad y la Vida”*, nadie va al Padre sino por medio de El (Jn 14,6).

El Camino indica *la Fe*, me invita a recorrerlo con perseverancia,

con confianza, con el deseo de llegar a la verdadera meta, el Padre, una meta que todavía no veo, objeto de mi *Esperanza*, que me espera más allá del horizonte.

Un camino claro, preciso, derecho, sin ambigüedades ni confusiones, porque así es la Verdad, firme, que no puede cambiar. Y la Verdad me lleva a la verdadera Vida, al Corazón de Dios, a la fuente del verdadero Amor o *Caridad*, indicado en la señal de la carretera desde el principio: el *“Fiat”* Divino.

Así se desarrolla la vida cristiana: a partir del *conocimiento*, siempre creciente (la Fe), se recorre con el *deseo* cierto (la Esperanza) y se realiza en el *amor* (la Caridad).

2 - Es fundamental el fin que nuestra intención da a las cosas

En todo lo que existe, Dios ha puesto una finalidad. Tantas finalidades secundarias, tal vez subordinadas unas a otras, pero todas en función de una sola, grande, sublime Finalidad: dar cumplimiento a su Reino, al decreto eterno de su Querer Divino, hacer que tantos hijos sean en todo semejantes al Hijo y una sola cosa con El.

Pero, a imagen de Dios, también nosotros ponemos una finalidad en cada cosa que hacemos. La cual ha de estar subordinada y en función de nuestra última finalidad, que debe coincidir cada vez más con la Finalidad de Dios, es decir, con el Querer de Dios. De lo contrario *“el que con El no recoje, desparrama”* y todo lo que hace se pierde, es inútil, es sólo pérdida. Dicho de otro modo: cada cosa que hacemos, o la hacemos por Dios o la hacemos por nuestro propio “yo”. La finalidad que damos a cada acción nuestra (aun inconscientemente) determina su dirección: hacia Dios o hacia nuestro “yo”. Imaginemos una fila de aviones en la pista de un aeropuerto: uno tras otro van despegando, y todos deberían remontarse hacia el cielo, pero tantos no se elevan y acaban por caer y estrellarse.

A menudo los razonamientos y los discursos humanos, aparentemente bien pensados y que muestran finalidades buenas pero secundarias, a menudo esconden una intención (una finalidad última) que se separa de la de Dios. Así son las sugerencias y las tentaciones del padre de la mentira, como cuando tentó al Señor en el desierto, o cuando se insinuó por boca de Simón Pedro.

3 - Libertad y libre albedrío

Es necesario aclarar un equívoco habitual, distinguir **la libertad y el libre albedrío**.

Hay que distinguir el común concepto de libertad y su verdadero concepto, o sea: qué es la libertad según Dios. Parecen cosas puramente teóricas, pero tienen serias consecuencias.

Se suele considerar que la libertad sea poder hacer todo lo que queramos: en este concepto aparece como protagonista el propio querer humano. Y ahí está ya el error.

Mientras que, lógicamente, el verdadero concepto de libertad se encuentra en Dios. Pero para tener una idea clara debemos preguntar:

¿Dios es libre de hacer lo que quiere? ¿Puede hacer lo que quiere? ¡Sí, no hay duda!

¿Dios es libre de hacer cualquier cosa? No. ¿Por qué? Porque Dios no puede escoger entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso, entre lo que es justo y lo que es injusto.

Por tanto, ya tenemos una primera respuesta negativa, en la que aparece la idea de poder escoger. **La libertad no es poder “escoger”**. Poder escoger es no estar todavía seguros, es ignorancia.

Si una mamá toma de la mano al niño para cruzar una avenida llena de tráfico, ¿le está quitando “la libertad” o se la está dando? A primera vista puede parecer que se la quita, pero es evidente que se la está comunicando, la está compartiendo con él; el pequeño sería esclavo de su incapacidad y de su ignorancia de los peligros. Por tanto, lo contrario de “libertad” no es precisamente “servitud” o “esclavitud” en sentido material, sino “ignorancia” de qué cosa sea la verdadera, buena o justa. Una vez que sé, que poseo la verdad respecto a una cosa, no escojo, sino que voy derecho, decido sin dudas ni titubeos. Así hace Dios.

«*Si permanecéis fieles a mi palabra, sereis de verdad discípulos míos; **conocereis la Verdad y la Verdad os hará libres***» (Jn 8,31-32), dijo Jesús. Pero aquellos Judíos entendieron mal el concepto de libertad –como tantos de nosotros ahora– en sentido material, diciendo: «Nosotros somos descendientes de Abrahám y nunca hemos sido esclavos de nadie –no era verdad–. ¿Cómo puedes Tú decir: sereis libres?» (v. 33)

De esta forma se considera que libertad sea “que cada uno haga lo que quiera”.

Pero Jesús respondió: «*En verdad, en verdad os digo: el que comete pecado es esclavo del pecado. Y el esclavo no se queda para siempre en la casa, sino el hijo se queda siempre; así que si el Hijo os hace libres, sereis libres de verdad*» (vv. 34-36).

Por eso, también para nosotros, libertad no es “poder hacer cualquier cosa”. Libertad es adherir a la Voluntad de Dios; esclavitud es separarse de Ella para hacer la propia voluntad: el pecado. Dice el Señor: «*Yo te he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge por tanto la vida, para que viva tú y tu descendencia, amando al Señor tu Dios, obedeciendo a su voz y estando unido a El*» (Deuteronomio 30,19-20). No ha dicho “puedes escoger cualquier cosa”.

La libertad coincide con la Verdad. Contra la libertad atenta la falsedad o en general la ignorancia de la verdad.

En este sentido, entender la “libertad religiosa” como el poder escoger lícitamente una religión u otra es UN ERROR. Que una sea como la otra. Es lo que el relativismo pretende.

¿Pero qué se debería entender, en todo caso, como “libertad religiosa”, precisando cuidadosamente el concepto? El poder practicar la verdadera Religión sin obstáculos ni constricción. Se debería entender como la adhesión a la Verdad, a la Voluntad de Dios, no a una doctrina o fe religiosa cualquiera, mediante **el libre albedrío**, puesto que por constricción no sería verdadera adhesión, sino falsa, lo cual sería contradictorio: adherir a la Verdad de un modo falso.

Debe ser el poder adherir a Aquel que es **la libertad** mediante el ejercicio del **libre albedrío**. Los pulmones son obligados a respirar, el corazón a palpar, y lo hacen porque no dependen de nosotros, sino del Querer de Dios; pero nuestra voluntad, si quiere, puede y debe adherir a la Voluntad de Dios, no por ser obligada, sino porque libremente lo quiere. Y aquí está nuestra responsabilidad, nuestro mérito o nuestra culpa. Somos libres de poder hacer muchas cosas, pero no de sus consecuencias.

El libre albedrío es característica esencial de nuestra voluntad humana, creada por Dios a imagen de la Suya. El obra no por constricción, sino porque quiere, no cualquier cosa o un capricho, sino lo que es un bien, por motivo de su Amor, guiado por su Sabiduría.

Y nosotros somos como El co-creadores de nuestra vida, artífices de nuestro propio destino.

El gran error es llamar “libertad” lo que es más bien nuestro “libre albedrío”. En esto está la confusión y los errores relativos a la “libertad religiosa”.

El error, el mal, la injusticia no pueden tener derechos; otra cosa es la conciencia de cada individuo, la cual, con todos sus límites y condicionamientos, siempre se ha de respetar como la respeta Dios, nunca violentarla, nunca juzgarla porque no nos toca a nosotros hacerlo. Tan sólo se debería impedir el ejercicio externo de las creencias o prácticas religiosas, cuando objetivamente resultan peligrosas para los demás, por motivo de escándalo, violencia, etc. Pero Dios normalmente no lo impide.

4 - ¿Es cierto que todos los hombres somos hermanos?

Todos hemos sido creados por motivo de Jesús. El Padre Divino eternamente nos ha “visto” en la Humanidad de su Hijo. Todos hemos sido llamados a ser sus hermanos. Pero el pecado original ha separado a todos del Hijo. Con la Redención nos da el poder incorporarnos de nuevo a Cristo como miembros de su Corpo. Pero de hecho se une a El quien cree en El y es bautizado: sólo así podemos ser hijos de Dios y por tanto hermanos en Cristo. El que no está unido a El **todavía** no es hermano suyo (y nuestro). El que está bautizado pero está separado de la Iglesia es hermano, sí, pero separado. ¡Y bien separado! Y eso es tan doloroso, pero es la verdad.

*“El estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por medio de El, y sin embargo el mundo no lo reconoció. Vino a los suyos, pero los suyos no lo han recibido. **Sin embargo, a quienes lo han recibido, les ha dado el poder ser hijos de Dios: a los que creen en su nombre, los cuales no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios han sido engendrados**” (Jn 1,10-13). “**¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos?**». Y extendiendo la mano hacia sus discípulos: **«He aquí mi madre y mis hermanos; porque el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, es para Mí hermano, hermana y madre»**” (Mt 12,48-50).*

*“Bendito sea Dios, Padre del Señor nuestro Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los cielos, en Cristo. **En El nos ha elegido antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados ante El en la caridad, predestinándonos a ser sus hijos adoptivos por obra de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad. Y eso para alabanza y gloria de su gracia, que nos ha dado en su Hijo amado en el cual tenemos la redención mediante su sangre, la remisión de los pecados conforme a la riqueza de su gracia.**” (Ef 1,3-7)*

*“Un solo cuerpo, un solo espíritu, como una sola es la esperanza a la cual habeis sido llamados, la de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. **Un solo Dios Padre de todos, que está por encima de todos, obra por medio de todos y está presente en todos.**” (Ef 4,4-6). Pero el hecho de que Dios sea Creador y Padre de todos no coincide con el que para El todos sean hijos, prueba es lo que Jesús dijo a los Judíos: “**Por qué no podeis escuchar mis palabras? Porque teneis por padre al diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. El es homicida desde el principio y no ha perseverado en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando dice lo falso, habla de lo suyo, porque es mentiroso y padre de la mentira.**” (Jn 8,44)*

“Cristo es también la cabeza del cuerpo, es decir, de la Iglesia; el principio, el primogénito de aquellos que resucitan de entre los muertos, para tener el primado sobre todas las cosas.” (Col 1,18). “Los que resucitan de entre los muertos” son sin duda los que resucitan espiritualmente, los que acogen con la fe y con el Bautismo la Redención de Cristo.

Y si antes de llevarla a cumplimiento en el Calvario Jesús dijo: *“Nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si haceis lo que Yo os*

mando. Ya no os llamo *siervos*, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; sino que os he llamado *amigos*, porque todo lo que he oído del Padre os lo he dado a conocer.” (Jn 15,13-15), una vez resucitado el Señor le dijo a María de Mágdala: «No me detengas, porque todavía no he subido al Padre; pero ve **a mis hermanos** y diles: subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios ». (Jn 20,17). El siervo no sabe lo que hace su amo, el amigo lo sabe, pero el hermano lo hace.

5 - Ecumenismo

No he leído la encíclica “*Ut unum sint*”, ni la “*Dominus Jesus*”. Son documentos del Magisterio, como tantos otros documentos, que leen seguramente “los encargados”. Nunca he tenido ocasión de trabajar en este campo y por eso tranquilamente se me ha escapado. Pero ahora hago unas reflexiones.

La UNIDAD es característica esencial de las Tres Divinas Personas, como lo es de la Verdad, como lo es de la Iglesia.

“*Creo en la Iglesia, UNA, Santa, Católica y Apostólica*”. UNA y por eso UNICA. En el lenguaje común se habla de “iglesias”: pero si no forman parte de la única Iglesia fundada por Jesucristo, si no forman parte de la “Esposa del Cordero”, el Señor no las reconoce.

Sin embargo hay que notar que a menudo tantos “hermanos separados” conservan tesoros de Fe y de vida en común con la Iglesia, mientras que de hecho tantos otros “hermanos no separados” no conservan esos tesoros. Y entonces se podría decir, como decía un loco en el manicomio: “no son todos los que estan, ni estan todos los que son”. Por eso el tema del ECUMENISMO se refiere no sólo a las relaciones entre los cristianos católicos y los no católicos, sino que tiene que ver con todo tipo de relaciones humanas, en primer lugar dentro de la Iglesia Católica, donde hay santidad y pecado, muerte y vida, querer humano y Querer Divino. Y así, en cada diócesis, en cada parroquia, en cada grupo, asociación, familia, nación.

Es una tensión entre la fuerza *centrípeta* y la fuerza *centrífuga*, el contraste que sentimos en nosotros mismos entre el deseo del bien y la inclinación al mal, esa lucha íntima que describe San Pablo en la carta a los Romanos (7, 7-25), el trigo y la cizaña mezclados en el mismo campo, que somos nosotros mismos. La noche de Pascua la Iglesia proclama: “*Muerte y Vida se han enfrentado en un prodigioso duelo*”. Es la lucha de “reino contra Reino”. Por tanto el ECUMENISMO va mucho más allá de un acuerdo o de una colaboración, tiene que ver con esta tensión. El ECUMENISMO exige por tanto, en primer lugar, una decisión de convertirse cada uno.

Los Pastores de la Iglesia de nuestro tiempo nos dicen que es más conveniente e importante mirar, junto con los “hermanos separados”, lo que nos une más bien que lo que nos divide, o sea, los aspectos positivos en vez de detenernos en los negativos, y haciendo así ver donde es posible colaborar, trabajar juntos, etc. Sin embargo es necesario saber cuales son las cosas en que no coincidimos, para no engañarnos y no perder el tiempo en ilusiones.

Y aqui llegamos al famoso “DIALOGO”. ¿Qué decir del “diálogo”? Que para poder dialogar hace falta por lo menos hablar la misma lengua, de lo contrario no nos entendemos. Dos “monólogos” revueltos no son un diálogo.

Por lo tanto es evidente la necesidad de que todos tengamos clara la misma escala de valores: ¿cuál es la verdadera escala de valores? Para algunos, el máximo valor es el bienestar, el divertirse. Otros sin embargo dicen: pero para eso hace falta el dinero. Otros añaden: ¿y para qué, si falta la salud? Para otros es la concordia, la amistad, “el amor”, la paz, “la unidad” precisamente... Pero todas estas cosas presuponen otra cosa: **la Verdad**, sin la cual todo cae. Y sucede que “la Verdad” no es algo, sino Alguien: Jesucristo. Y si le preguntamos: “Señor, y para Tí, ¿cuál es el valor supremo?”, nos responde: “la Voluntad del Padre”. Hemos llegado a lo máximo. “**Solamente en la Divina Voluntad es posible la unidad**”.

Por eso, si los dialogantes en busca de la verdad para llegar a la unidad no tienen constantemente presente el hacer la Voluntad de Dios, hacer lo que Dios quiere, sólo su gloria, nunca lograrán nada.

Cualquier tipo de amistad y de amor (entre hermanos, entre amigos, entre padres e hijos, entre esposos...) es en proporción a cuantos verdaderos valores espirituales se comparten. Si comparto con un hermano o con un amigo apenas un 10% de aquello en lo que creo y que me interesa, la amistad es de apenas un diez por ciento; basta poco para que se evapore... Ya que la amistad, el amor, la unión son consecuencia de ese compartir la verdad que dejamos entrar en nuestra vida. Y el Señor dice: *“No temais; lo que teneis que hacer es esto: hablad con sinceridad cada uno con su prójimo; veraces y serenos sean los juicios que tengais a las puertas de vuestras ciudades”* (Zacarías 8,15-16).

Yo no tengo experiencia de diálogo ecuménico, por así decir, pero pienso que, si se quiere hacer en serio, convendría partir de la verdad que está en la base de todo: de la pregunta que nos hará el Señor en el momento de nuestra muerte, como nos la hace implícitamente en cada ocasión: *“dime, ¿quién eres tú y Quién soy Yo?”* *“¿Qué quieres tú de Mí y qué quiero Yo de tí?”* *“¿Cuál es mi Amor por tí, y dónde está tu amor por Mí?”* *“Deja estar las discusiones, déjate de historias, olvidate de los problemas históricos o doctrinales y dime: tú, personalmente, ¿quieres o no quieres responder a tu Dios y Señor?”* *“Pero vosotros, ¿quién decís que soy Yo?”* (Mateo 16,15).

Porque la verdadera división de la humanidad, lo que está en la base de cualquier otra posible división, no es entre blancos y negros, ricos y pobres, altos y bajos, cristianos y no cristianos, católicos y protestantes, etc., sino **entre los que aman la Verdad y los que no la aman** (y tal vez dicen que la aman pero buscan acomodarsela a su gusto y doblegarla a algún otro interés privado). Pero cuando se dice amar la Verdad, se entiende que es amarla en serio, con todas las consecuencias, dispuestos a reconocerla donde quiera que esté y dispuestos a pagar personalmente y a dar todo lo que tenemos para alcanzarla.

6 - Autoridad y Magisterio

Toda autoridad que tienen los hombres, viene de Dios. La autoridad de los padres sobre los hijos, la del esposo *“cabeza de la esposa”* (1ª Cor 11,3) respecto a ella, la de los gobernantes sobre sus conciudadanos, la de los diferentes pastores en la Iglesia (párroco, Obispo, Papa).

La autoridad no viene de abajo, del pueblo. El pueblo –el cuerpo social– puede delegar a alguien que lo represente, pero la autoridad que representa la de Dios viene de Dios. *“Tú no tendrías ningún poder [o autoridad] sobre mí, si no se te hubiera dado de lo alto”*, dijo Jesús a Pilato (Jn 19,11). *“Todo buen regalo y todo don perfecto viene de lo alto y desciende del Padre de la luz”* (Santiago 1,17).

¿Pero cuál es su objetivo, cuál es la finalidad de la autoridad delegada por Dios? La de ayudar a los subordinados a que cumplan la Voluntad de Dios. Por eso nunca podrá contradecir la Verdad: *“No tenemos ningún poder [o autoridad] contra la verdad, sino en favor de la verdad”* (2ª Cor 13,8).

Por tanto no debemos confundir estas dos cosas, “autoridad” y “magisterio”, las cuales sin embargo deben caminar unidas. Pero servirse de la autoridad (servirse de la Voluntad de Dios) para querer imponer la voluntad del hombre cuando se separa de la Voluntad de Dios o cuando contradice la Verdad (que viene de Dios) es diabólico. Por eso “Pedro y Juan replicaron: *«Si sea justo ante Dios obedeceros a vosotros más que a El, juzgado vosotros mismos; nosotros no podemos callar lo que hemos visto y escuchado»*” (Hechos, 4,19-20).

Por tanto, quien tiene una autoridad debe tener mucho cuidado para no sustituirse a Dios:

“Escuchad, oh reyes, y tratad de comprender; aprended, gobernantes de toda la tierra. Poned atención, vosotros los que dominais multitudes y estais orgullosos del gran número de

vuestros pueblos. Vuestra soberanía procede del Señor; vuestro poder del Altísimo, el cual examinará vuestras obras y escrutará vuestras intenciones; porque, aunque sois ministros de su reino, no habeis gobernado rectamente, ni habeis observado la ley ni os habeis comportado según la Voluntad de Dios. Con terror y rápidamente El se alzará contra vosotros porque un juicio severo se cumple contra los que estan en alto. El inferior merece piedad, pero los poderosos serán examinados con rigor. El Señor de todos no se retira ante nadie, no se impresiona por la grandeza, porque El ha creado al pequeño como al grande y cuida igualmente a todos. Pero sobre los poderosos se efectua una investigación rigurosa. Por tanto a vosotros, oh soberanos, se dirigen mis palabras, para que aprendais la Sabiduría y no vayais a caer. El que conserva con cuidado santamente las cosas santas será santificado y quien se ha instruido en ellas hallará una defensa. Desead, por tanto, mis palabras; buscadlas y recibireis instrucción.” (Sabiduría 2,1-11)

Un segunda tarea de la autoridad es proveer al bien de los que de ella dependen. Proveer es encargarse con cuidado, procurar los medios que hacen falta –para el cuerpo, y con mayor razón para el espíritu– para realizar la finalidad de la existencia que Dios nos da. Es decir, la asistencia y providencia de Dios pasan también a través de la autoridad que El concede para el bien común.

De aquí que Dios, habiendo creado al hombre a Su imagen, ha querido compartir con él en diferente medida Sus prerrogativas. No sólo hacerle partícipe de la condición propia del Hijo de Dios en cuanto hijos (“adoptivos”, dice San Pablo), sino también de la del Padre, en el dar la vida a otros (vocación a la paternidad y a la maternidad, ya sea física, ya sea con mayor razón espiritual), en el tener cuidado y providencia de otros, y en el guiar mediante la autoridad a otros para que alcancen el fin para el que Dios los ha creado y los ha encomendado a quien ha dado la autoridad.

Esta es una especie de comunión maravillosa de vida y de amor a la que Dios llama al hombre.

7 - Vicarios de Dios

Ser vicario no es ser sustituto, y menos aún sucesor. Quiere decir hacer las veces de quien tiene la autoridad, el cual se hace presente por medio de su vicario. El vicario no se pertenece, pertenece totalmente a aquel que lo ha designado llamandolo a cumplir esta misión. Sumo honor, ser de algún modo modo vicario de Dios.

Cristo ha querido como vicario suyo respecto a la Iglesia a Simón Pedro, designado por el Padre. Tanto Pedro como todos sus sucesores no tienen ya derecho a ser ellos mismos (por eso es que adoptan un nombre distinto del suyo propio), sino que han de ser **“Jesús por medio de ellos”** (“*el dulce Cristo en la tierra*”, como Santa Catalina de Siena llama al Papa). Por lo tanto Pedro representa (= hace presente) a Cristo ante la Iglesia, e igualmente representa a la Iglesia, la Esposa, ante Cristo. Por eso a Pedro (a la Iglesia) Jesús le pregunta “¿me amas?”, y a la respuesta afirmativa añade: “*apacienta a mis corderos, a mis ovejas*”. Son míos, no son tuyos. Tú no eres el dueño de mi Iglesia, sino que me representas. Ante ella, tú y Yo somos una sola cosa, el Buen Pastor. El plural mayestático que antes empleaban los Papas (“Nos”), no era por ser “mayestático”, majestuoso, sino porque son dos en uno. Así que, mi querido Pedro, tú eres el Vicario de Cristo, pero si de alguna forma quisieras sustituirlo (suplantarlo) en el cuidado y en la guía de su Rebaño, serías el vicario del anticristo... Lo cual, en medida menor, se aplica a cualquier tipo de autoridad.

Un segundo vicario ha querido Jesús: el apóstol Juan, su vicario respecto a su Madre. Y como Juan, lo mismo nosotros, representados por él. En cada uno de nosotros la Stma. Virgen ha de encontrar a su único Hijo, a su Jesús. Jesús por medio nuestro, Jesús en cada uno de nosotros quiere seguir honrando y amando a su Madre y en Ella honrando y amando la Paternidad del Padre.

Pero el Padre Divino ha querido tener su vicario “personal” respecto a Jesús y María, y es el querido San José. Y como ha hecho las veces del Padre ante sus dos Tesoros, así desde el Cielo continúa ocupandose del cuidado de la santa Iglesia, de la sagrada Familia mística de Cristo.

Además, todos nosotros somos llamados a ser, en diferentes modos, vicarios de Cristo ante nuestros hermanos: *“El que acoge a aquel que Yo envíe, me acoge a Mí; el que me acoge a Mí, acoge Aquel que me ha mandado”* (Jn 13,20) *“Aquel día sabreis que Yo soy en el Padre y vosotros en Mí y Yo en vosotros”* (Jn 14,20)

8 - Jesús ha pedido “por” mí

Lo ha hecho “por” mí, en favor mío. Pero lo ha hecho también “por” mí, o sea, en lugar mío, me ha representado y sustituido ante el Padre.

Estaba pidiendo por algunas personas en situaciones difíciles y de sufrimiento. De pronto he tenido un pensamiento, una sensación, como si el Señor me dijera: “Hijo mío, debes saber que esta oración tuya –esta exactamente, por esa persona– ya la hice Yo hace dos mil años, en una de aquellas noches (como dice el Evangelio) que he pasado en oración, en la soledad, hablándole de tí y de esta persona al Padre. Te he anticipado, es más, soy Yo el que ha preparado esta oración ‘por’ tí, para que tú hoy pudieras hacerla, para que tú pudieras compartir esta oración mía, que ahora es ‘nuestra’... Ves, de esta forma, esta oración tuya sirve en primer lugar a que hagas comunión conmigo. Y luego, si fuera sólo tuya, ¿qué valor tendría? Pero hecha por Mí es divina, tiene valor infinito y es absolutamente eficaz porque el Padre siempre me escucha (Jn 11,42). Es decir, que soy Yo quien ha orado ‘por’ tí, entonces, y ‘en’ tí, ahora.

9 - Revestirnos de Cristo: el Santo Rosario

Jesús, Te adoramos, verdadero Dios y verdadero Hombre, realmente presente en el Santísimo Sacramento, en todos los Sagrarios de la tierra... ¿Pero qué haces aquí, día y noche, desde hace veinte siglos, Prisionero de tu mismo Amor? ¿Pero qué Te mueve, oh Jesús, a soportar invicto nuestros olvidos, los abandonos, las faltas de respeto, de gratitud, de amor, las irreverencias y hasta los ultrajes y sacrilegios? ¡La fuerza de tu Amor! ¡Tu eterna decisión de hacer de nosotros tu morada viviente, tu Cielo, tu Reino! Y hoy nos indicas un medio humildísimo, sencillísimo, eficazísimo para revestirnos de Tí: **¡el Santo Rosario!**

Es “el Arma”, como el Padre Pío lo llamaba, el arma más útil en la guerra de espíritus que, ahora más que nunca, debemos combatir. Una guerra que no se combate a golpes de razonamientos, porque no es sólo lucha de inteligencias, sino con las armas del Espíritu: revistiéndonos de Cristo...

Esta Arma es “la armadura de Dios”, que Dios nos ofrece, es “la armadura del Rey” que es Jesús... Es su vida, momento por momento, un misterio tras otro, gota a gota, que nos ofrece para cubrir nuestra vida con la Suya y que sea nuestra cada día más...

Esta Arma es defensa y nos envuelve en la Paz, aunque a nuestro alrededor arrecien las pruebas, los disgustos y las agresiones. Esta Arma es sostén y fuerza, porque es entrenamiento a la constancia, al amor, y nos nutre de El: alimenta nuestra mente, la memoria, el corazón con los episodios más significativos de su vida, de su Pasión y Muerte y de su Resurrección y Gloria...

Esta Arma es el medio absolutamente necesario para la victoria, como la honda del pequeño David, con la que, armado de santo celo por la Gloria de Dios y de confianza en El, golpeó en la frente la soberbia de Goliat, el gigante enemigo, derribándolo.

Tener el rosario en la mano es dejarnos llevar de la mano por nuestra Madre, como niños que somos, para que Ella nos conduzca a las páginas y a los momentos más significativos del Evangelio... Es dejar que Ella nos cuente, poco a poco, su historia de dolor, de amor y de

victoria... Es repetir infinitamente el Amor de Jesús y de María, haciendolo nuestro y repitiendoselo a Ella, al ritmo de las avemarías...

Es copiar en nosotros su vida, en esa maravillosa “fotocopiadora”, con la que imprimimos cada Misterio del Rosario en la página diaria de nuestra vida... El Espíritu Santo es más que luz y electricidad, que repite diez veces –en diez avemarías– su “flash”, su destello de contemplación y de amor...

Esa es la finalidad y el secreto del Rosario: trasplantar en nosotros poco a poco su vida, dejar que la nuestra Madre, encargada de hacerlo, nos plasme y nos dé la forma de hijos de Dios, nos transforme en Jesús. Es ponernos en sus manos para que Ella nos revista de El, como lo revistió de nuestra humanidad. Es poner en sus manos nuestra voluntad como un pincel, para que Ella pinte en nosotros el Rostro de su Hijo, con los colores de sus mismas virtudes y de su Amor...

Por eso Ella lo pide siempre, por eso el Rosario obtiene todo ...

10 - El Santo Rosario

Para hablar del Rosario debemos partir de un concepto fundamental: que *“el que reza se salva, y el que no, no”*, o sea, de la necesidad de la oración o relación de amor y de vida con Dios. Como la respiración continua es fundamental para la vida física, así la oración es condición indispensable para la vida espiritual, porque el hombre no sólo es “homo sapiens”, sino creado por Dios a su Imágen y Semejanza, elevado al orden sobrenatural de relación eterna con Dios. De ahí que el Señor recomienda que oremos incesantemente. De ahí también que la oración sea como la respiración, un incesante recibir y dar, recibir y corresponder (*“me amas, Te amo”*), aparentemente repetitivo, pero a la vez siempre nuevo. El amor verdadero nunca se repite, siempre es nuevo, aun cuando diga siempre lo mismo. Así son las avemarías del Rosario.

La finalidad de la oración no es cumplir una tarea o un ejercicio mental, sino un entrar en intimidad con Dios, un “empaparse” de Dios, de su conocimiento, de su Amor transformante. Después de la oración debemos ser mejores, por lo menos en la intención.

La oración se dirige siempre a Dios: o sea, al Padre, a Jesucristo, al Espíritu Santo. Si es al Padre, es siempre *“por Cristo, con El y en El”*, mediante la acción del Espíritu Santo; y resulta que Jesucristo ha querido la participación y la unión inseparable de su Madre para todo.

Si es pensar en Jesús o mirarlo, hay que hacerlo con los ojos y con el Corazón de María, “para que le llegue y le interese”; si se trata de mirar a María o dirigirse a Ella, hay que hacerlo con los ojos y con el Corazón de Jesús para no traicionar a su Amor Divino de Hijo.

María “rezaba el Rosario”: ¿cómo? Es cierto que en Lourdes Santa Bernadette la veía hacerse la señal de la Cruz, decir el Padrenuestro y el Gloria; en las Avemarías Ella no decía nada pero pasaba las cuentas. Pero el modo de decir el Rosario lo hallamos en el evangelio de San Lucas: *“María –lo dice dos veces– meditaba en su Corazón todas las cosas de su Hijo”*. En eso consiste el Rosario.

Por eso considero que es como una fotocopiadora, mediante la cual podemos copiar cada día las escenas (los misterios) de la Vida de Jesús y de María en la página en blanco de cada día. De ahí que si hemos imprimido cualquier otra cosa que no corresponda, debemos borrarla; de lo contrario decir el Rosario resulta inútil, no llena ni produce fruto. En cada misterio las avemarías son como pasar diez veces la hoja por debajo de la imagen que queremos copiar y el “flash” de luz es la obra del Espíritu Santo. La fotocopiadora, podríamos decir también, es el Corazón Inmaculado de María.

Podemos considerar el Rosario como la mano materna que nos toma de la mano para conducirnos por las páginas fundamentales del Evangelio; por eso me gusta coger el Rosario al principio y levantarlo en alto, como el niño que le da la mano a su madre.

Padre Pío lo llamaba “el arma” en la lucha de espíritus que estamos viviendo. Un amigo colombiano lo llama “la ametralladora de cincuenta tiros”. Supongo que en mano de David habrá sido la honda con la que escalabró al gigante Goliat. La batalla de Lepanto, que detuvo el avance irresistible de los turcos en Europa, fue ganada mediante el Rosario: de ahí la invocación “Auxilio de los Cristianos” y la institución de su fiesta el 7 de Octubre, por el Papa San Pío V. El Sultán dijo: “Yo no temo a los cañones de los cristianos; lo que temo es a ese viejo en Roma con su rosario en la mano”. Y con el Rosario fue liberada Austria, mitad de la cual estaba ocupada por el ejército soviético todavía unos años después de haber terminado la guerra.

Sin duda es la cadena con la que, según el Apocalipsis, San Miguel ha de encadenar al dragón para encerrarlo en el infierno; está esperando a que entre todos la completemos. O como decía San Bartolo Longo, es “la dulce cadena que nos vincula con Dios”.

Es un continuo recordar la vida de Jesús y de María para responder con amor por todo lo que por nosotros han hecho, han sufrido, nos han preparado. Es un dar vueltas –incluso la misma forma del rosario lo dice– para imprimir junto con nuestra Madre nuestro debido acto de adoración, de alabanza, de bendición, de agradecimiento, de reparación y de amor, y para invocar en cada escena o misterio del Rosario el fruto de toda la vida de Jesús y de María, es decir, el cumplimiento de su Reino, el triunfo de su Corazón Inmaculado...

Como en tiempos de Josué, para conquistar Jericó, también nosotros debemos dar tantas veces en silencio siguiendo a la verdadera “Arca de la Alianza”, que es María, sirviendonos del Rosario...

Pero recordemos el texto bíblico: *“Jericó estaba férreamente cerrada ante los Israelitas; nadie salía y nadie entraba. Dijo el Señor a Josué: «Ves, Yo pongo en tus manos a Jericó y su rey. Todos vosotros, valientes guerreros, todos preparados para la guerra, dareis la vuelta en torno a la ciudad, recorriendo el circuito de la ciudad una vez. Así hareis durante seis días. Siete sacerdotes llevarán siete trompetas de cuerno de carnero delante del arca; el séptimo día dareis la vuelta alrededor de la ciudad siete veces y los sacerdotes tocarán las trompetas. Cuando se oiga el cuerno del carnero, apenas oigais el sonido de la trompeta, todo el pueblo lanzará un gran grito de guerra, entonces los muros de la ciudad se derrumbarán y el pueblo entrará, cada uno marchará adelante».* (Josué, 6,1-5)

¡Nunca olvidemos la finalidad del Rosario: plasmar en nosotros la misma vida interior de Jesús y María, es decir, el Reino de Dios, el Reino de la Divina Voluntad que todos invocamos!

Por eso da más bien pena ver como tantas personas buenas limitan el Rosario a una cantilena: dicen “el título” de cada misterio –ninguna consideración o contemplación– y enseguida añaden alguna intención por la cual se pide (por ejemplo: “...pidamos en este misterio por el abuelo de la sobrina de la tía de Clotilde”, o “...pidamos por los niños bicos de Biafra”)

Lo puede decir todo el mundo, desde el Papa hasta la viejecita que no sabe leer ni escribir. Se puede decir en todas partes y a todas horas, viajando, en casa, en una iglesia, hasta en el hospital, como un sacerdote amigo (ya está en el Cielo), que una vez, hospitalizado, llegó a un acuerdo con los otros tres enfermos (comunistas) que estaban en la misma habitación: o sea, que por la mañana leerían juntos el diario “*L’Unità*” (el periódico del partido comunista italiano) y por la tarde dirían juntos el Rosario... ¡Cosa de Don Camilo y Peppone! ¡Imaginen quien venció!

En conclusión, recomiendo decirlo empezando con una sola decena (un “misterio”), indicando el tema sobre el que se dice un pensamiento sencillo, una aplicación... y luego regular la velocidad (como en un coche, reducir la marcha y la velocidad para aumentar la potencia del motor y darse cuenta de lo que se está diciendo y a quién se dice, con quienes se está diciendo y para qué se dice...

Para quien se distrae fácilmente cuando lo reza él solo, puede ser un buen remedio decirlo en voz alta, manteniendo el “ritmo” de las frases, escuchando su propia voz para hacerse así un poco de compañía. Cuando se reza en grupo (en la iglesia o en casa) y son por ejemplo 15 personas, conviene que quien lo dirige haga notar que no deben ser “15 rosarios”, sino un solo rosario, y que por tanto cada uno se dé cuenta de todas las otras personas con quien está rezando, de quien está ahí presente y que él forma parte del grupo, precisamente. Por tanto no se debe oír “un montón de voces”, sino en la medida de lo posible una sola voz, un verdadero coro en el que uno no corre más, ni otro se retrasa y acaba después de los demás. Y recordemos que el Rosario multiplica su potencia y su “sabor” cuando se dice en familia: **“Familia que reza unida, permanece unida”**, como decía el Padre Peyton, en su “Cruzada del Rosario”.

Bueno, espero que esta conversación no acabe sino con un hermoso Rosario dicho entre todos, por ejemplo, pasándose una imagen de la Stma. Virgen de mano en mano, a la vez que cada persona dice un avemaría. Eso podría ser una de las innumerables formas de decirlo.

11 - El Cuerpo físico de Cristo y su Cuerpo Místico: ¡unidos pero no confundidos!

En su Encarnación, Ntro. Señor ha creado su propia naturaleza humana. El Espíritu Santo ha creado, de María, el Cuerpo del Hijo de Dios: su Cuerpo personal, físico, y su Cuerpo Místico.

Todos los seres humanos hemos sido concebidos en El, como Cuerpo suyo. Lo dice en los Escritos de la “Sierva de Dios” Luisa Piccarreta:

*“¿Pero sabes tú qué es lo que mi Eterno Amor quería hacerme devorar? ¡Ah, las almas! Y me contenté cuando las devoré **todas, quedando concebidas conmigo**. Era Dios: debía obrar como Dios, **debía hacerme cargo de todas; mi Amor no me habría dado paz, si hubiera excluído alguna...** Ah, hija mía, fíjate bien en el seno de mi Mamá; fija bien los ojos en mi Humanidad concebida y verás tu alma concebida conmigo y las llamas de mi Amor que te devoraron. ¡Oh, cuánto te he amado y te amo!” (...)* “Cada alma concebida me llevó el peso de sus pecados, de sus debilidades y pasiones, y mi Amor me mandó que tomara el peso de cada una; y **no sólo concebí las almas, sino las penas de cada una, las satisfacciones que cada una de ellas debía darle a mi Padre Celestial. De manera que mi Pasión fue concebida junto conmigo.**” (Primer volumen, “Novena de Navidad”).

*“Apenas la Potencia Divina formó esta pequeñísima Humanidad, tan pequeña que podría compararse con el tamaño de una avellana, pero con sus miembros bien proporcionados y formados, el Verbo quedó concebido en ella. La inmensidad de mi Voluntad, **abrazando en sí todas las criaturas pasadas, presentes y futuras, concibió en ella todas las vidas de las criaturas y, a la vez que crecía la mía, así crecían ellas en Mí. De manera que, mientras aparentemente parecía estar Yo solo, visto con el microscopio de mi Voluntad se veían concebidas todas las criaturas. Conmigo sucedía como cuando se ven aguas cristalinas, que mientras parecen claras, viéndolas con el microscopio, ¿cuántos microbios no se ven?**” (Vol. 15º, 16-12-1922).*

Es cierto que hemos nacido veinte siglos después; pero nuestro espíritu, ¿quién puede decir en serio en qué momento ha sido creado? Y no se trata de una “pre-existencia” de las almas, que es un error condenado por la Iglesia, sino que todas las almas –empezando por la de la Stma. Virgen, y el alma de Adán y de todas las generaciones– hemos sido creados en el Acto Divino que está por encima del tiempo, que abarca todos los tiempos: el Acto de la Encarnación del Verbo.

“En Cristo (el Padre) nos ha elegido antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados ante El en el amor, predestinandonos a ser sus hijos adoptivos por obra de Jesucristo, conforme al beneplácito de su Voluntad. Y eso para alabanza y gloria de su

gracia, que nos ha dado en su Hijo amado; en El tenemos la redención mediante su Sangre, la remisión de los pecados según la riqueza de su gracia. El la ha derramado abundantemente en nosotros con toda sabiduría y conocimiento, porque nos ha hecho conocer el misterio de su Voluntad, según lo que su benevolencia había establecido en El para realizarlo en la plenitud de los tiempos: el proyecto de recapitular en Cristo todas las cosas, las del cielo como las de la tierra.” (Ef 1,4-10).

La intención del Señor dando la vida por nosotros (la finalidad de la Redención) era la de salvar **a todos**: “...Este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la nueva y eterna Alianza, que será derramada por vosotros y **por todos los hombres...**”, ya que “Dios quiere que **todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad**” (1ª Tim 2,3). Pero de hecho es eficaz sólo para los que se salvan: “Esta es mi Sangre, la Sangre de la Alianza derramada **por muchos**” (Mt 26,28 y Mc 14,24).

Tengamos en cuenta que las palabras de la Consagración en la Misa son en parte del evangelio de S. Lucas y de la 1ª Corintios de San Pablo (“*por vosotros*”), y en parte de los evangelios de S. Mateo y de S. Marco (“*por muchos*”). “*Por muchos*”, “*pro multis*”, ha sido traducido “*por todos*”, aunque no es lo mismo.

Su inmenso dolor, equivalente a su Amor, es debido a que no todos se incorporan a El mediante la Redención.

Todo lo que hace y sufre su Cuerpo Místico tiene repercusión en su Cuerpo físico, y viceversa, la suerte dolorosa y gloriosa de su Cuerpo físico la comparte con su Cuerpo Místico. Todo lo que hacemos o lo que nos pasa, el Señor lo siente de un modo vivísimo, como hecho por El o que le sucede a El. Inseparablemente unidos, ¡pero no hay que confundirlos!

Y así como El es Sacerdote y Víctima, así su Cuerpo Místico toma parte a ambos oficios. Jesucristo comparte con cada bautizado su triple prerrogativa de Sacerdote, Maestro y Rey. Por eso su Amor no se contenta con que estemos unidos a El viviendo en gracia, sino que anhela a consumarnos en la unidad con El, con un solo corazón (¡el Suyo!) y una sola vida: “*Viviendo conforme a la verdad en la caridad, tratemos de crecer en todo hacia El, que es la cabeza, Cristo, del cual todo el cuerpo, bien ordenado y unido, mediante la colaboración de cada juntura, según la energía propia de cada miembro, recibe fuerza para crecer edificándose a sí mismo en la caridad*” (Ef 4,15-16).

12 - Las tres dimensiones de la vida de Cristo

Si hemos sido concebidos y creados por Dios por motivo de Cristo, el Verbo Divino Encarnado, El nos quiere inseparablemente unidos a su Hijo.

Por eso, a su vida terrena, consumada enteramente *por nosotros*, ha añadido su vida eucarística (la Eucaristía contiene toda su vida en la tierra), siempre *con nosotros*, con el fin de formar su vida “mística” (misteriosa), pero real, *en nosotros*. Hasta poder decir con San Pablo: “*He sido crucificado con Cristo y ya no soy yo el que vive, sino Cristo vive en mí. Esta vida en la carne, yo la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y se ha dado El mismo por mí*” (Gál 2,20). Por eso él exclama (pero ha tomado prestadas estas palabras de nuestra Madre Dolorosa): “*hijitos míos, que yo de nuevo doy a luz en el dolor hasta que no esté formado Cristo en vosotros!*” (Gál 4,19).

Estas tres dimensiones de la vida del Señor –histórica (o terrena), eucarística y mística– corresponden a los tres motivos de su Encarnación. Se hizo hombre no sólo “por nosotros los hombres y por nuestra salvación”, sino:

1º - Para presidir y justificar la Creación: “*El es imagen de Dios invisible, engendrado antes que toda criatura, ya que por medio de El han sido creadas todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, las visibles y las invisibles: Tronos, Dominaciones, Principados y*

Potestades. Todas las cosas han sido creadas por medio de El y en vista de El. El es antes que todas las cosas y todas subsisten en El” (Col 1,15-17). “...El decreto de recapitular en Cristo todas las cosas, las del Cielo como las de la tierra” (Ef 1,10).

2° - Para cumplir la Redención: “Jesucristo ha venido al mundo **para salvar a los pecadores**, y de ellos el primero soy yo” (1ª Tim 1,15). “El Hijo de Dios ha aparecido **para destruir las obras del demonio**” (1 Jn 3,8).

3° - Y para tener su Reino: “Entonces Pilato le dijo: ‘¿Así que Tú eres Rey?’. Respondió Jesús: ‘Tú lo dices, Yo soy Rey. Para eso he nacido y **para eso he venido al mundo** y debo dar testimonio de la verdad” (Jn 18,37). Lo había dicho el Angel a María: “El Señor Dios le dará el trono de David su padre y **reinará para siempre en la casa de Jacob** y su Reino no tendrá fin” (Lc 1,32-33). “Es necesario que El reine hasta que no haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies” (1ª Cor 15,25).

De ahí una deducción importantísima: que su Encarnación no dependía del hecho que el hombre hubiera pecado. Del pecado del hombre depende tan sólo *el modo como ha vivido* el Señor su vida terrena como Redentor, en la humillación, en la pobreza, en el dolor. Si el hombre no hubiese pecado, El se habría encarnado y habría nacido de la Virgen, pero ya directamente glorioso, ya desde el primer momento como Rey glorioso a presidir su Reino. El pecado del hombre ha dado ocasión al Señor de añadir la máxima demostración y efusión de su Amor mediante la Redención.

Al encarnarse, el Hijo de Dios ha tomado un cuerpo como el nuestro, porque antes, al crearnos, nos ha dado un cuerpo como el Suyo, a su imagen. Al encarnarse, se ha hecho hermano, no del Adán inocente y santo como Dios lo había creado, sino del Adán caído y mísero, de su estirpe, para salvarla, para reconducirla a la gloria original: “**Dios se ha hecho como nosotros, para hacernos como El**”. Ha dado por nosotros al Padre la respuesta de fidelidad y de amor que los hombres no eramos capaces de darle.

13 - Cristo en mí y yo en El

Nuestra vida cristiana empieza con “Cristo en mí” y acaba con “yo en Cristo”.

Nuestra vida escondida en El: esa es nuestra meta. Se trata de un proceso. Todos nosotros empezamos la vida cristiana con Jesús en nuestro corazón, pero debemos concluirla con “yo estoy en su Corazón, soy en Cristo”. ¿Pero qué significa “ser en Cristo”? Significa entrar en su historia, en su victoria, en sus conquistas. Como un líquido se adapta a las dimensiones y a la forma del recipiente que lo contiene, así para nosotros significa adaptarnos a los gustos de Jesús, a sus pensamientos, a sus maneras, como El se adapta a nosotros. Hacer nuestra su vida interior, su dolor, su amor, su relación con el Padre. Que Jesús pueda decirme lo que dijo al Padre: “*Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío, y Yo soy glorificado en Ti*” (cfr Jn 17,10).

En su Vida ha escrito mi verdadera vida, como tenía que ser. La potencia del Espíritu Santo me une a Cristo, a su Obra, y hace vivo en mí lo que Jesús ha hecho por mí. El Espíritu Santo lo realiza. San Pablo dice una cosa importantísima: “*Quien se une al Señor se hace un solo espíritu con El (...)* ¿No sabeis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros y que habeis recibido de Dios? Así que no os perteneceis, porque habeis sido comprados a caro precio. Glorificad por tanto a Dios en vuestro cuerpo” (1ª Cor 6,17-19).

“Templo del Espíritu Santo”. Nuestro cuerpo es templo, es “morada santísima de Dios”, como un velo que lo cubre, es para Cristo como “*una humanidad añadida, en la que El pueda renovar su Misterio*” (dice Santa Isabel de la Trinidad). Y por esa Divina Presencia del Espíritu Santo, que habita en nosotros, Jesús está realmente.

Jesús ha dicho: “*Yo pediré al Padre y El os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la Verdad que el mundo no puede recibir, porque no lo ve y no lo conoce. Vosotros lo conoceis, porque El vive con vosotros y estará en vosotros*” (Jn

14,17-18). ¡Esto es maravilloso! *“Cuando venga el Espíritu Santo conoceréis que Yo soy en el Padre y vosotros en Mí”* (Jn 14,20). No sólo es unión, sino unidad. Esta es la finalidad de Dios, su sueño de amor, su Reino: **“Yo en vosotros y vosotros en Mí”**. Cuando el Espíritu Santo obra en nosotros, se cumple. Por tanto nuestra mente, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestro espíritu llegan a ser la morada de Dios, por obra de su Espíritu. Cada célula le pertenece, cada respiro, cada latido, cada instante. La obra del Espíritu Santo consiste en consagrarnos, transformarnos, realizar en nosotros una especie de transustanciación. El prodigio de la Eucaristía es el modelo, el signo y el medio de lo que desea hacer de nosotros, y esto es su verdadero Reino.

Nosotros totalmente suyos. E igualmente, El totalmente nuestro: *“...Nos ha dado los bienes grandísimos y preciosos que había prometido, para que fuésemos por medio de ellos partícipes de la naturaleza divina”* (2ª Pedro, 1,4).

“Yo soy la Vid y vosotros los sarmientos” (Jn 15). Esta es una unión vital que no depende de nosotros establecerla, ya es una realidad divina: no podemos nosotros ser sarmientos, podemos tan sólo impedirlo, separarnos de la Vid. Y el Señor le dice a su “pequeña Hija”: *“Hija mía, cuando en el alma no hay nada que sea extraño para Mí o que no Me pertenezca, no puede haber separación entre el alma y Yo, más aún, te digo que si no hay ningún pensamiento, afecto, deseo, latido, que no sea mío, Yo tengo al alma conmigo en el Cielo, o bien permanezco con ella en la tierra. Sólo eso puede separarme del alma: si hay cosas cose que para Mí sean extrañas. Pero si no ves eso en tí, ¿por qué temes que Yo pueda separarme de tí?”* (Vol. 11º, 02-06-1912).

Sin los sarmientos la Vid se queda sola. Para hacerse ver, para hacerse escuchar, Jesús nos necesita. Para llegar a los demás, para producir fruto, Jesús nos necesita. Es una unión, mejor aún, ¡una unidad! *“Porque vosotros habeis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”* (Col. 3,3). Esta es la esencia del pacto. Es la increíble unión que el Señor quiere hacer con nosotros. Nuestra vida en El. Todo lo que se ve es Cristo. Resulta un solo cuerpo, no dos cuerpos. La matemática del nuevo Pacto es esta: ya no $1+1=2$, sino $1+1=1$. Uno más uno igual a Uno, no a dos.

Se nos repite que la vida cristiana tiene que ver con “permanecer en El”. En efecto, San Juan ha escrito: *“El que dice que permanece en El, se debe comportar como El se ha comportado”* (1ª Jn 2,6). Tiene que ver con la unidad, con el uno más uno igual a Uno: *“Ya no soy yo el que vive, sino es Cristo el que vive en mí. La vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y ha dado la vida por mí”* (Gál 2,20).

Y el Señor se lo dice a Luisa Piccarreta: *“Hija mía, piérdete en Mí. Pierde tu oración en la mía, de modo que la tuya y la mía sean una sola oración y no se sepa cual sea la tuya y cual la mía. Tus penas, tus obras, tu querer, tu amor, piérdelo enteramente en mis penas, en mis obras, etcétera, de modo que se mezclen las unas con las otras y formen una sola cosa, tanto que tú puedas decir: «lo que es de Jesús es mío», y Yo diga: «lo que es tuyo es mío».*

Supón un vaso de agua, que la derramas en un recipiente de agua grande: ¿sabrías tú distinguir después el agua del vaso de la del recipiente? Desde luego que no. Por eso, con ganancia tuya grandísima y con sumo contento mío, repíteme a menudo en lo que haces: «Jesús, lo derramo en Tí, para poder hacer, no mi voluntad, sino la Tuya», y Yo enseguida derramaré mi obrar en tí” (Vol. 12º, 31-01-1918).

Esta es la unidad de la que hablaba San Pablo. Se trata de una unidad, que es la unión de dos voluntades en un único querer, el Suyo: Tú en mí, yo en Tí, *“Lo que quieres Tú lo quiero yo; si Tú no lo quieres, tampoco yo”*. San Pablo dice: *“Hijos míos, que yo de nuevo doy a luz en el dolor, hasta que **Cristo esté formado en vosotros**”* (Gál 4,19).

Por tanto, cuando Jesús ocupa sólo una pequeña parte de nosotros, lo demás sigue siendo nuestro, pero cuando forma en nosotros su vida, como el niño que se forma en el seno de su

madre, así Cristo se forma en nosotros hasta su plena madurez, y sucede entonces que sus ojos son nuestros ojos, su boca es nuestra boca, sus manos nuestras manos, su Corazón nuestro Corazón... Como dice el Siervo de Dios Mons. Luis María Martínez (que fue Arzobispo primado de México): *“Algunos me dirán que no soy manso y humilde de corazón como Tú; ese es mi corazón viejo, ¿pero qué tal el nuevo?”*

Perdemos así realmente nuestra vida (ante todo la perdemos de vista) y en su lugar se realiza la Vida de Jesús, y entonces, si camino, es Jesús el que camina y quien me toca, toca al Verbo. Así El quiere estar realmente presente, oculto en nosotros y nosotros ocultos en El. Como le dice a Luisa: *“Hija mía, para que el alma pueda olvidarse de sí misma, debería hacer de forma que todo lo que hace y que le es necesario, lo haga como si Yo quisiera hacerlo en ella. Si reza, debería decir: «Jesús quiere rezar y yo rezo con El». Si debe trabajar: «es Jesús que quiere trabajar», «es Jesús que quiere caminar», «es Jesús que quiere comer, que quiere dormir, que quiere levantarse, que quiere divertirse», y así todo lo demás de la vida, excepto los errores. Sólo así el alma puede olvidarse de sí misma, porque no sólo lo hará todo porque lo quiero Yo, sino que, porque lo quiero hacer Yo, Me necesita”* (Vol. 11º, 14-08-1912).

En conclusión: Señor, te doy por tanto mi corrompida voluntad humana, para dar espacio a la Tuya Divina, que ardentemente quieres que reine en mi ser y en mi vida, para ser verdaderamente felices los dos, para vivir momento por momento Tú mi vida y yo la tuya: ¡Tú en mí y yo en Tí!

14 - El verdadero Amor

Hablar del Amor es... hablar de Dios, porque Dios es el Amor.

En el lenguaje corriente, cuando se dice “amor” se piensa a un sentimiento, a una inclinación vehemente, a una pasión..., ya que también hace padecer. El verdadero amor, sin duda, no es posible no sentirlo, pero antes de sentirlo nosotros hay que hacerlo sentir. Y eso es porque, antes de ser un sentimiento, es un querer traducido en hechos, en vida. Amor son hechos y sólo así se puede manifestar con palabras. Por eso ha dicho Jesús *“Si me amais, guardareis mis mandamientos... El que acoge mis mandamientos y los observa es el que me ama... Si uno me ama, observará mi palabra... Nadie tiene un amor más grande que el dar la vida por quienes ama”* (Jn 14,15.21.23; 15,13).

¿Pero qué es “el amor”? Es **“manifestación y comunicación”**. El Padre se manifiesta en el Hijo y Ambos se comunican en el Espíritu Santo. El Padre es el Amante, el Hijo es el Amado, el Espíritu Santo es el Amor. El Hijo es la manifestación del Padre (*“el que me ve a Mí ve al Padre”*), el Espíritu Santo es su recíproca comunicación, donación total. Por eso el amor exige reciprocidad; si no se ve correspondido se convierte en dolor. El amor no correspondido es dolor, el amor rechazado es odio.

“Nosotros amamos, porque antes El nos ha amado”, dice San Juan (1ª Jn 4,19). Por eso el primer mandamiento empieza diciendo “Escucha...”, porque antes de responder a Dios tenemos que escucharlo.

“Dios es Amor”, dice San Juan. De todo lo que se puede decir de Dios –que es infinito, eterno, omnipotente, omnisciente, justo, santo, misericordioso, etc.– decir que es Amor es sin duda el modo más “completo” de describirlo, presentándolo a los hombres. El misterio inagotable de su Amor es la razón de todo lo que Dios es, de lo que Dios tiene y de lo que Dios hace. Precisamente porque es Amor, Dios no sólo es *“Aquel que es”*, como se manifestó a Moisés, no sólo es *“el Señor”*, sino que es *“Padre”* y por eso es Tres Personas que se explican mutuamente por su Amor.

Siendo sólo Amor, Dios nada puede hacer que no sea sólo por Amor, es más, que no sea sólo Amor. Sus tres obras (la Creación, la Redención y la Santificación) son, por así decir,

infinitas “explosiones” de Amor de su Corazón, es decir, de su Voluntad. O mejor dicho, nosotros, criaturas, las vemos como otras tantas inmensas “explosiones” o “latidos” divinos de su Corazón, mientras que en realidad son una sola “explosión”, un Acto único, absoluto, eterno de Amor. Amor recíproco entre el Padre y el Hijo, Amor que el Espíritu Santo, “el divino Realizador”, expresa y realiza.

Hablamos del Corazón. Nosotros tenemos, evidentemente, un “corazón” moral o espiritual, representado por el corazón físico, y es el centro operativo de nuestra vida. Si somos así es porque así es también Aquel que nos ha creado a Su imagen. Tres Personas Divinas con un solo Corazón, con un solo infinito y eterno Palpitar de Amor: el Corazón es la Voluntad, el Palpitar de ese Corazón es el Querer Divino, la Vida que resulta es su Amor.

Así ha hecho al hombre: el hombre es un pequeño acto de Amor Divino (que ha salido del infinito Acto de Amor que es Dios en Sí mismo). El hombre ha salido de Dios y debe volver instante por instante a Dios. Y Dios le pide que se conserve, que siga siendo lo que es, en cada cosa: un acto de Amor Divino; y además le pide que llegue a ser lo que todavía no es: que entre en el infinito Acto de Amor que es Dios, para hacer Vida en común con El, como la hace el Hijo con el Padre, para tomar parte en ese recíproco infinito Amor.

Nuestra relación con Dios –y lo mismo nuestra relación con el prójimo– nunca es “entre dos”, sino siempre es “entre tres”. En mi relación con el prójimo, Dios interviene; en mi relación con Dios, está siempre el prójimo. Dios me pide una respuesta total de amor a El (“*con toda la mente, con todo el corazón, con todo mi ser*”), y luego –me dice– que debo amar al prójimo como a mí mismo... Y entonces digo: “Pero después de que me has pedido el 100% de mi capacidad de amar, no me queda más amor para el prójimo: ¿cómo puedo amarlo?” Y El me responde: “¡Muy bien, empezamos a razonar! Eso quiere decir que el amor total que me debes a Mí, que no me ves, me lo debes demostrar en tu prójimo, que ves. Y todo lo que le haces a él lo considero como hecho precisamente a Mí. Por tanto, ámalo, pero no por lo que en él ves de tuyo, sino porque es mío. Es más, cuando tú lo amas, llámame, que sea Yo el que lo ame en tí, pídemme mi Amor.

Y no sólo debes pedirme mi Amor para amarlo, sino pídemme verlo como lo veo Yo, apreciarlo como lo aprecio Yo, hacerle lo que le hago Yo, darle la vida que le doy Yo... ¡Gran honor para tí, que el Creador quiera amar a sus criaturas (¡a todas!) junto contigo, por medio de tí! ¿No ves, sobre todo en esto, que Dios quiere que seas a su semejanza? ¿Que quiere compartir contigo su mismo Amor?

Por eso no basta que tú veas al Señor en tu prójimo, sino que vivas de modo tal que tu prójimo vea en tí al Señor. ¡Ese es el verdadero Amor!

15 - El perdón

“*Pedid y recibireis*”, ha dicho el Señor. Para recibir el perdón hay que pedirlo. Sobre todo con el corazón, que es lo que mira el Señor. Y es necesario también darlo, para imitar a Dios y volver a su semejanza. Dios no puede dar su perdón si el hombre no lo pide, pero el hombre no puede pedirlo si a su vez no lo da al prójimo, es decir, si se niega a darlo. El perdón repara la relación herida o incluso rota entre el hombre y Dios y entre el hombre y su prójimo. El perdón sana las heridas del alma y aporta también salud al cuerpo. La misericordia pasa sobre el puente reconstruido de la justicia: “*antes debemos dar cumplimiento a la justicia*” (cfr Mt 3,15).

Pero pedir perdón y (tal vez, aún más) perdonar es consecuencia de reconocer la verdad y ponerla por encima de nuestro “yo”. Ya es un signo de amor a la verdad y a la justicia. Pedir perdón a Dios es señal de que se cree en su Amor, y se Le pide perdón sin tener ningún título para pedirlo, excepto su Bondad y su Amor. Por tanto, las únicas buenas razones para pedirlo y esperararlo son las santas llagas de Nuestro Señor.

El perdón lo pedimos cada vez que decimos el Padrenuestro. Más exactamente, le pedimos al Padre que cancele no sólo nuestros pecados, sino nuestras “deudas”, algo que va más allá: deudas de gratitud, de reconocimiento y adoración, de amor...

Sin embargo notemos que cada vez que lo decimos hablamos en plural, porque con nosotros lo está diciendo Jesús, el Hijo de Dios, y lo decimos no como “privados”, sino en cuanto Cuerpo místico de Cristo.

Así, mientras Jesús lo está diciendo con nosotros, en el momento de decir “*perdona nuestras deudas*” (la nueva versión en español dice: “nuestras ofensas”), El, verdadero Hombre, que se ha hecho nuestra Cabeza y “una sola cosa” con nosotros, es también el verdadero Dios y “una sola cosa” con el Padre y con el Espíritu Santo, y en ese momento ante nosotros vemos que las tres Divinas Personas dicen junto con nosotros “*así como NOSOTROS perdonamos a nuestros deudores*”... “Nosotros” con mayúscula: es la Stma. Trinidad la que habla, porque para Dios el modelo del perdón nunca podría ser nuestro modo de perdonar, sino el Suyo.

Pero entonces, ¿por qué lo decimos nosotros? ¡Porque el Señor “nos lo pone en la boca” para que aprendamos a perdonar como perdona Dios! ¡Para que perdonemos nosotros junto con Dios! “*Porque si vosotros perdonais a los hombres sus culpas, vuestro Padre celestial os perdonará también a vosotros; pero si vosotros no perdonais a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas*” (Mt 6,14-15)

Este es el papel del prójimo cuando nos ofende: sin que él lo sospeche, nos da ocasión de progresar en la imitación de Dios. O cuando hemos tenido la desgracia de ofender a alguien, hemos sido para él una ocasión de santificarse... Y sin embargo, es evidente que de esa forma nadie se haga “santificador” del prójimo, ¡Dios nos libre! (“...Ven acá, amigo, que te voy a santificar yo, a palos”).

Porque el perdón que se da, no siempre la otra persona lo recibe. “*En cualquier casa entreis, primero decid: la Paz a esta casa. Si habrá un hijo de la paz, vuestra paz descenderá en él, de lo contrario volverá a vosotros*” (Lc 10,5-6). Lo mismo nuestro perdón. Por eso el perdón hace siempre bien: por lo menos a quien lo da.

“*Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano, si peca contra mí? ¿Hasta siete veces? Y Jesús le respondió: No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete*” (Mt 18, 21-22). Nunca llegaremos a la septuagésima...

Pensemos por último, cuando le pedimos perdón al Señor (especialmente para recibir la absolución sacramental), cuál ha de ser nuestra finalidad al hacerlo, porque también es justo que la misma coincida lo más posible con la finalidad de Dios al perdonarnos.

Y que nuestra intención sea, no sólo el “sentirnos bien”, “en paz”, “libres de la culpa”, sino sobre todo la de “dar” a Dios la alegría de poder perdonarnos, la gloria de ver en nosotros reparada la Justicia y realizada su Misericordia (“*Hay más alegría en el Cielo por un pecador convertido que por 99 justos que no tienen necesidad de conversión*”, Lc 15,7)

16 - Jesús y María: “No separe el hombre lo que Dios ha unido”

“El otro día, mientras rezando invocábamos insistentemente la Stma. Virgen con el título de Madre de la Eucaristía, el demonio se puso a decir:

«El y Ella son inseparables. No sabéis hasta qué punto invocarla significa invocarlo a El; son una sola cosa; El se la ha llevado toda entera. En el Cuerpo y Sangre del Hijo está también el cuerpo y sangre de la Madre. No podía ser de otra manera, se ha formado en Ella. ¿Conoceis la biología? ¿Sabéis lo que es el ADN? Ellos son una sola cosa. El ha nacido de Ella y Ella ha nacido de El. Nunca han estado separados. Siempre han estado unidos. Antes de que Ella lo concibiera, El ya estaba en Ella; antes de que El naciera, Ella ya estaba en El. Ella ha sido la primera que se ha dado. El llevaba en sí la sangre y la carne de esa mujer maravillosa, demasiado maravillosa para ser soportable por nosotros y no podemos nada

contra Ella. Cuando celebráis eso que llamáis misa Ella está con El».” (De un exorcismo citado en el libro *“La Virgen María y el diablo en los exorcismos”*, del P. Francesco Bamonte).

Sí, es muy cierto; pero no dice la razón, el por qué de ese prodigio: es la Divina Voluntad, única e indivisible, de las Tres Divinas Personas, única e indivisible en la Madre y en el Hijo. El Prodigio parte de la Eternidad –como dice la Iglesia: **“en un único decreto eterno de predestinación”**–, pero Dios no lo ha impuesto a la Virgen, es Ella la que lo ha acogido desde el principio: *“el Espíritu es el que da la vida, la carne no sirve para nada”* (Jn 6,63).

La más amplia y profunda explicación nos la da el Señor, en los Escritos de la Pequeña Hija de la Divina Voluntad, la “Sierva de Dios” Luisa Piccarreta:

Mientras rezaba (...) me decía: “¿Cómo es posible que Jesús haya podido separarse de su Mamá querida y Ella de Jesús?”, y el bendito Jesús me ha dicho:

“Hija mía, desde luego que no podía haber separación entre mi dulce Mamá y Yo. La separación fue sólo aparente. Ella y Yo estábamos fundidos el uno en el otro, y era tal y tanta la fusión, que Yo me quedé con Ella y Ella vino conmigo; de manera que se puede decir que fue una especie de bilocación. Eso sucede también a las almas, cuando están de verdad unidas conmigo; y si cuando rezan hacen entrar en sus almas como vida la oración, sucede una especie de fusión o de bilocación: Yo, donde quiera que esté, las llevo conmigo y Yo me quedo con ellas.

Hija mía, tú no puedes comprender bien lo que mi Madre querida fue para Mí. Yo, al venir a la tierra, no podía estar sin Cielo, y mi Cielo fue mi Mamá. Entre Ella y Yo pasaba tal electricidad, que ni siquiera un pensamiento se le escapaba a mi Madre que no lo tomase de mi mente; y ese tomar de Mí la palabra, la voluntad, el deseo, la acción y el paso, es decir, todo, formaba en ese Cielo el sol, las estrellas, la luna y todos los goces posibles que puede darme la criatura y que ella misma puede gozar. ¡Oh, cómo me complacía en ese cielo! ¡Oh, cómo me sentía satisfecho y compensado por todo! Hasta los besos que me daba mi Mamá contenían el beso de toda la humanidad y me devolvían el beso de todas las criaturas. En todas parte me la sentía, a mi dulce Mamá. Me la sentía en el respiro y, si era jadeante, me lo aliviaba. Me la sentía en el Corazón y, si estaba amargado, me lo endulzaba. Me la sentía en mis pasos y, si eran cansados, me daba fuerza y descanso... ¿Y quién puede decirte como me la sentía en la Pasión? En cada latigazo, en cada espina, en cada llaga, en cada gota de mi Sangre, en todo me la sentía y me hacía de verdadera Madre... Ah, si las almas me correspondieran, si todo lo tomaran de Mí, ¡cuántos cielos y cuántas madres tendría en la tierra!” (Vol. 11º, 09-05-1913)

“Hija mía, mi Mamá y Yo eramos como dos gemelos nacidos en el mismo parto, porque no teníamos mas que una sola Voluntad que nos daba la vida. El «FIAT» Divino ponía en común nuestros actos, de modo que el Hijo se reflejaba en la Madre y Ella se reflejaba en el Hijo. Así que el reino de la Voluntad Divina estaba en pleno vigor, tenía su perfecto dominio en Nosotros...” (Vol. 23º, 09-02-1928)

“¿Por qué la Reina Celestial es verdadera Madre para mí? Porque poseía la Vida de mi «FIAT» Divino. Sólo eso le podía suministrar el germen de la fecundidad divina, para concebirme en su seno y hacerme su hijo. Por tanto, sin mi Divina Voluntad, Ella no habría podido absolutamente ser mi Madre, porque nadie más, ni en el Cielo ni en la tierra, posee ese germen de la fecundidad divina, que hace concebir nada menos que el Creador en la criatura. Ya ves como mi Querer Divino me formó la Madre y me hizo su Hijo.” (Vol. 24º, 02-09-1928)

“Hija mía, estoy comportandome contigo como me comporté con mi Mamá: durante mi vida vivimos siempre juntos, menos los tres días en que me perdió, que en todo lo demás donde estaba la Madre, se encontraba el Hijo y donde estaba el Hijo se hallaba la Madre;

eramos inseparables. Cuando luego llegó el cumplimiento de la Redención, teniendo que irme Yo a mi vida pública, nos separamos, si bien la Voluntad única que nos animaba nos tenía siempre identificados juntos, pero es cierto que nuestras personas se hallaban lejos, uno en un sitio y el otro en otro, y no sabiendo estar y no pudiendo estar demasiado tiempo separados – porque el verdadero amor siente la irresistible necesidad de descansar uno en el otro, de confiarse sus secretos, el resultado de sus empresas y sus dolores–, unas veces hacía Yo mis pequeñas escapadas para volver a verla, y otras la Reina y Madre salía de su nido para ver de nuevo a su Hijo que desde lejos la hería, y de nuevo nos separábamos para llevar a cabo la obra de la Redención...” (Vol. 24º, 20-06-1928)

(...) La Reina Soberana, llena de bondad y de ternura, me ha dicho: “Hija mía querida, has de saber que Yo soy la portadora de Jesús. Eso fue un don que el Ser Supremo me entregó, y cuando estuvo seguro de que Yo tenía gracia, amor, poder y la misma Voluntad Divina para tenerlo custodiado, defendido, amado, entonces me entregó el don, es decir, el Verbo Eterno, y se encarnó en mi seno, diciendome: «Hija nuestra, te entregamos el gran don de la Vida del Hijo Dios, para que seas su dueña y lo des a quien tú quieras; mas sabe tenerlo defendido, nunca lo dejes solo con cualquiera a quien se lo des, para suplir si no lo aman, para repararlo si lo ofenden. Haz que nada falte a la decencia, a la santidad, a la pureza que le es debida. Sé atenta, es el don más grande que te entregamos y te damos el poder de bilocarlo todas las veces que quieras, para que quien lo quiera pueda recibir este gran don y poseerlo.

Ahora bien, este Hijo es mío, es don mío, y como mío conozco sus secretos amorosos, sus ansias, sus suspiros, pero tanto, que llega a llorar y sollozando me dice: «Mamá mía, dame a las almas, quiero las almas». Yo quiero lo que El quiere; puedo decir que suspiro y lloro con El, porque quiero que todos posean a mi Hijo, pero debo poner a salvo su vida, el gran don que Dios me entregó. Por eso, si desciende Sacramentado en los corazones, Yo desciendo junto con El como garantía de mi don. No puedo dejarlo solo, pobre Hijo mío; si no tuviese a su Madre que desciende con El, ¡cómo me lo maltratarían! Por quien no le dice un «te amo» de corazón yo debo amarlo, por quien lo recibe distraído, sin pensar al gran don que recibe, yo me vuelco sobre El para que no sienta sus distracciones y frialdades, por quien llega a hacerle llorar, debo consolarlo y hacer dulces reproches a la criatura, para que no me lo haga llorar. ¡Cuántas escenas conmovedoras suceden en los corazones que lo reciben Sacramentado! Hay almas que nunca se cansan de amarlo, y yo les doy mi amor y también el suyo para que lo amen. Son escenas de Cielo y los mismos ángeles quedan extasiados y nos consolamos de las penas que nos han dado las demás criaturas.

¿Pero quien puede decirte todo? Soy la portadora de Jesús, y El no quiere ir sin mí, tanto que cuando el Sacerdote va a pronunciar las palabras de la Consagración sobre la Hostia Santa, hago alas con mis manos maternas, para que descienda através de mis manos para consagrarse, y así, si manos indignas lo tocan, Yo le haga sentir las mías que lo defienden y lo cubren con mi amor. Pero no basta; estoy siempre atenta para ver si quieren a mi Hijo, tanto que si algún pecador se arrepiente de sus graves pecados y la luz de la gracia amanece en su corazón, yo enseguida le llevo Jesús para confirmarle el perdón, y yo me ocupo de todo lo que hace falta para hacer que se quede en ese corazón convertido.

Soy la portadora de Jesús y lo soy porque poseo en mí el reino de su Voluntad Divina. Ella me revela quien lo quiere y yo corro, vuelo para llevarselo, sin dejarlo nunca. Y no sólo soy la portadora, sino espectadora, escuchando lo que hace y dice a las almas. ¿Crees tú que yo no estaba presente escuchando tantas lecciones que mi Hijo querido te daba sobre su Divina Voluntad? Yo estaba presente, escuchaba palabra por palabra lo que te decía, y en cada palabra yo dabas las gracias a mi Hijo y me sentía doblemente glorificada, porque hablaba del reino que Yo ya poseía, que era toda mi fortuna y la causa del gran don de mi Hijo. Y al verlo hablar, Yo veía injertada la fortuna de mis hijos en la mía; ¡oh, qué alegría! Todas las

lecciones que te ha dado, y más todavía, ya están escritas en mi Corazón, y al ver que te las repite, Yo gozo un Paraíso más por cada lección; y todas las veces que no estabas atenta y te olvidabas, Yo pedía perdón por tí y le pedía que repitiera sus lecciones, y El, para contentarme, porque no sabe negarle nada a su Madre, te repetía sus bellas lecciones.

Hija mía, Yo estoy siempre con Jesús, aunque a veces me escondo en El y parece que El hace todo como si lo hiciera sin mí, mientras que Yo estoy dentro, tomo parte a todo y estoy al corriente de lo que hace. Otras veces se esconde en su Madre y me hace que Yo haga, pero siempre El lo hace conmigo. Otras veces nos manifestamos los dos juntos y las almas ven a la Madre y al Hijo que las aman tanto, según las circunstancias y el bien de ellas que necesitan, y muchas veces el amor que no podemos contener nos hace llegar a excesos por ellas. Pero ten la seguridad de que si está mi Hijo, estoy Yo, y que si estoy Yo, está mi Hijo. Es la misión que me dió el Ser Supremo, de la cual Yo no puedo ni quiero retirarme. A mayor razón que estos son los gozos de mi Maternidad, el fruto de mis dolores, la gloria del reino que poseo, la Voluntad y el cumplimiento de la Trinidad Sacrosanta.” (Vol. 34°, 28-05-1937)

17 - Misericordia y Justicia: No separar lo que en Dios está unido

“...Así como quise conmigo a mi Madre como primer eslabón de la Misericordia, por el que debíamos abrir las puertas a todas las criaturas y por eso quise apoyar el brazo derecho, así te quise a tí como primer eslabón de Justicia, para impedir que se abatiera sobre todas las criaturas como se merecen; por eso quise apoyar el izquierdo, para que lo sostuvieras junto conmigo...” (Diario de Luisa, Vol. 13°, 19-11-1921)

El 23 de Abril de 1865 nació la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, “la pequeña Hija de la Divina Voluntad”. Ese día era el Domingo “in Albis”.

A partir del 22 de Febrero de 1931, varias veces el Señor dijo a Santa Faustina Kowalska que ese domingo debe ser celebrado por la Iglesia como la fiesta de la Divina Misericordia. Por tanto, precisamente el 5 de Mayo del 2000, el Santo Padre Juan Pablo II, signo y don de la Divina Misericordia, instituyó finalmente esta fiesta para toda la Iglesia, y falleció la noche del sábado 2 de Abril de 2005, cuando litúrgicamente ya había empezado el Domingo “in Albis”, fiesta de la Divina Misericordia.

“Antes de venir como justo Juez, vendré como Rey de Misericordia. Antes de que llegue el día de la Justicia será dado a los hombres este signo en el cielo. Toda luz se apagará en el cielo y habrá una gran tiniebla en toda la tierra. Entonces aparecerá en el cielo el signo de la Cruz y de los agujeros en que fueron clavadas las manos y los pies del Salvador saldrán grandes rayos de luz que durante un cierto tiempo iluminarán la tierra. Eso sucederá poco antes del último día” (Diario de Santa Faustina Kowalska, n. 83)

La Misericordia y la Justicia, estos dos Atributos divinos, son siempre y sólo Amor de Dios y representan respectivamente la Stma. Humanidad de Ntro. Señor y su Divinidad, por lo cual son inseparables, como lo son las dos Naturalezas del Verbo Encarnado. Forman como un binomio, como los dos lados de una misma medalla (la Divina Voluntad), y son los que regulan las relaciones entre Dios y el hombre: **la Divina Misericordia** para defensa del hombre, **la Divina Justicia** para defensa de Dios.

El Señor dijo en la última Cena: “Cuando venga el Consolador, reprenderá al mundo por motivo de pecado, de Justicia y de Juicio...” (Jn 16,8).

El pecado es el desorden que rompe la armonía entre la Voluntad Divina y la voluntad humana; es una injusticia y agresión, que choca con la Divina Justicia, y ese choque forma el Juicio. Pero el Juicio se evita sólo recurriendo arrepentidos a la Divina Misericordia.

Sin embargo es necesario “satisfacer toda justicia”, como dijo el Señor a San Juan Bautista, para permitir el paso a la misericordia. La Divina Misericordia pasa y llega a la criatura por el puente reparado de la Divina Justicia, puente destruido por el pecado.

- La REDENCIÓN es manifestación y glorificación de la Divina Misericordia.
- La SANTIFICACIÓN es manifestación y glorificación de la Divina Justicia, que “justifica” (que hace justo) al hombre con la Justicia o Santidad de Dios. Es la meta: *“Buscad el Reino de Dios y su Justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura”*.

El Señor Dios dijo a Moisés: *“Concederé mi gracia a quien Yo quiera conceder gracia y tendré misericordia de quien Yo quiera tener misericordia”* (Exodo 33,19).

Ser justo para Dios es necesidad, es un “deber” (no podría ser injusto), mientras que ser misericordioso es un “derecho” suyo, que Dios tiene celosamente.

18 - Dos actitudes, dos tipos de oración

Estos dos atributos, Misericordia y Justicia, que caracterizan respectivamente la obra de la REDENCIÓN y el REINO DE LA VOLUNTAD DIVINA, caracterizan así mismo las distintas actitudes espirituales del hombre en sus relaciones con Dios:

El siervo –y también el hijo menor de edad, que aún tiene mentalidad de siervo, que incluso es *“como un esclavo, aun siendo dueño de todo”* (Gál 4,1)– ha de llamar a la puerta de la Divina Misericordia para obtener; de ahí las exhortaciones de Ntro. Señor a que pidamos (*“Buscad y hallareis, pedid y recibireis, llamad y se os abrirá”*, *“Todo lo que pidais al Padre en mi nombre, os lo dará”*, etc.). Mentalidad que se evidencia en las “intenciones” por las que se piden, en las peticiones que se hacen, etc., puesto que el modo de orar dice cuál es la fe (*“lex orandi, lex credendi”*). Es el “hijo pródigo” que va de camino, regresando a la Casa del Padre.

Por el contrario, el hijo que vive ya en la Casa paterna, en la Voluntad del Padre, no siente necesidad de pedir nada porque sabe que todo es suyo. *“Una sola cosa le interesa, la Divina Voluntad y el Amor”*, dice Jesús a su pequeña Hija, Luisa Piccarreta. No tiene nada propio, sino todo en común con el Padre, por lo que busca sólo “el Reino de Dios –para todos– y su Justicia” o Santidad. Ya no se ocupa de sí mismo (vive en un perfecto abandono confiado), sino que se interesa de lo que le interesa a Dios, su Reino y su Gloria, y lo que puede hacer bien al prójimo y lo puede unir más a Dios.

Es decir, el que todavía está fuera de la Casa debe llamar, mientras que el que está dentro no necesita. Por eso, dice el Señor, en el paraíso terrenal, las relaciones entre Adán inocente y Dios, por parte del hombre eran adoración, alabanza, agradecimiento y amor, pero no existía la súplica o la petición. Eso nació después del pecado, después de la ruptura de la unión con Dios, cuando el hombre sintió la necesidad de todo, necesitado de Misericordia por parte de Dios.

Jesús ha pedido por los suyos (Jn 17), así como la Stma. Virgen ha rogado y *“ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”*. Intercesión. Y piden por nosotros a la Justicia Divina “el Reino de Dios y su Justicia”, ellos que “tenían el derecho de pedirlo”, o sea, de obtenerlo con justicia para nosotros porque les pertenece, por tanto el derecho de darlo porque es de su propiedad.

Así, quien vive en la Divina Voluntad siente claramente que no necesita nada, sino sólo la necesidad de amor de dar. No necesita pedir, sino que hace como la Stma. Virgen en las Bodas de Caná: hizo presente a su Hijo el problema de otros (lo compartió con El de la forma más sencilla), sin decirle lo qué debía de hacer, y a los siervos dijo que “hicieran como su Hijo les hubiera dicho”, condición indispensable para obtener de El –como Ntra. Madre dice a Luisa– “lo necesario y lo superfluo”.

¡Cuántas cosas quisiera darnos Dios, nuestro Padre Celestial! Y es voluntad suya que en cuanto hijos unidos al Hijo (“en su Nombre”) se las pidamos, sin duda, pero como le ha pedido Jesús: habiendo identificado nuestra voluntad con la Suya y dejando a Dios totalmente el modo de resolver nuestro problema, de escuchar nuestra petición (*“Padre, si es posible..., pero no se haga mi voluntad, sino la Tuya”*).

Cuántas cosas quisiera darnos nuestro Padre Divino, pero cuántas de esas cosas –según su Voluntad– debemos pedir las con verdadera conciencia y verdadero deseo, lo cual, previa una actitud de humildad (pues lo contrario es arrogancia en pedir, es pretender), se traduce en confianza (“fe”) y perseverancia. Es decir, muchas veces y para tantas cosas nuestro pedir debe alcanzar un cierto grado de intensidad, en el modo indicado, para que “haga contacto” con Su deseo de dar.

Basta ya de considerar la oración de petición como una especie de “tiro de la cuerda” con Dios, de “un pulso” o una lucha con El. No debemos ponerle a El sobre el plato de una balanza y nuestra oración sobre el otro plato para ver si conseguimos superar su “resistencia”, como no podemos poner nuestra miseria e indignidad sobre un plato y su Misericordia sobre el otro, sino que la solución “genial” es ponernos en su mismo plato, ponernos en sus brazos. Nuestra oración no puede servir para “convencerle” de nada, sino para “convencernos nosotros” de Su bondad, sabiduría y gracia.

No es que Dios sea avaro de sus dones, en absoluto, ni duro de corazón como tantas veces es juzgado por el hombre, sino que El dispone el conceder sus gracias y escuchar nuestras peticiones en función del crecimiento de nuestra confianza en El, del crecimiento de nuestra unión con su Voluntad. Por tanto, el conceder muchas cosas depende –porque así ha establecido– no sólo de El, sino también de nosotros, de la medida de nuestra confianza y de nuestra unión con su Voluntad, **hasta identificar la nuestra con la Suya en un mismo querer.**

Por eso la Stma. Virgen dijo una vez, en Medjugorje: *“De vosotros depende obtener las gracias de Dios: hay quien las obtiene tal vez después de un año, quien en un mes, quien en un día y quien en un minuto”.*

Todo esto, por lo que se refiere a la oración “de petición” y de intercesión. Pero todo se resume en estas palabras fundamentales de Jesús: ***“Buscad ante todo el Reino de Dios y su Justicia y todo lo demás se os dará por añadidura”.***

19 - Nuestra relación con Dios

Es evidente que nuestra vida no nos la hemos dado nosotros y que nuestra existencia no depende de nosotros. *“¿Qué tienes tú que no hayas recibido? Y si la has recibido, ¿por qué te jactas como si no la hubieras recibido?”* (1ª Cor 4,7). No hay nada en nosotros que no hayamos recibido y que recibamos en cada instante de Dios. No somos dueños, sino *“administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que se requiere en los administradores es que cada uno resulte fiel”* (1ª Cor 4, 1-2).

Todo lo que Dios nos da es su Amor como un don: el cuerpo y el alma, nuestras facultades, nuestros sentidos, nuestros miembros, cada pensamiento, cada latido, cada respiro..., por no decir de todo lo creado: *“todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios”* (1ª Cor 3,22-23), “don de El y de su inmenso Amor”. De la cabeza a los pies, la lista sería interminable. El de justicia que nos demos cuenta y que a este “diluvio” de Amor Divino correspondamos con un “gracias” y con una respuesta de amor por cada cosa. ¿Pero qué puede decirle un espejito al Sol? “Te amo”...

Nos ha creado a Su imagen: inspirándose a como es El, Dios. Tomando como Modelo a Sí mismo y a su Verbo Encarnado, haciendolo el Prototipo, *“porque aquellos que El desde siempre ha conocido también los ha predestinado a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que sea el Primogénito entre muchos hermanos”* (Rom 8,29).

Nuestras facultades espirituales –voluntad, inteligencia, memoria– son un don específico de las Tres Divinas Personas, para que con esta “trifásica” entremos en comunión de vida con Ellos. La imagen divina creada la tenemos en nuestra naturaleza humana, en el ser que hemos recibido, pero la semejanza con Dios tenemos que tenerla en nuestro vivir, en lo que debemos ser.

Obra de su Gracia y de nuestra correspondencia a la Gracia. Obra humano-divina. Juntos con Dios debemos ser “co-creadores” de nosotros mismos. Cada uno se hace lo que quiere ser, en el bien o en el mal. Porque, a diferencia de todos los demás seres vivientes creados por Dios –dotados también ellos de una cierta inteligencia y memoria– nosotros tenemos algo que nos hace responsables, como lo es Dios: es decir, una voluntad dotada de libre albedrío, capaz de responder de modo merecedor al Amor. Esta voluntad es en nosotros la responsable de cada decisión e intención. Es lo que solemos llamar “el corazón”. Y mientras Dios puede quitarnos todo lo que nos ha dado –la vista, el habla, el respiro, etc.– sin pedirnos permiso, nunca podrá tener nuestro “corazón”, nuestra libre voluntad, nuestra respuesta de amor, nuestro “sí”, si nosotros no queremos. El hombre puede interrumpir, incluso puede rechazar para siempre su relación con Dios. ¡Algo tremendo!

Esta relación parte de lo que Dios nos da, en primer lugar la existencia. Parte de una eterna iniciativa suya. Un amor totalmente gratuito. Pero es justo que sea correspondido. Un amor negado es odio; un amor dado pero no correspondido se convierte en dolor.

Y cuando Dios nos da, es lógico que luego nos pida, porque desea que seamos como El, a semejanza suya, en la cual debemos crecer sin límites: “*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*” (Mt 5,48). Cuando Dios nos da, después nos pide. Y cuando nos pide es para poder darnos mucho más, porque quiere que compitamos con El en amor, como es entre el Padre (el Amante) y el Hijo (el Amado) y en esa “competición” del Amor Dios no se deja vencer.

¿Hay algo que el Señor podría pedirme, que yo no quisiera darle, es decir, que le negaría? Este simple examen de conciencia es capaz de descubrir si de verdad queremos ser sus hijos o no.

Pero no olvidemos que Dios no tiene en cuenta lo que sentimos (que no depende de nosotros), sino lo que queremos; que nunca nos pedirá Dios cosas imposibles o que no nos haya dado; que “nos basta su Gracia” (1ª Cor 12,9), y que “*Dios es fiel y no permitirá que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas, sino que con la tentación nos dará también la fuerza y el modo de superarla*” (1ª Cor 10,13).

Mientras que nos pida cosas que no nos cuesta nada darselas, para nosotros es fácil, pero no crecemos todavía en el amor. En el fondo, lo que nos pide es que renunciemos a nosotros mismos. Porque Dios no busca nuestras cosas (que El mismo no da), sino nuestro “corazón”, nuestro sí. **¡Nos pide nuestra voluntad para poder darnos la Suya!**

Como el Patriarca Abrahám, cada uno de nosotros tiene en el corazón alguna cosa o algún “Isaac” amado –don de Dios–, y antes o después Dios nos pide que se lo sacrifiquemos. Hagamos como Abrahám: aquel día no fue derramada la sangre del niño, sino que pronunciando su “Fiat” en lo profundo del corazón, se sacrificó él mismo en cuanto padre, para afirmar el derecho y la Paternidad del Padre Divino..., el cual no se deja vencer y, en ese momento, Dios le dijo: “*Juro por mí mismo, palabra del Señor, que puesto que tú has hecho esto y no me has negado a tu hijo, tu único hijo, Yo te bendeciré con toda bendición y haré muy numerosa tu descendencia, como las estrellas del cielo y como las arenas del mar... Serán benditas por tu Descendencia todas las naciones de la tierra, porque tú has obedecido a mi voz*” (Gén 22,16-18). Como si dijera: “Tú me has dado a tu hijo y Yo te cedo mi puesto de Padre: mi Hijo será tu Hijo (tu Descendencia)”.

Dios no se deja vencer en amor. Si en la competición de amor Le permitimos que venza, vencemos con El nosotros, pero si queremos vencer nosotros solos, perdemos. ¡Y qué pérdida! Esa es nuestra RELACIÓN CON DIOS.

20 - Ahora se cumple el Juicio

¿En qué consiste el Juicio? En examinar y por consiguiente separar lo que es verdadero de lo que es falso, lo que está bien de lo que está mal, lo que es conforme a la Voluntad de Dios

de lo que no lo es. En definitiva es ver si amamos más la Verdad o nuestro “yo”. En esto consiste la prueba de la vida.

“Será el Amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí, o será el amor de sí llevado hasta el desprecio de Dios” (San Juan Pablo II). ¿Cuál es tu Dios?

Al final de la historia, el Juicio final lo hará el Señor y *“no hay nada de oculto que no haya de ser revelado, ni de secreto que no haya de ser manifestado”* (Mt 10,26). Pero por ahora, momento por momento, el Juicio sobre nuestra vida lo hacemos nosotros mismos con cada intención y decisión nuestra.

Ya hemos visto que no existe nada que no tenga una finalidad, una razón de ser. Todo lo que Dios ha hecho es por motivo de su Amor por nosotros y tiene como finalidad llevarnos a una plena comunión de Vida y de Amor con El. Por tanto, el valor de todo lo que existe y de todo lo que sucede lo da la finalidad que se propone quien lo hace. Por eso, *“sea que comais, sea que bebais, sea que hagais cualquier otra cosa, hacedlo todo por la gloria de Dios”* (1ª Cor 10,31).

Así, si la finalidad de lo que hacemos no converge, no sintoniza con la finalidad de Dios, se resuelve en pura pérdida. *“El que no está conmigo está contra Mí, y el que no recoge conmigo, desparrama”* (Mt 12,30). Deberíamos preguntarnos siempre en cada cosa que hacemos: ¿por qué lo hago? O mejor aún: ¿por quién lo hago?

Todo el secreto de la vida se podría resumir en esto: saber recibir todo de Dios e inmediatamente poner todo en manos de Dios. Cada cosa, en cada instante. Las situaciones en que me hallo, las cosas que me suceden, las noticias que me llegan, las cosas agradables o desagradables que me hacen..., que Dios no permitiría si no fueran ppr mi bien, por una finalidad de bien, por un fruto bueno que deberían producir (si acepto “el juego” de parte de Dios). Y las permite en la medida que pueden servirme de ayuda, hacerme el bien en vista a la finalidad última.

Si recibo una carta, no importa si el cartero es simpático o antipático: lo importante es el mensaje y Quien me lo envía... Así tantas cosas pueden llegarme por medio de las causas secundarias, por medio de las criaturas, que a menudo no saben de que se trata; pero yo debo reconocer que vienen de Dios. Y que Dios espera una respuesta mía.

¡Esta es mi relación con Dios! Porque cada uno de nosotros es único ante Dios. Si un padre tiene diez hijos, cada hijo es “único” para él. Por eso, cada uno de nosotros ha venido al mundo “solo”, y “solo” se irá. Cuando llegue la hora, aunque a nuestro alrededor tengamos quinientos amigos queridos que nos quieren mucho, nada podrán hacer por nosotros: estaremos solos. O mejor dicho: estaremos solos con Dios. Y si eso es evidente al comienzo y al final de la vida, es igualmente cierto todos los demás días. Al final de la jornada, cuando se baja el telón y se apagan las luces del teatrillo de la vida, en este gran teatro vacío quedamos sólo dos: mi Padre del Cielo y yo. Y en ese momento, puedo imaginarlo sentado a mi lado, que me abraza y me dice: “bueno, hijito mío, ¿qué de bueno hemos hecho hoy?”...

¿Y todos los demás? No estan. Mejor dicho, son las ocasiones de Dios, son los canales de los que se sirve para hacerme llegar normalmente su Providencia, sus Noticias, su Amor... y através de los cuales desea che yo Le dé mi respuesta de gratitud y de amor. Esa es la misión y el significado de las criaturas y de mi prójimo... Tan próximo, que desde la eternidad el Padre ha mirado a Jesús y, en su Humanidad, ha visto todo y a todos. Así me ha conocido y amado en cuanto miembro de su Cuerpo Místico, no separado de quien es su Cabeza y de todos los demás miembros del Cuerpo.

No estan... y sí que estan, o mejor dicho, deben estar en mí. Cuando Dios preguntó a Caín *“¿Dónde está tu hermano?”*, Caín se encogió de hombros y dijo: *“¡Qué sé yo! ¡No soy yo el guardián de mi hermano!”* (Gén 4,9). Pero yo debo decir: *“¿Que dónde están mis hermanos? Están todos aquí, en mí, en mi corazón”*

Porque es cierta la primera dimensión “personal” del hombre: que cada uno es único y solo ante Dios (de hecho, si yo como, no es que otro hace la digestión...), pero es también verdad esta segunda dimensión: la dimensión “social”, por la cual casi todo lo que soy yo me llega por medio de los demás, y lo que yo hago tiene consecuencias en el bien o en el mal para los demás. Mi relación con Dios tiene estas dos dimensiones: de ella forma parte mi prójimo e incluso todo el resto de la Creación.

Entre el Cuerpo físico, “personal” de Cristo y su Cuerpo “místico” (su Iglesia) hay una profunda relación, una interdependencia, por la cual todo lo que nos pasa a nosotros y lo que hacemos repercute en El, y viceversa. Eso explica su Pasión, así como la Eucaristía. El Padre ha mirado a Jesús y nos ha visto a todos, a cada uno de nosotros. Ahora, mirándonos, quiere ver a su Único Hijo, Jesucristo. Y en nosotros quiere hallar a Jesús con todo su Cuerpo Místico e incluso con todas las criaturas: ¡en nosotros! Quiere que nos hagamos cargo de todos y de todo, que abracemos todo y a todos, y con Jesús y como Jesús demos al Padre respuesta de amor por todos y todo. ¡A esta relación “universal” con El nos llama!

Así que todos los días, por la mañana, el Padre me está esperando con tanto amor; he de presentarme a El revestido de su Hijo, con Jesús, para que me reconozca: ***“Héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu Voluntad”***, y además de mi respuesta personal desea que le presente el homenaje de adoración, alabanza y gloria, de bendición, agradecimiento y amor que le deben todas las criaturas... En mi relación con El deben estar presentes todas las criaturas: *“Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío”*. Es más, como para un hijo la verdadera herencia no son tanto las cosas de su padre, sino el Padre mismo, puedo y debo decirle: *“¡yo soy tuyo y Tú eres mío!”*

21 - El Padrenuestro, clave de lectura de la vida

Son tantas las reflexiones sobre la vida en esta vida, si tomamos como “clave de lectura” el Padrenuestro, a la luz del cual halla suficiente comprensión el misterio del hombre con sus múltiples paradojas y contradicciones (cfr Constitución *“Gaudium et Spes”*, n. 10, del Concilio Vaticano II).

Se trata, en efecto, de un camino de regreso del hijo pródigo a la Casa del Padre. En la cual ese hijo –que representa a Adán y es la entera humanidad– era feliz, era rico, de nada tenía necesidad, para él no existía ignorancia, ni debilidad, ni sufrimiento, ni temor, ni muerte. Esto es de fe. Su ruina fue el pecado, separarse de Dios su Padre con hacer algo contra la Voluntad de Dios que le daba la vida y todo.

Pero Dios mismo, el Padre infinitamente bueno, cuando llegó “la plenitud de los tiempos”, vino a su encuentro para abrazarlo y salvarlo, con los brazos abiertos de Cristo en la Cruz. Y El nos ha enseñado a decir Su oración, o sea, la nueva actitud de corazón hacia Dios, la nueva relación de confianza y de amor al Padre. Ya no más siervos, sino hijos amados.

Notemos que diciendo el Padrenuestro es como si recorriéramos precisamente la figura de Cristo crucificado:

“Padre nuestro que estás en los cielos”: y parece que el Padre Divino esté ahí, poco por encima de la Cruz, mirando... *“Santificado sea tu Nombre”*: y la mirada va al Rostro de Cristo. *“Quien me ve a Mí –ha dicho– ve al Padre”*... *“Venga tu Reino”*: ¿pero dónde está ese Reino? Ahí está el pecho, el Corazón de Jesús... *“Hágase tu Voluntad...”* –y sus brazos están abiertos– *“así en la tierra como en el Cielo”*, de un extremo al otro, cuanto dista la derecha de la izquierda, de oriente a occidente, de norte a sur.

Hasta aquí hemos dicho **“tu nombre, tu Reino, tu Voluntad”**... Pero en la segunda parte de la oración decimos **“nuestro”** o pedimos “por nosotros”.

Prosigamos contemplando: *“Danos hoy nuestro pan de cada día”*: y miramos el vientre del Crucificado. *“Perdona nuestras ofensas...”*, y ahí están las rodillas contusas de Jesús. Pero

en esto, El, que ha dicho cada frase con nosotros, del lado del hombre, pasa del lado de Dios que es, y junto con el Padre y el Espíritu Santo añade: “...*como Nosotros perdonamos a los que nos ofenden*”. ¿Cómo habría podido poner nuestro modo de perdonar como modelo y medida del perdón divino? Es todo lo contrario. Pero nos lo pone en la boca y lo decimos con El para aprender a perdonar como Dios perdona: “Padre, perdonales, porque no saben lo que hacen”.

“*Y no nos dejes caer en la tentación*”, no permitas que caigamos: la mirada va a los pies traspasados y deformados del Crucificado. “*Mas libranos del mal*”: y la mirada baja al pie de la Cruz, a lo profundo. Del mal y del maligno.

También esto es un recorrido.

Dios es simplicísimo y es un solo Dios. Así estas varias frases expresan en realidad una sola petición –que pronunciada por Jesús es también una promesa–, una sola cosa con algunas consecuencias. Como El ha dicho: “*Buscad ante todo el Reino de Dios y su Justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*”.

El Padre Divino recibirá honor y gloria de sus hijos, que como tales sentirán y vivirán, cuando venga su Reino: “*sea santificado (por nosotros) tu Nombre*”. ¿Y en qué consiste su Reino? Que su Voluntad sea para nosotros lo que es para El: la fuente de la vida, de las obras y de todo bien y felicidad. Que sea para nosotros lo que es para Jesús: el Pan, el Alimento que el hombre no conoce, como dijo a sus discípulos en el episodio de la Samaritana.

Por eso, al pedir que nos dé hoy “*nuestro pan de cada día*” El se refiere no sólo al pan material –que, si es capaz de alimentar, es porque en él está la Voluntad del Padre–, sino que piensa también al Pan Eucarístico –que aunque es El realmente presente y vivo, no logra ser eficaz y a transformarnos, si no comemos también su Pan, que es la Voluntad del Padre. Así que son tres “panes” lo que pedimos, pero el decisivo es el de la Voluntad Divina en cuanto origen y protagonista de todo en nuestra vida.

¿Debemos entonces dejar todo para después de la muerte, en el más allá? Pero entonces, ¿por qué decimos que “venga” en vez de decir “vamos”? ¿Por qué decimos que se haga “en la tierra” como en el Cielo, de esa misma forma? En una palabra, pedimos que el Padre y los hijos tengan la misma y única Voluntad: este es el resumen del Padrenuestro y de toda verdadera oración.

Ese día –todavía ha de llegar– el hijo pródigo estará de nuevo en la Casa Paterna, en la Voluntad de las tres Divinas Personas, que forma su Vida y su felicidad. Estará de nuevo “en el orden, en su puesto y en el fin para el que Dios lo creó”. Entonces será de nuevo rico, feliz y santo. Será de nuevo “a semejanza” de su Creador y Padre.

Entre tanto estamos viviendo las fases decisivas de un drama, de una lucha apocalíptica de “Reino contra reino”. Espectadores, actores y objeto de disputa. ¡Es la hora de la Decisión! “*Nadie puede servir a dos dueños*”, ha dicho Jesús. O Dios o el propio yo.

“*Será el amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí, o será el amor de sí llevado hasta el desprecio de Dios*”, como dijo Juan Pablo II. Será la Voluntad de Dios la que vence (si queremos) o será la nuestra la que pierde, cuando queremos vencer contra la Divina. Si dejamos que venza la Voluntad de Dios, también nosotros vencemos; si hacemos prevalecer la nuestra, junto con El también nosotros perdemos. “*¡Padre, si es posible, pase de Mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la Tuya!*”.

Y Jesús murió en la Cruz para expresar en El esta oposición. Dos palos cruzados, dos troncos..., eran los de los dos árboles reales y a la vez simbólicos del Paraíso: el árbol “*de la Vida*” y el “*del conocimiento del bien y del mal*”. Figura de la Voluntad de Dios el primero, el palo vertical, que une Cielo y tierra; figura de la voluntad humana el segundo, el palo horizontal, que cuando se pone en oposición, atravesado, diciendo “no quiero” forma la cruz, el dolor recíproco, ¡la muerte! ¡Qué tremendo Misterio! Dios ha querido crear al hombre sólo

por amor, para que fuese su hijo, su interlocutor, su heredero; ¡un pequeño dios creado, otro Sí mismo! Es, dice San Pablo, “*el misterio de su Voluntad*” (Ef. 1,9).

Frente a este “misterio de la Piedad” ha surgido otro: el “misterio de la impiedad”: “*Sí, desde ahora el misterio de la impiedad está actuando*” (2ª Tes. 2,7). Es lo que el Apocalipsis llama “*un misterio, Babilonia la grande*”, misterio de algo que está representado en una grande prostituta y en la bestia sobre la que va sentada (Apoc. 17,5 y 7).

“*Se levantará nación contra nación y Reino contra reino*” (Mt. 24,7).

Son los dos misterios contrapuestos del Apocalipsis (cap. 12 ss.):

**EL MISTERIO DE LA PIEDAD:
EL MISTERIO DE LA DIVINA VOLUNTAD**

↓
María, “Arca de la Alianza”,
en el Santuario de Dios (la Divina Voluntad)

↓
“la Mujer vestida de Sol”,
parturienta gloriosa de Cristo Rey,
es la Santa Iglesia, la esposa del Cordero,
la nueva Jerusalén.

↓
ESTE MISTERIO O PROYECTO DE DIOS

parte de un solo Cristo, del Hijo de Dios,
para luego multiplicarse en tantos
hijos de Dios semejantes a Jesús,
que forman su Cuerpo Místico
a partir de Aquel que es su cabeza.

**EL MISTERIO DE LA IMPIEDAD:
EL MISTERIO DE LA VOLUNTAD HUMANA**

↓
“El dragón” (la serpiente antigua,
llamado diablo y satanás)

↓
“la grande prostituta”
que da a luz al Anticristo,
la parodia de la Iglesia, que persigue
a la Iglesia, “Babilonia la grande”.

↓
ESTE MISTERIO DEL DEMONIO,
para imitar el Proyecto de Dios
al revés, parte de muchos anticristos
(1ª Jn 2,18-19) para concentrarse cada vez
más hasta el último y más grande, y forma así
una especie de “anti-cuerpo místico”,
a partir “de los pies” hasta su cabeza.

Estas son las cosas que al final cuentan: ¿de qué parte –gota a gota, día tras día– nos estamos poniendo? Es la hora de la más grande y trascendental Decisión. Para siempre.

22 - Sacrificio, consagración, sacerdocio

Todo lo que Dios ha hecho es perfecto, todo es SAGRADO y SANTO. En el orden primordial de la Creación todo, y en primer lugar el hombre, era “sagrado”, es decir vinculado con Dios, destinado a Dios, y “santo”, que significa que era según el orden perfecto querido por Dios.

Lo contrario de “sagrado” es “profano”, “profanado”, o sea, privado de Dios, falsificado, desviado de la finalidad para la que ha sido creado. Desde el momento que “*todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios*” (1ª Cor 3,22-23), al pecado del hombre lo ha profanado a él mismo, en primer lugar, y ha profanado todas las cosas. Por eso “*la creación misma espera con impaciencia la manifestación de los hijos de Dios; de hecho ha sido sometida a la vanidad –no por su propio querer, sino por el de aquel que la ha sometido– y nutre la esperanza de ser también ella liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Sabemos de hecho que toda la creación gime y sufre hasta ahora en los dolores del parto*” (Rom 8,19-22).

Así es evidente el significado del título que el Señor ha dado a los Escritos de Luisa: “*El Reino de mi Divina Voluntad en medio de las criaturas –Libro de Cielo– El llamado a la criatura al orden, a su puesto y a la finalidad para la que fue creada por Dios*”.

La obra de la Redención implica la necesidad de ofrecer un sacrificio.

El sacrificio implica la necesidad de **un sacerdote** y de **una víctima**, o sea, de alguien que tenga algo que ofrecer a Dios. Es ofrecer a Dios, pero más que *ofrecer* se trata de *devolver*, de *restituir*, de *dar como respuesta* y de *restablecer un orden violado*, de *reparar una injusticia hecha a Dios*.

Si no hubiera habido el pecado, sin la injusticia del pecado, el ofertorio a Dios habría sido una pura correspondencia de amor, de alabanza, de gratitud. Pero con el pecado, el necesario ofrecimiento es debido también a la necesidad de reparar una injusticia, de restaurar una situación de grave desorden. **El sacrificio** es por consiguiente hacer sagrado (perteneciente a Dios) lo que ha sido hecho profano por el pecado, desviado de la Voluntad de Dios. Y lo que se ofrece es una víctima. Y así como el sacrificio puede ser (según el motivo por el que se ofrece): holocausto, sacrificio expiatorio, de comunión, de acción de gracias, etc., así hay distintos tipos de víctimas: víctima de expiación, de reparación, de honor, de amor, etc. Son los diferentes oficios a los que pueden ser destinadas.

Después del pecado el hombre instintivamente empezó a ofrecer a Dios sacrificios y hostias pacíficas, privándose de algo suyo, de alguna cosa importante, significativa, de lo que para él era más precioso. ¿De qué forma? Destruyendola para él, en especial mediante el fuego, para que no quedara nada para él (y entonces se trataba de un holocausto o de un sacrificio de expiación), o bien destruyendola sólo en parte, es decir, una parte la ofrecía a Dios y una parte –tratándose de un animal– dejandola para él, para comerla, y de ese modo era un sacrificio de comunión con Dios: compartir con Dios lo que nutre y sirve para la vida.

En un determinado momento de la historia de las relaciones del hombre con Dios aparece la figura de Melquisedek, rey y sacerdote del verdadero Dios, que ofrecía a Dios pan y vino (el alimento humano, pacífico), y le dio también a Abrahám como signo de comunión sagrada, bendiciendolo.

Pero Dios no busca nuestras cosas; es El quien nos las da. Dios nos quiere a nosotros, quiere eso nuestro que se rebeló a El, eso que arrastró al hombre y con el hombre a toda la Creación al desorden y al abominio de la profanación: Dios quiere nuestra libre voluntad. “¿Con qué me presentaré al Señor y me postraré ante Dios altísimo? ¿Me presentaré a El con holocaustos, con terneros de un año? ¿Agradarán al Señor miles de corderos y torrentes de aceite a miríadas? ¿Le ofreceré tal vez a mi primogénito en cambio de mi culpa, el fruto de mis entrañas por mi pecado? Hombre, se te ha enseñado lo que es bueno y lo que el Señor te pide: que practiques la justicia, que ames la piedad, que camines humildemente con tu Dios” (Miqueas 6,6-8).

¿Qué víctima ha de ofrecer el sacerdote a Dios, en reparación de la injusticia cometida? En Cristo se manifiesta la identificación del Sacerdote y la Víctima: “por un Espíritu Eterno se ofreció a Sí mismo inmaculado a Dios” (Heb 9,14).

¿De qué manera? “...Entrando en el mundo, Cristo dice: Tú no has querido ni sacrificio ni oferta, sino que un cuerpo me has dado. No has aceptado holocaustos ni sacrificios por el pecado. Entonces he dicho –porque de Mí está escrito en el volumen del Libro– héme aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu Voluntad. Después de haber dicho: No has querido y no has aceptado ni sacrificios ni ofertas, ni holocaustos ni sacrificios por el pecado, todas esas cosas que se ofrecen según la ley, añade: Héme aquí que vengo para hacer tu Voluntad. Así ha abolido el primer orden de cosas para establecer el segundo. Y precisamente es por esa Voluntad por la que hemos sido santificados, mediante el ofrecimiento del cuerpo de Cristo, hecho de una vez para siempre” (Heb 10,5-10).

También el discípulo de Cristo, el cristiano, debe ofrecerse a sí mismo a Dios: “Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a ofrecer vuestros cuerpos como sacrificio viviente, santo y agradable a Dios: ese es vuestro culto espiritual” (Rom 12,1).

Es un “sacrificio viviente”: no se trata de matar el propio cuerpo, de inmolarse a sí mismo, porque es un “culto espiritual”, no material. ¿Pero de qué forma se debe ofrecer y sacrificar? Haciendo que sea “consagrado” (= “sacrificado”), hecho sagrado, perteneciente a Dios, al servicio de Dios, dedicado a hacer su Voluntad.

¿Quién ha de “sacrificar”, es decir, hacer sagrada la víctima? Alguien que es sagrado, es decir, **el sacerdote**. El sacerdote “sacrifica”, o sea “consagra” la víctima. Pero como Cristo se ofreció El mismo, así el cristiano (que por el Bautismo está unido a Cristo y es sacerdote de sí mismo) no ha de ofrecer víctimas ajenas, sino la víctima propia, a sí mismo. Precisamente la propia libre voluntad, eso que llamamos “el corazón del hombre”. Sólo así se hace santo.

Ahora bien, una hostia no puede consagrarse a sí misma, hace falta un sacerdote que la consagre en la Misa, que pronunciando las palabras de Cristo, cumpla su Sacrificio de un modo incruento: la hostia al instante es transformada: de golpe deja de ser harina de trigo y se convierte en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, viviente bajo los velos accidentales de la Hostia.

Por el contrario, tratándose del hombre, por el Bautismo es habilitado a ofrecer el sacrificio de sí mismo y por tanto puede consagrarse a sí mismo, “gracias a esa Voluntad Divina” que, hecha por él, le da el poder de transformarse en Cristo: *“todos nosotros, a cara descubierta, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en esa misma imagen suya, de gloria en gloria (poco a poco), mediante la acción del Espíritu del Señor”* (2ª Cor 3,18).

Además, si la hostia es consagrada o transformada al instante, es porque no tiene una voluntad con la cual pueda interferir en la acción de la Voluntad Divina que la consagra, mientras que en el hombre, teniendo una voluntad suya propia, esta consagración o transformación en Cristo tiene lugar –si es que sucede– poco a poco, a medida que su querer humano cede el puesto al Querer Divino.

Jesucristo, el Verbo Encarnato, por Sí mismo es sacro y santo: no ha de ser hecho sagrado (consagrado) por nadie, es El quien hace sagrado al hombre y a toda la Creación, o sea, la restituye a Dios, la restablece en el estado original de justicia o santidad. El es el que quita el pecado del mundo, o sea, cancela toda profanación: *“no llames inmundo (profano) lo que Dios ha purificado”*, dijo el Angel a Pedro (Hechos, 10,15).

El es el Sumo y eterno Sacerdote: *“El Señor ha jurado y no se arrepiente: Tú eres sacerdote para siempre a la manera de Melquisedek”* (Salmo 109,4). El hace partícipes de su Sacerdocio a todos sus hermanos, miembros de su Cuerpo Místico, de una doble forma: mediante el Bautismo y mediante el sacramento del Orden Sacerdotal.

Por el Bautismo, el hombre es capaz de reconectar con Dios todas las cosas, de hacer sagrado todo lo que Dios ha creado, toda la Creación. Vivir la espiritualidad del “sacerdocio real” recibido en el Bautismo es la verdadera y única solución al problema de la ecología: *“ya sea que comais, o que bebais, o que hagais cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”* (1ª Cor 10,31). Todo ha de ser ocasión de entrar en comunión con Dios, comunión de agradecimiento, de alabanza, de bendición, de amor; comunión con Su adorable Voluntad.

Todas las cosas, los animales, las plantas, el sol, el agua, el viento, los campos, las estrellas..., todo nos está diciendo: “tómame, llévame contigo –no tanto en tus manos cuanto en tu corazón, en tu espíritu– y llévame al Creador tuyo y mío; El me creó por tí y tú no tienes que ser ingrato y ciego ante su Providencia, Sabiduría y Amor. Ofreceme a El como homenaje de gratitud, de alabanza, de gloria y de amor; sólo eso es la razón de mi existencia”.

Todo lo que ha salido de Dios en la Creación ha de volver a Dios, pero sólo el hombre, que es el destinatario, puede hacerlo, dando voz, palpar y vida a todas las cosas que no pueden hacerlo por sí mismas, al no tener una voluntad responsable, dotada de libre albedrío, como por el contrario puede hacerlo el hombre, creado para ser el verdadero rey y sacerdote de la Creación (incluidas las galaxias). Y el mundo no puede acabar, si antes no ha sido restablecido del todo el orden primordial de la Creación: cada cosa del mundo y de la vida humana tiene que ser “restaurada en Cristo”, es decir “en la Voluntad Divina”. No podrá llegar el fin del mundo sino después de que el último hijo de Dios haya dado su homenaje de correspondencia

al Creatore con un “te reconozco, te adoro, te alabo, te bendigo, te amo” por cada cosa creada. Sólo así todo volverá a Dios.

Será como dice, con su lenguaje pintoresco, el profeta Zacarías (14,20-21): “*En aquel tiempo hasta en los cascabeles de los caballos se verá escrito: «Consagrado al Señor», y las calderas en el templo del Señor serán como los cálices que hay ante el altar. Es más, todas las ollas de Jerusalén y de Judá serán sagradas para el Señor, rey de los ejércitos; y cuantos quieran ofrecer sacrificios vendrán y las usarán para cocer las carnes. En aquel día no habrá ni siquiera un Cananeo (un mundano) en la casa del Señor de los ejércitos.*”

Pero a los mismos hombres, ¿quién deberá reconciliarlos con Dios, quién puede hacerlos sagrados y santos? Otro hombre, “*tomado (elegido por Dios) de entre los hombres, es constituido por el bien de los hombres en las cosas que se refieren a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados*” (Heb 5,1). Es el Sacerdote “ministerial”, que llega a serlo mediante la imposición de manos de un Obispo, sucesor de los Apóstoles, los primeros Sacerdotes del Nuevo Testamento: es decir, mediante otro Sacramento, el Orden sagrado o sacerdotal.

Los sacerdotes del Antiguo Testamento, de la tribu de Levi, como Aarón, se transmitían el sacerdocio, de padre a hijo. Los del Nuevo, que llegan a serlo por la participación al Sacerdocio de Cristo, es porque son llamados por Dios. Es Dios el que llama a la vez por dentro, en la conciencia, y por fuera, mediante la Autoridad de la Iglesia.

Los antiguos sacerdotes representaban al pueblo ante Dios y ofrecían a Dios lo que el pueblo tenía que ofrecer. Los Sacerdotes de la Iglesia representan sobre todo a Dios ante el pueblo, son “expropiados” voluntariamente y por amor, actúan “*in Persona Christi*”, en la Persona de Cristo. No son solamente otro Cristo (*alter Christus*) –como lo es todo bautizado– sino que han de ser una sola cosa con Cristo (*ipse Christus*). Por eso pueden ofrecer a sus hermanos las cosas de Dios: el Camino, la Verdad, la Vida misma de Dios; la luz, la consolación, el perdón, la salvación, el mismo Señor. Y como Cristo, son llamados a tener un pequeño “cuerpo místico”, dentro del grande Cuerpo Místico que es la Iglesia.

Por eso, el Sacerdote que celebra el Sacrificio de la Misa, desde el momento que sale de la sacristía para subir al altar ya está en profunda comunión con el Señor (tanto si se da cuenta, como si no se da), mucho antes de recibirlo él mismo y los fieles en la Comunión Eucarística. Desde el primer momento está tan unido a Cristo (y así debería estar identificado en todo, veinticuatro horas al día), que puede por tanto decir en un determinado momento: “*Ésto es mi Cuerpo, éste es el cáliz de mi Sangre*”...

Considero que ésto sea el más profundo motivo del celibato del Sacerdote, que la Iglesia Católica considera “un valor no negociable”, sin con eso criticar esas situaciones particulares excepcionales de sacerdotes casados (hombres casados que son ordenados sucesivamente sacerdotes, no antes), en lugares en los que por razones históricas la Iglesia lo admite, como es en el rito oriental.

23 - “FIAT!”

Yo no sé latín, que es la lengua oficial de la Iglesia. Me consuela saber que tampoco el Santo Cura de Ars, San Juan María Vianney, patrono de los párrocos, lo sabía. Me basta saber la palabra esencial: “**FIAT**”. Luisa empieza cada escrito suyo con esta palabra, y no es casual. Con esta palabra (“¡Hágase!”) Dios comenzó todas sus Obras:

- la Creación (“*Fiat lux!*”, “Hágase la luz”, Gén 1,3),
- la Encarnación del Verbo (“*Fiat mihi secundum Verbum tuum*”, “Hágase en mí según tu Palabra”, Lc 1,38), palabra pronunciada por María;
- la Redención (“*non mea voluntas, sed Tua fiat*”, “no se haga mi voluntad sino la Tuya”, Lc 22,42), palabra pronunciada por Jesús en el huerto de los Olivos;

- la invocación para que venga su Reino (*“Fiat Voluntas tua, sicut in Coelo et in terra”*, “hágase tu Voluntad, así en la tierra como en el Cielo”, Mt 6,10).

Esta palabra resume en sí todo lo que Luisa ha dicho y ha vivido, de la misma manera que expresa todo lo que Dios hace, es más, la Vida misma de Dios, su Acto eterno y absoluto, expresión de su Querer infinitamente Santo. Y tengamos presente que, si bien en Dios todas sus cosas forman una perfecta Unidad, podemos hacer una distinción entre su Divina Voluntad (que es un sustantivo: es decir, indica la Sustancia en sentido filosófico, precisamente lo que El es), y su Divino Querer (que es un verbo, si bien sea sustantivado: indica su Vida, lo que Dios hace), de igual manera que una cosa es “el corazón” y otra el palpitar del corazón, o bien un motor y otra el movimiento del motor, y otra los efectos que produce. Así podemos decir que si “el corazón” representa la voluntad, “el palpitar” indica el querer y “el movimiento” que produce es figura del amor.

Por tanto, la palabra *“Fiat”*, que a menudo hallamos en las páginas de Luisa, en general indica el Querer Divino, el Acto único, infinito y eterno en el que Dios es Aquel que es, y hace todo lo que hace, el Acto que contiene toda su Vida Divina y sus obras. El *“Fiat”* Divino contiene todo, hace todo, es el origen y la fuente de todo bien y felicidad..., mientras que el *“fiat”* que el hombre puede pronunciar es para unirse, identificarse con el *“Fiat”* de Dios.

Con la palabra *“Fiat”* la Divina Voluntad expresa todo lo que es, mientras que otras palabras (por ejemplo: “OK”, está bien, de acuerdo, sí señor...) expresan sólo un consentimiento a una determinada cosa querida por Dios o por alguien.

Esto es el *“Fiat”* Divino. Podríamos decir tantas otras cosas más: que para ser santos –más aún, para salvarse– hace falta decir con hechos que sí a Dios, mientras que el vivir en la Divina Voluntad es decir además Sí con Dios, y no sólo, sino decir el Sí mismo de Dios...: “Héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer mía tu Voluntad..., que vengo para hacer contigo tu Voluntad..., que vengo para hacer realidad en mí tu Voluntad...”

¿Y a qué cosa Dios dice Sí? Se lo dicen recíprocamente las Tres Divinas Personas, lo dicen eternamente a la Stma. Humanidad del Verbo Encarnado, a su Madre Stma.. Lo dicen a los infinitos Atributos de Dios: a su Gloria, a su Bondad, a su Sabiduría, a su Amor, a su Misericordia, a su Justicia o Santidad, etc. Dicen su Sí a todas sus obras y criaturas, a cada circunstancia que Dios permite o establece para cada uno de nosotros... *“El Hijo de Dios, Jesucristo, que hemos predicado entre vosotros, Silvano, Timoteo y yo, no fue ‘sí’ y ‘no’, sino que en él ha sido el ‘Sí’. Y en realidad todas las promesas de Dios en él sono ‘Sí’.”* (2ª Cor 1,19-20)

Sí o *“Fiat”* dice Dios: por eso es justo y necesario que el hombre, para poder ser hijo de Dios, diga él también sí o *“fiat”*. Pero el sí o *“fiat”* del hombre expresa sólo una intención, un deseo, mientras que el Sí o *“Fiat”* de Dios realiza lo que quiere: por eso Dios desea que nuestro sí o *“fiat”* y el Suyo sean una sola cosa, como las pocas gotas de agua unidas al vino en el cáliz para celebrar la Misa, o como una gota de agua que se arroja en el mar para formar unidad y así hacer con Dios lo que hace Dios y vivir con Dios lo que vive Dios. Amén.





“Hija, la fe hace conocer a Dios, pero la confianza lo hace encontrar, de modo que la fe sin la confianza es fe estéril. Y a pesar de que la fe posee inmensas riquezas para que se pueda enriquecer el alma, si falta la confianza se queda siempre pobre y desprovista de todo”.

(N. Señor a la “pequeña Hija de la Divina Voluntad”, la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, el 29-07-1904)

“Dejad que los niños vengan a Mí, no se lo impidais, porque a quien es como ellos pertenece el reino de Dios. En verdad os digo: el que no acoge el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Lucas 18,16-17)

“Y yo, hermanos, hasta ahora no he podido hablaros como a hombres espirituales, sino como a seres carnales, como a recién nacidos en Cristo. Os he dado de beber leche, no un alimento sólido, porque no erais capaces de tomarlo. Y ni ahora lo sois; porque todavía sois carnales: puesto que entre vosotros hay envidias y discordia, ¿no sois acaso carnales y no os comportais de una manera del todo humana?” (1ª Cor 3,1-3).

“La Santidad de mi Querer quiere ser conocida... Pero si no se conoce, ¿cómo podrán amar y querer un modo de vivir tan santo?” (El Señor a Luisa, el 16-07-1922)

24 - “Aumenta nuestra Fe” (Lc 17,5)

Así dijeron los Apóstoles al Señor. ¿Quién de nosotros es capaz de responder afirmativamente a la pregunta del Señor: *“el Hijo del hombre, cuando venga, encontrará fe sobre la tierra?”* (Lc 18,8). Que San Pedro pueda decirnos: *“Honor a vosotros que creéis; pero para los incrédulos, la piedra que los constructores han descartado ha llegado a ser la piedra fundamental, piedra de tropiezo y de escándalo. Ellos tropiezan porque no creen a la Palabra”* (1ª Pt 2,7-8). Queridos hermanos, *“ha llegado el momento en que empieza el Juicio a partir de la casa de Dios”* (1ª Pt 4,17).

Llega la hora de la prueba, de la tentación para todos: *“Sed moderados, vigilad, porque vuestro enemigo, el diablo, como león rugiente va buscando a quien devorar; resistidle firmes en la Fe”* (1ª Pt 5,8-9).

Todos sentimos la necesidad de ser fortificados en la Fe, por eso quisiera compartir con vosotros algunos pensamientos sobre la Fe.

Seguramente las palabras **“fe”** y **“creer”** son algunas de las más numerosas en la Sagrada Escritura. Como curiosidad, en el Nuevo Testamento figuran respectivamente 242 y 243 veces.

Por así decir, la verdadera Fe es como dejarse llevar de la mano de Dios, como hace un niño, y que El nos conduzca. Por eso es estar seguros de El, seguros de su Bondad, de su Omnipotencia, de su Sabiduría, de su Amor. Eso es darle el honor debido, es adorarlo, es glorificarlo. Eso es ser y querer ser plenamente suyos y saberlo y sentirlo totalmente nuestro. Eso es COMUNIÓN con El... y de esa forma es acceder a su infinita Sabiduría, es tomar parte en su Omnipotencia, es experimentar su Amor.

Es como dice San Pedro: *“Sin haberlo visto lo amais y sin verlo creéis en El y por eso exultais de alegría indecible y gloriosa”* (1ª Pt 1,8). Por eso ésta es la primera cosa, indispensable para poder ser agradar a Dios y podernos acercar a El (Heb 11,6). Es la primera y la última bienaventuranza del Evangelio, que contiene en sí a todas las otras, las cuales se explican solamente con la Fe: *“Dichosa la que ha creído...”*, dijo Isabel a María (Lc 1,14); *“Dichosos aquellos que sin haber visto creerán”*, dijo Jesús al Apostol Tomás (Jn 20,29).

¿Por qué decimos “la verdadera” Fe? Porque no hay nadie que no crea en algo, y cuando no se cree en Dios se cree en tonterías. La luz es un don de Dios, así como los ojos nos los da

El, pero abrir o cerrar los ojos depende de nosotros: es decir, la Fe es un don de gracia, iniciativa de su Amor, pero acogerla depende de la buena voluntad del hombre. Por eso, *“con el corazón se cree para obtener la justicia (para que Dios nos haga justos) y con la boca se profesa la fe para alcanzar la salvación”* (Rom 10,10).

La Fe nos inicia en el verdadero conocimiento de Dios y lo hace crecer en nosotros, haciendose cada vez más experiencia viva. Por eso, además de ser declarada con palabras (el Credo) ha de traducirse en obras (en vida), obras de fe. Es como quien, entrando en un cuarto, enciende la luz apretando un botón: es una acción habitual, tan sencilla, que hacemos de forma natural, sin dudar ni crearnos problemas. Así la verdadera Fe ha de ser natural para nosotros, y entonces desaparece toda duda, todo temor, toda imposibilidad, todo límite... Estas palabras, que no existen en el vocabulario de Dios, no deben existir tampoco en el de sus hijos.

Por eso, sólo la verdadera Fe viva, disipando toda duda, nos da la seguridad; quitando todo temor nos da la verdadera paz; superando toda imposibilidad nos hace obtener todo: *“Todo lo que pidais con fe en la oración, lo obtendreis”* (Mt 21,22). Pero hay que decir que, cuando la fe crece y se vuelve menos infantil y más madura, no pide cualquier cosa, sino que va sintonizando cada vez más con el Querer de Dios, conforme a la palabra del Señor: *“Buscad ante todo el Reino de Dios y su Justicia (o Santidad) y todo lo demás se os dará por añadidura”* (Mt 6,33).

Por eso, si pedir a Dios algo “con fe” de que nos la dará, ya es fe, estar seguros de que nos dará no tanto lo que queremos, sino lo mejor según su Querer, es una fe mucho más grande y más bella, ya que hacerse como un niño, dejandose llevar de la mano de Dios con confianza, creyendo en su Sabiduría y en su misteriosa Providencia, es verdadera madurez.

En cuanto al sujeto que debe acogerla, la Fe es abrir la puerta de la mente a Dios (creer) para que en nosotros entre su Luz, y nuestra voluntad es la mano que solamente desde dentro la abre.

Y en cuanto al objeto poseído, la Fe se nos da desde el Bautismo en germen, como una semilla preciosa que ha de ser cultivada para que crezca hasta su plenitud y produzca su Fruto bendito. La Fe por tanto es «Dios poseído como Verdad».

Pero nuestro creer y el don de la Fe crecen a la vez mediante la serie de gracias “actuales” que Dios nos concede y con nuestra correspondencia a esas gracias, las cuales llegan por medio de la oración, de lecturas espirituales (en particular, de la Palabra de Dios), de los distintos Sacramentos que se reciben y también mediante las diferentes situaciones en que nos hallamos cada día... A veces son –dispuestas misteriosamente por Dios– situaciones extraordinarias, incluso “extremas”, con el fin de que progreseemos aún más en la Fe.

Pongamos como ejemplo un individuo que, en la Quinta Avenida de Nueva York, se pasea sobre un cable tendido entre dos rascacielos, a doscientos metros de altura... La calle se llena de gente; hay periodistas, reporteros de televisión, bomberos, una ambulancia, la policía... Grandes aplausos, entusiasmo, apuestas. En un cierto momento el equilibrista baja (suponiendo que no sea detenido antes por la policía), firma autógrafos, estrecha manos. Hay quien apuesta a que es capaz de hacerlo otra vez en bicicleta. Al más entusiasta de sus admiradores, el artista le dice: “¿Crees tú que soy capaz de cruzar allá arriba llevando una carretilla?” El otro responde: “¡Sí, sin duda, porque eres extra-ordinario!” –“¿Cuánto quieres apostar?” –“¡Mil dólares!” –“Está bien: ¡súbete en la carretilla!”

Eso lo hizo con Pedro, invitandolo a caminar sobre el mar hacia El; pero Pedro de pronto se llenó de terror y empezó a hundirse. Jesús lo salvó, pero lo regañó: *“Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?”* (Mt 14,28-31). Eso lo hizo con Pablo, que dice: *“No queremos que ignoreis, hermanos, cómo la tribulación que hemos pasado en Asia nos ha afectado sin medida, más allá de nuestras fuerzas, hasta dudar de la vida. Pues hasta hemos recibido una sentencia de muerte para que aprendamos a no confiar en nosotros mismos, sino en Dios que*

resucita a los muertos. De esa muerte sin embargo nos ha librado y nos librerá, por la esperanza que hemos puesto en El, que volverá a librarnos...” (2ª Cor 1,8-10). Eso lo hizo con las hermanas de Lázaro cuando mandaron a decirle que su hermano estaba enfermo, pidiéndole que lo sanara; pero premió su fe permitiendo que empeorase hasta morir. También entonces, Marta, a pesar de haber declarado su fe intelectual (“*Sí, Señor, yo creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que ha de venir al mundo*”), estuvo a punto de vacilar y Jesús inmediatamente le dijo: “*¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?*” (Jn 11).

¿Pero por qué pide el Señor esa fe en El? Como cuando Jesús fue con el jefe de la sinagoga, Jairo, a su casa para curar a su hijita, que estaba muriendo. Mientras iban, vinieron de su casa a decirle: “*Tu hija ha muerto, no hace falta que molestes al Maestro*”, pero Jesús le dijo: “*¡Non temas! ¡Sigue sólo teniendo fe!*” (Mc 5,35-36). Era como decirle: “Si tú ahora dudas, si me niegas el apoyo de tu fe, ¿me impides que intervenga!” Así, ¿en vez de una sanación obtuvo una resurrección! Parece que al Señor le guste ese juego, “¿Abandonas o duplicas?” Si El exige la fe sencilla y segura es para justificar su intervención divina. La gracia aún más grande, que quiere dar, requiere por parte de la criatura una fe más grande. Y bien sabemos que cuando Dios nos da, luego nos pide, y cuando nos pide es para poder darnos mucho más. De esa forma quiere acostumbrarnos a “competir” con El, la misma “competición” de amor infinito que hay entre las Tres Divinas Personas.

Pero para vivir de fe, siendo el tesoro más grande, Dios suele rodear aparentemente nuestra vida de cosas normalísimas y sin importancia (mientras que a sus ojos la fe las hace extraordinarias e importantísimas); incluso deja al alma ciertas miserias, defectos involuntarios y a veces hasta algún pecado que, humillando al alma, en realidad la protegen de sí misma y de los ladrones del amor propio y la mueven a que haga más por el Señor. Por eso dijo el Señor a San Pablo: “*Te basta mi gracia; mi potencia se manifiesta plenamente en la debilidad*” (2ª Cor 12,9).

En esta vida “*caminamos en la Fe y todavía no en visión*” (2ª Cor 5,7). En esta vida el Señor nos da la luz suficiente per caminar hacia El, si queremos, pero aquí todo es todavía en claroscuro. Y eso es necesario para poder corresponder a su Gracia de una forma libre y meritoria, no arrollados por la evidencia. La evidencia se tiene en el Cielo, donde la criatura posee su libre albedrío, pero no le pasa absolutamente por la cabeza preferir algo que no sea Dios. Se dice que “la fe es ciega”, mientras que la verdadera vista es penetrante, agudísima, porque va sustituyendo nuestra visión humana de las cosas con la visión misma de Dios: ¡la fe va siendo sustituida por la visión!

La fe es apoyar nuestro asentimiento en el testimonio de Jesucristo, en la Palabra de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, y no en lo que percibimos con nuestros sentidos o pensamos con nuestra cabeza. Y la fe es esa conexión viva con Dios, esa verdadera comunión con Dios, que, a partir de la noticia o del conocimiento, se convierte en la certeza de que es mío (la esperanza cierta) y en experiencia de amor (la posesión de la caridad).

El hombre por sí solo no es capaz de darse una respuesta a las preguntas fundamentales acerca de su origen, de su destino, de su verdadera naturaleza, de su vocación, de su papel y de su misión en el Universo, así como un niño pequeño no es capaz de saber él solo como se llama, quienes son sus padres, ni nada. Tal vez es hijo del rey o heredero de una inmensa fortuna, pero él no lo sabe. Necesita aceptar el testimonio de otro; en definitiva el testimonio de aquel que lo ha traído al mundo. Tenemos necesidad del testimonio de Dios.

¡Ay del que lo desprecia! ¿Qué sería de ese niño, si no creyera en el testimonio de su padre? ¿Qué será del hombre que desprecia –tantos lo hacen– el testimonio que Dios nos da?

Estamos hablando de la Fe teológica o sobrenatural, que nos da una comunión de vida con Dios; pero hay también otra fe, humana, como la que damos a los hombres y a sus noticias, y muchas veces somos invitados a darla a cosas que posiblemente tienen que ver con nuestra

actitud religiosa y nuestra relación con Dios. Por ejemplo, la fe que podemos dar a revelaciones privadas, “apariciones” marianas, etc. Es verdad que no forman parte del Credo, pero sirven –entre otras cosas– a poner a prueba la calidad de nuestra Fe sobrenatural, ya que *“la caridad... se complace en la verdad; todo lo cubre, todo lo cree, todo lo soporta, todo lo espera”* (1ª Cor 13,6-7). Por eso dice San Pablo: *“No apagueis el Espíritu, no desprecieis las profecías, examinadlo todo y quedaos con lo bueno”* (1ª Tes 5,19-21). Nos enseña a discernir.

Debemos liberar nuestra mente de las falsificaciones de la Fe e intentar definirla describiéndola:

25 - Lo que no es la Fe...

- por ejemplo, el voluntariado que se hace por motivos extraños a Cristo;
- no es lo que sugiere la “*New age*”, el “cientismo”, la superstición, el espiritismo, la magia, etc.;
- no es lo que creen quienes se forman una religión personal a su gusto, la arrogante presunción de llegar con su propia inteligencia (sin la Gracia) al conocimiento de la verdad; cada quien se crea un “dios” a su propia imagen y semejanza; ¡no puede ser opinión!
- no es cualquier doctrina que no tenga como fundamento la Palabra de Dios, su Testimonio, como lo garantiza y lo conserva la Iglesia;
- no es fideísmo: es decir un creer irracional, sin considerar qué es lo que creemos ni quien nos lo trasmite (la Iglesia), ni qué garantías o credenciales presenta, que se puedan examinar. Los mártires no son fanáticos.
- no es un poder o una fuerza psicofísica o espiritual del hombre, con la cual se imagine que puede hacer que Dios haga lo que el hombre quiera, o que pueda obligarlo a que haga la propia voluntad humana;
- no es regatear con el Señor: “si tanto te doy, tanto Tú me has de dar en cambio...”;
- no es un esfuerzo físico o mental, como apretar los puños o los dientes y concentrar la mente para crear un pensamiento;
- no es fruto o conquista del hombre, que pueda lograr con una lucha suya personal, con su empeño o esfuerzo;
- no es una sugestión o un estado de ánimo, no es autoconvencerse, no es una presunción;
- no es conocer de memoria, como una cantilena, las palabras de la Escritura o repetir las como fórmulas mágicas;
- no es honrar a Dios con los labios o con fórmulas y rituales, si el corazón está lejos de El;
- no es el apego a formas humanas de religiosidad o a tradiciones, haciendo de estas cosas (que son medios) fines, sustituyendo en el corazón a Dios con esas cosas; eso no es servir a Dios, sino servirse de Dios;
- no es decir “*Señor, Señor*”, sino hacer la Voluntad de Dios;
- no es decir “*templo de Yahvè, templo de Yahvè, templo de Yahvè es este*” (y así creerse a salvo), sino querer cambiar vida y convertirse cada día al Señor;
- no es pertenecer a la Iglesia porque uno la frecuenta o porque recibe los Sacramentos, mientras que el corazón permanece pagano; es como estar bajo una “catarata” de Gracia sin quitar “el tapón”, o sea, el querer humano;
- no es figurar por ejemplo en el registro parroquial de los Bautismos o de los Matrimonios, ni tener un carnet o un distintivo de que se pertenece a un grupo de oración, a un movimiento o a una asociación; ¿a quién vamos a encantar?
- no es llevar –y aún menos, ostentar– signos externos (por ejemplo, una cruz en el pecho) o decir determinadas palabras (“*Ave María Purísima*”, “*aleluya*”, “*Fiat*”, etc.) o hacer ciertos gestos, mientras que la conducta dice lo contrario o da escándalo;

- no es tomar parte a ceremonias religiosas, a funciones, a procesiones o peregrinaciones a santuarios, cuando el verdadero motivo o intención no es dar gloria a Dios, hacer su Voluntad o responder a su Amor;

- no es el pedir al Señor, sin intención de darle cuando El pide; o bien pedir con presunción o con desconfianza, o sin abandono, dejando que sea El quien disponga cómo y cuando;

- no es “saber” que Dios existe (“*También el demonio cree y tiembla*”), sino “vivir” con Dios (Tres Personas distintas) y en sintonía continua con su Voluntad, con su Amor...

26 - Por el contrario, la Fe es verdadera Fe...

- cuando parte de una verdadera, santa, divina, íntima e ininterrumpida relación con Dios; si nos hace “ver” a Dios;

- cuando es vida que brota de comprender bien esta verdad fundamental con la que Dios nos interroga en cada momento: “¿Quién soy Yo y quién eres tú? ¿Quién soy Yo para tí y qué cosa eres tú para Mí? ¿Cuál es mi Amor por tí y dónde está tu amor por Mí? ¿Qué quiero Yo de tí y qué quieres tú de Mí?”

- cuando se basa en su Palabra, como nos la transmite y nos la garantiza la Iglesia, condensada y resumida en el “Credo”, pero necesaria y palpitante en toda la Sagrada Escritura; Palabra que no se puede amar si no se conoce;

- si es la Luz que nos hace ver todo como lo ve Dios, con los ojos de Dios, y es el Motor que nos mueve a que hagamos lo que Dios quiere;

- si es reproducir y dar vida en nosotros a todas las palabras del Señor y a todas sus obras y su vida;

- si es amar la Verdad por encima de todo, dispuestos a sacrificarlo todo, incluso la propia vida, si hace falta, por defenderla.

- si nos hace pensar como piensa Dios, querer lo que quiere Dios, amar como ama Dios;

- si es creer, no sólo que Dios existe, sino en su Providencia perfecta, en su Sabiduría infinita y en su Amor incondicionado y absoluto por mí, siempre y en todo (lo cual es el resumen del Evangelio);

- si se convierte en confianza plena en El, que se traduce en abandono, del cual nace la verdadera paz y la verdadera seguridad;

- si llega a ser espíritu filial que se manifiesta como continua comunión de voluntad y de vida con Dios (“*todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío*”);

- si en nosotros es vida, experiencia vivida, tanto que podamos decir: “más que creer, yo sé, tengo la evidencia”;

- si en nosotros llega a ser luz, tanto que eclipse todo lo que no es Dios, y en primer lugar nuestro propio yo con todo lo que a nosotros se refiere, de forma que nos perdamos de vista y veamos todo en la Luz que es Dios;

- si es experimentar que Dios forma parte esencial de nuestra vida y que sin El no sabemos vivir;

- si es certeza pacífica y segura de que “*Aquel que ha empezado en nosotros esta obra buena la llevará a cumplimiento*”, según ha dicho San Pablo en Filipenses, 1,6, porque “*Dios es Fiel*” (1ª Cor 10,13), es decir, digno de ser objeto de fe total por parte nuestra;

- si es como el fuego que convierte en fuego todo lo que toca: así la Fe transforma a semejanza de Dios.

- En una palabra, como actitud del sujeto que cree, que tiene la verdadera Fe, es la apertura plena de la mente y del corazón a todo lo que nos ha sido dicho de parte de Dios (cfr Lc 1,45; Rom 10,10).

- Y como objeto creído o contenido de la Fe, es «POSEER A DIOS COMO LA VERDAD».

27 - La Fe, según Luisa Piccarreta y Nuestro Señor en sus escritos

«Jesús me hablaba de la fe y me dejaba, y yo sentía infundirme en el alma una vida de fe. Mi alma, tosca como me la sentía antes, ahora, después de haber hablado Jesús, me la sentía ligerísima, capaz de penetrar en Dios; y admiraba ya sea su potencia, ya sea su santidad, o bien su bondad y demás, y mi alma quedaba estupefacta. En un mar de asombro decía: “Omnipotente Dios, ¿qué potencia ante Tí no desaparece? Santidad inmensa de Dios, ¿qué otra santidad, por más sublime que sea, se atreverá a presentarse ante Tí?”

Después me sentía descender en mí misma y veía mi nada, la nulidad de las cosas terrenas, como todo es nada ante Dios; yo me veía como un gusanito, todo lleno de polvo, que trepaba para dar algún paso y que para destruirme era suficiente que alguien me pusiera el pie encima, y quedaría desecha. Por tanto, al verme tan fea, casi no me atrevía a ir a Dios, pero se presentaba ante mi mente su Bondad y sentía que me atraía como un imán para ir a El, y me decía yo misma: “Si es Santo, es también Misericordioso; si es Potente, es también plena y suma Bondad”.¹ Me parecía que la Bondad lo rodeaba por fuera y lo inundaba por dentro; cuando miraba la bondad de Dios me parecía que superase todos los demás atributos, pero luego, mirando a los otros, los veía a todos iguales en sí mismos, inmensos, inconmensurables e incomprensibles a la naturaleza humana» (Volumen 1°).

«...En un instante el Señor me ha atraído tanto a El, que me he sentido afuera de mí misma en la bóveda de los cielos, junto con Jesús, y me ha dicho estas precisas palabras: “La Fe es Dios”. Esas dos palabras tenían una luz inmensa, imposible de explicar; pero lo diré como pueda. En la palabra “fe” comprendía que la fe es Dios mismo. Así como al cuerpo el alimento material le da vida para que no muera, así la fe da la vida al alma; sin la fe el alma está muerta. La fe vivifica, la fe santifica, la fe espiritualiza al hombre y le hace dirigir la mirada a un Ser Supremo, de modo que nada aprende de las cosas de acá abajo, y si las aprende, las aprende en Dios. ¡Oh, la felicidad de un alma que vive de fe! Su vuelo es siempre hacía el Cielo; en todo lo que le sucede se contempla siempre en Dios y, como en la tribulación la fe la eleva a Dios y no se aflige y ni siquiera se lamenta, sabiendo que no debe tener aquí su contento sino en el Cielo, así, si la alegría, la riqueza, los placeres la rodean, la fe la eleva a Dios y dice para sí: “¡Oh, cuánto más contenta, más rica seré en el Cielo!” Por tanto, las cosas terrenas le dan fastidio, las desprecia y se las pone bajo los pies.

A mí me parece que a un alma que vive de fe, le pasa como a una persona que posee millones y millones, incluso reinos enteros, en el caso de que otra quisiera ofrecerle en cambio un céntimo: ¿qué diría? ¿No lo tomaría a mal, no se lo tiraría a la cara? Añado: ¿y si ese céntimo estuviera todo cubierto de lodo, como son las cosas terrenas? ¿Y si encima ese céntimo se lo diera sólo prestado? Esa persona diría: “Poseo y disfruto de inmensas riquezas, ¿y tú te atreves a ofrecerme ese vil céntimo, tan sucio y sólo por poco tiempo?” Yo creo que retiraría inmediatamente la mirada y no aceptaría el regalo. Así hace el alma que vive de fe, respecto a las cosas terrenas.

Volvamos de nuevo a la idea del alimento. El cuerpo, tomando el alimento, no sólo se sostiene, sino que participa de la sustancia del alimento, que luego se transforma en el mismo cuerpo. Así hace el alma que vive de fe; como la fe es el mismo Dios, el alma llega a vivir del mismo Dios y, alimentándose de Dios, participa de la sustancia de Dios, y participando se va asemejando a El y transformándose en el mismo Dios. Por tanto al alma que vive de fe le

¹ - A menudo la Sierva de Dios vuelve a estos dos sentimientos del alma ante Dios, tan lejano y tan cercano: *el santo temor* (reverencia) y *la confianza del amor*, el sentido de la infinita Majestad de Dios (porque es Señor) y la confianza filial (porque es Padre), su *Justicia* o *Perfección* y su *Misericordia*. Ambos sentimientos caracterizan el espíritu de *siervo* y el espíritu *filial de hijo*. Notemos de dónde parte Luisa y adonde la conduce Jesús.

sucede que: santo es Dios, santa es el alma; potente es Dios, potente el alma; sabio, fuerte, justo es Dios, y sabia, fuerte, justa es el alma, y así todos los demás atributos de Dios. En una palabra, el alma llega a ser un pequeño Dios. ¡Oh, la dicha de esa alma en la tierra, para luego ser aún más dichosa en el Cielo!

Comprendí además que las palabras que el Señor dice a las almas que ama no significan otra cosa, sino: “te desposaré en la Fe”, que el Señor en ese místico desposorio dota las almas de sus mismas virtudes. Me parece que es como dos esposos, que unen lo que ambos poseen: no se conoce ya lo que es del uno y lo que es del otro y los dos son dueños. Sólo que en nuestro caso, el alma es pobre, todos los bienes son por parte del Señor, que la hace partícipe de todo lo suyo. Vida del alma es Dios; la fe es Dios, y el alma, poseyendo la fe, llega a injertar en sí todas las otras virtudes, de modo que la fe está como rey en el corazón y las otras están alrededor, como súbditos que sirven a la fe, de modo que las mismas virtudes, sin la fe, son virtudes que no tienen vida.

A mí me parece que Dios comunica de dos maneras la fe al hombre: la primera es en el santo Bautismo; la segunda es cuando Dios bendito, enviando una partícula de lo que El es al alma, le comunica la capacidad de hacer milagros, como poder resucitar a los muertos, sanar a los enfermos, detener el sol y demás. ¡Oh, si el mundo tuviera fe, se volvería un paraíso terrestre!

¡Oh, qué alto y sublime es el vuelo del alma que se ejercita en la Fe! A mí me parece que el alma, ejercitando la Fe, hace como esos tímidos pajaritos que, temiendo ser atrapados por los cazadores, o alguna otra insidia, ponen sus nidos en las copas de los árboles o en las alturas. Y cuando se ven obligados a comer, bajan, toman el alimento e inmediatamente vuelan a su morada; y alguno más atento toma su alimento y ni siquiera se lo come en el suelo; para estar más seguro se lo lleva a la cima de los árboles y allí se lo come. Así el alma que vive de fe, es tan tímida de las cosas de la tierra, que por temor a cualquier peligro, ni siquiera les dedica una mirada; su morada está en lo alto, es decir, sobre todas las cosas de la tierra y especialmente en las llagas de Jesucristo, y desde dentro de esas santas moradas gime, llora, pide y sufre con Jesús, su Esposo, por la situación y la miseria en que yace el género humano. Mientras que ella vive en esos agujeros de las llagas de Jesús, el Señor le da una partícula de sus virtudes y el alma siente en sí esas virtudes como si fueran suyas, pero nota que, aunque las ve suyas, le es dado poseerlas porque le han sido comunicadas por el Señor. Sucede como a una persona que ha recibido un regalo que ella no tenía; pues bien, ¿qué hace? Lo toma y se lo apropia, pero cada vez que lo mira piensa: “Esto es mío, pero me lo dio esa persona”. Así hace el alma que el Señor, enviándole una partícula de su Ser Divino, la convierte en Sí mismo. Ahora bien, esa alma, como aborrece el pecado, al mismo tiempo compadece a los demás, pide por quien ve que va por el camino de la perdición, se une a Jesucristo, se ofrece como víctima, a sufrir para aplacar la divina Justicia y evitar a las criaturas los castigos merecidos y, si hiciera falta el sacrificio de su vida, oh, con cuánto deseo la daría por la salvación de una sola alma». (Volumen 2º, 28-02-1899)

«Jesús, lleno de bondad, se ha dirigido al Confesor y le ha dicho: *“Quiero que la fe te inunde por todas partes, como esas barcas que están rodeadas por las aguas del mar, y ya que la fe soy Yo mismo, estando inundado por Mí, que todo poseo, y puedo y doy libremente a quien en Mí confía, sin que tú pienses en lo que vendrá y a cuando y como lo harás, Yo mismo, según tus necesidades, me prestaré a socorrerte”*.

Después ha añadido: *“Si te ejercitas en esta fe, como si nadaras en ella, te compensaré infundiendo en tu corazón tres gozos espirituales: el primero es que comprenderás las cosas de Dios con claridad y al hacer las cosas santas te sentirás inundado por una alegría, por un gozo tal, que te sentirás como empapado, y eso es la unción de mi gracia. El segundo es un fastidio de las cosas terrenas, y sentirás en tu corazón una alegría de las cosas del Cielo. El*

tercero es un desapego total de todo y, de lo que antes te sentías atraído, sentirás un fastidio, como ya desde hace algún tiempo estoy infundiendo en tu corazón y tú ya lo estás sintiendo; y por eso tu corazón estará inundado de la alegría que gozan las almas despojadas, que tienen el corazón tan inundado de mi amor, que no reciben ninguna impresión de las cosas que las rodean externamente”» (Vol. 2º, 25-06-1899)

“Hija mía, toda la estabilidad de la fe católica está en la estabilidad de la caridad, que une los corazones y los hace vivir en Mí”. (Vol. 4º, 27-01-1901)

“Hija mía, cuando un alma hace en todo la voluntad de otro se dice que tiene confianza en él, por eso vive del querer del otro y no del suyo. Así, cuando el alma hace en todo mi Voluntad, Yo digo que tiene fe, de modo que el Divino Querer y la fe son ramas brotadas de un mismo tronco, y siendo la fe sencilla, la fe y el Divino Querer producen el tercer ramo, la sencillez, y así el alma llega a adquirir de nuevo en todo las características de la paloma. ¿No quieres ser tú por tanto mi paloma?” (Vol. 4º, 22-11-1901)

“Hija mía, quien se nutre de fe adquiere vida divina, y adquiriendo vida divina destruye la humana, es decir, destruye en sí los gérmenes que produjo el pecado original, adquiriendo de nuevo la naturaleza perfecta, como salió de mis manos, semejante a Mí, y así llega a superar en nobleza la misma naturaleza angélica”.² (Vol. 4º, 02-03-1902)

“Hija mía, el origen de todas las cosas es la fe. El que es fuerte en la fe es fuerte en el padecer. La fe hace encontrar a Dios en todas partes, lo descubre en cada acción, hace tocarlo en cada movimiento, y cada nueva ocasión que se presenta es una nueva revelación divina que la criatura recibe. Por eso, sé fuerte en la fe, que si eres fuerte en ella, en todos los estados y situaciones la fe te dará la fortaleza y te hará que estés siempre unida a Dios”. (Vol. 6º, 20-03-1904)

“Hija, la fe hace conocer a Dios, pero la confianza hace encontrarlo, así que la fe sin la confianza es fe estéril. Y a pesar de que la fe posee inmensas riquezas para que el alma se pueda enriquecer, si falta la confianza se queda siempre pobre y carente de todo”. (Vol. 6º, 29-07-1904)

«Mientras estaba pidiendo según mi costumbre (normalmente lo hago como si lo estuviera haciendo con Nuestro Señor y con sus mismas intenciones), estaba diciendo el Credo y, sin darme cuenta, estaba diciendo que deseaba tener la fe de Jesucristo, para reparar tantas faltas de fe y para pedir que todos tuvieran el don de la fe.

Al decir eso se ha movido en mi interior y me ha dicho: *“Tú te equivocas, Yo no tenía fe ni esperanza, ni podía tenerlas, porque Yo soy el mismo Dios; Yo soy sólo amor”*.

Al oír amor, hubiera deseado tanto poder ser sólo amor, que, sin fijarme, he dicho otra tontería, es decir: *“Señor mío, quisiera ser yo también como Tú, toda amor y nada más”*.

Y El ha añadido: *“Esa es mi intención; por eso a menudo te hablo de la perfecta resignación, porque el alma, viviendo de mi Querer, adquiere el amor más heroico y llega a amarme con mi mismo amor; llega a ser toda ella amor y, siendo toda amor, está en continuo contacto conmigo, de modo que está conmigo, en Mí y hace por Mí todo lo que quiero, y no se mueve ni desea más que mi Querer, en el que está contenido todo el amor del Eterno y en el que ella queda contenida. Y viviendo de esa forma, el alma llega casi a perder la fe y la esperanza, porque llegando a vivir del Querer Divino, el alma ya no se siente más en contacto con la fe y la esperanza. Si vive de su Querer, ¿qué ha de creer si lo ha encontrado y lo ha hecho su alimento? ¿Y qué ha de esperar si ya lo posee, viviendo no afuera de Dios sino en Dios? Por eso la verdadera y perfecta resignación es garantía de segura predestinación y de la posesión cierta que el alma toma de Dios. ¿Has comprendido? Piensalo bien”*.

² - Lo contrario de “vida humana” no es “la Vida Divina”, sino *los desórdenes* que la culpa produjo en la naturaleza humana.

Me he quedado como encantada y decía para mí: “¿Se puede llegar a eso, nada menos?”» (Vol. 7º, 6-11-1906)

“...Ah, hija mía, para tomar plena posesión de mi Voluntad debes reunir en tí todos los estados de ánimo de todas las criaturas y al pasar por un estado de ánimo, así adquieres su dominio. Eso hizo mi Madre y mi misma Humanidad. ¡Cuántas penas, cuántos estados de ánimo estaban reunidos en Nosotros! Mi Madre querida varias veces permanecía en estado de pura fe, y mi gimiente Humanidad quedaba como aplastada bajo el peso enorme de todos los pecados y las penas de todas las criaturas; pero mientras sufría quedaba con el dominio de todos los bienes opuestos a esos pecados y penas de las criaturas, y mi Madre querida quedaba como Reina de la fe, de la esperanza y del amor, dominadora de la luz, para poder dar fe, esperanza, amor y luz a todos. Para dar es necesario poseer y para poseer es necesario reunir en sí esas penas, y con la resignación y con el amor cambiar las penas en bienes, las tinieblas en luz, las frialdades en fuego” (Vol. 15º, 23-05-1923)

“...No es verdad que la Reina Soberana nunca se quedó privada de Mí; separada jamás, pero privada sí, y eso no impedía la alteza de su santidad, sino que la aumentaba. Cuántas veces la dejé en estado de pura fe, porque debiendo ser la Reina de los dolores y la Madre de todos los vivientes, no podía faltarle el rasgo más bello, la gema más fúlgida, que le daba la característica de Reina de los mártires y Madre Soberana de todos los dolores. Esa pena de ser dejada en la pura fe la preparó a recibir el depósito de mis enseñanzas, el tesoro de los sacramentos y todos los bienes de mi Redención, porque mi privación, siendo la pena más grande, pone al alma en condiciones de merecer ser la depositaria de los dones más grandes de su Creador, de sus conocimientos más altos y de sus secretos (...) La Reina Soberana como Madre debía poseer todos los estados de ánimo, por lo tanto también el de pura fe, para poder dar a sus hijos esa fe inamovible que hace dar la sangre y la vida por defender y atestiguar la fe. Si no hubiera tenido ese don de la fe, ¿cómo podía darlo a sus hijos?” (Vol. 19º, 22-08-1926)

La Fe es el camino seguro para unirnos a Dios, a su Voluntad, y apoyados en su Palabra acoger su Don para hacerlo nuestra vida. Eso es tan grande y precioso, que cualquier experiencia extraordinaria sensible o prodigiosa, para confirmar que se tiene y qué es lo que dice ser, le haría más bien sombra en vez de luz y le quitaría credibilidad en vez de dársela. Escribe Luisa:

«Después de eso, estaba pensando: en esta santa Voluntad no se ven milagros, cosas prodigiosas, de las que las criaturas son tan ávidas que recorrerían medio mundo para ver alguna; aquí todo pasa entre Dios y el alma, y si las criaturas reciben, no saben de dónde les viene el bien... De verdad que son como el sol, que mientras da vida a todo, nadie se fija en él. Y mientras pensaba eso, Jesús ha vuelto y ha añadido, pero con aspecto imponente: “¿Qué milagros, qué milagros? ¿Acaso el más grande milagro no es hacer mi Voluntad? Mi Voluntad es eterna y es milagro eterno; nunca termina. Es milagro de cada instante que la voluntad humana tenga continua conexión con la Voluntad Divina. Resucitar a los muertos, dar la vista a los ciegos y demás, no son cosas eternas, son cosas que terminan; por eso se puede decir que son sombras de milagros, milagros fugitivos, comparados con el milagro grande y permanente de vivir en mi Voluntad. Tú no hagas caso a esos milagros; Yo sé cuándo conviene hacerlos y se necesitan”» (Vol. 13º, 12-11-1921)

Por tanto, la Divina Voluntad se vive en pura FE. Se verá por los frutos, a distancia, que no ha sido una ilusión.

28 - «La renuncia a la verdad es letal para la fe» (Benedicto XVI)

La Pontificia Universidad Urbaniana ha dedicado el aula magna al Papa Benedicto XVI con una ceremonia que tuvo lugar el 21 de octubre de 2014, con ocasión de la inauguración del año académico del ateneo. Al acontecimiento participó el arzobispo Mons. Georg Gänswein,

prefecto de la Casa Pontificia, que dió lectura a un mensaje escrito para esa circunstancia por el Papa emérito, de quien el prelado es secretario particular. En dicho mensaje el Papa emérito había escrito entre otras cosas:

«El Señor Resucitado encargó a sus Apóstoles, y por medio de ellos a los discípulos de todos los tiempos, que llevaran su palabra hasta los confines de la tierra y que hicieran discípulos suyos a todos los hombres. El Concilio Vaticano II, tomando nuevamente en el decreto “*Ad gentes*” una tradición constante, ha iluminado las profundas razones de esta tarea misionera y así la ha indicado con renovada fuerza a la Iglesia de hoy.»

«¿Pero vale todavía en serio? –se preguntan muchos hoy día, dentro y fuera de la Iglesia– ¿de verdad la misión es todavía actual? ¿No sería más apropiado encontrarse en el diálogo entre las religiones y servir juntas la causa de la paz en el mundo?»

«La pregunta inversa es: ¿el diálogo puede sustituir a la misión? En efecto, hoy día muchos son de la idea de que las religiones deberían respetarse entre sí y, mediante el diálogo entre ellas, ser una fuerza común de paz. Esa forma de pensar, la mayor parte de las veces presupone que las diferentes religiones sean variantes de una misma y única realidad; que “religión” sea el género común, que toma formas diferentes conforme a las diferentes culturas, pero que de todas formas expresa una misma realidad. La cuestión de la verdad, la que al principio movió a los cristianos más que todo lo demás, aquí es puesta entre paréntesis. Se presupone que la auténtica verdad sobre Dios, en definitiva, sea inalcanzable y que, todo lo más, lo que es inefable se pueda hacer presente sólo con una variedad de símbolos. Esa renuncia a la verdad parece realística y útil para la paz entre las religiones en el mundo. Y sin embargo es letal para la fe. De hecho, la fe pierde su caracter vinculante y su seriedad, si todo se reduce a símbolos, en el fondo intercambiables, capaces de aludir sólo desde lejos al inaccesible misterio de lo divino.»

29 - ¿Cuántos caminos hay de salvación? (<http://lascuredielia.blogspot.it>)

Hace falta distinguir *las personas* que acoger, de *las religiones* que juzgar.

Oyendo ciertas afirmaciones sobre las religiones no-cristianas, inevitablemente uno se pregunta si el que habla todavía cree en Cristo como único Salvador del mundo. Desde luego, nadie se atreve a negarlo de forma explícita y directa; el problema surge cuando se pregunta por qué camino Jesucristo salva a los hombres. Según un dogma fundamental de la doctrina católica, la vía de acceso a la salvación es la fe en El, que conduce al Bautismo; eso afirma el santo Evangelio (cf. Mt 28, 19-20; Mc 16,15-16; Jn 3,3) y, obedeciendo al divino Maestro, así lo ha enseñado siempre la Iglesia, a partir de los Apóstoles (cf. Hechos, 2,38). Tal verdad supone sin duda el deber ineludible de anunciar a todos los hombres la salvación concedida por Dios en su Hijo encarnado, muerto y resucitado, y por consiguiente el llamado a convertirse a El, abandonando las falsas creencias y cambiando de vida.

Lo que la Esposa de Cristo ha hecho siempre en casi dos mil años no es lo que se entiende por *proselitismo*, sino expresión suprema de la caridad misma que su Esposo le comunica.

Desde hace ya medio siglo, sin embargo, basándose en una vaga alusión al Concilio Vaticano II, por lo demás repetida (cf. LG 16; GS 22; AG 7), se va afirmando que habitualmente *Dios salvaría a los hombres aun afuera de los confines visibles de la Iglesia*. Así no solamente la actividad misionera ha terminado en una dramática crisis, sino que buena parte de los fieles ha perdido el sentido y la necesidad de su pertenencia al Cuerpo místico, de una digna y frecuente recepción de los Sacramentos y de una fe operosa, vivida en la observancia de los Mandamientos y en la práctica de las virtudes evangélicas. Se trata precisamente de uno de esos casos en que una pequeña grieta provoca un derrumbamiento de proporciones gigantescas.

De todas formas, aun prescindiendo de sus catastróficas consecuencias, esa idea hoy día universalmente difundida y aceptada, tanto que ha llegado a ser una especie de nuevo dogma indiscutible, no tiene ningún fundamento en la Sgda. Escritura, ni en la Tradición, ni en el Magisterio.

En realidad, lo que nos ha sido revelado es que, «*si uno no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios*» (Jn 3,5). Aun suponiendo que eso sea solamente la forma ordinaria de la salvación y que Dios, para no dejar que innumerables almas se pierdan, haya establecido incluso hipotéticas vías extraordinarias, nosotros no sabemos absolutamente nada de eso. Por honradez intelectual y espiritual debemos reconocer que, en la Revelación divina, de estas últimas no se encuentra traza alguna, mientras que el mandato de evangelizar a las gentes está afirmado de forma absolutamente inequívoca, en teoría y en la práctica. Si el Señor resucitado no ha dicho ni una palabra sobre eventuales posibilidades de tomar contacto con el Misterio pascual sin una fe explícita en El y sin plena pertenencia a la Iglesia, sino que perentoriamente le ha ordenado que predique y bautice para que eso sea posible, ha sido precisamente porque ese problema no nos concierne: de qué forma pueda salvarse quien sin culpa suya ignora el Evangelio... es asunto suyo; en todo caso, nosotros tenemos el deber de anunciárselo.

Y quien incluso afirma que las otras religiones serían otros tantos caminos ordinarios de salvación, evidentemente ha perdido la noción misma de salvación cristiana, la revelada en el Nuevo Testamento como realidad transcendente. Una semejante, crasa herejía barre de un solo golpe el dogma del pecado original y la necesidad de la Redención realizada por el Verbo Encarnado con su muerte en la Cruz.

¿De qué manera, por ejemplo, se salva un hebreo que de antemano rechaza al Salvador? ¿Con su observancia de la Torah cumplida con sólo las fuerzas naturales? Pero «*por las obras de la Ley nunca será justificado ninguno*» (Gál 2,16). La revelación del Antiguo Testamento es claramente inconclusa e invoca ser completada, pero **el HEBRAISMO** lo excluye replegándose a una “salvación” puramente temporal. La Alianza y los dones de Dios, de por sí, son sin duda irrevocables (cf. Rom 11,29), pero ¿quien rechaza al Mesías puede tal vez gozar de ellos todavía? ¿No estarán más bien decaídos para él? El “holocausto” o *shoah* no es una razón pertinente para negar la realidad de hecho: el Hebraísmo se ha vuelto estéril en un formalismo que, excepto casos esporádicos, esconde tibieza religiosa y corrupción moral...

En cuanto al **ISLAM**, incluso una sencilla comparación es impensable. Reaparición de la *gnosis* ebionita superviviente fuera de los confines del Imperio Romano, esta burda falsificación de la fe de Abrahám no tiene en común con nosotros ni siquiera la revelación del Antiguo Testamento. Aparte los rudimentos espirituales que conserva cualquier cultura antigua, los cuales pueden incluso alimentar en algunos una sincera religiosidad natural, lo demás es solamente una ideología de conquista y de sumisión que, sofocando el raciocinio, oprime a masas innumerables controlandolas incluso en la mente. La única diferencia sustancial, respecto al ateísmo de Estado, es que se cree en un Dios presentado como clemente y misericordioso, pero que no ama a nadie ni puede ser amado por nadie, porque es tan distante del hombre que eso sería para él una debilidad; su favor es algo tan imprevisible y arbitrario –para quien cree en él, imaginen para los condenados infieles– que un musulmán permanece toda la vida suspendido en el fatalismo y en una obediencia ciega...: precisamente las exigencias que distinguen algún otro que no es Dios, pero que hace de todo para ser tratado como tal.

Y si vamos a Oriente, la situación empeora. Una filosofía alienante como el **BUDISMO** paraliza el desarrollo y el progreso de los pueblos, para los cuales no hay ayer ni mañana porque ignoran la noción misma de historia y caminan hacia la “paz” de la nada. Con un comportamiento de dudosa coherencia, por lo demás, en varios países asiáticos los monjes

budistas se han revelado violentos e intransigentes defensores de la tradición, sofocando cualquier anhélito de cambio social que ponga en peligro su indiscutido poder sobre la población, condenada eternamente a la aceptación pasiva de la miseria y del abuso –excepto reencarnaciones más afortunadas– merecidos por pecados de vidas pasadas...

Desde luego, ya es algo mejor que el **HINDUISMO**, del cual el **Budismo** ha salido: allí, de la casta en que se nace, nunca se podrá escapar; de todas formas uno puede dirigirse a un santón que, invocando sobre él los espíritus (inmundos), lo arreglará definitivamente para las fiestas, como si no bastasen las enfermedades contraídas en los baños de masa en el Ganges...

¿Hablamos ahora de religiones tradicionales: **animismo**, **vodú** y cosas por el estilo? Mejor no, si no se aman las pesadillas. La literatura misionera rebosa de hombres transformados en pájaros o en serpientes, muertos que caminan, brujos potentísimos... reducidos a la impotencia con sólo el nombre santo de Jesús. Habrá una razón, con buena paz de los teóricos de la inculturización y del diálogo interreligioso a ultranza: donde Cristo avanza, el diablo retrocede.

Ahora que el primero ya no se predica, el segundo corretea indisturbado, gracias a las teorías de esos “teólogos” y “pastores” que han dispersado el rebaño. Pero el que quiera salvarse, sepa que hay una Vía infalible, con tal de que se decida a emprenderla: es la única, la de siempre. Y puesto que lo sabemos desde hace dos mil años, sería realmente de... estúpidos no hacerselo saber también a él.

30 - Una sola Iglesia

“Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella” (Mateo 16,18). *“Simón, Simón, mira que satanás os ha buscado para cribaros como el trigo; pero Yo he pedido por tí, que no desfallezca tu fe; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos”* (Lucas 22,31-32).

No obstante estas palabras tan claras, tantos mezclan fantasías con la realidad, haciendo una exégesis muy “particular” de la Sagrada Escritura, acusando a los demás de paganos y herejes. Sin embargo, los que se consideran cristianos deben saber... quién es el fundador de la Iglesia a la que pertenecen:

– **Los luteranos**: su Iglesia fue fundada en Alemania por Martin Lutero, un ex-monje agustino, ex-católico, en el 1524.

– **Los anglicanos**: el fundador fue Enrique VIII, rey de Inglaterra, en 1534, porque el Papa no le concedió el divorcio para poder casarse con Ana Bolena.

– **Los presbiterianos**: su Iglesia fue fundada por John Knox en Escocia en 1560.

– **Los baptistas**: su Iglesia es del año 1609, cuando a John Smith se le ocurrió fundar esa secta.

– **Los metodistas**: su religión fue organizada por J & C Wesley en Inglaterra, en 1739, cuando decidió separarse de los anglicanos.

– **Los unitarios**: Teófilo Lindley fundó esta Iglesia en Londres, en 1774.

– Los miembros de la Iglesia **episcopaliana**: es un ramo de la Iglesia de Inglaterra, fundada por Samuel Seabury en las colonias que se independizaron (los Estados Unidos), en 1785.

– **Los mormones** (“*los Santos de los Ultimos Días*”): Joseph Smith creó este grupo en Palmyra, New York, en 1830.

– **Los adventistas del séptimo día**: este movimiento fue creado por William Miller, un terrateniente americano, baptista. Questa Iglesia se organizó posteriormente en torno al 1860.

– Los pertenecientes al **ejército de Salvación**: este grupo lo formó William Booth en Londres, en 1865.

– **Los Testigos de Jeová** (confesión no reconocida como “cristiana” por el Consejo Mundial de las Iglesias, ya que no reconoce a Jesucristo como verdadero Dios, sino sólo como hombre): esta congregación fue fundada por Charles Tazé Russell en Pensilvania en 1879.

– Los pertenecientes a la **Cientología Cristiana**: esta otra confesión surgió en 1879, cuando Mary Baker Eddy decidió que hacía falta una nueva religión.

– **Los Pentecostales** (“*las Asambleas de Dios*”): fueron fundadas alrededor del 1914, en Hot Springs, Arkansas (Estados Unidos).

– Otros grupos religiosos, como los “**Evangelistas**”, “**Iglesias de Dios**”, “**Iglesia apóstolica**” o “**Iglesia de Cristo**”: estos grupos fueron fundados hace unos setenta años.

– Mientras que los católicos sabemos que **LA SANTA IGLESIA CATÓLICA** fue fundada por Nuestro Señor Jesucristo el año 33 (cfr. Mt 16,18-19 y Hechos de los Apóstoles).

Se podría decir que en alguna medida, todos los cristianos son miembros de la misma y única Iglesia de Jesucristo. Aun sin saberlo y tantas veces sin quererlo, en cierto sentido están vinculados con la Iglesia Católica, si bien muchos de ellos (incluidos muchos “católicos”) no están en plena comunión con ella. Quien más y quien menos, todos somos responsables con nuestras infidelidades y pecados de las divisiones y de las llagas que sufre el Cuerpo Místico de Cristo.

Y, precisamente porque el Señor quiere la unidad de sus discípulos, por la cual pidió al Padre, y todos los cristianos deseamos la unidad, debemos estar atentos a los que dividen la Iglesia y que de hecho trabajan para sustituirla con otra creada por ellos. Diferente en la doctrina, diferente en la moral, diferente en sus normas y en el culto (liturgia), diferente en la finalidad a la que tiende.

“*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*”, dijo Jesús a Pedro (Mt 16,18). La Iglesia fundada por Nuestro Señor es una sola. Jesucristo no dijo: “sobre este pedregal edificaré mis iglesias”. A El no le gustan las divisiones, El quiere la unidad (Jn 17,21). Es lógico. Puesto que Jesucristo es el único Mediador ante el Padre, la Iglesia debe ser única (cfr. “*Lumen Gentium*”, 8).

“*Jesús, acercándose (a los Apóstoles), les dijo: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Por tanto id y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñandoles a observar todo lo que os he mandado. Y Yo estaré con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos...*” (Mt 28,18).

- 1º, Jesús dice con qué poder sus Apóstoles cumplirán su misión: “*Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra*”. Es decir, con el mismo poder o autoridad de Jesucristo. Es El el que los envía: “*Id por tanto*”.

- 2º. Los Apóstoles reciben de Cristo el mensaje que deben anunciar; ha de ser el que Jesucristo les ha enseñado: “*enseñandoles a observar todo lo que os he ordenado*”. “*El que os escucha a vosotros, a Mí me escucha, el que os desprecia a vosotros, a Mí me desprecia. Y el que me desprecia a Mí desprecia Aquel que Me ha mandado*” (Lucas 10,16).

- 3º. El Señor dice la finalidad de la misión: “*haced discípulos*”. No se trata sólo de predicar, sino de incorporarlos a la comunidad. Dios quiere salvar a los hombres, no individualmente y aislados, sino formando un solo pueblo, un cuerpo (CIC, 781 y 782). Por eso los primeros cristianos “*eran asiduos en escuchar la enseñanza de los Apóstoles*”, de la Iglesia apostólica, y “*el Señor cada día añadía a la comunidad los que eran salvados*” (Hechos, 2,42-47). La Redención consiste en reincorporar los hombres al Hijo de Dios, Jesucristo, a su Cuerpo Místico. Por tanto, la Iglesia es necesaria para la salvación (LG. 14).

- 4º. Jesús precisa el alcance del mandato: “*haced discípulos a todas las gentes*”, es decir, a todos los hombres de todos los tiempos. No excluye a ninguno. Precisamente porque los Apóstoles así lo comprendieron, establecieron sus sucesores. (Cfr. Hechos 1,25 y 1ª Timoteo 4,14). De lo contrario, con su muerte la evangelización habría cesado.

- 5°. Determina como deben efectuar la misión: *“bautizandoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”* (Mc 16,16). El Bautismo y la fe son necesarios para la salvación. Pero nadie puede bautizarse él solo ni darse la fe a sí mismo, es necesaria la Iglesia. A nadie le llega la Revelación y la Salvación sino por medio de la Iglesia.

- 6°. Indica el contenido de su predicación: *“todo lo que os he mandado”*. No recortando sólo algunas cosas y escondiendo otras. No con medias verdades.

- 7°. Les hace una promesa: *“Yo estaré con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos”*.

Por tanto, si Jesucristo comunicó a la Iglesia todo su poder, ¿qué puedo encontrar en otros que no lo encuentre en la Iglesia de Cristo? Si Cristo dio a su Iglesia la misión de enseñar todo, ¿qué pueden añadir otros que sea verdad y que no lo enseñe ya la Iglesia de Cristo?

«Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio a toda criatura; el que crea y sea bautizado se salvará; pero el que no crea se condenará» (Mc 16,15)

31 - Verdadero y falso Ecumenismo

La palabra “ecumenismo” viene de *“Oikoumené”*, palabra griega que indica “el mundo”. “Ecumenismo” significa universal, algo relativo a todo el mundo.

Ahora bien, el ecumenismo (con su significado de universalismo) se entiende en dos sentidos diferentes: **el primero** es que todo el mundo debe recibir la verdad de la Fe y llegar a ser católico; **el segundo** sentido es que todos los hombres se deban unir partiendo de lo que tienen en común.

El primer sentido de ecumenismo es católico, el segundo no es católico.

Que el primer sentido sea católico se ve ya claro por el significado de “católico”, que significa “entero” y se refiere, entre otras cosas, al entero género humano.

El ecumenismo, en el segundo sentido, **no es una cuestión religiosa, sino política**, porque no concierne al bien último del hombre –su salvación eterna– como el catolicismo, sino que mira a su bien en la tierra: a vivir acá abajo unidos y de acuerdo con los demás.

En este segundo sentido, que es mucho más común, el ecumenismo no sólo no corresponde al Catolicismo, sino que es también contrario a él, porque si se busca sólo lo que nos une con otras confesiones cristianas o con otras religiones (como si hubieran otras religiones fuera de la sola verdadera Religión Católica), de esa forma se niega o al menos se pasa por alto y se diluye una verdad de fe tras otra. Al buscar por ejemplo sólo lo que nos une a los luteranos, se cierra los ojos a lo que es la Santa Misa, el Sacrificio de Cristo presente en el altar, se niegan los siete Sacramentos o el culto a la Stma. Virgen; o si se busca lo que tenemos en común con los musulmanes, se niega o se esconde el misterio de la Santísima Trinidad y la divinidad y la misión salvífica de Nuestro Señor Jesucristo, que sin embargo son el núcleo esencial de la verdadera Fe.

Así los católicos se vuelven sal sin sabor y luz que no ilumina, y su Fe queda aguada en una especie de vago cristianismo para homogeneizarse con las demás confesiones, o bien al contacto con las otras religiones se reduce a una especie de vago humanismo... ¡para ser aceptados por todos! ¡Eso es traicionar el fin de la Encarnación, de la vida, de la pasión y muerte en la Cruz de Nuestro Señor!

Quien pretende sostener ese falso ecumenismo, que busca compartir lo que es común a todos, diciendo que eso es amor, que a fin de cuentas es el fin de nuestra vida, y que el mismo Dios es amor y las Tres Divinas Personas son un misterio de amor, no se da cuenta de que el amor procede de la verdad, porque no se ama lo que no se conoce. Sin duda, compartir todo lo que tenemos en común con los demás es en alguna forma amor, pero hay también tantas otras cosas que no podemos compartir, y precisamente esas cosas son las que debemos poner en claro para no engañar ni engañarnos: lo primero es el amor a la Verdad.

No basta tener en cuenta “lo que nos une”, sino que también es necesario considerar lo que nos divide y por qué nos divide. El conocimiento precede por lógica al amor: antes viene la verdad, antes de amar debo saber qué es lo que amo y cómo amo. Si un borracho me pide cien euros y yo se los doy, no le hago un bien, eso no es amor porque no lo ayudo, sino que colaboro con su vicio o a su mal.

La Fe (conocimiento sobrenatural) precede **la Caridad** (amor sobrenatural). El objeto de la Fe es Dios, y no podemos amarlo con amor de Caridad si no lo conocemos con la Fe. Porque en el misterio de la misma Santísima Trinidad, el conocimiento del Padre, que es el Hijo, precede su recíproco amor que es el Espíritu Santo. Hay un orden en Dios, en las Tres Divinas Personas; el Espíritu Santo no precede al Hijo, sino que “procede” del Padre y del Hijo: es su recíproco Amor. Así su Amor es consecuencia de su Conocimiento.

Por eso se equivocan los que dicen que “basta amar”; es necesario poner en primer lugar el amor a la Verdad, porque sólo de ésta puede nacer el verdadero Amor. Por tanto la fe precede la caridad; la verdad viene antes que el bien.

El verdadero ecumenismo católico parte de la proclamación del Evangelio. La primera tarea de la Iglesia es enseñar la Fe: mediante la Fe la Iglesia posee la Verdad revelada, absoluta e inmutable, y debe enseñarla a los demás para su salvación. *“Sin la fe es imposible ser aceptados por Dios; de hecho quien se acerca a El debe creer que El existe y que recompensa a los que lo buscan”* (Hebreos 11,6). Para salvarse hace falta conocer a Dios con la fe y amarlo con las obras vivificadas por la Caridad, para glorificarlo primero en esta vida y luego en el cielo.

El falso ecumenismo se lleva a cabo mediante el llamado **“diálogo”**, una especie de intercambio con el otro, a partir de la idea de que la verdad no se descubre sino que se construye, que la verdad es por tanto relativa y se considera como menos importante que el mismo diálogo, o el ponerse de acuerdo, que eso sería amor.

Frente a este concepto de **diálogo**, hay que decir que la santa Iglesia Católica es la depositaria de la Verdad recibida de Dios, la Verdad por completo. Las palabras del Señor, las verdades de la Fe no dependen del hombre, son inmutables y jamás podrán cambiar: *“el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”* (Lc 21,33), ni siquiera una coma cambiará, y ningún hombre de Iglesia tiene el poder de cambiar la más pequeña verdad de Fe.

Ahora bien, la santa Iglesia Católica ha recibido del Señor el mandato de predicar esta Fe, como termina el Evangelio de san Mateo: *“Id y predicad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñandoles a observar todo lo que os he mandado”*; el de san Marcos: *“Id a todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura, el que crea y sea bautizado será salvado, y el que no crea será condenado”*; y el de san Lucas: *“Cristo tenía que padecer y resucitar y en Su nombre serán predicados a todas las gentes la conversión y el perdón de los pecados”*.

Estas palabras conclusivas de los evangelios indican la misión de la Iglesia, que debe anunciar el Evangelio a todos los hombres, para que conozcan lo que el Señor ha enseñado y ha hecho, cambiando para siempre la faz de la tierra y determinando el destino eterno de cada hombre, desde el comienzo de los tiempos hasta el fin del mundo. Este mandato es el mismo “oficio” de Nuestro Señor Jesucristo, en su triple prerrogativa de Maestro, Sacerdote y Rey: el oficio de enseñar, de santificar y de gobernar, del cual hace partícipe a su Cuerpo Místico, que es su Iglesia.

Enseñar la Fe, por tanto, es una misión, una tarea, un deber de la Iglesia y de sus pastores: *“ay de mí si no predicase el Evangelio”* (1ª Cor 9,16), dice San Pablo. Enseñar la Fe significa que la Iglesia, que posee la Verdad, debe hacerla conocer a quien no la posee y la ignora, para que conociéndola pueda tener la Vida. No es un proceso interminable de diálogo, de discusión, de interesarse la Iglesia de las opiniones y doctrinas de quien está en el error, y

tratar juntos de reunir lo verdadero y lo falso para estar de acuerdo, una convivencia puramente terrena. “*No os dejéis vincular al yugo extraño de los infieles, ¿pues qué relación puede haber entre la justicia y la iniquidad, o qué unión entre la luz y las tinieblas? ¿Qué acuerdo entre Cristo y Belial, o qué colaboración entre un fiel y un infiel?*” (2ª Cor 6,14-15). El que dialoga con un loco, más loco es él.

Enseñar la Fe es comunicar la Verdad, la única Verdad sobrenatural y absoluta, que es el mismo Jesucristo, el cual ha dicho: “YO SOY LA VERDAD”, para que cada hombre llegue al conocimiento de la misma y sea salvado.

32 - Fuera de la Iglesia no hay salvación

“Uno solo es Dios y uno solo el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús” (1ª Tim 2,5).

Y el Concilio de Florencia, Sesión XI, el 4 de febrero de 1442 dice: “La Sacrosanta Iglesia Romana firmemente cree, profesa y enseña que ninguno de aquellos que estan fuera de la Iglesia Católica, no sólo paganos, sino también judíos o herejes o cismáticos, pueden alcanzar la vida eterna, sino que irán al fuego eterno, preparado para el demonio y sus ángeles (Mt 25,41), si antes del final de la vida no habrán sido añadidos a ella; y que es tan importante la unidad del cuerpo de la Iglesia, que sólo a quienes permanecen en ella les aprovechan para la salvación los Sacramentos eclesiásticos, los ayunos y demás obras de piedad, y los ejercicios de la milicia cristiana que procuran los premios eternos. Nadie, por más limosnas que haya hecho, e incluso si hubiera derramado la sangre por el nombre de Cristo, puede salvarse si no permanece en el seno y en la unidad de la Iglesia Católica”.

Tales afirmaciones parecerían por lo menos “fundamentalistas”: sin embargo ¿puede ser negada o declarada superada una afirmación dogmática? Sin ir al extremo, desde luego heterodoxo, de no pocos teólogos modernos, ¿quién comparte hoy día literalmente la afirmación del Concilio de Florencia?

Un dogma no puede ser cancelado como superado. El documento citado (la bula “*Cantate Domino*”) es de tipo dogmático, puesto que en cada párrafo repite: “*La sacrosanta Iglesia Romana... firmemente cree, profesa y enseña...*”

¿De dónde viene ese “diluir” la Iglesia Católica en algo más grande y amplio, donde no entran solamente “los hermanos separados” (separados, no en cuanto hermanos, por lo que han conservado en común con la Iglesia, sino por lo que no han conservado), sino que entran también los hebreos, los musulmanes, los hindúes, los budistas, etc., como miembros de igual dignidad y eficacia en vistas a una salvación? (...¿pero cuál salvación?)

Viene, es lógico, de rechazar a Jesucristo como el único Mediador entre Dios y los hombres. Y eso, ¿de dónde viene? Del no reconocer a Jesucristo como el verdadero Hijo de Dios que se ha hecho Hombre: esta repetida afirmación suya con palabras y con obras (cfr. todo el Evangelio de Juan) fue entonces el motivo por el que oficialmente fue rechazado por las autoridades religiosas de Israel y condenado a muerte: “*El Padre y Yo somos una sola cosa*”. Los Judíos llevaron de nuevo piedras para lapidarlo. Jesús les respondió: “*Os he mostrado muchas obras buenas de parte de mi Padre: ¿por cuál de ellas me quereis lapidar?*” Le respondieron los Judíos: “*No te lapidamos por una obra buena, sino por la blasfemia, porque tú, que eres hombre, te haces Dios*” (Jn 10,30-33).

En el fondo es el mismo motivo de ahora. Se le quiere reducir al nivel de otros “maestros” espirituales de la humanidad (pero “*uno solo es vuestro Maestro: el Cristo*”). Con Pedro debemos gritar: “*Señor, ¿a quién iremos? ¡Tú sólo tienes palabras de Vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Santo de Dios!*” (Jn 6,68-69). “*Este Jesús es la piedra que vosotros, los constructores, habeis descartado, que ha llegado a ser la piedra*

fundamental. En ningún otro hay salvación; no hay otro nombre dado a los hombres bajo el cielo por el que esté establecido que podamos ser salvados” (Hechos, 4,11-12).

Pues bien, para pertenecer a la que Jesús ha fundado llamandola “mi Iglesia” (Mt 16,18) es necesario compartir su Fe, es decir, acoger a Jesucristo como el único verdadero Dios, que se ha hecho verdadero Hombre y nos ha redimido. Y esta acogida o Fe es necesaria para todos en la medida en que a cada uno es dada la posibilidad de conocer este Anuncio o “Buena noticia”, y en la medida en que cada uno es capaz de responder. Por eso Jesús dijo antes de su Ascensión: *“Id y enseñad a todas las naciones (¡...dijo “enseñad” y no “dialogad”! El diálogo es para otras cosas), bautizandolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñandoles a observar todo lo que os he mandado*” (Mt 28,19-20). *“Id a todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura: el que crea y sea bautizado será salvado, pero el que no crea será condenado*” (Mc 16,15-16).

Hay que notar que la condena es para quien se niega a creer, no para el que no sabe. Entonces hace falta decir que, mientras que aquí en este mundo, la Iglesia está formada solamente por quien ha recibido el Bautismo y ha acogido la Fe de la Iglesia, sin negarla en ninguna verdad, en el otro mundo la única Iglesia (gloriosa, o bien purgante en modo transitorio) está formada no solamente *“por nuestros hermanos difuntos, sino también por todos los justos que han muerto en paz contigo*”, como dice el Sacerdote en la Misa (segundo cánon): y estan todos reconciliados con Dios exclusivamente gracias a la Sangre de Cristo, el Redentor, el único Mediador; una Redención que ha de ser libremente acogida por cada ser humano mediante un consentimiento de alguna forma a la Voluntad de Dios, al final de su vida. Es lo que se podría llamar un bautismo “de deseo” implícito: es decir, la criatura debe tener en su conciencia una actitud tal ante su Creador, que la haga estar dispuesta a responder que sí a Dios apenas llega a saber de El. Es lo dice el Concilio Vaticano II: la Iglesia estará cumplida en la gloria del Reino, y entonces *“todos los justos, a partir de Adán, desde el justo Abel hasta el último elegido, serán reunidos con el Padre en la Iglesia universal*” (*Lumen Gentium*, 5).

Por eso, en el otro mundo no existe más que una sola Religión, una sola Santa Iglesia, mientras que en este mundo el proyecto masónico (¡nada de “ecuménico”!) de hacer de todas las religiones –incluida, naturalmente, la católica– una sola, ¡es una herejía, una blasfemia, una locura! Es verdad que *“Dios nuestro salvador quiere que todos los hombres se salven”*, pero añade *“y que lleguen al conocimiento de la Verdad”* (1ª Tim 2,3). Y dice también San Pablo: *“Me toca tal vez a mí juzgar a los de afuera? ¿No son los de dentro los que vosotros juzgais? Los de afuera los juzgará Dios”* (1ª Cor 5,12).

El Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 811-870, y en particular los nn. 846-848 (*“Fuera de la Iglesia no hay salvación”*) confirma todo lo dicho.

“Conserva el depósito [de la Fe], evita las palabrerías profanas y las objeciones de la que se dice ciencia, profesando la cual algunos se han desviado de la Fe” (1ª Tim 6,20-21). *“Trata de comprender lo que quiero decir: el Señor te dará sin duda inteligencia para cada cosa”* (2ª Tim 2,7).

33 - Jesucristo no es opcional (de un artículo de Doménico Savino, del 28.12.2005)

¿Qué quiere decir *diálogo*? ¿Quiere decir *dialéctica*? ¿Quiere decir *síntesis superior de tesis* en un primer momento opuestas? ¿Quiere decir que la Verdad *se construye* en el mundo según una lógica –por así decir– hegeliana? ¿O bien al contrario, que la Verdad nos ha sido revelada y a nosotros nos toca comprenderla, es decir, hacerla nuestra?

Tal vez sea prolijo, ¿pero quién es Dios para nosotros los católicos?

Puedo dialogar con **los hindúes**, pero para mí Dios es *«el Ser perfectísimo creador y Señor»* ¿O no!? Y Dios es uno solo, pero en tres Personas iguales y distintas, que son la Santísima Trinidad y se llaman Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y Jesucristo es la segunda

Persona de la Santísima Trinidad, o sea, el Hijo de Dios, que se ha hecho hombre para salvarnos, es decir, redimirnos del pecado y darnos nuevamente el paraíso. Y lo ha hecho muriendo en la cruz y resucitando al tercer día. Y el hombre es un ser racional formado de alma y cuerpo. Muere y un día resucitará: ¡con el cuerpo! Y el mundo es creado por Dios y es diferente de Dios. ¡Creado –digo–, no emanado!

Puedo dialogar con las personas, pero el diálogo presupone una identidad.

Ahora bien, **el hinduismo**, por ejemplo, es –se me permita la comparación– una gigantesca ecuación cósmica que se simplifica, reduciéndola a Unidad, en la que *Atman*=*Brahman*, que quiere decir: el Sí, o sea, la esencia del Yo, es igual a Dios. De ninguna manera el dios hindú es el Dios cristiano. No lo es de la manera más absoluta.

En el hinduismo el hombre es algo así como las muñequitas rusas (“*matrioskas*”), una serie de cuerpos, uno dentro del otro, cada vez más etéreos, de los que hace falta liberarse, siendo cada vez más conscientes, para dilatar el «vacío de dentro» (el sí, o *Atman*) en el «vacío cósmico» (*Brahman*). El yoga sirve precisamente para eso: las posturas físicas (o *ásana*) actúan sobre el cuerpo físico y consienten obrar mediante la respiración y la concentración (que pertenecen al cuerpo sutil) en los estratos más profundos del «ser» (con reflejos también en el físico) para hacer que el sujeto llegue a la plena conciencia de sí, o sea, a tomar conciencia de que él no es más que una ilusoria estructura física y etérea de la que se ha de liberar, porque impide precisamente al vacío interior reunirse en el «*Samadhi*» (éxtasis o contemplación) al gran vacío cósmico.

Filosofía sugestiva, ¿pero qué tiene todo eso que ver con Cristo? ¿Qué tiene que ver con la salvación? Si yo soy Dios, ¿qué tiene que ver Cristo? Si existe sólo una indistinta «energía» cósmica que se coagula en densidades informales, sutiles o físicas, para luego disolverse sin fin, sin tiempo, sin finalidad, en un juego eterno de formas que hacen la «realidad», el «mal», el «bien», la «vida» y la «muerte» sólo «*maya*», es decir apariencia, ¿cuál es el papel de Cristo?

Con **el hinduismo**, después de haber visto las respectivas incompatibles diferencias, ¿de qué vamos a dialogar? Podemos profundizar, analizar, intercambiarnos experiencias, pero si el diálogo no se quiere limitar al ámbito cultural (sin duda apreciable y deseable), para entrar en la dimensión de la existencia de una «verdad», entonces o el hindú se convierte y se hace cristiano o el cristiano se hace hindú (creyendo tal vez que permanece cristiano e incluyendo a Cristo en el panteón hindú, al lado de Krishna o acaso de Shiva el disolutor).

El budismo, nacido como una gran «herejía» del **Brahmanismo**, se ha desarrollado también como doctrina universal del rescate y de la salvación del dolor y se mueve en una idea análoga, siendo su finalidad la de una auto-redención del hombre para liberarse del pesado yugo de las reencarnaciones a través de las cuatro verdades fundamentales de la existencia:

a) la realidad de la existencia personal y del mundo exterior es dolor, y consiste en la repetición invariable de sus condiciones: nacimiento, enfermedad, muerte, carencia de lo que se desea, unión con lo que no nos gusta, separación de lo que se ama;

b) el origen del dolor es el deseo de existir, la necesidad del placer y también el sentir que nos rechaza;

c) esta sed que es causa de volver a nacer tantas veces se ha de extinguir en el Nirvana (el deseo se ha de eliminar);

d) la vía que conduce a apagar el dolor es el *Dharma* (es decir, los «ocho senderos»).

Qué pena que el budismo sea esencialmente ateo y –como me recordaba un amigo– «los mismos budistas declaran abiertamente que no creen en Dios. En efecto, respondiendo el Dalai Lama a la pregunta: ‘pero la doctrina budista puede coexistir con el marxismo?’, dijo: ‘Desde mi punto de vista se puede decir con certeza que la teoría socialista se acerca mucho a

la doctrina budista. Hay un común interés por las masas, por la gente pobre. Budismo y socialismo niegan los dos la existencia de un ser superior creador del universo».

¿Va mejor el diálogo con las así llamadas religiones monoteístas?

Empecemos por el **Islam**. Sin duda sus categorías espirituales son más cercanas a nosotros que las de los orientales, pero como los musulmanes parten del presupuesto de que nosotros hemos falsificado las Escrituras y que no fue Jesús, sino un sosia, el que murió en la cruz, sucede que difícilmente el diálogo puede ir más allá del nivel de compartir algunas normas de ética común. Y no vale –está claro– decir que de todas formas los musulmanes creen en nuestro mismo Dios. Creer en un Dios personal no es lo mismo que creer en un Dios Personal y Trinitario.

Es la misma objeción que se hace al **hebraísmo**, el cual también comparte con nosotros casi todos los libros del Antiguo Testamento. Los judíos en realidad no creen en nuestro Dios. Sé que muchos se escandalizarán, pero si la íntima vida trinitaria es el amor entre el Padre y el Hijo, si no se conoce el Hijo, que es Dios, ¿cómo es posible decir que se conoce a Dios?

Cuando los fariseos dijeron: «¿Dónde está tu padre?», Jesús respondió: «*vosotros no me conocéis a Mí ni al Padre; si me conocierais a Mí, conoceríais también a mi Padre*».

Y más adelante: «Le dijeron entonces: ‘¿tú quién eres?’ Jesús les dijo: ‘*Precisamente lo que os digo. Tendría muchas cosas que decir y que juzgar de vosotros; pero Aquel que me ha mandado es veraz, y Yo digo al mundo las cosas que he oído de El*’. No entendieron que El les hablaba del Padre. Dijo entonces Jesús: ‘*Cuando habreis levantado al Hijo del hombre, entonces sabreis que Yo Soy y que no hago nada por Mí mismo, sino como me ha enseñado el Padre, así yo hablo. Aquel que me ha mandado está conmigo y no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre las cosas que son de su agrado*» (Jn 8,19 e 25-29).

Los judíos no reconocen el Verbo de Dios, sino que lo reniegan, y Jesús por eso fue condenado a muerte.

La pregunta que hoy Cristo nos hace es la misma que hizo a sus discípulos: «¿Quién decís vosotros que soy Yo?». Respondió Simón Pedro: «*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente*».

Es la misma pregunta que el sumo sacerdote a su vez hizo a Jesús: «‘Te conjuro, por el Dios viviente, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios’. –‘*Tú lo has dicho*, respondió Jesús, *es más, Yo os digo: a partir de ahora vereis al Hijo del hombre sentado a la diestra de Dios, venir sobre las nubes del cielo*’. Entonces el sumo sacerdote se rasgó las vestiduras diciendo: ‘¡ha blasfemado! ¿Qué necesidad todavía tenemos de testigos? Ya habeis oido la blasfemia; ¿qué os parece?’. Y aquellos respondieron: ‘¡es reo de muerte!’»

No por otra cosa «las autoridades hebreas con sus secuaces decidieron la muerte de Cristo», ¡no por otra cosa! ¡Porque se había declarado Dios e Hijo de Dios! Son palabras –las citadas entre comillas– de la Declaración «*Nostra Aetate*», sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no-cristianas (un documento del Vaticano II), precisamente para evitar la objeción que ya es clásica acerca de las nuevas relaciones entre el judaísmo y el cristianismo. Porque aquí, una de dos: o Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios o no lo es. No cabe otra.

Así como es inútil afirmar que el cristianismo, el islam y el hebraísmo son «las religiones del libro». Al menos si somos católicos, sabemos que no es verdad en absoluto, como enseña el Catecismo de la Iglesia Católica en el n. 108 y el nuevo compendio en el n. 18 (citando a san Bernardo de Claraval): «*La fe cristiana sin embargo no es una ‘religión del Libro’.* *El cristianismo es la religión de la ‘Palabra’ de Dios: es decir, de una ‘palabra’ que no es ‘una palabra escrita y muda, sino el Verbo encarnado y viviente’.* *Para que las palabras de los libros sagrados no se queden en letra muerta, es necesario que Cristo, Palabra eterna del Dios vivo, por medio del Espíritu Santo nos revele el significado para que comprendamos las Escrituras*».

Cristo es la piedra de tropiezo contra todo intento y todo atrevimiento de procurarnos nosotros solos nuestra salvación, de fabricarnos nosotros mismos nuestros dioses: «*No me habeis elegido vosotros a Mí, sino que Yo os he elegido a vosotros*».

¿Acaso somos ofensivos y provocadores, diciendo eso? Esto que decimos es como el argumento empleado por el rabino jefe de Roma, el dr. Riccardo Di Segni, que saca todas las consecuencias:

«Aquí está el nudo actual del diálogo y de la confrontación. ¿Para qué sirve el que hablemos? Lo que de verdad da fastidio a los hebreos es que haya sido dicho en documentos oficiales católicos que la finalidad del diálogo es convertir al interlocutor a la propia fe. Y si hicieramos nosotros también lo mismo, si usáramos cada ocasión de confrontación para convencerlos de que estais, sí, en el buen camino, pero que teneis que ‘purificar’ vuestra fe eliminando lo que para vosotros es esencial? La pregunta que entonces se pone es si existen alternativas a este diálogo entre sordos, que corre el riesgo de ser irrespetuoso e indecoroso para la dignidad de cada uno. Puedo intentar imaginar dos escenarios, diferentes pero no por fuerza contradictorios. El primero es de tipo esencialmente teológico, el segundo sobre todo político. La primera solución se refiere a la posibilidad de elaborar por ambas partes una doctrina que podríamos llamar, con un nombre indicativo, de salvación paralela. Los cristianos deberían llegar a admitir que los hebreos, por motivo de su elección originaria e irrevocable y de la posesión y de la observancia de la ‘Torà’, poseen una vía suya autónoma, plena y especial hacia la salvación que no necesita a Jesús».

Para quien se dice cristiano resuenan ineludibles las palabras de Nuestro Señor: «*Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio a toda criatura; el que crea y sea bautizado se salvará; pero el que no crea se condenará*» (Mc 16,15-16). Y estas otras: «*Id y predicad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñandoles a observar todo lo que os he mandado*» (Mt 28,18).

Ya comentó estupendamente el cardenal Biffi: «*Es una orden precisa del Señor y no admite derogación alguna. El no nos ha dicho: predicad el Evangelio a toda criatura, excepto a los musulmanes, a los hebreos y al Dalai Lama*».

Y todo eso no por ánimo malvado, por fundamentalismo tradicionalista o por voluntad de ofender o provocar, sino para no hacer inútil la cruz de Cristo y la espera de su Venida gloriosa prometida. No vaya a suceder una vez más que, mientras otros vengan de Oriente para adorarlo, los suyos no lo reconozcan.

34 - Profecías de la Beata Anne Katherine Emmerich

“*Ví una fuerte oposición entre dos Papas... y ví cuán funestas habrían sido las consecuencias de esa falsa Iglesia... La cual se hacía cada vez más grande; herejes de todas clases llegaban a la ciudad de Roma; los clérigos acrecentaban su propio lucro, había una gran oscuridad... Ví que la Iglesia de Pedro era minada por el plan de una secta*”. “*La Iglesia se halla en gran peligro. Debemos pedir para que el Papa no se vaya de Roma, vendrían males innumerables si lo hace... Cuando esté ya cerca el reino del Anticristo, aparecerá una religión falsa que irá contra la unidad de Dios y de su Iglesia. Eso causará **el cisma más grande** que se haya visto nunca en el mundo*”.

“*Tuve otra visión de la gran tribulación. Los clérigos pedían un permiso que no se podía dar. Ví algunos sacerdotes ancianos, especialmente uno, que lloraba y se dolía amargamente; algunos pocos jóvenes también se quejaban. Pero otros, especialmente los herejes, rápidamente acogieron la petición. Era como si la gente estuviera dividida en dos bandos...*”

“*Ví que un cierto número de pastores aceptaban ideas peligrosas para la Iglesia. Construían una grande, extraña y extravagante Iglesia. Cualquiera era aceptado para unirse y tener los mismos derechos: protestantes, católicos, sectas de cualquier credo. Así había de ser la Nueva Iglesia... **pero Dios tenía otros proyectos...***”

“VÍ otra vez esa enorme y extraña Iglesia que construían allá, en Roma. No había en ella nada de santo. Ví eso, pero también otro movimiento guiado por eclesiásticos, en el que colaboraban Angeles, Santos y otros cristianos.”

“Pero allí, en la extraña Iglesia grande, todo el trabajo era hecho mecánicamente según reglas establecidas y formuladas. Todo era hecho según la razón humana... Ví toda clase de gente, de cosas, doctrinas y opiniones. Había un cierto orgullo, presunción y violencia, y parecía que tenían éxito en todo. No ví ni siquiera un Angel, ni tampoco un Santo ayudando en aquel trabajo. Pero en lo más profundo de la tierra ví a un pueblo salvaje armado de lanzas, y una figura que reía y decía: “Edificadla lo más sólida que podais, que nosotros la destruiremos”. Ví otra vez la nueva y desordenada Iglesia que intentaban hacer... En ella no había nada de santo. Había gente que amasaba el pan en una cripta bajo aquella Iglesia; pero no habría alabado, ni recibido el Cuerpo de Nuestro Señor, habría sido sólo pan. Los que estaban involuntariamente en el error, y los que piadosa y ardientemente deseaban el Cuerpo de Cristo, habrían sido consolados, pero no por medio de la Hostia Santa. Entonces mi Guía (Jesús) dijo: “Esto es una Babel”. Ví cosas deplorables: ví a gente que jugaba, bebía y conversaba en la Iglesia; incluso coqueteando con mujeres. Toda clase de abominios allí se cometían. Los sacerdotes permitían todo y celebraban la Misa con mucha falta de respeto. Sólo quedaban algunos pocos piadosos... Todo eso me causó mucha angustia.” (Profecías, 22 de abril de 1823)

35 - 30 ideas peligrosas de la extraña y extravagante iglesia

- 1) Se ha difundido la tendencia a anteponer la pastoral a la doctrina.
- 2) Se piensa que ya no pueden haber preceptos absolutos.
- 3) Que entre historia sagrada e historia profana no hay diferencia.
- 4) Que la moral tradicional de la Iglesia sobre la sexualidad esté ya superada.
- 5) Que nunca se pueda juzgar y por lo tanto valorar a la luz de la Fe y de la razón, ninguna situación objetiva de la vida.
- 6) Que pueda ordenar sacerdotes a hombres casados y ordenar “diáconos” (y tal vez incluso sacer-dotes) también a mujeres.
- 7) Que los obispos y los párrocos son verdaderos cristianos si hablan (siempre y sólo) de inmigrantes, de pobres, de ecología, de política, de cuestiones sociales, en vez de hablar de pecado, de muerte, de juicio, de infierno y paraíso.
- 8) Que el centro de la vida cristiana sea la misericordia aun sin la verdad y la justicia.
- 9) Que la distinción entre pecado mortal y pecado venial sea una sutileza legalística.
- 10) Que Dios en Cristo ya nos ha salvado a todos y que el infierno y el demonio son un mito, así como el pecado original, los milagros y la misma creación del mundo y de Adán y Eva.
- 11) Que la Iglesia no tenga una superioridad por ningún motivo en cuanto a poseer la Verdad.
- 12) Que los divorciados otra vez casados puedan recibir la Eucaristía.
- 13) Que los católicos puedan aprobar y votar las leyes sobre el divorcio, el aborto, la eutanasia, la fecundación artificial, las uniones civiles y el matrimonio entre homosexuales, y que la Iglesia no tiene que pretender influir en las leyes del estado, para salvaguardar su laicidad, excepto si se trata de leyes sobre la inmigración.
- 14) Que la Iglesia no diga que no a nada, sino que se debe limitar a acoger y a acompañar.
- 15) Que los dogmas evolucionan.
- 16) Que la Iglesia deba abrirse no sólo a todos sino a todo.
- 17) Que tener dudas sobre las verdades de fe sea cosa buena para la misma fe.
- 18) Que obedecer a Dios por deber sea traicionar el Evangelio.
- 19) Que la verdadera Mesa Eucarística no es el Altar, sino los pobres, y que en lugar de hablar de *transustanciación* hemos de hablar de *transfiguración* o *transignificación* (o sea, que

Jesús no está total y realmente presente, vivo y verdadero, en la Eucaristía, sino sólo en espíritu).

- 20) Que no hay que hacer prosélitos, porque eso es “una tontería”.
- 21) Que la misión no hay que entenderla como convertir a los demás, llevando a todos a Jesús, el Camino, la Verdad y la Vida, sino como conversión de uno mismo (“*¡la Iglesia se tiene que convertir!!!*”) y como conocimiento de otras culturas y dinámicas sociales que adquirir para nuestra fe, para encarnarla en las culturas y enriquecerla.
- 22) Que la Iglesia deba escuchar al mundo y no juzgarlo y que deba hacer propio el lenguaje del mundo (que la Iglesia tenga mucho que aprender del mundo).
- 23) Que la fidelidad a la doctrina sea contraria a la misericordia.
- 24) Que se deba promover un descentramiento doctrinal (una misma ley de Dios pueda ser interpretada de modo diverso de una nación a otra, porque no son los hombres los que se deben adaptar a la Ley de Dios sino al contrario).
- 25) Que se deba colaborar con todos.
- 26) Que lo importante es caminar unidos en tantas cosas, sobre todo con los protestantes (debemos llegar finalmente a la intercomuni3n), independientemente de las doctrinas.
- 27) Que Lutero haya sido una medicina para la Iglesia y que debemos dar gracias al Se3or por la Reforma protestante.
- 28) Que la doctrina no hay que presentarla toda junta.
- 29) Que preocuparse por la fidelidad doctrinal sofoca el impulso del Esp3ritu Santo y la caridad.
- 30) Que no podemos saber lo que ha dicho realmente Jes3s en el Evangelio “porque en quel tiempo no hab3a grabadoras”.

“As3 hab3a de ser la nueva Iglesia... pero Dios ten3a otros proyectos...”
“Pero las potencias del infierno no prevalecer3n sobre Ella” (Mt 16,18).

Quien es verdadero cat3lico sabe lo que dice el Catecismo, el cual en el cap3tulo “La 3ltima prueba de la Iglesia” dice:

675 - Antes de la venida de Cristo, la Iglesia ha de pasar a trav3s de una prueba final que sacudir3 la fe de muchos creyentes. La persecuci3n que acompa3a su peregrinaci3n sobre la tierra revelar3 el «misterio de iniquidad» bajo la forma de una impostura religiosa que ofrece a los hombres una soluci3n aparente de sus problemas, al precio de apostatar da la verdad. La m3xima impostura religiosa es la del Anticristo, es decir, uno falso mesianismo en el que el hombre se glorifica a s3 mismo en lugar de Dios y de su Mes3as venido en la carne.

676 - Esta impostura anticr3stica ya se delinea en el mundo cada vez que se pretende realizar en la historia la esperanza mesi3nica que no puede ser llevada a cumplimiento sino m3s all3 de ella, a trav3s del ju3icio escatol3gico; tambi3n en su forma mitigada, la Iglesia ha rechazado esa falsificaci3n del reino futuro bajo el nombre de milenarismo, sobre todo en la forma pol3tica de un mesianismo secularizado «intr3secamente perverso».

677 - La Iglesia no entrar3 en la gloria del Reino mas que a trav3s de esa 3ltima pascua, en la que seguir3 a su Se3or en su muerte y resurrecci3n. El Reino no se cumplir3 por tanto mediante un triunfo hist3rico de la Iglesia seg3n un progreso ascendiente, sino mediante una victoria de Dios sobre el 3ltimo desatarse del mal que har3 descender del cielo a su Esposa. El triunfo de Dios sobre la revuelta del mal tomar3 la forma del 3ltimo ju3icio despu3s del 3ltimo trastorno c3smico de este mundo que pasa.

“¿Por qu3 haceis tanto ruido y llorais? La ni3a no est3 muerta, sino que duerme” Y se mofaban de El. Pero Jes3s, echando afuera a todos, tom3 con El al padre y a la madre de la ni3a y a los que estaban con El, y entr3 donde estaba la ni3a. La tom3 de la mano y le dijo:

“¡*Talita qum!*”, que significa: “*Niña, yo te digo, ¡levántate!*”. Enseguida la niña se levantó y se puso a andar; tenía doce años. (Mc 5,39-43)

36 * El «CREDO» del Pueblo de Dios (Proclamado por el Papa Pablo VI)

«Mi predecesor Pablo VI ha querido reunir en el “Credo del Pueblo de Dios” los elementos esenciales de la Fe católica, sobre todo los que ofrecían mayor dificultad, o bien corrían el riesgo de ser ignorados. Es una referencia segura para el contenido de la catequesis». (San Juan Pablo II)

1. Nosotros creemos en **un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo**, Creador de las cosas visibles, como este mundo en el que transcurre nuestra vida fugaz, de las cosas invisibles, como son los espíritus puros, llamados ángeles, y Creador en cada hombre del alma espiritual e inmortal. Y creemos que este único Dios es absolutamente uno en su esencia infinitamente santa, como en todas sus perfecciones, en su Omnipotencia, en su Sabiduría infinita, en su Providencia, en su Voluntad y en su Amor.

El es El que es, como El mismo lo reveló a Moisés; y **El es Amor**, como nos enseña el Apostol Juan, de modo que estos dos nombres: Ser y Amor, expresan inefablemente la misma Realidad divina de Aquel que ha querido darse a conocer a nosotros, y que «habitando en una luz inaccesible» es en Sí mismo por encima de todo nombre, de todas las cosas y de toda inteligencia creada.

Sólo Dios puede darnos el conocimiento justo y pleno de Sí mismo, revelandose como Padre, Hijo y Espíritu Santo, a cuya eterna vida somos por gracia suya llamados a participar, acá abajo en la oscuridad de la fe, y después de la muerte, en la luz perpetua, en la vida eterna.

Los recíprocos vínculos que constituyen eternamente las tres Divinas Personas, cada una de las cuales son el único e idéntico Ser divino, son la dichosa vida íntima de Dios tres veces Santo, infinitamente por encima de todo lo que nosotros podemos concebir según la medida humana.

Entre tanto demos gracias a la Bondad divina por el hecho de que muchísimos creyentes pueden testimoniar con nosotros, ante los hombres, la unicidad de Dios, aun no conociendo el misterio de la Santísima Trinidad.

2. Nosotros por tanto creemos en **el Padre** que engendra eternamente al Hijo; en **el Hijo**, Verbo de Dios, que es eternamente engendrado; en **el Espíritu Santo**, Persona increada que procede del Padre y del Hijo como su eterno Amor. De este modo, en las tres Personas divinas, *coæternæ sibi et coæquales*, sobreabundan y se consuman, en la superexcelencia y en la gloria propias del Ser increado, la vida y la felicidad de Dios perfectamente uno; y siempre «debe ser venerada la unidad en la Trinidad y la Trinidad en la unidad».

3. Nosotros creemos en **nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios**. El es el Verbo eterno, nacido del Padre antes de todos los siglos, y consustancial al Padre, *homo-ousíos to Patri* (ὁμοουσιος το Πατρι); y por medio de El todo ha sido hecho. El se ha encarnado por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María y se ha hecho hombre: igual por lo tanto al Padre según la divinidad, e inferior al Padre según la humanidad, y El mismo uno, no por alguna imposible confusión de las naturalezas, sino por la unidad de la persona.

El ha vivido entre nosotros lleno de gracia y de verdad. El ha anunciado e instaurado el Reino de Dios, y en El nos ha hecho conocer al Padre. Nos ha dado su Mandamiento nuevo, amarnos los unos a los otros como El nos ha amado. Nos ha enseñado la vía de las Bienaventuranzas del Evangelio: pobreza en el espíritu, mansedumbre, dolor soportado en la paciencia, sed de justicia, misericordia, pureza de corazón, voluntad de paz, persecución sufrida por motivo de la justicia.

Ha padecido bajo Poncio Pilato, Cordero de Dios que lleva sobre Sí los pecados del mundo, y ha muerto por nosotros en la Cruz, salvandonos con su sangre redentora. El ha sido

sepultado y, por su propio poder, ha resucitado al tercer día, elevandonos con su Resurrección a la participación de la Vida divina, que es la vida de la gracia.

Ha subido al Cielo, y vendrá de nuevo en su gloria para juzgar a los vivos y a los muertos, a cada uno según sus propios méritos; así que irán a la vida eterna los que han respondido al Amor y a la Misericordia de Dios, e irán al fuego inextinguible los que hasta el último momento han opuesto su rechazo. Y su Reino no tendrá fin.

4. Nosotros creemos en **el Espíritu Santo**, que es Señor y da la vida; que es adorado y glorificado con el Padre y con el Hijo. El nos ha hablado por medio de los profetas, nos ha sido enviado por Cristo después de su Resurrección y su Ascensión al Padre; El ilumina, vivifica, protege y guía a la Iglesia, purifica sus miembros, con tal de que no se separen de su gracia. Su acción, que penetra en lo íntimo del alma, hace al hombre capaz de responder a la invitación de Jesús: «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.*» (Mt 5,48)

5. Nosotros creemos que **María es la Madre, siempre Virgen, del Verbo Encarnado**, nuestro Dios y Salvador Jesucristo, y que, por motivo de esta singular elección, Ella, por los méritos previstos de su Hijo, ha sido redimida de un modo más eminente, preservada de toda mancha de pecado original y colmada del don de la gracia más que todas las demás criaturas. Asociada a los misterios de la Encarnación y de la Redención con un vínculo estrecho e insoluble, la Virgen Santísima, la Inmaculada, al final de su vida terrena ha sido elevada en cuerpo y alma a la gloria celestial y configurada a su Hijo resucitado, anticipando la suerte futura de todos los justos; y nosotros creemos que la Madre Santísima de Dios, Nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el Cielo su oficio materno respecto a los miembros de Cristo, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos.

6. Nosotros creemos que **en Adán todos han pecado**: lo cual significa que la culpa original cometida por él ha hecho caer la naturaleza humana, común a todos los hombres, en un estado del cual lleva las consecuencias de aquella culpa, y que ya no es el estado en que se encontraban al principio nuestros primeros padres, constituidos en santidad y justicia, y en el que el hombre no conocía el mal ni la muerte. Es la naturaleza humana, así decaída, despojada de la gracia que la revestía, herida en sus propias fuerzas naturales y sometida al dominio de la muerte, la cual se transmite a todos los hombres; y es en este sentido que cada hombre nace en el pecado. Nosotros por tanto profesamos con el Concilio de Trento, que el pecado original es transmitido con la naturaleza humana «no por imitación, sino por propagación», el cual es por lo tanto «propio de cada uno».

Nosotros creemos que **nuestro Señor Jesucristo mediante el Sacrificio de la Cruz nos ha rescatado** del pecado original y de todos los pecados personales cometidos por cada uno de nosotros, de tal manera que (según la palabra del Apostol) “*ahí donde había abundado el pecado, ha sobreabundado la gracia*”.

Nosotros creemos en un solo Bautismo, instituido por Nuestro Señor Jesucristo para la remisión de los pecados. El bautismo ha de ser suministrado también a los niños que todavía no han podido ser culpables de ningún pecado personal, para que ellos, que han nacido privados de la gracia sobrenatural, renazcan “*del agua y del Espíritu Santo*”, a la vida divina en Jesucristo.

7. Nosotros creemos en **la Iglesia una, santa, católica y apostólica**, edificada por Jesucristo sobre esta piedra que es Pedro. Ella es el Cuerpo Místico de Cristo, a la vez sociedad visible, formada por órganos jerárquicos, y comunidad espiritual; es la Iglesia terrestre, Pueblo de Dios peregrino acá abajo, y la Iglesia colmada de los bienes celestiales; es el germen y la primicia del Reino de Dios, por medio del cual continúan, en la trama de la historia humana, la obra y los dolores de la Redención, y que aspira a su cumplimiento perfecto más allá del tiempo, en la gloria.

A lo largo del tiempo, el Señor Jesús forma su Iglesia mediante los Sacramentos, que brotan de su plenitud. Con ellos la Iglesia hace a sus propios miembros partícipes del Misterio de la Muerte y de la Resurrección de Cristo, en la gracia del Espíritu Santo, que le da vida y acción.

Ella es por tanto santa, aun incluyendo en su seno a pecadores, ya que ella no posee más vida que la de la gracia: precisamente viviendo de su vida, sus miembros se santifican, así como, sustrayéndose a su vida, caen en los pecados y en los desórdenes, que impiden la irradiación de su santidad. Por eso la Iglesia sufre y hace penitencia por tales pecados, de los cuales, por lo demás, tiene el poder de sanar a sus hijos con la Sangre de Cristo y el don del Espíritu Santo.

Heredera de las promesas divinas e hija de Abrahám según el espíritu, por medio de aquel Israel cuyas Escrituras custodia con amor y venera a los Patriarcas y Profetas; fundada sobre los Apóstoles y transmisora, de siglo en siglo, de su palabra sempre viva y de sus poderes de Pastores en los Sucesores de Pedro y en los Obispos en comunión con él; constantemente asistida por el Espíritu Santo, la Iglesia tiene la misión de custodiar, enseñar, explicar y difundir la verdad que Dios ha manifestado de una forma todavía velada por medio de los Profetas y en plenitud por medio del Señor Jesús.

Nosotros creemos todo lo que está contenido en la Palabra de Dios, escrita o transmitida, y que la Iglesia propone para crearla como divinamente revelada, bien sea con un juicio solemne, bien sea con el magisterio ordinario y universal. Nosotros creemos en la infalibilidad que goza el Sucesor de Pedro, cuando enseña ex cattedra como Pastor y Doctor de todos los fieles, y de la cual está igualmente dotado el Colegio de los Obispos, cuando con él ejerce el magisterio supremo.

Nosotros creemos que la Iglesia, que Jesús ha fundado y por la cual ha pedido, es indefectiblemente una en la Fe, en el culto y en el vínculo de la comunión jerárquica. En el seno de esta Iglesia, ya sea la rica variedad de los ritos litúrgicos, ya sea la legítima diversidad de los patrimonios teológicos y espirituales y de las disciplinas particulares, lejos de afectar a su unidad, la ponen en mayor evidencia.

Reconociendo así mismo, afuera del organismo de la Iglesia de Cristo, la existencia de numerosos elementos de verdad y de santificación que le pertenecen como cosa propia y tienden a la unidad católica, y creyendo en la obra del Espíritu Santo, que en el corazón de los discípulos de Cristo suscita el amor por tal unidad, nutrimos la esperanza de que los cristianos que todavía no están en plena comunión con la única Iglesia, se reunirán un día en un solo rebaño con un solo Pastor.

Nosotros creemos que la Iglesia es necesaria para la salvación porque Cristo, que es el único Mediador y la única vía de salvación, se hace presente para nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia. Pero el proyecto divino de la salvación abraza a todos los hombres: los que, sin culpa, ignoran el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan sinceramente a Dios y bajo el influjo de su gracia se esfuerzan por cumplir su Voluntad, reconocida en los dictámenes de su conciencia, también ellos, en número que sólo Dios conoce, pueden alcanzar la salvación.

8. Nosotros creemos que **la Misa**, celebrada por el sacerdote que representa la persona de Cristo en virtud del poder recibido en el sacramento del Orden y por él ofrecida en el nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico, **es el Sacrificio del Calvario hecho sacramentalmente presente** en nuestros altares.

Nosotros creemos que, como el pan y el vino consagrados por el Señor en la Última Cena fueron convertidos en su Cuerpo y en su Sangre, que poco después habrían sido ofrecidos por nosotros en la Cruz, del mismo modo el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo gloriosamente reinante en el Cielo. Creemos que la misteriosa presencia del Señor, bajo lo que sigue apareciendo como antes a nuestros sentidos, es una presencia verdadera, real y sustancial.

Por tanto Cristo no puede estar presente en este Sacramento sino mediante la conversión de la realidad misma del pan en su Cuerpo y mediante la conversión en su Sangre de la realidad misma del vino, mientras que permanecen inmutadas solamente las propiedades del pan y del vino percibidas por nuestros sentidos. Esta conversión misteriosa es llamada por la Iglesia, de una forma muy apropiada, *transustanciación*. Toda explicación teológica que intente penetrar de alguna forma en este misterio, para estar de acuerdo con la Fe católica debe mantener firme que en la realidad objetiva, independientemente de nuestro espíritu, el pan y el vino han cesado de existir después de la consagración. A partir de ese momento son el Cuerpo y la Sangre adorables del Señor Jesús lo que está realmente ante nosotros bajo las especies sacramentales del pan y del vino, precisamente como el Señor ha querido, para darse a nosotros como alimento y para asociarnos a la unidad de su Cuerpo Místico.

La única e indivisible existencia del Señor glorioso en el Cielo no se multiplica, pero se hace presente por el Sacramento en los numerosos lugares de la tierra en que se celebra la Misa. Después del Sacrificio, tal existencia permanece presente en el santo Sacramento, que es, en el sagrario, el corazón viviente de cada una de nuestras iglesias. Y es para nosotros un deber dulcísimo honrar y adorar en la Hostia santa, que ven nuestros ojos, al Verbo Encarnado, que no pueden ver y que, sin dejar el Cielo, se ha hecho presente ante nosotros.

9. Nosotros confesamos que **el Reino de Dios**, empezado acá abajo en la Iglesia de Cristo, no es de este mundo, cuya figura pasa. Su verdadero crecimiento no puede ser confundido con el progreso de la civilización, de la ciencia y de la técnica humanas, sino que consiste en conocer cada vez más las inescrutables riquezas de Cristo, en esperar cada vez más fuertemente los bienes eternos, en responder cada vez más ardientemente al amor de Dios, y en dispensar cada vez más abundantemente la gracia y la santidad entre los hombres. Pero es ese mismo amor lo que lleva la Iglesia a preocuparse constantemente del verdadero bien temporal de los hombres. Mientras que no cesa de recordar a sus hijos que no tienen acá abajo estable morada, ella los exhorta también a contribuir –cada quien según su propia vocación y sus propios medios– al bien de su ciudad terrena, a promover la justicia, la paz y la hermandad entre los hombres, a prodigar su ayuda a sus propios hermanos, sobre todo a los más pobres y más necesitados. La intensa solicitud de la Iglesia, Esposa de Cristo, por las necesidades de los hombres, por sus alegrías y sus esperanzas, por sus esfuerzos y sus fatigas, no es por lo tanto más que su gran deseo de estar presente para ellos, para iluminarlos con la luz de Cristo y renirlos a todos en El, su único Salvador. Tal solicitud no puede nunca significar que la Iglesia se conforme a sí misma a las cosas de este mundo, o que disminuya el ardor de la espera de su Señor y del Reino eterno.

10. Nosotros creemos en **la vida eterna**. Nosotros creemos que las almas de los que mueren en la gracia de Cristo, ya sea que aún deban ser purificadas en el Purgatorio, ya sea que desde el momento en que dejan su propio cuerpo sean recibidas por Jesús en el Paraíso, como hizo con el Buen Ladrón, constituyen el Pueblo de Dios en el más allá de la muerte, la cual será definitivamente vencida el día de la Resurrección, cuando esas almas serán reunidas a sus propios cuerpos.

11. Nosotros creemos que la multitud de las almas que están reunidas en torno a Jesús y a María en el Paraíso, forma la Iglesia del Cielo, donde en la eterna bienaventuranza ven a Dios así como es y donde son también asociadas, en diferentes grados, con los santos Angeles, al gobierno divino ejercido por Cristo glorioso, intercediendo por nosotros y ayudando nuestra debilidad con su fraterna solicitud.

12. Nosotros creemos en **la comunión entre todos los fieles de Cristo**, de quienes son peregrinos en este mundo, de los difuntos que cumplen su propia purificación y de los

glorificados del Cielo, todos los cuales forman juntos una sola Iglesia; nosotros creemos que en esa comunión el amor misericordioso de Dios y de sus Santos escucha constantemente nuestras plegarias, conforme a la palabra de Jesús: *Pedid y recibireis*. Y con la fe y en la esperanza, nosotros **esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro**.

Bendito sea Dios Santo, Santo, Santo. Amén.

37 - La Fe tiene necesidad del conocimiento

Tantos saben decir el Credo, pero no lo conocen. No se puede amar lo que no se conoce. El valor de nuestros actos depende de cada nuevo conocimiento de la Divina Voluntad: *“Cuanto más conozcas mi Voluntad, tanto más tu acto adquirirá su valor”* (Jesús a la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, 25-08-1921)

En la medida que conocemos una cosa la amamos, y amandola la apreciamos, la deseamos, la poseemos de hecho, la pedimos y la recibimos. A medida que amamos una cosa y nos interesa, hablamos de ella: *“Donde está tu tesoro, ahí está también tu corazón”* (Mt 6,21) y *“de la abundancia del corazón habla la boca”* (Mt 12,34), ha dicho el Señor. Si la boca no sabe hablar de las cosas del Señor, o bien de la Divina Voluntad de la forma nueva como Jesús ha hablado a Luisa (y en ninguna otra parte se encuentra), es porque de esa forma no se conoce y no es todavía ese tesoro que se ama y que llena la vida. *“El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo; un hombre lo encuentra y lo esconde de nuevo; después va, lleno de alegría, vende todo lo que tiene y compra ese campo. El reino de los cielos es semejante a un mercader que va en busca de perlas preciosas; encuentra una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra”* (Mt 13,44-46). *“Pedid y se os dará; buscad y hallareis; llamad y se os abrirá”* (Mt 7,7).

A medida que Jesús da a conocer sus verdades maravillosas al alma, aumenta su capacidad y la prepara a un conocimiento mayor: *“El conocimiento es el ojo del alma. El alma que no conoce es como ciega para ese bien, para esas verdades. En mi Voluntad no hay almas ciegas, sino que cada conocimiento les da una penetración mayor de la vista”* (Vol. 15°, 02-04-1923).

Conocer las verdades del Señor es un don de Dios, darla a conocer es iniciativa suya, pero es necesario –una vez que llega una primera noticia– abrir el corazón al Señor y buscarlo. Y si de verdad se le encuentra, esa inmensa alegría se demuestra si corremos a “vender todo lo que tenemos”, a dejar todo para poder recibir todo, el verdadero Todo. Es lo que hizo San Pablo, y lo dice después de haber comparado la variedad de los carismas (objeto del deseo para tantos) con la Caridad (esto es, el mismo Amor Divino que brota de su Voluntad): *“La caridad no tendrá fin. Las profecías desaparecerán; el don de lenguas cesará y la ciencia terminará. Nuestro conocimiento es imperfecto e imperfecta nuestra profecía. Pero cuando venga lo perfecto, lo que es imperfecto desaparecerá. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Pero una vez hombre, he dejado lo que era de niño”* (1ª Cor 13,8-11).

No sólo lo que es imperfecto debe dejar espacio a lo que es perfecto; no sólo se abandonan las cosas propias de la edad infantil cuando se crece como Jesús *“en edad, sabiduría y gracia”*; no sólo las estrellas desaparecen absorbidas en la unidad de la luz del sol, cuando surge dando vida al nuevo día. Incluso le cosas de antes (que entonces eran útiles y buenas) resultan después inútiles, más aún, son “pérdida” y obstáculo para alcanzar lo mejor: *“Lo que podía ser para mí ganancia, lo he considerado una pérdida a motivo de Cristo. Es más, siento que todo ya es una pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por el cual he dejado todas esas cosas y las considero como basura, con tal de ganar Cristo y de ser hallado en El, no con una justicia mía fruto de la Ley, sino con la que procede de la fe en Cristo, es decir, con la justicia que viene de Dios, basada en la Fe”* (Fil 3,7-9).

Poseer equivale a ser poseído. No es posible servir a dos dueños. Dejar por eso cualquier cosa que se posee y se ama es como dejar un poco de sí mismo. Es morir un poco. Es morir a un apego. Es “negarse a sí mismo”, condición necesaria para seguir al Señor.

“Por tanto ¿quién te ha dado ese privilegio? ¿Qué tienes tú que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te jactas como si no lo hubieras recibido?” (1ª Cor 4,7). ¿Hay alguna cosa que el Señor podría pedirme, que yo le negaría en serio, después de haber recibido de El todo lo que soy y lo que poseo? Porque –ya lo hemos recordado– *“donde está tu tesoro, ahí está también tu corazón”*. Se impone una decisión: con palabras de San Francisco de Asís: *“...y para todo poseer, nada en el mundo hay que tener”*. O con San Juan Bautista: *“Hace falta que El crezca y yo disminuya”* (Jn 3,30).

Si queremos llenar de agua una botella, no basta ponerla bajo una cascada; hace falta quitar el tapón. Si queremos que la luz, el gusto y la vida del Señor entren en nuestra mente y en nuestro corazón, no basta conocer de memoria el Evangelio o la Biblia, o “haber leído” los Escritos sublimes de Luisa; es necesario quitar el tapón de nuestro querer humano, de nuestro “ego” que se quiere reservar algo para sí, que se va apegando incluso a los dones de Dios en vez de buscar al Dios de los dones, y lo sabe hacer camuflándose bajo el aspecto de hacer el bien, de virtudes, de apostolado, incluso de santidad.

38 * Conceptos básicos: el tiempo y la eternidad

“Que Dios me conceda hablar según su conocimiento y pensar dignamente de los dones recibidos, porque El es guía de la Sabiduría y los sabios de El reciben orientación. En poder suyo estamos nosotros y nuestras palabras, toda inteligencia y toda habilidad nuestra. El me ha concedido el conocimiento infalible de las cosas, para comprender la estructura del mundo y la fuerza de los elementos, el principio, el final y el medio de los tiempos”. (Sab. 7,15-18).

“En ayuda de la razón, que busca comprender el misterio, están también los signos presentes en la Revelación. Nos sirven para buscar más a fondo la verdad y permiten que la mente pueda autónomamente investigar también dentro del misterio” (San Juan Pablo II, encíclica *“Fides et ratio”*, n. 13).

Los Papas nos han presentado el Credo, sin mutilarlo ni alterarlo, sino explicándolo en toda su riqueza. Y después de haber visto qué cosa es la Fe y como solamente la Iglesia nos garantiza y nos transmite la verdadera Fe, contemplemos ahora a grandes rasgos su maravilloso contenido.

Pero antes de proseguir debemos comprender, en la medida de lo posible, qué cosa es el tiempo y qué es la eternidad.

Debemos partir del Principio, y el Principio es Dios. Dios es *“Aquel que es”*, Dios es Plenitud, Dios es en su Acto puro, único, absoluto, simplicísimo, infinito, eterno, que no tiene sucesión de actos. Dios no tiene un antes y un después.

Y si para Dios no existe el pasado ni el futuro, estos dos conceptos nuestros, que acompañan inexorablemente nuestra condición de criaturas, no existen en la gran Realidad objetiva. Son conceptos nuestros puramente subjetivos. Así es como nosotros los percibimos, necesariamente.

Sin embargo **el tiempo es una realidad objetiva**: es uno de los componentes esenciales de la Creación, del Universo creado, es su “cuarta dimensión” (además de las tres dimensiones del espacio: longitud, anchura y altura), es el modo de existir propio de cada ser creado, ya que por ser limitado no es capaz de tener o de realizar al mismo tiempo todas sus posibilidades, sino que ha de pasar en momentos sucesivos de la posibilidad al acto de realizarla.

El hombre no es puro espíritu, como los ángeles. El hombre no se posee ni se realiza a sí mismo en un solo acto exhaustivo, con una fuerza que abraza todo lo que él es, y por lo tanto de una sola vez, en una única decisión de aceptar a Dios, decisión en la que se exprese

definitivamente por entero. Dios concede a cada hombre un arco de tiempo conveniente y suficiente, perfecto, en que pueda madurar su libre respuesta a Dios. Sólo al final de ese tiempo su respuesta (sí o no) llega a ser definitiva, con todas las consecuencias. Pero en cuanto criatura, el hombre siempre tendrá que pasar de tantas posibilidades al acto de realizarlas; por tanto **existirá siempre el tiempo**.

En efecto, Dios recibirá gloria “por los siglos de los siglos”: en un tiempo sin fin. Por consiguiente, no se acabará el tiempo, no habrá un fin del tiempo. Cosa diferente del “fin de los tiempos”, un tema que en estas páginas no toco.

¿“**Tiempo eterno**”, por lo tanto? Aparentemente parece contradictorio, una paradoja; ¿cómo se explica? El transcurrir del tiempo no existe para Dios, sino para la criatura. Lo que para nosotros es pasado, presente y futuro, para Dios es un solo acto eternamente presente. “*Ante Dios un día es como mil años y mil años como un solo día*” (2ª Pedro 3,8). Dios tiene en su mano todos los siglos y los milenios de la historia, los ve desde siempre y para siempre “con una sola mirada”, y también los que seguirán sin fin, después de la conclusión de nuestra historia, de nuestro paso por la tierra.

¿El tiempo es eterno? No es una contradicción. Es verdad que el tiempo empezó con el comienzo de la Creación (“*en el principio*”), pero no tendrá fin (“*por los siglos de los siglos*” o “en los siglos eternos”).

Para mejor comprender –poco más que intuir– la realidad del tiempo y de la eternidad puede ayudarnos este ejemplo: Si vemos un desfile o una procesión por la calle, desde la puerta de casa, desde el momento en que pasa el primero hasta que pasa el último transcurren, por ejemplo, dos horas: un cierto tiempo. Si subimos a la terraza de un edificio alto, desde que vemos el primero hasta ver el último, el tiempo se reduce, dura menos, por ejemplo una hora. Y si lo vemos desde un avión, entonces vemos todo el desfile al mismo tiempo, no hay distancia de tiempo entre el primero y el último; en un instante vemos el desfile entero, con una sola mirada: así es la eternidad.

Hay que añadir que, como Dios tiene el tiempo en su Acto eterno, así es también para nosotros: nuestro tiempo que ahora vivimos no será seguido por la eternidad “que nos espera”, sino que ya, en el presente, tiempo y eternidad son dos dimensiones, dos planos de existencia, dos realidades coexistentes, concomitantes, y así serán siempre.

Nuestra eternidad ya está aquí y ahora, presente en cada acto de existencia (que está “enmarcado” en su correspondiente espacio-tiempo). Por tanto cada acto es imborrable, imperecedero: cada instante de nuestra vida, como cada suceso, grande o pequeño, de toda la historia del Universo; es decir, todo, absolutamente todo, desde el momento en que recibe la existencia, perdura así para siempre, tanto el bien como el mal. ¡Cada acto nuestro, en su instante, tiene valor de eternidad! Serán cancelados, como si nunca hubieran ocurrido, solamente los pecados perdonados, que por lo demás no son cosas creadas por Dios, así como sus consecuencias desordenadas, humillantes o dolorosas. Desaparecerá para siempre todo lo que es frustración, dolor y muerte.

39 * El Acto eterno de Dios: la Stma. Trinidad y la Encarnación

Confieso que antes de hablar de estos sublimes misterios de Dios, deberíamos besar siete veces el suelo, lavarnos siete veces la boca..., queriendo decir que todos somos absolutamente indignos e incapaces de hacerlo y que hace falta un respeto infinito. Sólo Dios, que nos concede poder reflexionar, puede purificarnos, como a Isaías, la mente, el corazón, los labios, “*con un carbón encendido*” por su Amor.

Y sé bien que estas pequeñas reflexiones (de las que me asumo toda la responsabilidad) son apenas un balbucir, aunque sea con un átomo de amor, ante la verdadera Realidad Divina. En ellas hago mía la auténtica Fe de la Iglesia. Pero si la Iglesia me dijera que alguna cosa de mi meditación no fuera conforme a la verdad, la borraría inmediatamente de mi mente... Sin

embargo debería decírmelo la legítima Autoridad de la Iglesia, porque por otra parte, si por hipótesis sucediese que una gran mayoría de fieles e incluso de Pastores (como ya ocurrió alguna vez en la historia), se alejara por defecto o por exceso de la Doctrina auténtica, con la Gracia del Señor no los seguiría en eso. *“Si alguien os predica un Evangelio diferente dal que habeis recibido, ¡sea anatema!”*

Dios es **un solo Dios en Tres Divinas Personas**. Como todos saben, en el Antiguo Testamento no fue dada una revelación explícita del Misterio Trinitario: las Tres Divinas Personas del único Dios. Desde el primer capítulo del Génesis, hay ya elocuentes alusiones sobre Dios (singular) que habla en plural: *“Y Dios dijo: Hagamos al hombre a **Nuestra** imagen, a **Nuestra** semejanza... Y Dios creó al hombre a Su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó...”* (1,26-27). *“El Señor Dios dijo entonces: He aquí que el hombre ha llegado a ser como uno de **Nosotros...**”* (3,22). Lo mismo se ve en el cap. 18, la aparición de Dios a Abrám: *“...vio que tres hombres estaban de pie a su lado... Apenas los vió... se postró en el suelo, diciendo: Señor mío, si he hallado gracia a tus ojos...”* Son llamadas “ángeles” las dos personas que prosiguen, pero ese nombre es en sentido etimológico (“enviados”). En este sentido se lee en Isaías, 48,16: *“Ahora el Señor Dios Me ha mandado junto con su Espíritu”...*

En una palabra, en el Antiguo Testamento hay elocuentes alusiones, que sin embargo se iluminan solamente a la luz del Nuevo. La Trinidad de Personas de Dios se manifiesta sólo a partir del bautismo de Jesús en el Jordán. Y después tantas veces habla de este Misterio Jesús: *“El que me ve a Mí, ve al Padre”*. *“El Padre, que vive en Mí, hace Sus obras”*. *“El Padre y Yo somos una sola cosa”*, etc. *“Este Hijo es irradiación de su gloria y huella de su sustancia”* (Heb 1,3).

La Santa Iglesia ha recibido esta Revelación Suprema y profesa su Fe, junto con otra Verdad, que es la Encarnación del Verbo, verdadero Dios y verdadero Hombre, Crucificado y Resucitado por nuestra salvación. Esta Fe está expresada en el “Credo”, en el que encuentra su puesto (y es objeto de Fe) la misma Iglesia, en cuanto que ninguno de nosotros ha recibido el depósito de la Divina Revelación directamente, como lo ha recibido la Iglesia, que lo conserva y lo transmite a todos. En el “Credo” la Iglesia confiesa también quién es María y cual es su puesto excelso y único en el Proyecto de Dios.

Contemplemos por tanto el misterio de **la Stma. Trinidad** y, en la Divina Trinidad, **María**.

Lo hacemos “por analogía”, como todo lo que se refiere a Dios, infinitamente más grande que nosotros, transcendente.

Si Dios me ha creado, poniéndose a Sí mismo como Modelo único, digno de El, significa que en El sucede algo semejante a lo que sucede en mí. Si yo en mi mente y en mi conciencia (o para ser más exacto, en la inteligencia, en la voluntad y en la memoria) tengo una cierta idea de mí mismo, el concepto de mí mismo –y puedo decir que es como mi imagen interior, mientras que la que veo en un espejo es sólo exterior y muy parcial–, así Dios tiene una idea de Sí perfectísima. La Idea que Dios tiene de Sí, el Conocimiento de Sí, su propio Concepto, la Imagen de Sí mismo, es lo que El llama su Verbo, su perfecta Palabra o Expresión, en que se ve realizado, *“la huella de Su Sustancia”*, como dice la Carta a los Hebreos, 1.

El Padre es Revelado, el Hijo es la Revelación del Padre, el Espíritu Santo es el Divino Revelador.

Mas como Dios no es “algo” sino “Alguien”, es decir, es un Ser responsable de sus propias acciones y decisiones, o sea, es PERSONA, y como el concepto o conocimiento que tiene de Sí mismo es perfectísimo (no como el que tengo yo de mí mismo, que es sólo hasta un cierto punto), resulta entonces que su Concepto o Verbo es igualmente PERSONA, es otra Persona, con la cual puede tener un inefable DIALOGO (mientras que yo puedo hacer sólo un monólogo conmigo mismo, con mi imagen interior o con la imagen externa del espejo en que me ve, porque no es otra persona).

Ese “Diálogo” entre el Padre y el Hijo,³ esa “Relación” en que se intercambian todo lo que son, es tan perfecto, que así mismo es Alguien: es la Tercera Divina Persona, el Espíritu Santo, cuyo Nombre expresa la Esencia misma del Ser Divino. En una palabra, ninguna de las Tres Personas puede ser sin las otras Dos... Eso quiere decir que la “persona” no resulta sólo de ser responsable y consciente de las propias decisiones (un recién nacido es persona, aunque todavía no “ejercita” lo que es), sino que resulta también de la relación ontológica con las otras personas: por ejemplo, el Padre es Padre porque tiene el Hijo...

Hasta aquí llega la reflexión sobre el Dios único, el Ser Divino, único e indivisible, que es Tres Personas distintas (las llamaría también “recíprocas”).

Pero pasemos a considerar Su recíproco Amor. En ese intercambio de Amor y de Vida que tiene lugar entre el Padre y el Hijo, el Padre manifiesta y comunica todo lo que El es al Hijo, todas Sus infinitas perfecciones... Todo deposita en El, excepto una cosa que “no puede”, porque sería contradictoria: su condición específica de ser Padre del Verbo. De hecho, el Hijo no podría ser “Padre de Sí mismo”. Ni tampoco puede darla al Espíritu Santo, porque esta Divina Persona es “la Relación”, “el Vínculo”, “el Diálogo de Amor” entre las Dos primeras... ¿Qué hacer?

Su Ser Divino, que es un solo Ser, es perfectísimo, de nada tiene necesidad, no hay nada que añadir o que quitar. Pero su Amor no estaría satisfecho si las Tres Divinas Personas no dieran todo, si retuvieran para Sí algo. Pues entonces la solución que se puede entrever es que, sin necesidad de nada, sino sólo por amor, el Padre ha querido eternamente otra persona, diferente del Hijo y del Espíritu Santo, una “cuarta persona”, a quien poder comunicar o con la cual poder compartir Su condición específica de Padre del Verbo. Una persona por lo tanto externa a la Stma. Trinidad, una persona que crear apostá para desahogar su Amor: ¡en esta Criatura singular la Paternidad Divina, su Fecundidad Virginal, se llama “Maternidad Divina”, pero es precisamente la misma!

He dicho “eternamente”. Y eso es porque en Dios no hay sucesión de actos, sino un único Acto infinito, exhaustivo. A nosotros nos parece que ahora hace una cosa y luego hace otra; pero el Acto puro de Dios está por encima del transcurrir temporal. Entonces, desde el punto de vista de Dios, no solamente María, sino también nosotros y todo lo que existe somos “eternos”, siempre presentes en el Pensamiento y en el Querer de Dios, pero desde el punto de vista de seres creados, somos “temporales”: es decir, tenemos un comienzo de existencia, si bien los hombres, igual que los ángeles, no tendremos fin.

Y cuando el Verbo Divino ve la Paternidad de su Padre amado “bilocada” (por así decir) en una criatura, arrebatado por el amor decide de hacerse El también criatura, para ser su Hijo y honrar así en esa criatura la Paternidad de su Padre...

Por tanto, estremeciendonos de reverencia y de amor ante esta posible reflexión, bien podemos afirmar que el primer motivo (en orden de importancia) que el Verbo Eterno ha tenido para encarnarse, no ha sido el pecado de los hombres, sino la Gracia perfecta de María; que, aunque no hubiera habido otras criaturas, sólo por Ella se hubiera encarnado... Después, por motivo de esta Pareja inicial de Criaturas, Dios ha decretado la existencia de todas las demás, en su propio orden y grado.

Aquí tenemos ya un indicio segurísimo del por qué de la Encarnación. La cual no podía depender de nuestro comportamiento de criaturas. No era suficiente. Su motivo no puede ser más que en el Misterio del Amor en la vida íntima de Dios, de las Tres Divinas Personas. Y

³ - Atención: estos son los Nombres que da la misma Sagrada Escritura. Si el Padre se llama “Padre” es porque así debe ser, si bien Dios, purísimo Espíritu, no es ni “masculino” ni “femenino”. El no toma ese nombre o concepto del hombre que llega a ser “padre”, sino al contrario: por ser Dios precisamente así, ha querido dar al hombre este rasgo personal. De igual forma, el Hijo de Dios ha querido hacerse “Hijo del hombre”, precisamente porque así refleja su condición Divina de ser “el Hijo”. Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo podrían ser llamados, respectivamente, “el Amante, el Amado y el Amor”, o bien “la Fecundidad Divina, el Fruto de esa Fecundidad y el Realizador de esa Fecundidad”.

tenemos un primer indicio del por qué de una pura criatura destinada a ser la Madre del Hijo de Dios encarnado.

Apoyado en la autoridad de San Pablo (Ef 1, Col 1) y de San Juan (Jn 1), concluyo diciendo que

- desde la Eternidad el Hijo o Verbo Eterno de Dios se llama Jesucristo (es decir, que su Naturaleza humana, su Encarnación, no es para El algo facultativo o secundario) y es necesariamente el Hijo de María, no siendo posible lo contrario. Por eso la Iglesia dice que María es *“arcanamente unida a Jesucristo desde toda la eternidad «con un mismo decreto eterno» de predestinación”* (Constitución Apostólica *«Munificentissimus Deus»* de Pío XII, 1950);

- que Cristo es el Autor y el Destinatario de toda la Creación, el Primogénito y el “Prototipo” de todas las criaturas;

- que en el tiempo, El, encarnandose, ha tomado nuestra naturaleza humana, porque antes, al crearnos, nos había dado Su Naturaleza Humana. Por tanto, si el Hijo de Dios se ha hecho Hombre como nosotros, tanto más aún El nos ha hecho hombres como El.

El Padre ha mirado a su Hijo y ha visto María; mirandolos luego a los Dos, ha visto a todos nosotros; mirandonos a nosotros ha visto todas las demás criaturas... *“Todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios”* (1ª Cor 2,22-23). Pero su Ideal no acaba aquí: mirandonos a cada uno de nosotros, ahora quiere ver en nosotros a su Único Hijo Jesucristo.

En una palabra, en el eterno decreto de la Encarnación, Dios ha establecido que el Hijo tuviera junto a su propio Cuerpo personal, físico, un Cuerpo Místico del cual El fuera la Cabeza, el Rey. Un Cuerpo concebido en El y por motivo de El, “desde el Principio”.

¡Ese es su verdadero Reino! Pero qué deshonor y qué dolor es para el Padre cuando nos mira y no ve a su amadísimo y único Hijo, o apenas ve algo de El...

40 - “El Verbo se ha encarnado”

Nuestro Señor ilumina el Misterio de su Encarnación. Sólo El podía hacerlo. Y lo hace hablando a la “Sierva de Dios” Luisa Piccarreta en este capítulo del 31 de Marzo de 1929:

“Hijita de mi Querer Divino, tú has de saber que son derechos absolutos de mi «Fiat» Divino, tener el primado en cada acto de la criatura, y quien le niega el primado le quita sus derechos divinos que se le deben por justicia, porque es Creador del querer humano. ¿Quién podrá decirte, hija mía, cuánto mal puede hacer una criatura cuando llega a separarse de la Voluntad de su Creador? Ves, bastó un acto del primer hombre, de separación de nuestra Voluntad Divina, que llegó a cambiar no sólo la suerte de las generaciones humanas, sino la misma suerte de nuestra Divina Voluntad.

Si Adán no hubiera pecado, el Verbo Eterno, que es la misma Voluntad del Padre Celestial,⁴ habría venido igualmente a la terra glorioso, triunfante y dominador, acompañado visiblemente por su ejército angélico, que todos habrían visto, y con el esplendor de su gloria habría fascinado a todos y atraído todos a El con su belleza, coronado como rey y con el cetro de mando, para ser el rey y la cabeza de la familia humana, de modo que le habría dado el gran honor de poder decir: «tenemos un rey que es hombre y Dios».⁵ A mayor

⁴ - Antes ha dicho: *“mi Divina Voluntad se encarnó para venir a buscar al hombre perdido. Fue Ella precisamente, porque Verbo significa palabra y nuestra palabra es el «Fiat», que como en la Creación dijo y creó, así en la Redención quiso y se encarnó”* (22 de Marzo de 1929). El Verbo es Jesucristo (Jn 1,14) en cuanto “Palabra” que expresa la Voluntad del Padre, por tanto es Su manifestación perfecta (*“El que me ve a Mí ve al Padre”*: Jn 14,9), de la misma y única Naturaleza del Padre, pero distinto de El como persona (Sab 7,25-26); la Voluntad del Padre es también la Voluntad del Hijo, por naturaleza.

⁵ - La Encarnación del Verbo, Jesucristo, tiene tres finalidades: **1º**- Para presidir **la Creación**: *“El es la imagen de Dios invisible, engendrado antes de toda criatura, ya que por medio de El han sido creadas todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, las visibles y las invisibles: Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades. Todas las cosas han sido creadas por medio de El y en*

razón que tu Jesús no habría bajado del Cielo para encontrar al hombre enfermo, ya que si no se hubiera separado de mi Voluntad Divina, no habrían habido enfermedades ni en el alma, ni en el cuerpo, porque fue la voluntad humana la que casi ahogó de penas a la pobre criatura. El «**Fiat**» era intangible de toda pena y así debía ser el hombre. Por tanto Yo debía venir a encontrar al hombre feliz, santo y con la plenitud de los bienes con que lo había creado.

Por el contrario nuestra suerte cambió, porque quiso hacer su voluntad, y como estaba decretado que Yo había de bajar a la tierra –y cuando la Divinidad decreta no hay quien la cambie–, **cambió sólo el modo y el aspecto**, pero descendí bajo despojos humildísimos, pobre, sin ninguna manifestación de gloria, en el dolor, llorando y cargado con todas las miserias y penas del hombre. La voluntad humana me hizo venir a encontrar al hombre infeliz, ciego, sordo y mudo, lleno de todas las miserias, y Yo, para sanarlo, las debía de tomar sobre Mí; y para no infundir espanto, debía mostrarme como uno de ellos, para hermanarme con ellos y darles las medicinas y los remedios que hacían falta. Así que el querer humano tiene el poder de hacer al hombre feliz o infeliz, santo o pecador, sano o enfermo. Por tanto, ya ves: si el alma se decide a hacer siempre, siempre, mi Divina Voluntad y a vivir en Ella, cambiará su suerte y mi Divina Voluntad se lanzará sobre la criatura, la hará su presa y dándole el beso de la creación cambiará aspecto y modo, y estrechándola a su seno le dirá: «dejemos todo a un lado, para tí y para Mí han vuelto los primeros tiempos de la Creación, todo será felicidad entre tú y Yo, vivirás en nuestra casa, como hija nuestra, en la abundancia de los bienes de tu Creador».

Oye, pequeña mía, recién nacida de mi Divina Voluntad, si el hombre no hubiera pecado, si no se hubiera separado de mi Divina Voluntad, **Yo habría venido al mundo, ¿pero sabes cómo? Lleno de majestad, como cuando resucité de la muerte**, si bien tuviera mi Humanidad semejante al hombre, unida al Verbo Eterno, ¿pero con qué diferencia? Mi Humanidad resucitada era glorificada, vestida de luz, no sujeta a padecer ni a morir. Yo era el Divino Triunfador, mientras que mi Humanidad antes de morir estaba sujeta, voluntariamente, a todas las penas, más aún, fui el Varón de dolores. Y como el hombre tenía todavía los ojos deslumbrados por el querer humano y por eso aún estaba enfermo, pocos fueron los que me vieron resucitado, lo cual sirvió para confirmar mi Resurrección. Así que subí al Cielo para darle al hombre tiempo de tomar los remedios y las medicinas, para que se curase y se dispusiera a conocer mi Divina Voluntad, para vivir no de la suya, sino de la Mía, y así podré mostrarme lleno de gloria y majestad en medio de los hijos de mi Reino. Por eso mi Resurrección es la confirmación del «**Fiat Voluntas tua**» así en la tierra como en el Cielo. Después de tan largo dolor sufrido por mi Divina Voluntad durante tantos siglos, de no tener su reino en la tierra, su absoluto dominio, era justo que mi Humanidad pusiera a salvo sus derechos divinos y realizase el primer fin mío y suyo de formar su reino en medio de las criaturas.

Además de eso, has de saber –para confirmarte aún más de como la voluntad humana cambió su suerte y la de la Divina Voluntad respecto a ella– que en toda la historia del mundo sólo dos han vivido de Voluntad Divina sin hacer nunca la suya: la Reina Soberana y Yo. Y la distancia, la diferencia entre Nosotros y las demás criaturas es infinita, tanto que ni siquiera nuestros cuerpos se quedaron en la tierra; habían servido como morada real al

vistas a El. El es antes que todas las cosas y todas subsisten en El” (Col 1,15-17). “...El proyecto de recapitular en Cristo todas las cosas, las del Cielo como las de la tierra” (Ef 1,10). **2º**- Para cumplir **la Redención**: “Jesucristo ha venido al mundo para salvar a los pecadores, y de ellos el primero soy yo” (1ª Tim 1,15). “El Hijo de Dios ha aparecido para destruir las obras del diablo” (1ª Jn 3,8). **3º**- Y para tener **su Reino**: “Entonces Pilato le dijo: ¿Con que Tú eres Rey?. Respondió Jesús: Tú lo dices, Yo soy Rey. Para eso he nacido, para eso he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad” (Jn 18,37). Lo había dicho el Angel a María: “El Señor Dios le dará el trono de David su padre y reinará para siempre en la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin” (Lc 1,32-33).

«*Fiat*» Divino y *Este se sentía inseparable de nuestros cuerpos, y por eso reclamó y con su fuerza imperante arrebató nuestros cuerpos junto con nuestras almas a su Patria Celestial. ¿Y por qué todo eso? Toda la razón es porque nunca nuestra voluntad humana tuvo un acto de vida, sino que todo el dominio y el campo de acción fue sólo de mi Divina Voluntad. Su potencia es infinita, su amor es insuperable.*»

41 - Entremos en el Proyecto eterno de Dios

Dios no tenía necesidad de nada ni de nadie. La suya es una necesidad de desahogar su Amor. Todo lo que ha salido de Dios como amor debe regresar a El como respuesta a su amor.

Dependiendo del misterio divino de las relaciones entre las Tres Divinas Personas (la generación del Hijo y la “procesión” del Espíritu Santo), el primer decreto eterno de su Querer fue la Encarnación del Verbo, Nuestro Señor Jesucristo. Pero con El ha sido eternamente querida y concebida, en medio de las Tres Divinas Personas, Aquella que había de ser su Madre, la Stma. Virgen.

De Ella sin embargo Dios ha hecho depender la Encarnación del Hijo de Dios. María ha sido siempre perfectamente libre en su respuesta a Dios. Dios se ha “jugado” todo con la libre respuesta de María, sólo por amor, la sola respuesta digna de Dios. Sin Ella no habríamos tenido ni Redentor ni Redención, sin Ella no habría habido ni una página del Evangelio. Más aún: puesto que la misma Creación de todos nosotros y de todo lo que existe debía depender de la Encarnación del Verbo Divino, la consecuencia es que Dios ha hecho que la misma existencia de la Virgen y de todos nosotros dependiera del “sí” divino de María.

En el Acto eterno y a la vez histórico de la Encarnación, junto con la Humanidad adorable de Nuestro Señor, su Amor le ha hecho concebir en Sí a todas las almas, en primer lugar la de su Madre, rodeandola de todos sus méritos y preservandola de toda mancha de pecado: María es la primera redimida, si bien de un modo diverso del nuestro. María redimida para que el pecado no pudiera tocarla; nosotros liberados del pecado, en el que hemos venido a la existencia.

Porque el pecado personal de nuestro primer padre Adán, lo separó de Dios con todas las consecuencias, y de ser hijo de Dios por Gracia se hizo rebelde y extraño a Dios. Arrepentido, pudo solamente ser admitido como siervo y riquísimo como era cayó en la más grande miseria... Todos sus hijos, hasta el último que vendrá, hemos venido al mundo en “fuera de juego”, separados de Dios, heredando todos los males en vez de todos los bienes y necesitados de ser salvados.

Si “el río” de la humanidad quedó contaminado desde la fuente (Adán y Eva), el pecado no pudo tocar a María porque ella, junto con su Hijo, están eternamente más arriba de la fuente. “*Antes de que Abrahám fuera, Yo Soy*” (Jn 8,58), ha dicho Jesús, y por lo mismo “antes de que **Adán** fuera, Yo Soy”. Y con El, María podría decir “antes de que Eva fuera, yo soy”. En efecto, en la aparición de Tre Fontane en Roma (en 1947), la Virgen de la Revelación se presentó diciendo: “*Yo soy la que es en la Divina Trinidad*”. Por tanto, el haber nacido tantos siglos después de nuestros primeros padres no significa nada, porque Ella junto con su Hijo son antes, los primeros, en el orden de “causa-efecto”, y por ellos la Justicia Divina no destruyó a Adán y a toda su descendencia y toda la Creación, que a causa del pecado del hombre ya no tenía razón de existir.

El pecado original fue la peor catástrofe de toda la Historia de la Creación, la cual hubiera debido desaparecer, porque el hombre y la mujer ya no eran hijos de Dios, para los cuales había sido creada: se habían rebelado contra Dios, que tanto los había colmado de bienes. En aquel preciso instante toda la Naturaleza se rebeló contra el hombre. Y así, por envidia del demonio entró el pecado en el mundo y por el pecado entraron todos los demás males y la muerte: “*Sí, Dios ha creado al hombre para la inmortalidad; lo hizo a imagen de su propia naturaleza. Pero por envidia del demonio la muerte ha entrado en el mundo; y la experimentan los que le pertenecen*” (Sab 2,23-24).

Por eso San Pablo dice: “*La Creación misma espera con impaciencia la revelación de los hijos de Dios; pues ha sido sometida a la caducidad –no por su querer, sino por el querer del*

que la ha sometido– y nutre la esperanza de ser también ella liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Bien sabemos que toda la Creación gime y sufre hasta ahora en los dolores del parto; y no sólo ella, sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente esperando la adopción como hijos, la redención de nuestro cuerpo” (Rom 8,19-23).

Si Dios no destruyó la Creación es porque sabía que un día se había de encarnar su Hijo, que junto con su Madre Inmaculada eran aquellos por los cuales Dios Padre creaba todo. Jesús y María un día habrían reparado el daño del pecado y nos habrían salvado a todos nosotros, mediante la Redención, haciendonos de nuevo hijos de Dios y herederos y reyes de todo lo creado.

Por eso, la Creación se ha completado cuando el Padre Celestial ha creado el Cuerpo y el alma de Jesucristo. Así el Hijo de Dios se ha hecho Hombre para salvarnos a nosotros y salvar toda la obra de la Creación, el Proyecto de Dios, todo lo que había decretado: su Reino.

La obra de la Creación, que empezó con la palabra de Dios “*¡Hágase la luz!*”, “*Fiat Lux*” (luz espiritual, los Angeles, y luz material), culmina en la creación del hombre, a imagen y semejanza de Dios. No sólo la creación de Adán, sino del “nuevo Adán”, Jesucristo, el Heredero y destinatario de todo. Y no El solo, sino con todo su Cuerpo Místico, que habría debido ser toda la humanidad, pero que el pecado separó de El y dispersó.


Por eso la obra de la Creación aún no ha terminado, podemos decir que continúa en la obra de la Redención, en el sentido que ésta nos incorpora de nuevo a Cristo.

Desde el primer instante de vida en el seno de María, Jesús ha abrazado todas las almas como su Cuerpo Místico y se ha hecho cargo de las culpas y de las penas de cada criatura. Por eso la Pasión empezó desde su Encarnación y fue creciendo, hasta “desbordarse” externamente el último día de su vida, en la Pasión que le hicieron sufrir los hombres. Todo lo que sucede en su Cuerpo Místico repercute en su Humanidad, en el Varón de dolores, de igual modo como en su adorable Humanidad ha preparado la vida y la gloria para su Cuerpo Místico que es la Iglesia, nuestra resurrección y nuestra transfiguración.

La finalidad de Cristo es compartir con nosotros su condición de Hijo, su gloria, su vida. La obra de la Santificación consiste, precisamente, en formarla en nosotros. “*¡Hijitos míos –dice San Pablo–, que yo de nuevo doy a luz en el dolor hasta que no esté Cristo formado en vosotros!*” (Gál 4,19). Son palabras de la Iglesia, como son palabras de María, Madre de la Iglesia.

Todo lo que ha dado a su Iglesia –la Revelación, los Sacramentos, las gracias– **tiene como fin traer de nuevo el Reino de Dios, el Reino de la Divina Voluntad en medio de las criaturas.** Todo tiene como fin volver a poner a la criatura, al hombre, “en el orden, en su puesto y en la finalidad para la que ha sido creado”.

“Ya que si a causa de un hombre vino la muerte, a causa de un hombre vendrá también la resurrección de los muertos; y como todos mueren en Adán, así todos recibirán la vida en Cristo. Cada uno sin embargo en su orden: primero Cristo, que es la primicia; después, a su venida, los que son de Cristo; luego será el final, cuando entregará el reino a Dios Padre, tras haber reducido a nada todo principado y toda potestad y potencia” (1ª Cor 15,21-28).

De esa forma, todo lo que ha salido de Dios por amor ha de volver a Dios como respuesta a su amor  : ¡así se completará cada cosa y será su Reino!

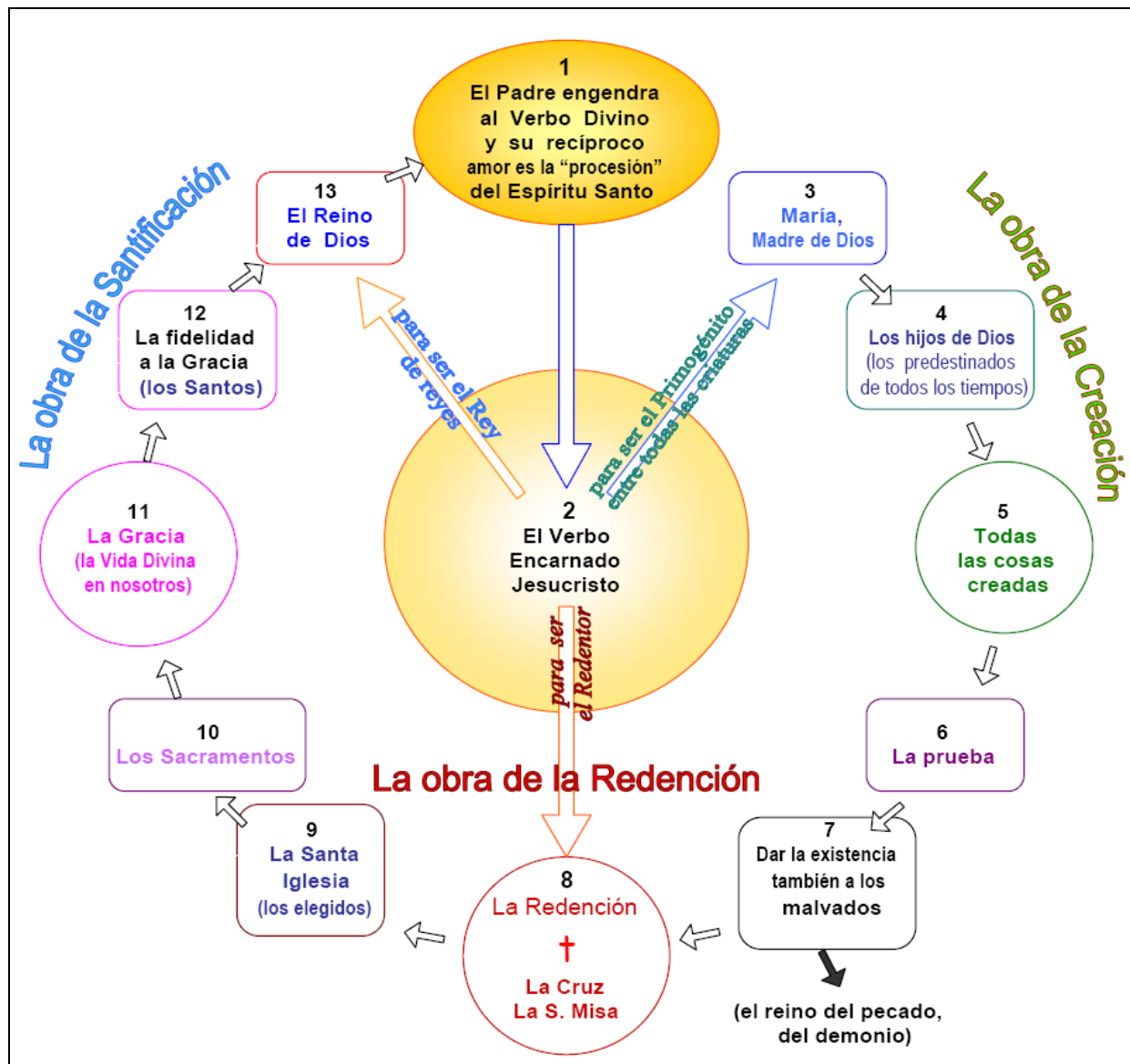
42 - Esto es una manzana

El más grande teólogo de todos los tiempos, Santo Tomás de Aquino, al comienzo de sus lecciones mostraba a sus alumnos una manzana diciendo: «*Esto es una manzana. El que no esté de acuerdo, puede irse*». El “Doctor Común” quería hacer comprender que no es el pensamiento el que determina el ser, sino que es el ser el que determina el pensamiento. La soberbia hace creer que nuestro pensar sea el fundamento del ser, mientras que es la humildad la que nos lleva a observar y a argumentar el ser de las cosas, sobre todo de las divinas.

– El ser determina el pensamiento, no al contrario. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*

- La Iglesia católica es la Iglesia de Cristo. El que no esté de acuerdo, puede irse.
- La Iglesia es jerárquica por divina constitución. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- La Iglesia no es una ONG filantrópica, sino el Cuerpo místico de Cristo. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- La misión de la Iglesia no es adaptar el Evangelio a la mentalidad corriente, sino convertir a todas las gentes al Evangelio. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- La misión de la Iglesia no es hacer la vida de acá abajo más fácil, sino robarle almas al demonio para que puedan tener la vida del Cielo. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- El pecado no es sólo un error, sino una ofensa a Dios. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- El infierno existe y no está vacío. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- La sodomía y el aborto son pecados que gritan venganza al Cielo. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- El matrimonio es indisoluble. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- El que mantiene una relación conyugal con un/a divorciado/a, comete adulterio y no puede comulgar estando en pecado. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- El uso del sexo fuera del matrimonio es pecado. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- La contracepción nunca es moralmente lícita. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- El marxismo es intrínsecamente perverso. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- No se puede dar al César lo que es de Dios. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- Sin arrepentimiento no hay remisión de los pecados. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- Solamente los pecadores arrepentidos y reconciliados pueden recibir la Eucaristía. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- Sólo los hombres –y mejor si son célibes– pueden ser consagrados como sacerdotes. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- La Caridad procede de la Verdad. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- La Verdad no es fruto de diálogo ni de votación. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- No existe el diálogo entre las religiones, sino con personas de otras religiones. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- Los sacramentos son para los hombres, pero no son de los hombres. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- El cristiano está en este mundo, pero no es de este mundo. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- Para ser discípulos de Cristo, hace falta aceptar la Cruz. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- El fin no justifica los medios. No se puede cometer el mal ni siquiera por un fin bueno. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- La conciencia –rectamente formada– obedece a la Ley de Dios, no se pone a legislar según los deseos y caprichos del individuo. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- Los sacerdotes tienen la misión de convertir a los pecadores, no de integrarlos. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- Los sacerdotes no son animadores sociales, sino “sacramento viviente” de la presencia de Cristo. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- Ninguno de los Diez Mandamientos puede ser sometido a un “referendum abrogativo”. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- El papa y los obispos son custodios del depósito de la Fe, no dueños: no pueden añadir o quitar ni siquiera una coma a lo que han recibido y que deben transmitir. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- Pasarán el cielo y la tierra, los falsos profetas y los malos maestros, pero no pasarán las palabras del Señor. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*
- Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. *El que no esté de acuerdo, puede irse.*

EL ORDEN DE LOS DECRETOS DEL ACTO ÚNICO Y ETERNO DEL QUERER DIVINO



Este es el contenido de nuestra Fe.

El esquema muestra el orden (causa → consecuencia) de los Decretos divinos que forman el Acto único y eterno del Querer de Dios.

En estos Decretos Dios nos espera para que paseemos con El , como hacía con Adán, "en la brisa de la tarde" (Gén.3,8), para reconocer su maravillosa Voluntad en todas sus obras y **adorarlo**, para admirar su Sabiduría y su Belleza y **alabarlo**, para recibir todos los bienes de su Providencia y **darle las gracias**, para dejar que nos toque su eterno Amor y **amarlo**, para responder **en nombre de todos**, **excusandolos y reparando** por ellos, y para pedir **en nombre de todos** el fruto supremo y la finalidad de todas las obras de Dios, **que venga su Reino "así en la tierra como en el Cielo"**.

Somos llamados a unirnos a la Voluntad Divina en todas sus obras: CREACIÓN, REDENCIÓN, SANTIFICACIÓN, para adorarla, bendecirla, darle gracias y amarla, invocando **en nombre de todos** el cumplimiento y el triunfo de su Reino.

Todo parte del amor a la Verdad:

“El que ama la Verdad viene a la Luz, para que se vea claramente que sus obras estan hechas en Dios” (Jn 3, 21)



«...el Sacerdote no enseña sus propias ideas, una filosofía que él mismo se ha inventado, que ha encontrado o que le gusta; el sacerdote no habla por su cuenta, no habla para sí, para crearse tal vez admiradores o un partido suyo; no dice cosas suyas, sus propias invenciones, sino que, en medio de la confusión de todas las filosofías, el Sacerdote enseña en nombre de Cristo presente, proclama la Verdad que es el mismo Cristo, su palabra, su manera de vivir y de comportarse. Para el Sacerdote vale lo que Cristo ha dicho de Sí mismo: “mi doctrina no es mía” (Jn 16,7), o sea, Cristo no se propone a Sí mismo, sino que, como Hijo, es la voz, la Palabra del Padre. También el Sacerdote debe decir y obrar siempre así: mi doctrina no es mía, no propago mis ideas o lo que me agrada, sino que soy boca y corazón de Cristo y hago presente esta única y común doctrina, que ha creado la Iglesia universal y crea la Vida eterna.» (Benedicto XVI – Año Sacerdotal – 14 de Abril 2010)

En los Escritos de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, “la pequeña Hija de la Divina Voluntad”, el 28 de Octubre de 1899, leemos:

«Esta mañana mi amable Jesús ha venido en medio de una luz y mirandome, como si me penetrara por todas partes, tanto que me sentía anonadada, me ha dicho: **“¿Quién soy Yo y quién eres tú?”**»

Esas palabras me penetraban hasta la médula de los huesos y veía la infinita distancia que hay entre el Infinito y el limitado, entre el Todo y la nada; no sólo, sino que veía además la malicia de esa nada y el modo como se había enfangado. Me parecía ser como un pescado que nada en las aguas; así mi alma nadaba en el fango, entre gusanos y en tantas otras cosas capaces sólo de horrorizar la vista. ¡Oh Dios, qué espectáculo abominable! Mi alma hubiera querido huir ante la vista de Dios tres veces Santo, pero con otras dos palabras me ata, diciendome: **“¿Cuál es mi Amor por tí? ¿Y cuál es tu correspondencia hacia Mí?”**

Entonces, mientras con las primeras palabras hubiera querido huir asustada de su presencia, con la segunda pregunta, **“¿cuál es mi amor a tí?”**, me he visto abismada, atada por todas partes por su amor, porque mi existencia es producto de su amor y si ese amor hubiera cesado, yo ya no habría existido. Así que me parecía que el palpitar del corazón, la inteligencia y hasta la respiración son una reproducción de su Amor. Yo nadaba en El y aun el querer huir me parecía imposible porque su Amor por todas partes me rodeaba. Y mi amor me parecía como una gotita de agua que se echa al mar, que desaparece, que ya no se puede distinguir.»

La primera verdad, de la que todo parte, es:

Quién es Dios y qué es el hombre, qué relación nos une con El y qué tragedia es el pecado, el rechazo de esa relación de amor.

44 - “¿Quién es Dios y quién soy yo?”

Es necesario tener ideas claras en cuestiones de Fe. El punto de partida para tenerlas es este: “¿*Quién eres tú* –dice el Señor– y *Quién soy Yo?*”. “Pero vosotros, ¿quién decís que soy Yo?” (Mt 16,15). “*Yo soy el que es* –dijo el Señor a Santa Catalina de Siena–, *tú eres la que no es*”. Todo parte de amar la Verdad.

1 - “*Sepan que Dios es DIOS*”. Es el único. Y Dios es Tres Personas, no cuatro.

“*Al Señor Dios adorarás y a El sólo servirás*”, dijo Jesús al tentador.

Jesucristo es Persona Divina, la Segunda en la Trinidad, el Hijo “*engendrado, no creado, de la misma sustancia del Padre*” (es decir, “consustancial”, que comparte la misma y única “Sustancia” o Ser Divino). Jesucristo es la Imagen Increada del Padre, “el Otro Sí mismo” del Padre, “el Concepto absoluto” que el Padre tiene de Sí: “*El que me ha visto a Mí ha visto el Padre. ¿Cómo puedes decir: Muestranos al Padre? ¿No crees que Yo soy en el Padre y el Padre es en Mí? Las palabras que Yo os digo, no las digo por mi cuenta; sino que el Padre que está conmigo cumple sus obras. Creedme: Yo soy en el Padre y el Padre es en Mí; si no por otra cosa, creedlo por las mismas obras*” (Jn 14, 9-11).

Las tres Divinas Personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo podemos llamarlas “el Amante, el Amado y el Amor”. El Padre es Revelado, el Hijo es la Revelación del Padre, el Espíritu Santo es el Divino Revelador.

Jesucristo tiene dos Naturalezas: su Naturaleza Divina o Ser Divino, verdadero Dios por naturaleza propia, Naturaleza increada, infinita y eterna; y su Naturaleza humana, verdadero Hombre, Naturaleza creada, limitada y sujeta al tiempo.

Jesucristo es “CO-CREADOR”, con el Padre y con el Espíritu Santo: en cuanto que El hace las Obras del Padre y las Tres Divinas Personas son inseparables en sus Obras y en su Vida, si bien cada una de las Tres Divinas Personas sea la “protagonista” o “titular” de una obra: el Padre de la Creación, el Hijo de la Redención y el Espíritu Santo de la Santificación.

Jesucristo es “el Primogénito” entre todas las criaturas. Todas las demás criaturas han sido creadas por él, en él, por motivo de él y para él. “Todo ha sido hecho por El, y sin El nada ha sido hecho de todo lo que existe” (Jn 1,3)

2 - La Virgen María es y puede ser llamada “la Segundogénita” del Padre, conocida, querida, decretada, amada y por tanto CREADA en Cristo, por motivo suyo (para ser su Madre) y unida con Jesús, “*en un mismo Decreto eterno de predestinación*”. “*No separe el hombre lo que Dios ha unido*”.

La Virgen María es solamente CRIATURA, no es el Creador. Es persona humana, su naturaleza es humana (perfecta e inmaculada), y por tanto es (como lo es la naturaleza humana de Jesucristo) limitada y temporal. No se debe a sí misma la razón de su existencia, como por el contrario es propio de Dios.

Pero, a diferencia de cualquier otra criatura, Dios ha querido que ella fuese indispensable para el cumplimiento de Su Querer eterno. Sin el libre “sí” de María, sin su “*hágase en mí*”, el Verbo Divino jamás se hubiera encarnado y nunca habríamos tenido al Redentor ni la Redención. Más aún, si no se hubiera encarnado, Dios nada habría creado. Su Maternidad es Divina.

3 - “Dios dijo: “*Hagamos al hombre a Nuestra Imagen y Semejanza*”, y a imagen de Dios lo creó: varón y hembra lo creó”.

Notemos que Dios habla en singular y obra en plural: un solo Dios en Tres Personas. Y en todo ha puesto su triple “firma”: orden, armonía y belleza.

Como por ejemplo en el sol –su primer “predicador”– que es fuego, luz y calor. O bien en la actividad del hombre: pensamientos, palabras y obras. O en nuestra existencia: pasado, presente, futuro...

La doble “versión” del hombre (varón y hembra, en su biología, fisiología, psicología y misión en la vida) corresponde al hecho de haber sido creado “a imagen” de Dios. No porque Dios sea “padre y madre” –una expresión del Papa Juan Pablo I que puede inducir a error si no se explica bien–, ya que Dios es purísimo Espíritu, y si en su Revelación se presenta como “el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo”, no es porque haya adoptado esos conceptos del hombre, sino que los ha tomado de El para reflejarlos en el hombre.

Inicialmente un solo individuo (Adán), “duplicado” en un segundo momento en dos (Adán y Eva, el hombre y la mujer), y llamados a ser unidad en un tercer momento (“una sola carne”, e sea un solo ser viviente, en cuanto viviente, en el vivir), y había de manifestarse en una tercera persona, el hijo, fruto de su unión.

La imagen divina el hombre la tiene en su dimensión individual, personal (en su espíritu: voluntad, inteligencia y memoria, respectivamente don del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo), y en su dimensión “social”, como familia o pluralidad de personas (el esposo o padre, la esposa o madre y el hijo): una pequeña trinidad creada, imagen de la Stma. Trinidad increada, de la cual debe compartir el mismo Amor y la misma Vida, y destinada a poblar el Cielo o Paraíso después del tiempo de la prueba en la tierra.

La IMAGEN Increada es el Hijo de Dios o Verbo Divino.

La IMAGEN divina es creada en el hombre, conforme a su Modelo.

La IMAGEN está en nuestro ser o naturaleza humana.

La SEMEJANZA debería estar en nuestro vivir: es decir, en el amar, en el obrar, en la Fecundidad divina (y no sólo humana) que Dios quiere compartir con el hombre.

El hombre, con el pecado, ha herido y degradado la Imagen divina que es él.

Con el pecado ha perdido la Semejanza divina que tenía.

Con la Redención, Jesucristo ha reparado y salvado la Imagen de su Padre Divino, herida y degradada en el hombre.

Con volver a tener su Reino en la tierra como en el Cielo, Jesucristo da de nuevo la Semejanza divina al hombre que lo acoge. Y el Reino es tener como vida (por un don supremo de gracia) la misma Voluntad de la Stma. Trinidad.

4 - Dios nos ha creado para compartir con nosotros su Vida, su Amor, su Felicidad, su Gloria. Para desahogar su infinito Amor, para amarnos y ser amado por nosotros (en eso consiste nuestra felicidad).

Pues bien, amar exige por justicia ser amado: ¿cómo podía la criatura competir en amor con Dios? ¿Cómo satisfacer los derechos de la Justicia amando con un amor “infinitesimal” Aquel que nos ama con un Amor infinito y eterno? ¿Le hubiera bastado a Dios “saber” que, puesto que la criatura es pequeña y limitada, “no había nada que hacer” y habría tenido que contentarse y, por tanto, habría quedado una sustancial falta de correspondencia a su Amor por parte nuestra?

No, El mismo ha dispuesto la solución: ofrecer a la criatura su mismo Corazón para que la criatura pudiera corresponder a la par. Darle a la criatura como Don la misma fuente de su Amor, es decir, su Divina Voluntad.

Es evidente que este Don no forma parte de la naturaleza de la criatura, sino que es don de pura gracia, absolutamente inmerecido. La criatura no ha de hacer más que reconocerlo y acogerlo. Este Don supremo, esta corona real y divina es lo que constituía al hombre como heredero y rey, “*Adán hijo de Dios*”, un pequeño “dios” a semejanza de su Creador y Padre.

Con esta Voluntad Divina recibida por pura gracia, el hombre podía y debía amar a Dios con su mismo Amor, como el Hijo ama al Padre con el mismo Amor que es el Espíritu Santo. Y lo que parte de la Unidad, distinguiéndose en tres Personas, vuelve a consumarse en la Unidad por medio del Amor. Sólo así, del mismo modo, el hombre, salido de Dios, debe volver (libremente) a Dios.

¡Pobres palabras humanas, que por grazia de Dios logran decir lo que saben y no saben lo que dicen! La Realidad de Dios trasciende infinitamente los pobres conceptos que el hombre logra tener, los cuales, aunque sean limitados y (por fuerza) inadecuados, no por eso son erróneos: son como el hombre, limitados.

“Pues aquellos que desde siempre Dios ha conocido los ha predestinado a que sean conformes a la imagen de su Hijo, para que El sea el Primogénito entre muchos hermanos; y a los que ha predestinado también los ha llamado; a los que ha llamado también los ha justificado y a los que ha justificado también los ha glorificado” (Romanos 8, 29-30).

Predestinados desde siempre, por lo tanto llamados (a la existencia = creados) desde siempre, por tanto justificados (o sea, redimidos) desde siempre, por tanto glorificados desde siempre. Eso, por Su parte; ahora nos toca a nosotros confirmar o ratificar por nuestra parte que sea para siempre.

“Sereis como Dios”, propuso el padre de la mentira a la mujer, “ser como Dios”, autónomamente, separandose de Dios. ¡Como si un rayo de luz del sol pudiera subsistir e incluso llegar a ser él también un sol separandose del sol!

Ser como Dios: *“En aquel día el Señor hará de escudo a los habitantes de Jerusalén y el que entre ellos vacila será como David y la casa de David como Dios, como el Angel del Señor ante ellos”* (Zacarías 12,8). ¿Serán acaso palabras casuales, una manera de decir? Esa es nuestra eterna vocación, ser como Dios por pura gracia y bondad y generosidad suya: nosotros no “somos” como Dios, pero Dios nos llama a **“llegar a ser” como El, no en nuestro ser creado o naturaleza humana, sino en el modo de vivir y de amar, en su mismo Querer y con su mismo Amor.**

*“Su potencia divina nos ha donado todo bien por lo que se refiere a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento de Aquel que nos ha llamado con su gloria y potencia. Con ello nos ha dado los bienes grandísimos y preciosos que nos había prometido, para que lleguemos a ser por medio de ellos **partícipes de la Naturaleza Divina**”* (2ª Pedro, 1,3-4).

*“Por tanto, tras haber preparado vuestra mente a obrar, estad atentos, fijad toda esperanza en **aquella Gracia que se os dará cuando Jesucristo se revelará**”* (1ª Pedro, 1,13). “¡Hijos en el Hijo!”

*“Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé un Espíritu de sabiduría y de revelación por un más profundo conocimiento de El. Que de verdad pueda iluminar los ojos de vuestra mente para haceros comprender **a qué esperanza os ha llamado, qué tesoro de gloria contiene su Herencia entre los santos y cuál es la extraordinaria grandeza de su Potencia para con nosotros los creyentes...**”* (Efesios, 1, 17-19)

¡El deseo de San Pablo a los cristianos de Efeso es mi deseo para todos!

45 - Todas las cosas están veladas en la tierra

Prosigamos nuestra reflexión sobre la Fe.

La Fe es comunión con Dios. En esta vida nos permite empezar a conocer a Dios, a poseerlo como la Verdad, a ver todo y todas las cosas –visibles e invisibles– como realmente son: todas las cosas vienen de Dios y son canales de comunicación con El, ocasiones de encontrarlo, para que nos abrace y para que lo abracemos. Todas las cosas y las circunstancias lo velan y lo revelan; no son Dios, lógicamente, pero nos hablan de Dios. *“Los cielos y la tierra estan llenos de su Gloria”*. Todas las cosas tienen tanto que contarnos de El, pero para escucharlas hacen falta las necesarias condiciones: humildad en la mente, deseo en el corazón.

Cuando amas a una persona, ya de antemano estás dispuesto a creerla; por lo tanto, ama y crearás, cree y comprenderás.

En efecto, el Señor le dice a la Sierva de Dios Luisa Piccarreta:

*“Hija mía, para comprender bien una cosa hace falta **la creencia**, porque sin ella todo está a oscuras en la inteligencia humana, mientras que sólo el creer enciende en la mente una luz*

y por medio de esa luz ve con claridad la verdad y la falsedad, cuando obra la gracia y cuando la naturaleza, y cuando la obra es diabólica. Ves, el Evangelio lo conocen todos; ¿pero quién comprende el significado de mis palabras, las verdades que contienen? Quien las conserva en su propio corazón y hace de ellas un tesoro para comprarse el reino eterno, quien cree. Y todos los demás no sólo no comprenden nada, sino que se sirven para burlarse y ridiculizar las cosas más santas. Así que se puede decir que todo está escrito en el corazón de quien cree, espera y ama, y para todos los demás nada está escrito. Así es de tí: el que tiene un poco de creencia ve las cosas con claridad y encuentra la verdad; el que no, ve todas las cosas confusas”. (Volumen 4º, 09-01-1903)

En el Cielo no hay Fe, no hace falta: todo está claro. Sólo en el Cielo veremos la perfecta respuesta a todo posible “*por qué*”. Pero en esta vida todas las cosas –podemos decir– son en cierto modo semejantes a los Sacramentos; se les puede aplicar la definición de “Sacramento” como se lee en el Catecismo de San Pío X: “*Con la palabra sacramento se entiende un signo sensible y eficaz de la gracia, instituido por Jesucristo para santificar nuestras almas*”. Todo lo que Dios hace es “sagrado”, o sea, viene de Dios con el fin de comunicarnos una gracia de parte de Dios y de unirnos a Dios. **Cada cosa nos trae de su parte su Providencia, sus Noticias, su Amor.** Que son otra “firma” de la Stma. Trinidad.

Por consiguiente es indispensable, por nuestra parte, pasar del “signo” al significado, de la envoltura al Contenido. Y así dice el Señor:

“Hija mía, todas las cosas acá abajo, tanto en el orden sobrenatural como en el orden natural, todas están veladas. Sólo en el Cielo se revelan, porque en la Patria Celestial no hay velos, sino que las cosas se ven como son en sí mismas; de manera que allí la mente no tiene que trabajar para comprenderlas, porque por sí solas se muestran como son, y si hay un trabajo que hacer en la feliz Morada, si es que se le puede llamar trabajo, es el de gozar y felicitarse en las cosas que abiertamente se ven, mientras que acá abajo no es así; como la naturaleza humana es espíritu y cuerpo, el velo del cuerpo impide al alma ver mis verdades; de hecho los sacramentos y todas las demás cosas están veladas. Yo mismo, Verbo del Padre, tenía el velo de mi Humanidad. Todas mis palabras, mi Evangelio, están en forma de ejemplos y de semejanzas, y me comprendía quien se acercaba a escucharme con fe en el corazón, con humildad y con querer conocer las verdades que Yo les manifestaba, para ponerlas en práctica.

Haciendo así rompían el velo que escondía mis verdades y encontraban el bien que había en ellas. Con la fe, con la humildad y con querer conocer mis verdades hacían un trabajo, y con ese trabajo rompían el velo y hallaban mis verdades, como son en sí mismas, y por tanto se vinculaban conmigo con el bien que contenían mis verdades. Los que no hacían este trabajo, tocaban el velo de mis verdades, no el fruto que contenían, y así se quedaban en ayunas, no entendían nada y, dándome la espalda, se alejaban de Mí.

Así son las verdades que Yo con tanto amor te he manifestado sobre mi Divina Voluntad. Para hacer que resplandezcan como soles sin velo, como son, deben hacer su trabajo, el camino para tocarlas, que es la fe; tienen que desear y querer conocerlas, pedir y humillar su inteligencia para abrirla, para hacer que en ellos entre el bien y la vida de mis verdades. Si lo hacen, romperán el velo y las encontrarán resplandecientes más que el sol, de lo contrario seguirán ciegos y Yo les repetiré lo que dije en el Evangelio: «Teneis ojos y no veis, oídos y no escuchais, lengua y seguís mudos».

Ves, también en el orden natural todas las cosas están veladas. La fruta tiene el velo de la cáscara: ¿quién gusta el bien de comerla? Quien hace el trabajo de acercarse al árbol, de coger el fruto, de quitar la cáscara que lo esconde, saborea y se alimenta con el fruto deseado. Los campos están cubiertos de paja: ¿quién toma el bien que esa paja oculta? El que quita la paja tiene el bien de coger el trigo para hacer del pan su alimento de cada día.

Es decir, todas las cosas acá abajo tienen el velo que las cubre, para darle al hombre el trabajo, la voluntad y el amor de poseerlas y gustarlas.

Ahora bien, mis verdades superan con mucho las cosas naturales y se presentan a las criaturas como nobles reinas veladas, en acto de entregarse a ellas, pero quieren su trabajo, quieren que se les acerquen con los pasos de su voluntad para conocerlas, poseerlas y amarlas, condición necesaria para romper el velo que las esconde. Roto el velo, con su luz se abrirán camino por sí solas, dándose en poder de quien las ha buscado.

Esta es la razón por la que leen las verdades sobre mi Divina Voluntad y demuestran que no comprenden lo que leen, sino que se confunden, porque falta la verdadera voluntad de querer conocerlas; se puede decir que falta el trabajo para conocerlas y sin trabajo no se adquiere nada, ni se merecen tanto bien, y Yo, con justicia, les niego lo que abundantemente doy a los humildes que suspiran el gran bien de la luz de mis verdades.

Hija mía, ¡cuántas verdades mías sofocadas por quien no desea conocerlas y no quiere hacer su pequeño trabajo para poseerlas! Siento que quieren, si pudieran, sofocarme a Mí mismo. Y Yo en mi dolor me veo obligado a repetir lo que dije en el Evangelio y lo digo con los hechos: le quito a quien no tiene o que tiene alguna pequeña cosa de mis bienes, y lo dejo en la esquilada miseria, porque no queriéndolos y no amándolos los tendrá sin apreciarlos y sin fruto, y daré con mayor abundancia a los que tienen, porque los tendrán como preciosos tesoros que harán fructificar cada vez más.” (Vol. 28º, 02-08-1930).

Sin ese deseo de penetrar más allá del velo para conocer y poseer lo que en él se oculta, todo permanece incomprendible: “¿Teneis ojos y no veis? ¿Teneis oídos y no oís? ¿Se ha endurecido vuestro corazón?” (Mc 8,18), todo resulta una bella parábola, todo se vuelve un cuento edificante... Por el contrario, cada cosa cubre la Presencia real y palpitante de amor de la Divina Voluntad. Si la Eucaristía contiene bajo el aspecto de una pequeña hostia blanca la Presencia real de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, con toda su Vida, Pasión y Muerte y Resurrección, igualmente los demás Sacramentos contienen la Divina Voluntad en acto de darnos Vida. Así mismo, cada cosa que Dios ha creado, como cada circunstancia de nuestra vida que Dios dispone, tiene como fin ser para nosotros ocasión de “hacer comunión” con El: nuestra voluntad y la Suya.

Y lo mismo los Mandamientos: cumplir algo que Dios quiere contiene en sí la Presencia real y viva de su Voluntad. Por desgracia, sin la luz, la criatura se detiene en el envoltorio, no ve más allá del velo de la obligación, percibe sólo la voz de la orden divina y no descubre el Corazón divino. Y estando detenida en sí misma, la voluntad humana quiere hacerlo todo ella sola, con su propia fuerza... ¡como si fuera capaz!

“Hija mía, quien hace mi Voluntad y vive en Ella forma en su alma el libro del «Fiat» Divino, pero este libro debe estar lleno, no vacío o con alguna página escrita. Si no está lleno enseguida acabará de leerlo y, no teniendo más que leer, se ocupará de otras cosas y así la vida de mi Divina Voluntad quedará interrumpida y como rota en la criatura. Mientras que si está lleno tendrá siempre que leer, y si parece que acaba, Yo añadiré otras páginas más sublimes, para hacer que nunca le falte la vida, el conocimiento siempre nuevo y el alimento sustancioso de mi Querer Divino. De manera que el interior ha de ser como tantas páginas para formar ese libro; página la inteligencia, páginas la voluntad y la memoria, páginas el deseo, el afecto, el palpar, página la palabra que debe saber repetir lo que ha leído, de lo contrario quedará como un libro que no hará bien a nadie, mientras que el primer fin del que hace un libro es propagarlo. Por tanto todo el interior debe estar escrito con páginas de mi Divina Voluntad y ese libro ha de estar tan lleno, que no pueda encontrar que leer sino sólo mi Voluntad.

Ahora bien, cuando el alma ha llenado su libro interno, conocerá muy bien el libro externo de la Divina Voluntad: toda la Creación no es más que un libro de Ella, cada cosa creada

es una página que forma un libro grandísimo y de muchos tomos. Y así, habiendo formado su libro interno y habiendolo leído a base de bien, sabrá leer muy bien el libro externo de toda la Creación y en todas las cosas encontrará mi Divina Voluntad en acto de darle su vida, sus lecciones altísimas y sublimes y su alimento exquisito y santo. A quien ha formado en su interior este libro del «Fiat» divino y lo ha leído a base de bien, le pasará como a quien tiene un libro, lo ha leído una y otra vez, ha estudiado bien las cosas más difíciles, ha allanado todas las dificultades y aclarado los puntos más oscuros, de modo que ha consumido su vida en ese libro: si alguien de afuera le lleva otro libro semejante, lo sabrá leer con toda certeza y reconocerá en él su libro.

A mayor razón que mi Voluntad Divina ha colocado a la criatura en su cerco santísimo y ha puesto en el fondo del alma el libro de su «Fiat», y en la Creación ha repetido su libro divino, de modo que uno hace eco en el otro y se comprenden admirablemente. Por eso es necesario reconocer el libro del «Fiat» divino en el fondo de la propia alma, leerlo a base de bien para hacer que sea vida perenne, y así, con facilidad poder leer las bellas páginas y el gran libro de mi Voluntad en toda la Creación.” (Vol. 29º, 06-07-1931)

La Voluntad Divina se nos aparece continuamente disfrazada de... un trabajo que hacer, de un hermoso paisaje, de un pajarito que canta para nosotros, de una situación dolorosa, de una persona que encontramos, de una noticia que oímos... Pero detrás está siempre esa Voluntad suprema, es decir, el Corazón palpitante de amor de nuestro Padre Divino... La Fe es descubrirla, encontrarla, abrazarla.

46 - Nuestra existencia es una cuestión de fe

Nuestra existencia y la del mundo antes de ser un problema de ciencia es una cuestión de fe.

Ninguno de nosotros estaba presente en el acto de inauguración de la Creación. Ni siquiera hemos visto la verdadera “película” de la Creación. Ningún ser humano, por más científico que sea. Solamente Aquel que ha realizado cada cosa y que ha hecho “la película” de lo que ha creado, nos la puede contar.

¿Cómo explicar el mundo? ¿Cómo ha empezado a existir? Ya que evidentemente ha tenido un comienzo, puesto que cada ser que existe en el mundo lo tiene. El Universo no es algo más o algo diverso de los seres que lo forman. Por no hablar de su finalidad: cada cosa es lo que es por motivo de la finalidad que le ha dado su Autor.

“Los mitos paganos, las divinidades en figura humana son fantasías que no explican nada. Tampoco el encogerse de hombros. El problema se reduce a ésto: ¿El mundo se ha creado por sí solo o ha sido creado?”⁶

La inteligencia humana llega a comprender fácilmente que de la nada no sale algo. Este es el límite más lejano al que llega por sí sola: es una constatación negativa. Para tener acceso a una certeza positiva necesita dejarse llevar de la mano por la fe divina. Es decir, creer al testimonio de Dios.

“La fe es fundamento de las cosas que se esperan y prueba de las que no se ven. Por medio de esa fe los antiguos obtuvieron buen testimonio. Por fe sabemos que los mundos fueron formados por la palabra de Dios, de modo que de cosas no visibles ha tenido origen lo que se ve... Sin la fe es imposible ser aceptados por Dios; pues quien se acerca a Dios debe creer que El existe y que recompensa a aquellos que lo buscan” (Carta a los Hebreos, 11,1-3.6)

Sin el testimonio de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, no podríamos saber quienes somos, ni cuál es nuestro verdadero origen y nuestro destino, ni quién nos ha dado la vida ni por qué, ni a qué se debe el mundo o cómo ha sido hecho...

Ese testimonio Dios lo ha dado: es la Divina Revelación, que no ofende nuestra inteligencia, sino que la ayuda en lo que ella por sí sola no puede; no va contra ella, sino a su favor, siendo infinitamente superior a ella.

⁶ - De "Gnosi e rivoluzione", de Orio Nardi (Milán, Italia, 1991)

Si la Creación es el primer Libro escrito por Dios para nosotros, **el otro Libro suyo es la Sagrada Escritura**, Palabra de Dios, que El ha hecho escribir para darnos todas las noticias acerca de El y acerca de nosotros, de las cuales tenemos necesidad. Si la Creación es la primera Revelación de Dios, que a la vez lo vela y lo revela, era necesaria la Revelación como tal para comprenderla.

Revelación escrita por medio de hombres inspirados y guiados por Dios, los hagiógrafos, de los cuales el primero fue Moisés. Del cual el Señor ha dicho: «*Si creyérais en Moisés, creeríais también en Mí, porque de Mí él ha escrito. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?*» (Jn 5,46-47).

Pero frente a la Revelación auténtica de Dios, el enemigo suyo y nuestro –el demonio– ha puesto en circulación desde el principio, desde la tentación a Eva, una “revelación” falsa, que excita la mente, más aún, la voluntad del hombre, con el espejismo de “conocer el bien y el mal” y así llegar a ser como Dios (¡pero sin Dios!). Una “revelación” para desmentir a Dios, presentándolo como malvado y falso, como obstáculo a la plena “realización” del hombre, a su felicidad...

Esta corriente de negaciones, esta corriente de mentiras que, como un río, la vieja serpiente ha vomitado “de su boca”, con intención de arrollar a la Mujer (María y a la vez la Iglesia) (cfr. Apoc 12,15), va recorriendo de una manera creciente toda la historia y ha ido creciendo como un parásito a la sombra de la verdadera Revelación. Esa corriente multiforme es conocida como “**la gnósis**” (“el conocimiento”). Se trata de un remedo de aquella, y así como la Revelación Divina puede ser acogida sólo con la Fe sobrenatural, así “la gnósis” se presenta como otra fe de signo contrario, aunque camuflándose a menudo con los atributos del “saber” y de la “ciencia”.

“*La gnósis*”⁷ no es un sistema unitario de ideas, sino un conglomerado proteiforme de interpretaciones que brotan de un núcleo fundamental de antiverdades, que se presentan en cada nueva versión. Hablamos de antiverdades, porque *la gnósis* nace en situación polémica contra la Revelación de Dios a la humanidad, Revelación confiada a la razón, aún antes que al profetismo hebreo y cristiano. Desde el comienzo de la doctrina transmitida por Moisés, fue surgiendo una corriente gnóstica parásita, que pervertía el contenido de aquella. Así mismo, desde el principio del cristianismo apareció una corriente gnóstica falsamente cristiana, empeñada en corromper su evangelicidad. Pero *la gnósis* es anterior al hebraísmo y al cristianismo.

Escrutando aún más los cimientos filosóficos de *la gnósis* y del pensamiento hebreo-cristiano, nos topamos con su contraposición genética, que prosigue intacta hasta hoy. Gnósis y Revelación hebraica-cristiana se hallan en perfecta antítesis desde sus raíces, es decir, a comenzar por la interpretación cosmogónica (del origen del mundo y del hombre).

Efectivamente, existe un dilema de fondo entre **creación** y **autogénesis** del cósmos. Incluso si se admite la evolución, queda el problema de los orígenes de éso que evoluciona, y aunque admitiéramos la eternidad de la materia, permanece no resuelto el problema de su origen. Habiendo negado a Dios, que existe por Sí mismo a causa de la plenitud de su ser, o sea, “el Ser Subsistente”, sigue siempre para cada propuesta alternativa la pregunta insistente: “¿Y ésto, de dónde viene?”

Ya los egipcios habían resuelto el problema con la respuesta alternativa de la Nada: *la Nada* –según ellos– está en los orígenes del cósmos, el cual se engendra a sí mismo a partir de la Nada, pasando gradualmente del caos a las más altas perfecciones. Esa idea pasó a la Cábala hebrea y a través de complejas vicisitudes históricas ha llegado al pensamiento moderno en el “immanentismo” de Hegel y en sus derivaciones.

⁷ - De “*Gnosi e rivoluzione*”, página 8.

Del hecho que la cosmogénesis gnóstica se funda en la Nada, se deduce su índole “mágica”, lo que bien corresponde al ambiente saturado de magia, Egipto, en que se desarrolló, en oposición al realismo del pensamiento hebreo-cristiano, que se basa en el Ser, que se reveló a Moisés para liberar el pueblo hebreo de la esclavitud egipcia con el nombre de “Yahvé”, que significa “Aquel que es”.

El Ser o la Nada en el principio, como origen: éste es el dilema de fondo que divide radicalmente la Revelación Divina y *la gnósis*. En torno a estos dos polos antitéticos se agrupan las respectivas deducciones como constantes inseparables de los dos opuestos sistemas fundamentales:

- teísmo o panteísmo;
- creación o autogénesis de la nada;
- distinción esencial entre el Creador y la creatura, o por el contrario, identidad de naturaleza (por tanto, “emanatismo” panteístico);
- Dios personal (Alguien) o dios impersonal cósmico (algo);
- dependencia de una Ley de Dios objetiva o autonomía moral.

En torno a los dos sistemas normalmente se coagulan, por afinidad de conceptos, otras ideas:

- la persona es sagrada y prevalece sobre el grupo, o al contrario, la persona está subordinada a la sociedad y el grupo prevalece sobre ella (socialismo);
- vida eterna o disolución en el “*pléroma*” original;
- purificación por medio del arrepentimiento y la conversión personal, o por medio de una reencarnación o metempsícosis, nirvana, etc.

(...) Recorriendo la historia de *la gnósis* en sus diversas evoluciones, se puede comprobar cómo todas las aguas ideológicas y culturales tienden a caer en una u otra de ambas vertientes, conforme a la opción fundamental que las haya arrastrado, **entre Dios o su adversario**. Es muy significativo que *la gnósis* aparezca constantemente emparentada con “la Serpiente reveladora”: “...Dios sabe que en el momento en que comais del fruto prohibido, se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios, conociendo el bien y el mal” (Gén. 3,3-5). Y no es casualidad que las teogonías fundadas en la Nada recaigan coherentemente en la Nada, o sea, manifiesten su inconsistencia. Y no es por nada que la corriente gnóstica iluminista, que domina nuestra época –como reconocen los mismo herederos de la gnósis– se disuelve actualmente en el nihilismo. No es éste un criterio cualquiera para darse cuenta de dónde se halla la Verdad. Y puesto que Satanás no sólo es padre de la mentira, sino también homicida, la *gnósis* aparece habitualmente marcada, en la historia, por su falta de escrúpulos respecto al hombre, sobre todo en los frecuentes socialismos (chino, azteca, maniqueo, taborita, marxista, sínárquico, etc.). Es otro criterio de discernimiento entre la verdad y el error”.

A tantos siglos de distancia, actualmente la “*gnósis*” se presenta bajo las mil formas de la “*new age*” (“la nueva era”). En definitiva, a ella lleva el relativismo, la actual religiosidad que cada quien se hace por su cuenta, la pérdida de la Fe y su consecuencia, que es la corrupción de la inteligencia, del buen sentido.

47 - Sólo el Creador puede hablar de la vida humana

Ni el mismo hombre ni las ciencias pueden decir nada sobre el origen de la criatura, de cada ser humano. Se trata de los secretos más íntimos de Dios: dónde, cómo y cuándo ha llamado al hombre, a cada ser humano, a la existencia.

En Sí mismo nos ha creado, con una vocación altísima: para concurrir con Dios en todas sus obras mediante su Voluntad dada a nosotros, debiendo confirmar y repetir en el tiempo, ratificando por nuestra parte su decreto eterno.

De este misterio habla el Señor en los Escritos de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta (volumen 33º, 18-12-1933):

«Mi pobre mente sigue cruzando el mar infinito del **“Fiat”**, el cual, por más que uno camine, nunca se acaba. El alma en este mar siente a su Dios, el cual la llena toda, hasta el borde, de su Ser Divino, de modo que puede decir: “Dios me ha dado todo Sí mismo, y si no me es posible contener en mí su inmensidad es porque soy pequeña”.

Pues bien, en este mar están en acto el orden, la armonía, los misterios secretos de cómo Dios ha creado al hombre, y oh, son prodigios inauditos, el amor es exuberante, la maestría es insuperable. Hay tanto de misterioso, que ni el mismo hombre, ni las ciencias pueden decir nada con claridad sobre la formación del hombre. Así que me he quedado sorprendida de la magnificencia y de las prerrogativas que posee la naturaleza humana.

Y mi amado Jesús, al verme tan sorprendida, me ha dicho: *“Hija mía bendita, cesará tu asombro cuando, mirando bien en este mar de mi Querer, veas donde, quien, como y cuando fue formada cada criatura.*

Así que, ¿dónde? En el seno eterno de Dios. ¿Quién? Dios mismo le dió su origen. ¿Cómo? El mismo Ser Supremo formó la serie de sus pensamientos, el número de sus palabras, el orden de sus obras, el movimiento de sus pasos y el continuo palpitar de su corazón, de manera que Dios le daba una tal belleza, orden y armonía que podía hallarse a Sí mismo en la criatura, con tal plenitud que ella no encontraría dónde poder poner algo de suyo, que no le hubiera sido dado por Dios.

Nosotros, al mirarla, quedamos extasiados al ver que en el pequeño límite humano nuestra potencia había metido nuestra obra divina, y en nuestro énfasis de amor le decíamos: «¡qué bella eres, obra nuestra! Tú eres, tú serás nuestra gloria, el desbordarse de nuestro amor, el reflejo de nuestra sabiduría, el eco de nuestra potencia, el portador de nuestro eterno amor»; y lo amamos con amor eterno, sin principio y sin fin.

¿Y cuándo fue formada esta criatura en Nosotros? Desde la eternidad,⁸ por eso en el tiempo no existía, pero en la eternidad ha existido siempre, tenía su puesto en Nosotros, su vida palpitante, el amor de su Creador. De manera que la criatura ha sido siempre para Nosotros nuestro ideal, el pequeño espacio en que llevar a cabo nuestra obra creadora, el apoyo de nuestra vida, el desahogo de nuestro eterno amor.

Por eso tantas cosas humanas no se comprenden, no se saben explicar, porque se trata del obrar de lo incomprensible divino, se trata de nuestros misteriosos arcanos celestes, nuestras fibras divinas, por lo que sólo Nosotros sabemos los misteriosos secretos, las teclas que debemos tocar cuando queremos hacer cosas nuevas e insólitas en la criatura, y al no conocer nuestros secretos y no poder comprender nuestros modos de obrar incomprensibles que hemos puesto en la naturaleza humana, llegan a juzgar a su manera y no saben explicarse lo que Nosotros realizamos en la criatura, mientras que están obligados a doblegar la frente ante lo que no comprenden.

Pues bien, quien no posee nuestra Voluntad pone en desorden todos nuestros actos, ordenados desde la eternidad en la criatura; por eso se desfigura y forma el vacío de nuestros actos divinos, formados y ordenados por Nosotros en la criatura humana.

Nosotros nos amábamos a Nosotros mismos en ella, la serie de nuestros actos formados por nuestro puro amor, y haciéndola salir afuera, en el tiempo, queríamos que tomara parte en lo que Nosotros habíamos hecho. Pero para que la criatura tuviera esta capacidad necesitaba nuestra Voluntad, que dándole su capacidad divina, le habría permitido hacer en el tiempo lo que había sido hecho por Nosotros sin ella en la eternidad.

⁸ - No sólo como idea o intención, ya que para Dios querer y hacer son una sola cosa. Pero no se trata de “pre-existencia” de almas, pues ese idea –rechazada por la Iglesia– indica un tiempo anterior, mientras que aquí se habla de eternidad, que es algo afuera del tiempo: es el Acto único y absoluto de Dios, sin pasado ni futuro. Creados por Dios en Cristo, para ser sus hijos.

No hay que extrañarse: si el Ser Divino la había formado en la eternidad, el mismo Querer Divino confirmaba y repetía en el tiempo, es decir continuaba su obra creadora en la criatura. Pero sin mi Voluntad Divina, ¿cómo va a poder elevarse, conformarse, unificarse, asemejarse a esos mismos actos que Nosotros con tanto amor hemos formado y ordenado en ella? Por tanto la voluntad humana no hace más trastornar nuestras obras más bellas, romper nuestro amor, vaciar nuestras obras, las cuales permanecen en Nosotros porque Nosotros nada perdemos de lo que hemos hecho; todo el mal queda para la pobre criatura, porque siente el abismo del vacío divino. Sus obras carecen de fuerza y de luz, sus pasos son vacilantes, su mente está confusa, de manera que sin mi Voluntad resulta como un alimento sin sustancia, como un cuerpo paralizado, como un terreno sin cultivo, como un árbol sin fruto, como una flor que da mal olor.

Oh, si nuestra Divinidad pudiera llorar, lloraríamos amargamente la criatura que no se deja dominar por nuestra Voluntad.”

Y San Pablo lo confirma diciendo: *“Eso que ojos no vieron, ni oídos oyeron, ni entró jamás en el corazón humano, Dios lo ha preparado para aquellos que lo aman. Pero a nosotros Dios nos lo ha revelado por medio del Espíritu Santo; pues el Espíritu escruta todo, hasta lo más íntimo de Dios. ¿Quién conoce los secretos del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Así también los secretos de Dios nadie ha podido conocerlos jamás sino el Espíritu de Dios. Ahora, nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios para conocer todo lo que Dios nos ha dado. De esas cosas nosotros hablamos, no con un lenguaje sugerido por la sabiduría humana, sino enseñado por el Espíritu, expresando cosas espirituales con términos espirituales. El hombre natural no comprende las cosas del Espíritu de Dios; son locura para él, y no es capaz de entenderlas, porque se pueden juzgar sólo por medio del Espíritu, mientras que el hombre espiritual juzga todo, sin que nadie lo pueda juzgar. ¿Pues quién ha conocido el pensamiento del Señor para poder dirigirlo? Pero nosotros tenemos el pensamiento de Cristo”* (1ª Cor 2,9-16).

48 - Aclaremos conceptos fundamentales

¡No confundamos las cosas! Hay que saber distinguir con claridad las cosas, porque en la niebla, en la ambigüedad, en la oscuridad está el engaño y la insidia del enemigo de la Verdad, que se sirve de la Verdad “a su manera” con la intención de pervertirla y negarla, para afirmarse a sí mismo.

Ya hemos visto como *“Dios creó al hombre a Su imagen y semejanza”*.

Una cosa es la imagen, otra es la semejanza.

La primera está *en el ser*, en la naturaleza humana, creada por Dios conforme al modelo de como es El mismo.

La segunda está *en el vivir*: el hombre debía vivir a semejanza de Dios, pensar como Dios piensa, ver todo como Dios lo ve, amar con el mismo Amor eterno e infinito de Dios, tener sus mismos gustos, su misma felicidad, los mismos derechos divinos (¡nada de humanos!), el mismo modo de obrar, el mismo corazón, la misma Vida de la Stma. Trinidad, su misma adorable Voluntad, fuente de su Vida, de sus obras, de todos sus atributos divinos, de su Querer, de su felicidad.

Sí, porque una cosa es la voluntad y otra es el querer, como una cosa es el corazón (la voluntad), otra es el palpar del corazón (el querer), y otra más es la vida que ese palpar manifiesta y a la vez produce (el amor). Si la voluntad es como una fuente, la corriente que de ella brota es el querer, pero ¿de qué es esa corriente? De amor.

Por otra parte, una cosa era el árbol del paraíso terrenal, otra era el fruto del árbol y otra todavía era lo que habría causado el comer sin permiso de Dios.

Es más, siendo dos los árboles, “*el arbol de la Vida*” y “*el arbol del conocimiento del bien y del mal*”, al haber dicho Dios al hombre que no comiera de este último, comer de él no le habría dado la vida, sino la muerte.

Una cosa es la vida natural humana y otra es la Vida sobrenatural divina. En la primera Dios ha puesto la imagen de su misma Vida; en la segunda (no por naturaleza, sino por gracia, la Gracia) Dios concede la participación de su Vida, a semejanza de su Vida.

El hombre, creado a imagen de Dios y responsable de su propia vida y de su destino, dotado por tanto de una voluntad libre (...una cosa es *el libre albedrío* y otra es *la libertad*), fue puesto por Dios ante esta opción: decidirse por Dios o por su propio “yo”, decidir si dar vida en él a la Voluntad Divina o a la propia voluntad humana, decidir si acoger como vida el Querer mismo de Dios o preferir su propio querer humano.

Esa era la prueba necesaria querida por Dios para confirmarlo como hijo suyo. Pero en *la prueba* a menudo se mezcla *la tentación*, propuesta por el demonio para separarlo de Dios y arruinarlo.

Esa decisión no era, no es “escoger”: Dios no dijo al hombre que “escogiera” –no es justo elegir entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte, entre la verdad y la mentira, como no lo es elegir entre Cristo y Barrabás– sino que se decidiera por el bien, por la verdad, por la vida, por Dios, por la Voluntad Divina, no por una cualquiera de las dos cosas. Se elige entre dos o más cosas cuando se suponen comparables, por tanto se elige cuando se ignora el verdadero valor y significado de las cosas, pero cuando se conoce no se elige; la elección implica ignorancia. “Elegir” entre el bien y el mal, una vez que Dios nos ha manifestado cual es el bien, no es admisible, sería ya ofensivo; por tanto, Dios pide al hombre no una elección, sino una decisión.

Esa decisión se debía manifestar con la obediencia al mandato divino de no comer del fruto del arbol del conocimiento del bien y del mal.

Si el arbol de la Vida era la imagen de *la Voluntad Divina*, el arbol del conocimiento del bien y del mal (un conocimiento que no es vida) era la imagen de *la voluntad humana*. Del primero, el hombre podía comer, del segundo no debía hacerlo. Comer el fruto del segundo (hacer su propio querer humano, contra el Querer Divino) habría causado, no la vida, sino la muerte.

Aquellos dos árboles, a diferencia de todos los demás árboles del paraíso y de la Creación, eran por tanto *como una especie* de “sacramentos”, ya que, instituidos por Dios Padre Creador, en su materialidad significan una realidad espiritual y a la vez la contienen. Debían ser por consiguiente una realidad material, para poder expresar un significado espiritual.

Sus respectivos frutos debían ser por lo tanto verdaderos frutos materiales (en ninguna parte se dice que fuese la famosa “manzana”), con un preciso significado: el “fruto divino” o bien el “fruto humano”, fruto del seno, de la procreación. Fruto bendito y divino, el de María; fruto privado de bendición y humano, el de Eva, cuyo primogénito, Caín, “era del maligno”, dice la Escritura.

El hombre, pecando, hirió y deformó, *profanó la imagen divina* que lleva en su propia humanidad, y *perdió la semejanza divina*; de ser hijo de Dios por gracia se cambió en rebelde, y aunque se arrepintió, pudo ser admitido sólo como siervo, en espera de la Redención.

El hombre perdió la Vida sobrenatural divina, porque prefirió dar vida a su voluntad despreciando la Voluntad de Dios. Pecó y al perder la Vida sobrenatural (la Gracia), perdió por consiguiente también la vida natural. Su voluntad humana se separó de la Voluntad Divina; por eso el alma se separa del cuerpo: la muerte.

Muere el alma espiritual e inmortal (en el sentido de que pierde la Vida Divina) y por tanto muere también el cuerpo (privado del alma). Así, la muerte es doble: la del alma y la del cuerpo. El pecado da muerte al alma; su consecuencia es la muerte del cuerpo. Por eso

Nuestro Señor para redimirnos hubo de asumir nuestra doble muerte en su Vida y su Pasión: la Pasión de su Alma y la de su Cuerpo.

El pecado es rechazo de la Voluntad de Dios y Jesús lo ha reparado con su adhesión perfecta a la Voluntad del Padre. La consecuencia del pecado –pérdida de todos los bienes sobrenaturales, preternaturales y naturales, que culmina en la muerte– Jesús la ha destruido con su pasión y muerte, en un *crescendo* a partir de su encarnación.

Existe **una doble muerte**, que corresponde también a las dos dimensiones de la existencia del hombre: una es en el tiempo de la prueba, la otra es para siempre, más allá de esta vida. Por tanto una muerte *temporal* y una muerte *eterna*.

De la primera, que es universal (consecuencia del pecado original) “ningún hombre viviente puede escapar”, pero al final de la historia (al fin del mundo) tendrá lugar la resurrección universal de los cuerpos, porque todos iremos en cuerpo y alma a nuestro destino definitivo, que nosotros mismos decidimos.

De la segunda, la separación de Dios para siempre, podemos liberarnos gracias a la Redención mientras estamos en este mundo, mediante un verdadero arrepentimiento, la reconciliación con Dios, el perdón divino (por medio de la Iglesia). Pero si termina el tiempo de la prueba y el hombre muere sin la Gracia y sin invocar la Misericordia Divina, su encuentro con la Justicia se traduce en muerte eterna, para siempre. Esa es la segunda muerte, el infierno, sin más remedio.

Y como hay una doble muerte, hay también **una doble resurrección**. La resurrección *espiritual* es no sólo volver a la Gracia, sino más aún, es el regreso del hombre “al orden primordial de la Creación”, a tener como vida la Divina Voluntad. La segunda, *corporal*, será al fin del mundo.

Dos son las Venidas del Señor: la primera, como *Redentor*; la segunda, como *Rey*.

Con su primera venida como *Redentor*, reparó la imagen divina, deformada y casi irreconocible en el hombre; en la segunda venida, como *Rey*, da de nuevo la semejanza divina perdida, conduciendo a la criatura que lo acoge al orden, al puesto que Dios le asignó y a la finalidad para la que fue creada.

La primera venida del Señor fue para salvar al hombre, abriendo de nuevo las puertas del Cielo, para que el que quiera entre. La segunda venida es para salvar el Decreto eterno de su Reino, haciendo que el Cielo descienda a la tierra (Apoc. 21,2) y renovando así la faz de la tierra.

El fruto de su primera venida es dar de nuevo la vida divina de la Gracia, haciendo que el hombre sea hijo de Dios (la primera resurrección); el fruto de la segunda venida es dar al hombre en Gracia la posesión de su Reino, la plenitud de los bienes de la Creación, de la Redención y de la Santificación.

La primera venida (o “*Adviento*”) del Señor fue en la “**Plenitud de los tiempos**”. Su segunda venida (o “*Parusía*”) es al “**final de los tiempos**”, de los tiempos de espera y la llegada del tiempo tan esperado, fin de los tiempos de angustia y llegada del “*tiempo de la consolación*”, el tiempo “*de la restauración de todas las cosas*” (Hechos, 3,20-21).

Por tanto, es necesario distinguir **los tiempos de la historia:**

1º, el comienzo de los tiempos o comienzo del mundo; 2º, la plenitud de los tiempos; 3º, el fin de los tiempos, y 4º, el fin del mundo (o de la historia).

Este estos dos últimos habrá un tiempo glorioso, de cumplimiento del Reino de Dios prometido y pedido en el Padrenuestro, el Reino de su Voluntad “**así en la tierra como en Cielo**”. Es lo que el Apocalipsis llama “el Milenio”. Imagen del cual fueron los cuarenta días que Jesús Resucitado y glorioso quiso permanecer en la tierra visiblemente antes de su Ascensión al Cielo.

49 - El mal y el remedio del mal

Otras aclaraciones.

Algunas almas pías se confunden diciendo: “Dios no puede querer el mal, por tanto no pudo haber querido tampoco la cruz para el Hijo... La cruz es signo del Amor de Dios, sin duda, signo de salvación, en cuanto que por amor hasta el extremo, Jesús la ha abrazado; para darnos la vida ha tomado lo que la maldad humana le presentó, pero no podía quererlo el Padre, que quiere sólo el bien”.

Esta afirmación parte de una idea falsa. El error está en suponer que la Cruz de Cristo sea un mal. No es la Cruz la que ha santificado a Cristo, sino Cristo es el que ha santificado y transfigurado la Cruz. Las cruces que no son la de Cristo son, sin duda, un mal, pero la que sólo por amor el Padre ha pedido al Hijo y el Hijo ha pedido ardientemente al Padre, cruz que es “la suma” de todos los males, se ha convertido en “la fuente” de todos los bienes.

¿“Por amor” a quién? A nosotros.

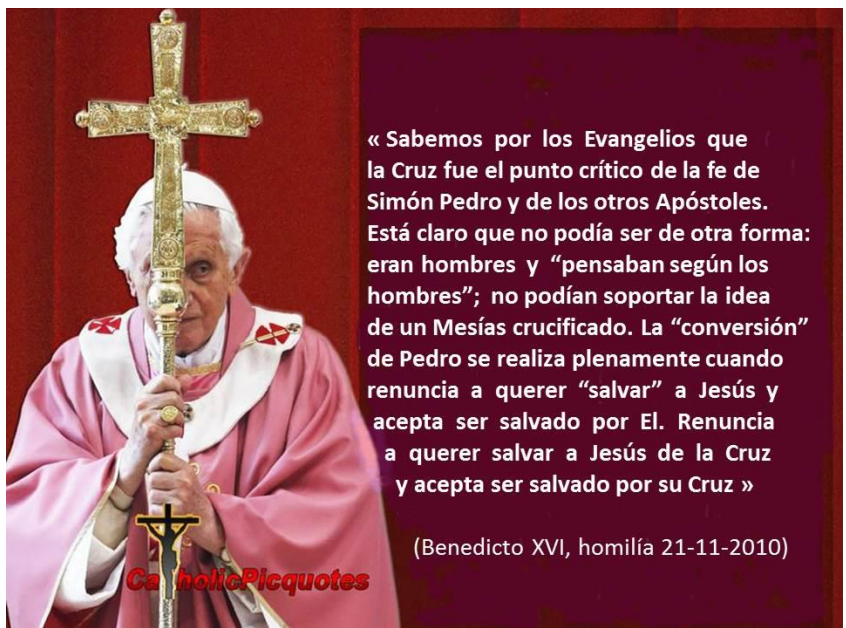
¿Por qué? Porque desde la eternidad el Padre nos ve y nos ama como algo que Le pertenece, como fruto de su Amor; porque nos ve y nos ama como miembros de su Hijo, porque el Verbo Encarnado es “el molde” en el que nos ha creado...

De esa forma, encarnandose, “*ha concebido en Sí*” a todas las criaturas, “*toda la estirpe de Adán*” (cfr. Hebreos, 2,16-17), asumiendo todo el peso de iniquidad, de ofensas a Dios, con todas sus consecuencias. Mi verdadera vida, instante por instante, ha sido concebida en la Suya (por eso la Suya es “*el Libro de la Vida*”); pero yo, usando mal mi libre albedrío, he deformado muchos de esos instantes, de mis actos de existencia.

Jesús, encarnandose, ha encontrado esos daños míos y los ha tomado como suyos: esa es la razón de todos sus dolores en su Pasión. Cada llaga mía (que es un mal que Dios no quiere sino que odia) la ha tomado como suya y de esa forma se ha convertido para mí en un bien de valor eterno, de gloria infinita.

El mal es el pecado, mientras que **el remedio del mal es la Cruz de Cristo**: ¡no confundamos las cosas! Jesús no se ha hecho “serpiente”, como alguien ha dicho, blasfemando, sino que se ha hecho clavar en la Cruz *como si El fuera* aquella “serpiente” de bronce que Moisés levantó en el desierto (cfr Jn 3,14; 8,28).

El mal (que es el pecado con todas sus consecuencias, hasta la última, que es la muerte) Dios lo permite, sí, pero lo detesta absolutamente; por el contrario, la Cruz de Cristo no sólo la permite, sino que la quiere positivamente, con infinito amor. Y nuestras cruces, que Dios nunca hubiera querido para sus criaturas, las permite y las soporta con el único fin de que, gracias a nuestra fidelidad y buena voluntad (al buen uso de nuestra libertad), se puedan injertar en la Cruz de su Hijo, para darnos el fruto de la purificación, de la salvación, de la santidad y así participar en la salvación de nuestros hermanos: “*me alegro de los padecimientos que soporto por vosotros y completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia*” (Col 1,24: la corredención).



50 - Libertad humana e intervención de Dios

Otra idea errónea y muy difusa en el pensamiento de tantos que se consideran “creyentes”: que el mundo, así como la historia, van adelante por su cuenta, y que en realidad Dios no tenga las riendas del mundo, ni tenga una solución para cada cosa en este mundo (“mi Reino no es de este mundo...”), sino en todo caso sólo la última palabra, fuera ya de este mundo. La última palabra y por tanto la solución, en el sentido de que la última palabra no sería la muerte, sino la resurrección. Pero que “en este mundo Dios ha querido ser impotente y ha dejado todo en manos de la libertad humana, que puede elegir el bien o el mal”. Semejante idea “teológica” está hecha de humo. Recuerda el eco de aquel desafío del demonio tentador: “¿Dónde está tu Dios?”

Con el sofisma acostumbrado: es verdad que su Reino no es de este mundo (es decir, según el pensamiento mundano), ¡pero **se ha de cumplir en este mundo!**

Quienes así dicen, sacan sin venir a cuento “la resurrección”, “la muerte superada por la vida”... ¿A qué resurrección se refieren? Si es a la de Cristo, no ha tenido lugar “fuera de este mundo”. Si es la nuestra, o sea, la resurrección “de la carne”, de los cuerpos, tendrá lugar “en este mundo”, al fin del mundo, para el Juicio final. Pero eso no significa nada, porque “*viene la hora en que todos los que estan en los sepulcros oirán la voz del Hijo del hombre y saldrán: los que hicieron el bien, para una resurrección de vida, y los que hicieron el mal, para una resurrección de condena*” (Jn 5,28-29). Y si es la resurrección de las situaciones o escenas dolorosas de la vida o de las cruces que encontramos en ella, entonces la resurrección será sólo de las que estan unidas a la Cruz de Cristo.

Por tanto, no hay una especie de transformación automática, fatal, por la cual “se abre después algo nuevo que vuelve a equilibrar todo”. Nada de eso. El mal da paso al bien, las lágrimas se convierten en sonrisa y la muerte se vuelve Vida y resurrección gloriosa, **tan solo para quien acoge responsablemente la Redención**. A los niños pequeños, a los incapaces, se les regala la Gloria, y no sin una suficiente aceptación que sólo Dios conoce. Pensemos en los santos “Inocentes” que Herodes hizo matar: la Iglesia los venera como santos mártires.

Hay quien habla de “debilidad” o bien de “impotencia” de Dios ante la libertad humana. Recordemos la primera carta de San Pablo a los Corintios, 1,18-29:

“La palabra de la cruz es locura para aquellos que van a la perdición, pero para aquellos que se salvan, para nosotros, es potencia de Dios. De hecho está escrito: “Destruiré la sabiduría de los sabios y anularé la inteligencia de los inteligentes”. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el prudente? ¿Dónde el sutil razonador de este mundo? ¿Acaso Dios no ha demostrado necia la sabiduría de este mundo? Ya que, de hecho, en el designio sabio de Dios, el mundo, con toda su sabiduría, no ha conocido a Dios, se ha complacido Dios en salvar a los creyentes con la locura de la predicación. Y mientras los Judíos piden milagros y los Griegos buscan la sabiduría, nosotros anunciamos a Cristo crucificado, escándalo para los Judíos, locura para los paganos; pero para aquellos que son llamados, tanto Judíos como Griegos, predicamos Cristo, potencia de Dios y sabiduría de Dios. Porque lo que es locura de Dios es más sabia que los hombres, y lo que es debilidad de Dios es más fuerte que los hombres. En efecto, considerad vuestra llamada, hermanos: no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos potentes, ni muchos nobles. Es que Dios ha elegido lo que en el mundo es estúpido para confundir a los sabios, Dios ha elegido lo que en el mundo es débil para confundir a los fuertes, Dios ha elegido lo que en el mundo es infame y despreciado y lo que es nada para reducir a nada las cosas que son, para que nadie pueda gloriarse ante Dios.”

Por eso, cualquier cosa nuestra que pongamos en manos de nuestro Padre del Cielo se vuelve maravillosa, providencial, divina, aunque fuese un error nuestro. Mientras que las cosas más grandes y magníficas de los hombres, si no se ponen en sus manos, no valen nada, sino que producen sólo daños y muerte.

Sucede sólo lo que Dios permite, y Dios permite sólo lo que sirve a su proyecto de amor. Y todo el arte de la vida se podría resumir en saber recibir cada cosa solamente de la mano de Dios y ponerla enseguida en mano a Dios.

A fin de cuentas, el más verdadero y útil empleo de nuestra libertad no es tanto el poder escoger una cosa u otra, sino el “decidírnos inmediatamente por Dios”, como tantas veces la Stma. Virgen nos repite; esto es, decidírnos por su Voluntad, por aquello que El dispone para nosotros. Eso se llama “abandono confiado”, que encanta a Dios. **“El verdadero y perfecto abandono dice con hechos: mi vida es Tuya, y de la mía ya no quiero saber nada”**, dice Jesús.

La libertad humana es don incesante de Dios, que nos sostiene como Creador en cada decisión nuestra, incluso cuando nos ponemos contra El y nos hacemos mal. Pero Dios no teme absolutamente ningún mal, porque sabe como obtener el bien aprovechando el mal, sólo si nosotros queremos; de lo contrario el mal es para nosotros, mientras que en Jesucristo está convertido en triunfo y victoria.

En definitiva, no dejemos que tantos pensamientos nuestros se enreden. No perdamos de vista al Creador y Dueño de nuestra vida. Si Lo buscamos, no nos dejará salirnos de las barreras invisibles de su Voluntad, mientras permite que dentro de Ella nos movamos libremente.

51 - El dolor y la enfermedad

Esta mañana una persona ha tomado la medicina que –lo sabe por experiencia– le hace superar por el momento sus crisis. ¿Ha hecho bien? ¿Ha hecho una cosa que agrada al Señor? Otra persona ha podido, gracias a Dios, comer algo que le gusta. ¿Tal vez ha pecado de gula? ¿Ha hecho la Voluntad del Señor?

Podríamos añadir un largo etcétera de situaciones humanas, de las cuales se pueden hacer las mismas preguntas.

La Verdad nos hará libres, ha dicho el Señor. Así pues, “hágase la Luz”.

Sin duda el dolor, en todo sentido, espiritual y material, inunda el mundo, acompaña toda nuestra vida hasta la muerte. Por el contrario, todo nuestro ser tiende al bien, de todas maneras trata de ser feliz. No hemos sido hechos para sufrir, es más que evidente. Vivir y sufrir son cosas contradictorias, muerte y vida se rechazan recíprocamente. Por eso la vida se vive como una fuga continua de todo lo que causa dolor, que nosotros identificamos simplemente con el mal. ¿Pero son tal vez la misma cosa, *el dolor y el mal*?

Quienes tienen un mínimo de fe, se dirigen a Dios o al Cielo invocando ayuda y liberación. En nuestro tiempo, cuando la medicina u otros medios humanos no resuelven el problema, se busca el remedio mirando un poco más arriba: una peregrinación o bien un encuentro de oración “carismática”, las Misas llamadas de “liberación” del mal o de sanación. ¿Sirven o no sirven? ¿Son un bien o un mal? ¿Son cosas que Dios aprecia o no tanto?

Añadamos aún: en nuestro deseo de claridad podemos olvidarnos que en este mundo hay infinitas cosas que no comprendemos del todo, que tienen muchos aspectos que ignoramos y que sólo Dios conoce; por eso no debemos tener la arrogancia de concluir que “si no es blanco, como yo lo entiendo, es negro” o al contrario, que si no es lo máximo del bien entonces hay que rechazarlo o, peor aún, que condenarlo, juzgando o criticando a quien no llega a tanto.

Recuerdo la carta apostólica “*Salvifici doloris*”, de San Juan Pablo II, y voy a darle una ojeada. Ya la introducción que hace es luminosa:

Dice que descubrir el sentido del dolor o del sufrir lleva a la alegría. Empezar a comprenderlo es precioso para la salvación. El sufrimiento aparece inseparable del hombre: parece pertenecer a la naturaleza humana, porque a su manera hace ver la profundidad del hombre, su nada, y lo llama a “superarse” a sí mismo. Lo cual es posible solamente gracias a la Redención, mediante el sufrimiento de Cristo, con la Cruz. Por eso, la Iglesia encuentra al

hombre especialmente en el camino del dolor, que el hombre ha de recorrer. Cuando eso ocurre, dice, el dolor llega a ser el camino de la Iglesia.

Diría que **es el lugar privilegiado de la cita con Dios**. Es un misterio que causa compasión, respeto y temor. Se trata, en definitiva, del misterio del hombre. El corazón tiene necesidad de vencer el temor y la fe ordena comprender la verdad del problema del dolor.

En el Antiguo Testamento (Eclesiástico, 38) leemos esta Palabra de Dios:

“Honra el médico, porque lo necesitas, pues el Altísimo es el que lo ha hecho. Del Altísimo viene la sanación, también del rey él recibe dones. La ciencia del médico lo eleva a los honores, él es admirado también entre los magnates. El Señor ha creado medicamentos de la tierra, el hombre juicioso no los desprecia. ¿No fue endulzada el agua amarga por medio de un madero, para mostrar el poder del Señor? Dios ha dado a los hombres la ciencia para que pudieran gloriarse de sus maravillas. Con ellas el médico cura y elimina el dolor y el boticario prepara sus composiciones. ¡No tendrán fin sus obras! De Dios viene el bienestar sobre la tierra. Hijo, cuando estés enfermo no te descuides, sino

1°, *ruega al Señor y El te curará.*

2°, *Purificate, lavate las manos; limpia el corazón de todo pecado.*

3°, *Ofrece incienso y un memorial de flor de harina,*

4°, *oblaciones pingües según tus posibilidades.*

5°, *Después haz pasar al médico –el Señor lo ha creado también a él– no esté lejos de tí, ya que lo necesitas. Hay casos en que el éxito está en sus manos. También ellos piden al Señor para que les conceda aliviar la enfermedad y sanarla, para que el enfermo recupere la vida. Pero caiga en manos del médico quien peca contra el Creador”.*

El Señor nos está diciendo que **el pecado es la causa del dolor** (en este caso, de la enfermedad), también el de los inocentes: *“Pasando vio a un hombre ciego de nacimiento y sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién ha pecado, él o sus padres, para que naciera ciego?». Contestó Jesús: «Ni él ha pecado ni sus padres, pero es así para que se manifiesten en él las obras de Dios»”* (Jn 9,1-3)

Jesús no ha venido a abrogar el Antiguo Testamento, sino a darle perfecto cumplimiento. Nos dice que no despreciemos la medicina ni el médico, porque tantas veces el Señor se sirve de estos medios humanos para dar alivio y sanación, siendo siempre El el que da la vida y devuelve la salud, por la cual quiere que pidamos. E indica qué hay que hacer en caso de enfermedad, por orden:

1°, pedir al Señor; 2°, hacer una buena confesión; 3°, hacer celebrar una Misa con esa intención; 4°, cumplir actos de caridad “según las propias posibilidades”, y por último, 5°, recurrir al médico.

Sin duda se equivoca quien hace sólo la última de estas cosas, descuidando las cuatro primeras. Y el médico debe saber hacer el médico, pero él también debe alcanzar del Señor la gracia de “aliviar y curar”, porque en resumidas cuentas la sanación viene de Dios. A su ciencia y experiencia humana se debe añadir la intervención de Dios, pidiéndola cada vez el médico y el enfermo. Pero esta oración debe ser sencilla, humilde y confiada, sin decirle a Dios lo que “tiene que hacer”, sino confiando en que Dios nos dará lo que su Sabiduría y su Amor, su Bondad y su Providencia dispongan como lo mejor.

La primera cosa que hay que hacer, la oración de petición o de intercesión, requiere un examen más profundo, pero antes de pasar a él conviene ver el comportamiento de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta y la enseñanza que por medio de ella nos da el Señor. Dice Luisa:

“Después le encomendé un enfermo y Jesús me mostraba sus llagas, causadas por aquel enfermo. Y yo he tratado de suplicarlo, aplacarlo y repararlo, y parecía que aquellas llagas se cicatrizaban. Y Jesús, lleno de bondad, me ha dicho: «Hija mía, tú hoy me has hecho el papel de un expertísimo médico, porque no sólo has tratado de curar, de vendar, sino incluso de sanar mis llagas, que me hizo ese enfermo; por eso me siento muy aliviado y aplacado». Así

he comprendido que, pidiendo por los enfermos, se hace de médico a Nuestro Señor, que sufre en sus mismas imágenes”. (Volumen 2º, 03-10-1899).

Jesús es el que sufre en el enfermo, en este caso por culpa del mismo enfermo. Y puesto que la causa de la enfermedad corporal se halla en el plano espiritual, ahí es donde, con medios espirituales, Luisa hace de médico a Ntro. Señor, “que sufre en sus mismas imágenes”, en sus mismos miembros.

El Señor no es un extraño en las diferentes circunstancias de la vida, sobre todo por el vínculo que cada ser humano tiene con El desde su Encarnación, de tal modo que cada cosa, también la más “insignificante” según nosotros, tiene repercusión en El y la siente como suya. Por eso es importantísimo **el motivo que mueve nuestra intención** en nuestra oración de intercesión. Se ve clarísimo en este capítulo de Luisa:

“Encontrandome en mi habitual estado, estaba pidiendo por ciertas necesidades del prójimo y Jesús bendito, moviendose en mi interior, me ha dicho: «¿Por qué pides por estas personas?» Y yo: «Señor, y Tú ¿por cual finalidad nos amaste?» Y El: «Os amo porque sois algo mío, de mí mismo, y cuando una cosa es propia, uno siente como la necesidad y el deber de amarla». Y yo: «Señor, estoy pidiendo por estas personas **porque son tuyas, de lo contrario no me habría interesado**». Y El, poniendome la mano en la frente, casi apretandola, ha añadido: «Ah, con que así es, ¿por que cosa mía? Así está bien el amor al prójimo.» (Vol. 6º, 8-11-1903).

Para tener las ideas claras, precisemos estos conceptos:

► En el orden primordial de la Creación no había ningún mal, todo era bueno (cfr. Génesis 1, Sabiduría 1,14; 2,24)

► El mal es “un vacío” del bien, la privación y la pérdida de un bien.

► Por eso no es exacto decir que el mal “existe”, sino que “sucede”, porque el único mal es de tipo moral y espiritual: es el pecado. Los otros males son “males”, no porque hagan sufrir, sino porque son “desórdenes”, son efectos y consecuencias del pecado y por lo tanto no son según la Voluntad de Dios.

► El pecado es negar a Dios por afirmarse la criatura, es negar la Voluntad de Dios por afirmar el propio querer humano. Es un “vacío” de Dios, en cuanto Amor y Vida, en nosotros. Es “cancelar” a Dios en el sentido de privarlo de su criatura. Es la más grande injusticia. Es salirse de la verdad y de la realidad buscando una ilusión. Es destruir todo bien y felicidad. Es salir del orden (y por eso es causa de todos los demás desórdenes), del propio puesto y de la finalidad para la que Dios nos ha creado.

► El dolor, cada dolor, hasta la muerte, es causado por el pecado, por el verdadero mal. No es culpa de Dios, sino del pecado.

► El dolor unido al arrepentimiento, a la conversión, a la aceptación de la Voluntad de Dios, conduce a la salvación.

► El dolor unido a la Voluntad de Dios, a su mismo Amor, lleva a la santidad.

► El dolor ha sido asumido por Jesucristo en su Encarnación. El dolor no ha sido todavía destruido, pero ha sido redimido y santificado por El. No ha sido el dolor y la cruz lo que ha santificado a Cristo, sino El es el que ha santificado el dolor y la cruz. En Cristo el dolor, de ser un mal, se ha vuelto el remedio del mal.

► Dios “quisiera” evitarnos el dolor, un día lo eliminará, pero no antes de haber obtenido su fin: vaciar la criatura de sí misma, de su pecado. Por eso la criatura debe pasar necesariamente a través de la cruz, a través del “sacramento del dolor”, y si lo acepta, entonces ese vacío o ausencia del bien Dios lo llena de Sí.

► El dolor (la muerte) es fruto del pecado (el mal), pero ha sido libremente querido por el Padre y el Hijo en el centro del infinito heroísmo de su eterno Amor, en el centro de su Decreto, del misterio de la Encarnación del Verbo.

52 - Un “nuevo humanismo”

Sobre esta “historia” del nuevo humanismo hay no poca confusión en la Iglesia, y los que ahora han descubierto esta “maravilla” viven de “novedad” (una palabra frecuente en el nuevo léxico), pero todo este decir de “nuevo humanismo” sabe a aire frito. Y así, por asociación de ideas, me viene a la mente el Evangelio, cuando Pilato presentó a Jesús y fue rechazado: *“Entonces Jesús salió, con la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato dijo: «¡He aquí al hombre!».* Al verlo los sumos sacerdotes y los guardias gritaron: *«¡Crucifícale, crucifícale!»*” (Jn 19, 55-6).

Más que de “nuevo humanismo” se debería hablar de **“vida nueva” en Cristo:**

“Pero vosotros no habeis aprendido así a conocer a Cristo, si es que le habeis escuchado y en El habeis sido instruidos, según la verdad que está en Jesús, por la cual debeis deponer el hombre viejo con la conducta de antes, el hombre que se corrompe siguiendo las pasiones engañosas, y debeis renovaros en el espíritu de vuestra mente y revestiros del Hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y en la santidad verdadera” (Ef 4,20-24).

“Que nadie os engañe con vanos razonamientos: por esas cosas, de hecho, la ira de Dios cae sobre aquellos que le resisten. No tengais por tanto nada en común con ellos. Si un tempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Comportaos pues como hijos de la luz; el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad. Buscad lo que agrada al Señor, y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien condenadlas abiertamente, ya que de todo eso que hacen en secreto es vergonzoso incluso hablar” (Ef 5,6-12).

“No os mintais unos a otros. Os habeis despojado del hombre viejo con sus acciones y os habeis revestido del nuevo, que se renueva, por un pleno conocimiento, a imagen de su Creador” (Col 3, 9-10).

Pero ahora que de hecho la Iglesia aparece dividida en dos, cada vez más distantes y contrapuestas, San Pedro nos dice: *“Ha llegado el momento en que empieza el juicio por la Casa de Dios; y si empieza por nosotros, ¿cómo acabarán aquellos que se niegan a creer en el evangelio de Dios?”* (1ª Pe 4,17).

Y a propósito de “nuevo” y “viejo”, San Juan dice: *“Muy queridos, no os escribo un nuevo mandamiento, sino un mandamiento antiguo, que habeis recibido desde el principio. El mandamiento antiguo es la palabra que habeis oído. Y sin embargo es un mandamiento nuevo el que os escribo, el cual es verdadero en El y en vosotros, porque las tinieblas se estan disipando y la verdadera luz ya resplandece”* (1ª Jn 2,7-8).

El verdadero “nuevo humanismo” es ser como Jesús, que **“la criatura vuelva al orden, a su puesto y a la finalidad para la que ha sido creada por Dios”**. Así fue al principio en Adán (mandamiento antiguo), pero ahora aparece como nuevo “en la verdadera Luz”. *«Y Aquel que estaba sentado en el trono dijo: “He aquí que hago todas las cosas nuevas”»* (Apoc 21,5).

...Que digan, que hablen y hagan todo lo que quieran: nadie podrá cambiarme el Credo, nadie puede escribir un nuevo evangelio, nadie puede cambiar los sacramentos ni la Ley de Dios... *“¡Deja que los muertos entierren a sus muertos, tú vete y anuncia el Reino de Dios!”*

53 - El hombre ¿dios de sí mismo?

El nuevo rumbo antropológico de la nueva “Iglesia”

“Oh Hombre cósmico que estás en la tierra, hágase tu voluntad, como en la tierra así en el cielo”: ¿acaso es esta la oración de la nueva –y falsa– “Iglesia”?

Si todavía tuvieramos alguna duda, es precisamente el Papa Francisco el que nos la quita, con la nueva intención de oración para el mes de septiembre. A pesar de las intenciones de los meses pasados, con las que ya se comprendía a donde iban a parar, ahora las dudas desaparecen. He aquí las palabras oficiales tomadas del servicio de la radio Vaticana: *“Para que cada uno contribuya al bien común y a la edificación de una sociedad que ponga en su centro la persona humana”*. *“La centralidad de la persona humana es fundamental en todo aspecto y problemática de la vida y de toda actividad en esta Tierra, recuerda el Papa*

Francisco, frente a un mundo atormentado en el espíritu y en el cuerpo social. De ahí la invocación a Dios: Ven, ven, ayúdame”.

Y Dios ¿adónde ha ido a parar? ¿Dónde están Jesucristo y la Santísima Virgen en estas intenciones de oración mensuales?

Dios es invocado, sí, ¿pero cómo? ¿Para qué pedirle ayuda: “ven, ayúdame”, si en el centro se pone al hombre? La solidaridad es una cosa, pero la conversión, que es acto primario de todo hombre respecto a Dios, totalmente necesaria y debida, es cosa bien distinta y no se puede separar de la solidaridad. Si antes no somos solidarios con Cristo en la Cruz, y por tanto sin la conversión, es inútil invocar la ayuda: ¿de cuál Dios se habla en esas oraciones? ¿Pero no era Dios y el Evangelio de Jesucristo lo “fundamental” para toda problemática y para toda actividad en esta Tierra?

¿Y qué nos enseña Jesucristo? *“Por eso os digo: no tengais ansiedad por vuestra vida, qué vais a comer o a beber; ni por vuestro cuerpo, con qué os vestireis. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido?”* (Mt 6,25). *“Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura”* (Mt 6,33). Jesús nos enseña a **poner juntas la fe y las obras**, inseparablemente.

La prioridad de la oración es alabar a Dios, darle gracias por todo lo que El nos da (cfr. Dt 6,4-16), suplicar la gracia de la conversión al único verdadero Dios que debe ser “amado sobre todas las cosas”, o en todo caso, como enseñan los Santos, junto con las obras buenas. Por ejemplo: si queremos ser solidarios con los pobres, la solidaridad ha de ser en Nombre de Cristo, no en “nuestro nombre”. Si no ponemos en el centro y por encima de todo a Dios, ¿en nombre de quién seremos solidarios? Sin duda, puede ser que se hagan obras de misericordia cuando uno aún no está convertido, pero para eso sirve la oración, para ir a Dios con las obras buenas, y no para quitar a Dios de su legítima prioridad. Es inútil esconder que el ansia de este pontificado no está en convertir a Jesucristo las almas, sino más bien en *una neta separación entre las obras y la fe*: ¡primero el hombre y luego —con calma y si acaso—, Jesucristo! Es verdad que en el pobre “vemos” a Jesucristo, pero también el pobre ha de “ver” en nosotros el rostro de Cristo; ¡de quien cumple la solidaridad debe oír el Nombre de Cristo, dador de todo don! También el pobre debe aprender a alabar y a dar gracias a Jesucristo, a Dios, y no a nosotros, al Papa o a alguna asociación benéfica...

¿Un “Dios” cada vez más genérico?

En todas estas “intenciones” de oración ha desaparecido el Nombre de Jesucristo. Es cierto que “Jesús” es el nombre propio del Hijo de Dios, ¡pero Jesús es Dios! ¿O es que ya no lo es? ¿En el nombre de quién “toda rodilla” se debe doblar en el cielo, en la tierra y también bajo tierra? (Filip 2, 9-11). ¿Es que el pobre, en cuanto tal, no tiene ese deber respecto a Dios? Jesús ha hecho la Voluntad del Padre, y eso es lo que nos ha enseñado hacer, eso es lo primero. También cuando sanaba, o cuando hacía el bien socialmente, Jesús lo hacía en el Nombre del Padre, exhortando a los incrédulos, a los fariseos, y también a los pobres y a los enfermos a convertirse: *“Si no hago las obras de mi Padre, no me creais; pero si las cumplo, aunque no querais creerme a Mí, creed al menos a las obras, para que sepais y conozcais que el Padre es en Mí y Yo en el Padre.”* (Jn 10,37-39). Se habla cada vez menos de Dios, del “Padre”, y cada vez más de un dios genérico. Y “el Buen Ladrón” moribundo ¿a quién se dirige mientras está muriendo en el tormento de su cruz? De quién obtiene la salvación, el consuelo y la misericordia? ¿De un dios anónimo y sin nombre? ¿Se salva por obra de un hombre?

Al mundo “atormentado en el espíritu y en el cuerpo social”, como afirma con razón el Pontífice, no se le redime con el activismo en el que Dios es dejado a un lado, o peor aún, se le invoca, sí, pero sin darle nada en cambio. Hay quienes afirman que con el estómago vacío no se razona y no se puede predicar a Cristo. ¿Pero en serio? ¿Y quién te da el pan para que comas tú y el pobre? Es necesario recordar que si el mundo se halla en esta emergencia, atormentado en el espíritu y en el cuerpo social, ¡es precisamente a causa de este abandono de Dios, por haberlo dejado a un lado, **por haber puesto en su lugar al hombre!**

La prioridad es Dios Padre revelado en su Hijo Jesucristo por el Espíritu Santo, la indivisible Santísima Trinidad, en el Nombre de la cual (con la señal de la cruz) bendecimos todos sus dones, el trabajo que nos da el pan para nosotros y para los demás. Pero si en el centro no ponemos antes a Dios Padre y no invocamos a Cristo Jesús, que es Providencia para nosotros y para los pobres, tal vez ayudemos algún cuerpo, pero nos perderemos a nosotros mismos y a muchas otras almas empujándolas al activismo social, lejos de la conversión al verdadero y único Dios. ¿Y cómo se pretendería, luego, quitar ese “tormento espiritual” si no ponemos otra vez a Jesucristo en el centro de todo y por encima de todo?

Y en cuanto a cómo pedir, así nos lo recuerda el Catecismo en el n. 2559: “*«Ni siquiera sabemos qué nos convenga pedir»* (Rom. 8,26). *La humildad es la disposición necesaria para recibir gratuitamente el don de la oración: el hombre pide limosna a Dios...*”, “*es mendigo de Dios, no del hombre; también el pobre, el enfermo o el inmigrante debe aprender a pedirle a Dios, a Jesucristo, y no a “esperar todo del hombre”*”. “*Por tanto humillaos bajo la potente mano de Dios, para que El es ensalce a su debido tiempo, entregándole a El toda vuestra preocupación, porque El cuida de vosotros*” (1ª Pedro, 5,6-7).

«¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si luego se pierde a sí mismo? ¿O qué podrá dar el hombre en cambio de sí mismo?» (Mt 16,26). El asombro de Dionisio el Areopagita nos recuerda: «¿Quién podrá hablar del amor al hombre propio de Cristo, colmado de paz? ¿Es que el pobre no tiene derecho a esto?». Decía Don Giussani: “*El verdadero protagonista de la historia es el Mendigo: Cristo que va mendigando el corazón del hombre y el corazón del hombre que va mendigando a Cristo*”. Si no se forma esta combinación no sale la cuenta, algo no funciona, algo está al revés, las prioridades han sido invertidas.

Si todo esto no les basta y creen que estamos exagerando, les recordamos que existe una doctrina oriental –no católica– que pone en el centro del universo al hombre, al hombre concebido, formado por el *Prana*, que en sánscrito significa soplo vital, respiro o energía cósmica, “el Todo”, y no se trata desde luego del “Dios de Abrahám, de Isaac y de Jacob” revelado en Jesucristo... Una doctrina adoptada por el jesuita (excomunicado) Teilhard de Chardin, reinventada a su manera con su “Cristo cósmico”, de hechura panteísta, tanto que sirvió de fundamento a los iniciadores de la *New-Age* y del nuevo jesuitismo de los años ’70.

Repetimos por tanto, que la situación grave en que nos encontramos ha sido causada precisamente por haber quitado a Jesucristo del centro de todo lo que existe y haber puesto al hombre. Se empezó quitando el Crucifijo de los altares, ¿y quién se ha puesto en su lugar? El celebrante... que ha hecho de la Misa un “espectáculo para agradar al pueblo”. ¿Y quienes vemos entre los primeros innovadores? Pero, qué extraño, a los jesuitas, y no decimos más...

“*He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si uno escucha mi voz y me abre, entraré, cenaré con él y él conmigo. Al vencedor le haré sentarse conmigo, en mi trono, como Yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono. Quien tenga oídos, escuche lo que Espíritu dice a las Iglesias*” (Apocalipsis, 3,20-22).

Esta es la prioridad: en el centro Dios, la conversión a Jesucristo. Primero es necesario abrirle las puertas al Mendigo Jesucristo, lo demás vendrá de por sí, porque ni siquiera los más pobres están exentados de esta “Buena Nueva” que es el Evangelio, es más, como decía la santa Madre Teresa de Calcuta: ¡si al pobre no le das Cristo, lo haces pobre dos veces!

IPSE DIXIT

“*Esta sociedad es incapaz de comprender que el mal no es algo casual en el camino del progreso y del bienestar. El mal es, desde el comienzo del mundo –desde el principio a lo largo de la historia– el enemigo de siempre que se opone al proyecto providencial de Dios. La única salvación, por tanto, es volver a hallar el justo baricentro: poner de nuevo a Dios en el centro del mundo, ahí donde ahora, estúpidamente, se ha puesto el hombre*” (Papa Pablo VI, Homilía de la Solemnidad de San Pedro y San Pablo, 29 de junio de 1972).

54 - Hijos de la Luz, rayos del Sol

“Si un tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Comportaos por tanto como hijos de la luz; el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad” (Ef 5,8-9).

“Vosotros sois la luz del mundo; no puede quedar oculta una ciudad situada sobre un monte, ni se enciende una lámpara para ponerla bajo el celemín, sino sobre el candelabro para que alumbre a todos los que estan en la casa. Así resplandezca vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras obras buenas y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,14-16).

“La santidad en mi Querer, simbolizada por el sol, saldrá del centro de mi santidad; será un rayo brotado de mi santidad que no tiene principio, de manera que estas almas existían en mi santidad, existen y existirán; estaban junto conmigo en el bien que hacía, nunca se salían del rayo en que las había sacado a la luz, no yendose nunca de mi Querer; Yo me divertía con ellas y me sigo divirtiendo. Mi unión con ellas es permanente. Las veo estar por encima de todo; los apoyos humanos para ellas no existen; como el sol no se apoya en ningún punto y vive en lo alto como aislado, pero con su luz contiene todo en él, así ellas: viven en lo alto como soles, pero su luz desciende en lo más bajo, se extiende a todos. Yo me sentiría como si las defraudara si no les hiciera tomar parte y no les hiciera hacer lo que hago Yo, de manera que no hay bien que no descienda de ellas.

En esta santidad Yo veo mis sombras, mis imágenes que sobrevuelan toda la tierra, en el aire, en el Cielo, y por eso amo y amaré el mundo, porque espero que mi santidad forme su eco en la tierra, que mis rayos salgan a la luz y me den gloria completa, restituyendome el amor, el honor que los demás no me han dado. Pero como el sol serán las más inobservadas, sin estrépito alguno, aunque, si los otros querrán mirarlas, seré tan celoso, que pasarán el peligro de quedar cegados y se verán obligados a bajar la mirada para recuperar la vista. ¿Ves que bella es la santidad en mi Querer? Es la santidad que más se acerca a tu Creador; por eso tendrá el primado sobre todas las demás santidades, contendrá en sí reunidas a todas las otras santidades y será la vida de todas ellas. ¡Qué gracia es para tí el conocerla! ¡Ser la primera en salir, como un rayo del sol, del centro de mi santidad sin separarte jamás! Gracia más grande no podría darte, milagro más portentoso no podría hacer en tí. Sé atenta, hija mía, rayo mío, porque cada vez que entras en mi Querer y actúas, sucede como cuando el sol se refleja en los cristales, que tantos otros soles se forman en ellos, así tantas veces repites mi Vida, la multiplicas, das nueva vida a mi amor”. (Ntro. Señor a la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, el 12 de Noviembre de 1921)

¡Gloria a Dios! Bendito seas Tú, Señor, que me has creado, que como un rayo de luz me has hecho salir de tu Sol Divino, para que vaya de tu parte a iluminar “a los que estan en las tinieblas y en la sombra de muerte” y así, después de haber recorrido todo el Universo, vuelva a Tí. Que nunca se separe este rayo de su centro, de su Sol que le ha dado vida, de lo contrario se volvería tinieblas. Si toca un diamante lo contagia de luz, si ilumina el fango permanece puro, si halla un obstáculo pasa por otro lado. Házme, Jesús, ser como Tú, “luz de tu Luz”.

55 - Vida y muerte se han enfrentado en un prodigioso duelo

Al meditar, especialmente en el tiempo en que vivimos, la Pasión del Señor, con la “Vía Crucis”, con “las Horas de la Pasión”, con los misterios dolorosos del Rosario, etc., muchos se detienen en el hecho “externo” histórico de la Pasión de Cristo. Pero aquello fue como el desbordarse de la Pasión interior que El ha vivido desde el primer momento de su Vida, desde la Encarnación.

Pues bien, pensemos a como pueden contemplar la Tierra los astronautas desde su nave espacial. A una distancia suficiente la pueden ver entera: una esfera, nuestro planeta... Allá abajo, millones de seres humanos, actualmente más de 7000 millones, cada uno con su propia

historia, grande o pequeña, cada uno con su propia lucha, con sus afanes, con sus proyectos, con sus angustias, con su propia cruz (aunque no sea cristiano, aunque sea ateo)... y el drama de su destino eterno, que de momento en momento va decidiendo, se va concretando...

Consideremos que allá abajo, en la Tierra, en ese puntito absolutamente insignificante “perdido en la inmensidad del universo”, están sucediendo luchas tremendas, tragedias inimaginables, sufrimientos inauditos, aunque gracias a Dios no faltan heroismos magníficos y gestos extraordinarios de generosidad, de amor y de bondad...

Y pensar que, apenas a unos cuantos metros bajo su superficie, más o menos deshechos en el polvo yacen otros miles de millones de seres humanos que vivieron en esa misma Tierra, o, por mejor decir, lo que queda de sus cuerpos, mientras que su espíritu inmortal se ha ido a su propio destino eterno: ¿cuántos de ellos se habrán salvado gracias a la Redención? ¿Pero cuántos, a pesar de la Redención, se habrán condenado para siempre? ¡Esa es la verdadera tragedia definitiva, que no admite comparaciones!

¿Qué habrá sido de sus sueños, de sus ambiciones, de sus éxitos y de sus fracasos? ¿Buscaban la felicidad, la inmortalidad, la riqueza, alguna satisfacción, como cada ser humano? ¿Qué han dejado en la Tierra, a su posteridad? ¿Sus sueños? “Vanidad de vanidades”. Verdaderamente la vida se resume y se concreta en un punto definitivo de Luz o de tinieblas. Acá abajo, el gozar o el sufrir no es todavía “en serio”. En serio viene después de esta vida.

Son todas las generaciones que, desde nuestro punto de vista que es el tiempo, pertenecen al pasado. Pero ante Dios todos estamos absolutamente presentes, desde nuestro primer padre Adán hasta el último hombre viviente al final del mundo, cuando Dios declarará cumplida la historia. ¿Cuántos miles de millones de seres humanos habrán sido creados por Dios para la inmortalidad, para la Vida eterna? Desde esas criaturas recién concebidas, que no han llegado más allá de su etapa inicial de embriones, y los que han muertos o los abortados aun antes de nacer, hasta aquellos que han alcanzado excepcionalmente edades de siglos, como atestigua la Palabra de Dios hablando de las primeras generaciones.

Pero ahora, intentemos calcular cuántos habrán sido los días de la vida de cada hombre, y cuántas las horas, y los minutos, y los instantes... ¿Cuántos serán los latidos de cada corazón, cuántos los respiros, y los movimientos, y los pensamientos, y los deseos, y las palabras... etc. de cada ser humano?

Pues bien: Jesucristo, el Hijo de Dios hecho Hombre, El, el Motivo, el Autor y el Destinatario de todo lo que existe, la verdadera Cabeza del género humano, contempla todo este “panorama” de la entera humanidad, desde el comienzo hasta el final, en cada detalle, en cada mínimo acto de existencia, porque le pertenece, porque todo depende de El, porque todo y todos estamos unidos a El.

Imaginemos que parte como “un rayo” de sol de la Mente de Jesús, que une a El la mente de cada criatura y da vida a cada pensamiento. Y así, de su Corazón otro “rayo” de luz tiene conectado cada corazón al Suyo y da vida a cada latido... La misma cosa, de sus ojos, de su boca, de sus manos, en una palabra, de todo su Ser. De su Humanidad depende la nuestra en todo y por todo. Esos “rayos” de Sol, de Luz, son en realidad de AMOR...

¡Verdaderamente cada uno de nosotros es para Jesús como un pequeño hermanito suyo “gemelo”, más aún, “siamés”! Inseparablemente unidos a El. Y el que se separa de El muere. Mejor dicho, no, nuestra existencia no depende de nosotros, pero sí nuestra vida. El que se separa de El sigue existiendo en un estado horrible de muerte sin morir. Y a El le hace sentir esa pena de la muerte, ese desgarrón cruel, a El que es la Vida.

Ese rayo de Luz y de Amor que parte de Jesús y llega a cada uno de nosotros nos da la existencia en todo instante. Todo es Amor que por justicia exige respuesta da amor, porque todo lo que sale de Dios tiene que volver a Dios. Y Dios nos ha hecho como pequeños espejos, en los que quiere ver el reflejo fiel de su Rostro de Luz, pequeños espejos en los cuales quiere

“bilocarse”, en un cierto modo “encarnarse”, transformandolos en pequeños “soles”. “*Participes de la Naturaleza Divina*”, dice San Pedro (2ª Pedro 1,4). “*Vosotros sois dioses*”, dice también la S. Escritura (Salmo 81,6; Jn 10,34). Así es como lo quiere hacer. Amor se paga con amor. ¿Y qué puede decirle el espejito al Sol? “*Te amo*”. “*Te amo, porque Tú eres el primero que eternamente me has amado. Te amo, con tu mismo rayo de Amor*”.

¿Comprendemos entonces qué significa para Jesús, para Dios, esa correspondencia de amor que se le niega? ¿Qué injusticia, qué dolor, cuando el espejito le vuelve la espalda para mirarse a sí mismo? ¡Ese es el por qué de su Pasión!

Se comprende por consiguiente como la esencia de la Redención es no tanto el haber pagado Jesús la deuda de cada criatura con su misma Justicia Divina, cuanto el incorporarnos de nuevo a El, “*...para reunir juntos a los hijos de Dios que estaban dispersos*” (Jn 11,52).

Esa deuda de amor, esos vacíos de amor, alguien tiene que colmarlos: ¡debemos llenarlos, haciendo nuestro su mismo Amor! ¡Es infinito, está todo a nuestra disposición! “*No soy pobre de méritos, mientras El es rico de Misericordia*”, dice San Bernardo (Discurso sobre el Cantar de los Cantares).

56 - La prueba y la tentación

En el libro del Eclesiástico leemos: “*Hijo, si te presentas para servir al Señor, prepárate a la tentación*” (2,1). Y el Apostol Santiago dice: “*Dichoso el hombre que soporta la tentación, porque una vez superada la prueba recibirá la corona de la vida que el Señor ha prometido a los que lo aman. Que nadie, cuando es tentado, diga: «Soy tentado por Dios»; porque Dios no puede ser tentado por el mal y no tienta a nadie al mal. Cada uno es tentado más bien por su propia concupiscencia que lo atrae y lo seduce; luego la concupiscencia concibe y engendra el pecado, y el pecado, una vez consumado, produce la muerte*” (1,12-15).

El Evangelio de San Mateo dice que, después de ser bautizado en el Jordán, “*Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. El tentador entonces se le acercó y le dijo... etc.*”

¿Cómo pudo Satanás acercarse a Jesucristo para tentarlo y desviarlo de su Misión, de la Voluntad del Padre? Y eso en varias ocasiones, incluso por medio del príncipe de los Apóstoles, Simón Pedro, así como en el Huerto de los Olivos. El demonio, en su soberbia y contra toda evidencia, no podía admitir que “de verdad” aquel Hombre santo fuese el Hijo de Dios... debía tener la prueba cierta y, para eso, tenía que hacerle caer. Y el Señor le escondió su Divinidad, accesible sólo a quien tiene la Fe. De esa forma El, así como también su Madre, le han “aplastado la cabeza”, su orgullo. Igualmente, de esa manera el Señor ha asumido también nuestras pruebas y nuestras tentaciones, las ha compartido, para que también nosotros compartamos su victoria.

Para separarnos de Dios, el demonio se sirve siempre de un engaño: nos hace ver en las cosas, en las criaturas, una verdad, una bondad y una belleza “separadas de Dios”, verdad, bondad y belleza sin Dios, precisamente como él pretendió ser. El hombre que “*ama y practica la mentira*” (Apoc. 22,15) se complace en ese engaño y se engaña a sí mismo, cree en su propia mentira.

En la oración al Padre que Jesús nos ha enseñado decimos “*Y no nos dejes caer en la tentación, mas libranos del mal*” (Mt. 6,13).

El mal no está en la tentación, sino en consentirla y por tanto pecar. Sentir la propuesta del mal no depende de nosotros, aceptarla sí. Sentir la fuerza de la gravedad no significa dejarnos caer. Sentir no es lo mismo que consentir.

Escribe Luisa: “*Habiendo leído que el que no es tentado no es querido por Dios y pareciendome que desde hace mucho tiempo no sé qué cosa sea tentación, se lo he dicho a Jesús. Y El me ha dicho: «Hija mía, el que está del todo en mi Voluntad no está sujeto a*

tentación, porque el demonio no tiene el poder de entrar en mi Voluntad; y no sólo, sino que él mismo no quiere entrar, porque mi Voluntad es Luz y el alma, ante esta Luz, descubriría sus astucias y por tanto se burlaría del enemigo, el cual no ama esas burlas, que le son más terribles que el mismo infierno, y a toda costa huye de ellas. Prueba a salir tú de mi Voluntad y verás cuántos enemigos te caerán encima... El que está en mi Voluntad lleva siempre en alto la bandera de la victoria y ninguno de los enemigos se atreve a hacer frente a esta bandera invencible” (Vol. 12º, 14-12-1912).

Y el Señor añade: *“En mi Voluntad no entra ni aridez, ni tentaciones, ni defectos, ni inquietudes, ni frialdades, porque mi Voluntad es luz y contiene todos los gustos posibles; la voluntad humana no es más que una gotita de tinieblas, toda llena de disgustos. Por tanto si el alma está ya dentro de mi Querer, antes de que entre, al contacto con mi Querer la luz ha disuelto la gotita de tinieblas para poder tenerla en sí, el calor ha derretido el hielo y las arideces, los gustos divinos han disipado los disgustos, mi felicidad la ha liberado de todas las infelicidades” (Vol. 8º, 19-07-1907).*

Hasta aquí hemos hablado de **“tentación”**, pero a la vez hay que hablar de la **“prueba”**.

Un querido Sacerdote ha escrito:

“Cuando le pedimos al Padre que no nos deje caer en la tentación, no esperamos desde luego que nos evite cualquier prueba, sino que nos preserve de las tentaciones superiores a nuestras fuerzas.

Una tentación puede venir de tres fuentes: el demonio, el mundo, la carne. Hoy día el demonio está desatado; el mundo ha enloquecido; la carne solicitada de formas y con medios inéditos, impensables hasta hace poquísimos decenios.

El Padre sabe bien hasta qué punto nuestras almas están debilitadas no sólo por la falta de una sólida formación y de un previsor adiestramiento, sino también por los continuos asaltos de las fuerzas enemigas, a las que nada parece ya oponerse. Por eso debemos rezar el Padrenuestro con ardor y conciencia renovados, pidiéndole a Dios que no deje que la prueba nos aplaste y que las tinieblas nos traguen. Nunca olvidemos que Su asistencia y Su gracia no son algo debido: son un don concedido por pura benevolencia a criaturas pecadoras. Pidamos por tanto con humildad y perseverancia: el Padre celestial no defrauda a Sus hijos; a quien acepta su severa pedagogía le hace gustar dulzuras incomparables.”

Los pocos buenos serán sometidos a grandes pruebas, de Dios y de los hombres. Hace un siglo, Luisa oyó una voz del Cielo que decía: *“¡Firmeza, ánimo a los pocos buenos! Que no se muevan en nada, no descuiden nada. Serán expuestos a grandes pruebas, de Dios y de los hombres. Sólo la fidelidad no les hará tambalearse y serán salvados. La tierra será cubierta de castigos nunca vistos. Las criaturas quisieran deshacerse del Creador y tener un dios por su propia cuenta, y satisfacer sus caprichos a costa de cualquier matanza. Y con todo eso, no logrando sus intentos, llegarán a las más horribles bestialidades. Todo será terror y espanto” (Vol. 11º, 05-02-1916).*

No obstante lo cual, San Pablo nos dice: *“Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas, sino que con la tentación os dará también la solución y la fuerza para superarla” (1ª Cor. 10,13).*

Jesús explica esa petición del Padrenuestro, que algunos pretenden cambiar ahora, en los Escritos de Luisa Piccarreta (Vol. 15º, 2 de Mayo de 1923):

“Y si añadí «Y no nos llesves a la tentación» (literalmente), ¿cómo podía Dios llevarlo a la tentación? Porque el hombre es siempre hombre, libre por sí mismo, porque Yo no le quito nunca los derechos que le dí al crearlo, y él, asustado y temiendo de él, grita tácitamente, pide sin decirlo abiertamente: «Danos el pan de tu Voluntad, para que podamos rechazar todas las tentaciones, y gracias a este pan libranos de todo mal. Amén.»”

Dios no puede tentar al mal, que el hombre haga el mal (Santiago, 1,13), pero Dios puede **inducir** (conducir adentro) en la tentación, y a menudo, en la prueba querida por Dios se

entromete la tentación querida por el demonio. Dios quiere absolutamente la prueba para premiarnos; el demonio quiere la tentación para arruinarnos. Así fue en el Paraíso terrenal, para nuestros primeros padres.

“No nos dejes caer en la tentación” es una súplica humilde, pidiendo al Padre que no permita que el tentador nos engañe, que no haya necesidad de ser llevados ante él (“inducir”), que “si es posible” nos evite la tentación, “si es posible, pase de nosotros este cáliz” (y aquí se ve claro como esta frase coincide con la oración de Jesús en el Huerto de los Olivos).

El concepto es muy diferente del que ahora, en italiano, algunos quieren decir: “no nos abandones en la tentación”, un concepto que ignora el valor providencial de la prueba. De su necesidad y de su valor la Stma. Virgen dice en el libro “La Virgen María en el Reino de la Divina Voluntad” (4º Día):

“La prueba es la bandera que dice victoria, la prueba asegura todos los bienes que Dios quiere darnos, la prueba madura y prepara al alma para hacer grandes conquistas. Y también Yo veía la necesidad de esa prueba, porque quería dar a mi Creador, en cambio de tantos mares de gracias que me había dado, un acto mío de fidelidad, que me costase el sacrificio de toda mi vida. Qué bello es poder decir: “Me has amado y te he amado”. Pero sin la prueba eso no se puede decir jamás”.

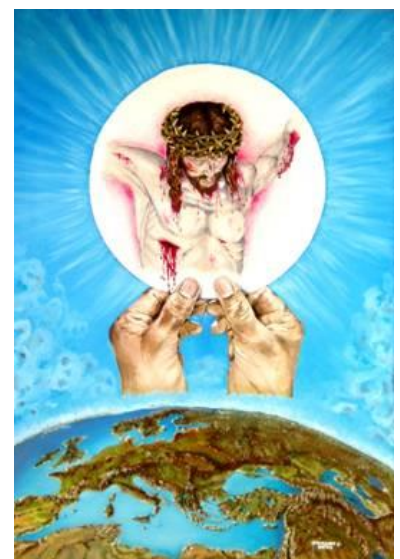
“A tantos bienes que Dios había dado a Adán, para tener un acto suyo de fidelidad, le mandó que no tocara un solo fruto de los muchos que había en aquel Paraíso terrenal. Era la prueba que Dios quería para confirmar su inocencia, santidad y felicidad, y para darle el derecho a reinar sobre toda la Creación. Pero Adán no fue fiel en la prueba y, al no ser fiel, Dios no pudo fiarse de él y por eso perdió el dominio, la inocencia, la felicidad y se puede decir que invirtió la obra de la Creación”.

“...Te ruego como Madre que nunca le niegues nada a tu Dios, aunque fueran sacrificios que te durasen toda la vida. El no moverte nunca en la prueba que Dios quiere de tí, tu fidelidad, reclama los planes divinos sobre tí, es el reflejo de sus virtudes, que como tantos pinceles hacen del alma la obra maestra del Ser Supremo. Se puede decir que la prueba pone la materia prima en las manos divinas para realizar su trabajo en la criatura. Y de quien no es fiel en la prueba, Dios no sabe qué hacer; y no sólo, sino que trastorna las obras más bellas de su Creador”.

57 - Profesión de Fe

¡Oh Jesús, Señor mío y Dios mío!

Te adoro, verdadero Dios y verdadero Hombre,
que te das a nosotros en el Stmo. Sacramento
con tu Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad
de la que surge la obra de *la Creación*, la obra de *la Redención*
y la obra de *la Santificación* para el triunfo de tu Reino.
Toda la obra de **la Creación** es por motivo de tu Encarnación,
tiene como fin tu Encarnación y culmina en Ella.
Toda la obra de **la Redención** se cumple en tu Vida entera,
en tu Santísima Pasión y Muerte.
Toda la obra de **la Santificación**
–que es trasplantar en nosotros tu Vida–
es fruto de tu Resurrección,
¡ya que Tú eres el Verbo Encarnado, Muerto y Resucitado!
Pero tu finalidad no sólo es crearnos, salvarnos y hacernos santos,
sino darnos tu misma Divinidad,
hacer que tengamos como vida tu misma Voluntad:
¡porque eso es tu Reino!



58 - “Ha llegado la hora que sea glorificado el Hijo del hombre”



“Ha llegado la hora que sea glorificado el Hijo del hombre” (Jn 12,23), dijo Jesús pocos días antes de su Pasión.

Y durante la última Cena, después de que Judas tomó el bocado y habiendo entrado en él Satanás se fue, cuando se hubo ido, Jesús dijo: “Ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado y también Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha sido glorificado en él, también Dios lo glorificará por su parte y lo glorificará enseguida” (Jn 13,31-32).

La misma palabra dijo de nuevo, al final de la Cena: “Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique a Tí, porque Tú le has dado poder sobre todo ser humano, para que El dé la vida eterna a todos los que Tú le has dado” (Jn 17,1-3).

Así vemos que dos son los momentos y los modos de la glorificación del Señor:

El primero fue en el momento en que se aclaró todo, cuando la Luz se separó de las tinieblas, porque Jesús

es la Verdad. Es decir, fue en el momento en que Judas dejó abiertamente de ser discípulo de Cristo, la comunión con la Iglesia, “para irse al lugar que él escogió” (Hechos, 1,25).

El segundo fue cuando, por su parte, el Padre glorificó a su Hijo resucitándolo de la muerte (Hechos, 3,13; 13,30-37). Pero ese triunfo fue precedido por la Pasión, ya que “si el grano de trigo caído a la tierra no muere, permanece solo, pero si muere produce mucho fruto” (Jn 12,24). Por eso Jesús “se humilló a sí haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por eso Dios lo ha exaltado y le ha dado el nombre que está sobre todo nombre; para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y bajo tierra; y toda lengua proclame que Jesucristo es el Señor, a gloria de Dios Padre” (Fil 2,5-11).

Llega la hora en que todo será puesto en claro, la hora del Juicio, de quien está dentro y quien está fuera, de la separación de la Verdad de la falsedad, de quien ama la Verdad y quien prefiere el propio “yo”. “El insensato ya no será llamado príncipe ni noble el impostor, porque el insensato dice insensateces y su corazón trama iniquidad, para cometer impiedad y afirmar mentiras respecto al Señor” (Isaías, 32,5-6).

A propósito de lo cual, cuando hace 24 años sucedió el hecho extraordinario de las lágrimas de sangre de una pequeña imagen de la Stma. Virgen en mi parroquia en Civitavecchia, un hecho que trastornó por completo la vida normal de todos, tuve la clara sensación de que estaba empezando el tiempo “de la gran decisión”: tuve la sensación como si una grieta (como las que se forman en el terreno con un terremoto) avanzase zigzagueando por todas partes, pasando por todas las casas, en cada familia, en las parroquias, en las ciudades..., sin que se notase casi nada al principio, pero con el tiempo haciéndose cada vez más vistosa, más ancha y profunda, separando las personas... Es el juicio y cada uno decide en qué lado estar...

Y algunos años después, estando en otra parroquia, un día tuve un sueño particular, que conté luego a algunas personas: veía como dos trenes parados en la estación, uno al lado del otro; en uno, a la derecha, había algunos pasajeros tranquilamente sentados, esperando que partiera; el otro estaba lleno de gente que reía, gritaban, se peleaban, abandonándose a toda clase de vicios. Los trenes estaban a medio metro de distancia uno del otro, de manera que de uno se podía saltar fácilmente al otro y viceversa. Los que estaban en un tren invitaban a pasar allí a los del otro y lo mismo hacían los otros... Los trenes empiezan a moverse y parten, al

principio lentamente, después la velocidad aumenta y poco a poco se van distanciando: el primero va jadeando por una ligera subida y va a la derecha, el otro va veloz a través de un hermoso paisaje siguiendo una amplia curva que va bajando hacia la izquierda, pero allá va a entrar en una niebla oscura... y en aquella densa niebla, un puente roto, y el tren cae en un abismo profundo, negro. Conté el sueño durante la homilía, como una parábola... pero ¡cuál no fue mi sorpresa, cuando más tarde, en la televisión (entonces la veía) me encontré con una película que en buena parte coincidía con mi sueño! ¿Necesita explicación la parábola?

Llega la hora de la prueba, de la separación abierta: ***“Pueblo mío, sal de Babilonia para no asociarte a sus pecados y no participar en sus castigos. Porque sus pecados se han acumulado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus iniquidades”*** (Apoc. 18,4-5). *“Del centro de la ciudad la gloria del Señor se levantó y fue a detenerse sobre el monte que está a oriente de la ciudad”* (Ez. 11,23).

La Beata Anna Katerina Emmerick, en sus “visiones” cuenta: *“En el lugar al que nos acercábamos, el fuego consumía todo y ví todos los edificios ennegrecidos. Cruzamos un cierto número de lujosos salones y por fin encontramos el Papa. Estaba sentado en la oscuridad y dormía en un enorme sillón. Estaba muy enfermo y débil; de hecho ya no podía caminar. Los eclesiásticos del círculo íntimo miraban de un modo no sincero y sin fervor religioso; no me gustaban. Le hablé al Papa de los obispos que habían de ser nombrados. Le pedí también que no se fuera de Roma; que si lo hacía, habría sido un caos. El pensaba que el maligno era inevitable y que él debía irse, para poder conservar algunas cosas consigo. Era muy propenso a dejar Roma, y los otros le insistían mucho a que se fuera”*. *“La Iglesia se halla en gran pelibro. Debemos pedir para que el Papa no se vaya de Roma, vendrán males innumerables si se va (...) Cuando esté ya próximo el reino del Anticristo, aparecerá una religión falsa que irá contra la unidad de Dios y de su Iglesia. Eso causará el más grande cisma jamás visto en el mundo”*. ¿Quién será ese Papa?

“Ví una fuerte oposición entre dos Papas... y ví cuán funestas habrían sido las consecuencias de aquella falsa Iglesia... La cual se hacía cada vez más grande; herejes de todas clases llegaban a la ciudad de Roma; los clérigos acrecentaban sus propias ganancias, había una gran oscuridad. Ví que la Iglesia de Pedro era minada por el plan de una secta”. Dos Papa en contraposición, una falsa Iglesia...

“Estaba tan angustiada, que llorando imploré misericordia a Jesús. El dijo, entre otras cosas, que el traslado de la Iglesia de un lugar a otro habría parecido la señal de su completa derrota, pero que de nuevo se habría levantado. Que, aunque hubiera quedado un solo católico, habría conquistado todo, porque no está fundada sobre un consejo ni sobre una inteligencia humana”.

San Juan Bosco, en sus “Memorias” dice: *“El Papa tiene en casa quien lo traiciona, pagado con creces por la masonería, que siempre ha intrigado en el Vaticano”*. *“Se vio una multitud con el Pontífice a la cabeza salir del Vaticano. Vino un furioso temporal [tribulaciones y persecuciones]. Al cabo de 200 amaneceres [7 meses] cada uno se dio cuenta de que ya no estaba en Roma... y se recogió en torno al Pontífice”* [fidelidad a Pedro]. ¿Quién será ese Pontífice?

La Beata Ana María Taigi (siglo XIX): *“La religión será perseguida y matarán a los sacerdotes, el Santo Padre se verá obligado a salir de Roma”*. ¿Quién será ese Santo Padre?

María Steiner (siglo XIX): *“Veo que el Señor está azotando y castigando el mundo de una forma tan terrible, que quedarán pocos hombres y mujeres... La Santa Iglesia será perseguida y Roma estará sin pastor”*. ¿Quién será ese Pastor ausente?

San Pío X: *“Ví a uno de mis sucesores pasar sobre los cuerpos de sus hermanos. Hallará refugio en otro lugar, escondiéndose; y después de un breve retiro morirá de una muerte cruel”*. ¿Quién será ese Papa?

Sor Lucía de Fátima cuenta en su Tercera Memoria: «En una ocasión fuimos a la cueva del Cabeço... Después de un poco, Jacinta se levanta y me llama: “¿No ves tantos caminos, tantos senderos y campos llenos de personas que lloran por el hambre y no tienen nada que comer? ¿Y el Santo Padre en una iglesia, delante del Corazón Inmaculado de María, en oración? ¿Y tanta gente en oración con él?” Algunos días después, me preguntó: “¿Puedo decir que he visto al Santo Padre y a toda aquella gente?” “No. ¿No ves que forma parte del secreto, que así lo descubrirían enseguida?” “Está bien, entonces no diré nada”... Al cabo de algún tiempo Jacinta me llama: “¿No has visto al Santo Padre?” “¡No!” “¡No sé como ha sido! He visto al Santo Padre en una casa muy grande, de rodillas delante de una mesa, con la cara entre las manos, llorando. Fuera de la casa había mucha gente, algunos tiraban piedras, otros insultaban y decían muchas palabrotas. ¡Pobre Santo Padre! ¡Hemos de pedir mucho por él!”

¿Quién será ese Santo Padre, “de rodillas”?

Sor Sofía Marie Gabriel (Inglaterra) (“*Visions surnaturelles de la Madone, 1981-1991*”) dice que habría recibido de la Stma. Virgen el contenido del “tercer secreto de Fátima” en tres palabras: “**Dos papas rivales**”, lo que significaría que la Iglesia habría sufrido en la última década del siglo XX una división en dos “facciones rivales”; que “cardenales rebeldes” elegirían otro papa (falso), mientras que el verdadero Pontífice sería forzado al destierro”. ¿Quién será ese verdadero Pontífice y quién el falso? ¿Forzado por quién o por qué cosa?

Las profecías que se podrían citar serían tantas, hechas en tiempos no sospechosos, cuando humanamente no se podían imaginar tales circunstancias. Pienso que está llegando la hora en que los hechos darán evidente respuesta a la insistente pregunta: ¿de cual Papa hablan esas profecías? En el momento en que tendrá que salir de Roma (todavía no ha ocurrido) será claro y oficial el cisma, cual es la verdadera Iglesia y cual es la falsa, quien es el verdadero Papa y quien el falso. Además de todas las palabras y de todos los gestos.

“¡Fuera, fuera, salid de ahí! No toqueis nada de impuro. ¡Salid de ella, purificaos, vosotros los que llevais las cosas sagradas del Señor! **Vosotros no tendréis que salir apurados ni irós como uno que huye, porque delante de vosotros camina el Señor**” (Isaías, 52,11-12). Así que se irán los fieles. “¿Y Dios no hará justicia a sus elegidos que gritan a El día y noche, y les hará esperar mucho? Os digo que les hará justicia rápidamente. Pero el Hijo del hombre, cuando venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?” (Lc 18,7-8).

59 - Exigencia del Amor

“Tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, aunque era de naturaleza divina, no consideró celosamente un tesoro su igualdad con Dios; sino que se despojó a sí mismo, tomando la condición de siervo, semejante a los hombres; apareciendo en forma humana, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por eso Dios lo ha exaltado y le ha dado el nombre por encima de todo nombre; para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y bajo tierra; y toda lengua proclame que Jesucristo es el Señor, a gloria de Dios Padre” (Fil 2,5-11)

“Quienquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío” (Lc 14,33). “El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que la pierda por mí, la hallará” (Mt 16,24-25).

Esta es la exigencia del amor: “perder la propia vida” significa en primer lugar “perderla de vista”, no tenerse en cuenta, y ahí precisamente está lo esencial de la santidad, la esencia del verdadero amor, como sucede entre las Divinas Personas, que no piensan (digamos al modo humano) en Sí mismos, sino Uno en el Otro, cada uno vive para el Otro, para dar la vida al Otro, para vivir en el Otro...

Leemos, al respecto, en los escritos de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta el capítulo del 1º de Noviembre de 1912 (Volumen 12º):

«Estando muy afligida por la privación de mi adorable Jesús, estaba rezando y reparando por todos; en mi extrema amargura pensé en mí y dije: *“¡Piedad, Jesús, de mí; perdona a esta alma! ¿Tu Sangre, tus penas no son también para mí? ¿Valen tal vez menos para mí?”*»

Mientras decía eso, mi amable Jesús desde mio interior me ha dicho: *“Ah, hija mía, ¿qué haces pensando en tí? ¡Tú ahora descienes y de ser dueña te reduces a la mísera condición de pedir! ¡Pobre hija! Con pensar en tí misma te empobreces, porque estando en mi Voluntad tú eres dueña y por tí misma puedes tomar lo que quieras. Si hay algo que hacer en mi Voluntad, lo que hay que hacer es pedir y reparar por los demás”*.

Y yo: *“Dulcísimo Jesús, Tú deseas tanto que quien está en tu Voluntad no piense en sí mismo; ¿y Tú piensas en tí mismo?”* (¡Qué pregunta absurda!)

Y Jesús: *“No, no pienso en Mí. Piensa en sí mismo quien necesita algo. Yo no tengo necesidad de nada; Yo soy la misma santidad, la misma felicidad, la misma inmensidad, altura, profundidad. Nada, nada me falta; mi Ser contiene en Sí todos los bienes posibles e imaginables. Si un pensamiento pudiera ocuparme, sería el del género humano, que habiendo salido de Mí al crearlo, quiero que vuelva a Mí. Y en esa condición pongo a las almas que quieren hacer de verdad mi Voluntad, una sola cosa conmigo. Las hago dueñas de mis bienes, porque en mi Voluntad no hay esclavitud; lo que es mío es de ellas y lo que quiero Yo lo quieren ellas. Así que si uno siente la necesidad de algo, significa que no está perfectamente en mi Voluntad o, en todo caso, tiene bajones, como ahora estás haciendo tú, nada menos. ¿No te parece extraño que quien ha formado una sola cosa, un solo Querer conmigo, me pida perdón, piedad, sangre, penas, mientras que la he hecho dueña junto conmigo? Yo no sé que piedad, o que perdón darle, mientras que le he dado todo; todo lo más debería tener piedad, perdonarme a Mí mismo de alguna falta..., cosa que nunca puede ser. Por lo tanto, te recomiendo, no salgas de mi Voluntad y sigue sin pensar en tí misma, sino a los demás, como has hecho hasta ahora; de lo contrario te empobrecerías y sentirías necesidad de todo”*.

60 - Consecuencias del Amor

Dios es Amor (1ª Jn 4,19) y es también infinita Felicidad y gozo eterno. Pero cuando se ama (en este caso, cuando Dios ama a su criatura, el hombre) ¿cómo es posible no sufrir si la persona amada no corresponde y se hace daño e incluso se vuelve enemiga? ¿Puede un Padre no afligirse por el comportamiento de un hijo ingrato que se revuelve contra él?

Sin embargo Dios en su Naturaleza Divina no puede sentir ese dolor, ¿y entonces...? Pues bien, en previsión del pecado del hombre (con todas las consecuencias) “ha encontrado la solución” para sentir ese dolor: dotarse de una naturaleza creada, su Naturaleza Humana, capaz de sufrir. Y ese sería otro motivo más para su Encarnación.

Eso fue su vida terrena como Redentor. Pero luego, después de su Muerte y Resurrección, su Humanidad es glorificada e impasible, mientras que en la tierra continúan los indecibles motivos de dolor para su Amor, ¿y entonces...?

Pues bien, de nuevo “ha encontrado la solución” para continuar en el tiempo su obra de Redención: recurriendo a su Cuerpo Místico, a sus Mártires, a las almas víctimas y a cuantos se valen de sus propias penas y de su propia Cruz para “ayudarlo”, como otros tantos Cireneos. Lo dice San Pablo: *“completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia”* (Col 1,24).

El Señor lo explica en los Escritos de Luisa Piccarreta, “la Pequeña Hija de la Divina Voluntad”: *“Hija mía, todo lo que ha sido hecho por Mí es eterno, de modo que mi Humanidad no debía de padecer por un tiempo, sino mientras que el mundo sea mundo; y como mi Humanidad en el Cielo ya no es capaz de sufrir, Me sirvo de la humanidad de las*

criaturas, haciendoles participar en mis penas para continuar mi Humanidad en la tierra... Mi Humanidad está en el Cielo, pero también en la tierra en las almas que me aman y sufren. Por eso mi satisfacer es siempre completo, mis penas están siempre en acto, porque las almas que Me aman Me suplen. Por eso, consuelate cuando estás sufriendo, porque recibes el honor de suplirme.” (Vol. 12°, 08-10-1917)

61 - El verdadero Amor

“Entonces se acercó uno de los escribas que les había oído discutir, y, viendo como les había respondido bien, le preguntó: *«¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?»*. Jesús respondió: *«El primero es: Escucha, Israel. El Señor Dios nuestro es el único Señor; amarás por tanto al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente y con toda tu fuerza. Y el segundo es este: Amarás a tu prójimo como a tí mismo. No hay otro mandamiento más importante de estos»*. Entonces el escriba le dijo: *«Has dicho bien, Maestro, y conforme a la verdad que El es único y no hay ninguno más que El; amarlo con todo el corazón, con toda la mente y con toda la fuerza y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y los sacrificios»*. Jesús, viendo que había contestado con sabiduría, le dijo: *«No estás lejos del reino de Dios»*. Y nadie se atrevía ya a interrogarlo.” (Mc 12, 28-34)

Parece extraño que el amor sea un mandamiento: ¿como se explica? El amor es el vínculo natural, vital, que une por ejemplo a una madre con su hijito. No hace falta aprenderlo ni ordenarlo. Está en la naturaleza misma de las cosas que un padre verdadero, al engendrar a su hijo, engendre al mismo tiempo el amor, por lo que ambos sienten este vínculo, este pertenecerse mutuamente.

“En el amor no hay temor, por el contrario el amor perfecto quita todo temor, porque el temor supone un castigo y quien teme no es perfecto en el amor” (1ª Jn 4,18). Mientras que la reacción de Adán ante Dios fue: *“He oído tus pasos en el jardín: he sentido miedo, porque estoy desnudo, y me he escondido” (Gén 3,10)*. Se había roto el vínculo del amor, el vínculo que le hacía sentirse hijo amado. Antes de haber vuelto tibio, en él se había enfriado el amor y por eso fue fácil para él desobedecer. Ya no se sentía hijo, es más, vio a Dios –según el engaño del demonio– como un extraño, como un obstáculo para realizarse. Tuvo miedo de Dios, como si Dios fuera un peligro y pudiera hacerle mal... Eso no es el santo temor de Dios, que es tener conciencia de Quién es El y qué cosa somos nosotros, conciencia de su Majestad infinita, de su derecho, de nuestra total pertenencia a El y dependencia de El. Todo pecado nace siempre de un amor que se ha enfriado, de un amor que ha faltado, se convierte en un amor negado, es un vínculo roto, un puente roto, y se convierte en dolor.

Lo explica el Señor en los Escritos de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta:

“...¿Quieres tú saber por qué ADÁN pecó? Porque se olvidó de que Yo lo amaba y se olvidó de amarme. Eso fue el punto de partida de su culpa. Si hubiera pensado que Yo lo amaba tanto y que él tenía el deber de amarme, nunca se habría decidido a desobedecerme, de forma que primero cesó el amor y luego empezó el pecado. Y al dejar de amar a su Dios cesó el verdadero amor a sí mismo; sus mismos miembros y facultades se le rebelaron; perdió el dominio, el orden, y se llenó de miedo. No sólo eso, sino que cesó el verdadero amor hacia las demás criaturas, mientras que Yo lo había creado con el mismo amor que reina entre las Divinas Personas, que uno debía de ser la imagen del otro, la felicidad, la alegría y la vida del otro. Por eso, cuando vine a la tierra, la cosa a la que dí mayor importancia fue que se amaran uno a otro como eran amados por Mí, para darles mi primer amor, para que viviera en la tierra el Amor de la Stma. Trinidad...” (Vol. 16°, 06-09-1923).

Por eso Dios ha tenido que presentarlo en forma de mandamiento. En el paraíso terrenal, antes del pecado, no había mandamientos, no hacían falta. Ni siquiera el primero. El amor del hombre a su Creador, el amor de Adán al Padre divino era su vida. Como lo es la respiración:

“me amas – te amo”, continuamente. El Señor quiere llevarnos a aquel estado en el que Adán fue creado.

Por eso en la última Cena dijo: *“El que acoge mis mandamientos y los observa, me ama. El que me ama será amado por mi Padre y también Yo lo amaré y me manifestaré a él... Si uno me ama, observará mi palabra y mi Padre lo amará y Nosotros vendremos a él y viviremos en él. El que no me ama no observa mis palabras”* (Jn 14,21-24). *“Si observais mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como Yo he observado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor”* (Jn 15,10). *“Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros, como Yo os he amado. Nadie tiene un amor más grande que este: dar la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si haceis lo que Yo os mando”* (Jn 15,12-14).

En esto consiste el amor, en hacer la Voluntad de Dios. No es necesario sentirlo, sino hacerselo sentir a El. Sin duda, cuando amamos es normal sentirlo sensiblemente, pero eso es sólo una consecuencia. Sentir no depende de nosotros; de nosotros depende el querer. Por eso es nuestra intención lo que determina y da el verdadero valor a lo que hacemos. Para saber si amamos debemos preguntarnos: *¿por qué hago esto?* O mejor aún: *¿por quién lo hago?* Como Jesús, que viniendo al mundo ha dicho: *“...Héme aquí, que vengo –porque de Mí está escrito en el volumen del libro– para hacer, oh Dios, tu voluntad”* (Heb 10,7). *“Vengo para hacer tu Voluntad”*: eso es su Amor de Hijo.

Eso es lo que nosotros debemos hacer. Diciéndole al Señor: quiero hacer todo según tu Voluntad, quiero hacer *mía* tu Voluntad, quiero hacerla *por Tí, contigo, como Tú, en Tí*. Por Tí la hago, para agradarte, para darte gloria. Pero yo solo no soy capaz, no puedo hacer nada, por tanto contigo quiero hacerla. Más aún, en Tí, en tu Corazón, con tu mismo Querer Divino en el que cada cosa se hace infinita, eterna, divina, digna de Tí, ¡TUYA!

A su Amor le debemos todo; por eso le debemos corresponder con todo nuestro amor: *“En esto consiste el amor: no hemos sido nosotros los que amamos a Dios, Sino es El quien nos ha amado a nosotros y ha mandado a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados”*. (1ª Jn 4,10).

62 - En comunión

Decir que “Dios es Amor” es como decir que “Dios es Comunión”: *“El Padre y Yo somos una sola cosa”* (Jn 10,13) *“Creedme: Yo soy en el Padre y el Padre es en Mí”* (Jn 14,11) *“Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío”* (Jn 17,10). Por eso las Tres Divinas Personas son inseparables: un solo Ser, una sola Voluntad, una sola Vida. En Ellas está la verdadera “comunión de los Santos”, en la cual nos llaman a tomar parte, porque hemos sido creados *a imagen* de Dios, para que vivamos *a semejanza* suya, en comunión con El y entre nosotros:

“No pido sólo por estos, sino también por aquellos que por su palabra crearán en Mí; para que todos sean una sola cosa. Como Tú, Padre, eres en Mí y Yo en Tí, que también ellos sean en Nosotros una cosa sola, para que el mundo crea que Tú me has mandado. Y la gloria que Tú me has dado, Yo se la he dado a ellos, para que sean como Nosotros una cosa sola. Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean perfectos en la unidad y el mundo sepa que Tú me has mandado y los has amado como me has amado a Mí. Padre, quiero que también estos que me has dado estén conmigo donde estoy Yo, para que contemplen mi gloria, que me has dado, pues me has amado desde antes de la creación del mundo” (Jn 17, 20-24).

Esta dimensión comunitaria del hombre es parte esencial de su vida: todo lo que somos se nos da por medio de los demás (por ejemplo, Dios nos ha dado la existencia por medio de nuestros padres), y todo lo que el hombre hace tiene siempre consecuencias para él y para los demás.

Estas múltiples relaciones de interdependencia y de recíproca pertenencia que Dios ha querido establecer con nosotros y entre nosotros, regulan también toda la obra de la Creación. No es casual que el Universo significa “hacia el Uno”.

Nuestro comportamiento tiene necesariamente repercusión en los demás, empezando por el pecado “personal” de Adán: ¡con consecuencias catastróficas para toda su descendencia, para toda la humanidad y para la entera obra de la Creación! *“La Creación espera con impaciencia la revelación de los hijos de Dios; pues ha sido sometida a la caducidad –no por un querer suyo, sino por la voluntad de aquel que la ha sometido– y nutre la esperanza de ser también ella liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues bien sabemos que toda la Creación gime y sufre hasta ahora en los dolores del parto del parto”* (Rom 8,19-22).

El pecado del hombre incluso ha condicionado el modo de realizarse el eterno Proyecto de Dios: *“¿Quién puede decirte, hija mía, todo el mal que puede hacer una criatura cuando llega a separarse de la Voluntad de su Creador? Ves, fue suficiente un acto de sustraerse el primer hombre de nuestra Voluntad Divina, que llegó a cambiar la suerte de las generaciones humanas, y no sólo eso, sino hasta la misma suerte de nuestra Divina Voluntad (...). Yo tenía que venir a encontrar al hombre feliz, santo y con la plenitud de los bienes con que lo había creado. Por el contrario cambió nuestra suerte, porque quiso hacer su voluntad, y como estaba decretado que Yo debía bajar a la tierra –y cuando la Divinidad decreta no hay quien la cambie–, cambié sólo el modo y el aspecto, pero bajé de forma humildísima, pobre, sin nada de gloria, con sufrimiento, llorando y cargado con todas las miserias y penas del hombre. (...) Si el hombre no hubiese pecado, si no se hubiera sustraído de mi Divina Voluntad, Yo habría venido a la tierra, ¿pero sabes cómo? Lleno de majestad, como cuando resucité de la muerte...”* (Vol. 25º, 31-03-1929).

El pecado tiene siempre malas consecuencias y repercute en tantas otras criaturas *“hasta la tercera y la cuarta generación, para aquellos que me odian –dice el Señor–, pero nuestro mi favor hasta mil generaciones, para aquellos que me aman y observan mis mandamientos.”* (cfr. Exodo 20, 5-6)

Lo mismo se puede decir de los pecados “de omisión”, el no hacer la Voluntad de Dios en lo que nos pide que hagamos: por ejemplo, pensemos que vacío habría habido en la Iglesia, después de ocho siglos, si San Francisco de Asís hubiera hecho como aquel “joven rico” del Evangelio, si no hubiera correspondido a su vocación. ¡Cuántas almas no se habrían santificado, es más, cuántas se habrían perdido, y cuánta gloria y felicidad de menos habría habido en el Cielo!

Si alguien “contamina el ambiente”, aunque los demás no hayan contaminado, todos sufren el daño, y lo mismo si alguien lo purifica: el beneficio es para todos. Nuestras acciones (aun las más personales y secretas) tienen siempre consecuencias buenas o malas para nosotros y para otras muchas personas, porque Dios nos ha creado con una dimensión personal y además con una dimensión “social”, es decir, dependiendo unos de otros. Por eso, al amor total que le debemos a Dios se une el amor al prójimo, como prueba del amor a Dios.

En cuanto criaturas somos miembros de un mismo cuerpo que es la Creación; *en cuanto hombres* somos miembros de un mismo cuerpo que es la humanidad; y *en cuanto hijos de Dios* somos miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Por eso, en estos tres “niveles” –evitemos confundirlos– todo lo que hacemos de bien o de mal tiene consecuencias para todo el cuerpo, así como Dios nos da todo por medio de los demás, tanto en las cosas materiales como en las cosas espirituales (por ejemplo, las gracias que Dios nos da, alguien las ha alcanzado para nosotros, así como nosotros debemos obtenerlas para otros).

63 - La amistad y el compartir

Hijos de Dios si estamos unidos al Hijo, Jesucristo, y sólo así hermanos entre nosotros: *“A los que lo han acogido, ha dado poder ser hijos de Dios: a los que creen en su nombre”* (Jn 1,12).

Se dice: los hermanos me los da Dios, los amigos me los procuro yo. La así llamada hermandad humana, sin ser verdaderos hijos del verdadero Dios, es una utopía imposible: *“En esto se distinguen los hijos de Dios de los hijos del diablo: el que no practica la justicia no es de Dios, ni lo es el que no ama a su hermano. Porque este es el mensaje que habeis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros. No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, mientras que las de su hermano eran justas”* (1ª Jn 3,10-12). No como Caín, sino “como Yo os he amado”, dice el Señor (Jn 15,12).

¿Quién es el amigo? Aquel con el que se comparten los valores espirituales (las cosas que ambos consideran un valor): *“Vosotros sois mis amigos, si haceis lo que Yo os mando. Ya no os llamo siervos, sino amigos, porque todo lo que he oído del Padre os lo he dado a conocer”* (Jn 15,14-15).

Compartir cosas materiales debería suponer compartir valores espirituales. El asistencialismo sin hacer referencia a Dios, la simple “filantropía” deja todo igual, no calienta los corazones, sino que llega a enfriarlos y endurecerlos. Faltando un verdadero compartir espiritual, la asistencia o la ayuda material que se da puede ser algo que en definitiva es un episodio aislado –se ha de hacer sólo por amor a Nuestro Señor–, pero no resuelve la verdadera necesidad del prójimo ni de nosotros mismos, la necesidad del corazón, porque el verdadero don es el de nosotros mismos: *“nadie tiene un amor más grande que este: dar la vida por los amigos”* (Jn 15,13).

Y con estas palabras el Señor me dice que, si yo doy mi vida por aquellos que amo, hago, sin duda, algo grande, pero... no resuelvo su verdadera necesidad: hace falta que dé, con mayor razón, Aquel que es “la Vida”, Jesucristo. ¡Entonces sí que hago lo más grande! Y nadie da lo que no tiene. Necesitamos tener en nosotros Aquel que es la Vida para poder comunicarla.

De nosotros nadie tiene necesidad; todos tenemos necesidad del Señor. Y sin embargo El ha querido tener necesidad de nosotros para llegar a los demás. Por eso hemos de decir: *“Señor, que quien me mire Te vea, quien me escuche Te oiga, quien me busque Te encuentre”*. *“El ha de crecer, y yo disminuir”* (Jn 3,30). ¡En nuestra vida es donde hemos de ofrecer la Suya!

Y *“esta es la Vida: que Te conozcan a Tí, oh Padre, el único verdadero Dios, Y a Aquel que Tú has mandado, a tu Hijo Jesucristo”* (Jn 17,3). Por eso, nunca se puede dar una verdadera ayuda o asistencia material sin que, a la vez, sea de alguna forma evangelización. De la cual, como de cada cosa que hacemos, el Señor quiere ser el Protagonista, si nosotros se lo permitimos.

“Dar la Vida por los amigos”. *“Si cuando eramos enemigos hemos sido reconciliados con Dios por medio de la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados mediante su vida”* (Rom 5,10).

64 - “¿Qué cosa es la Verdad?” (un artículo de Don Dino, de Bari)

¡Qué hipócrita es esta humanidad de la que formamos parte y cuánto estamos metidos en un clima de hipocresía y falsedad! El evangelista San Juan lo pone de relieve continuamente en su Evangelio, pero sólo el Viernes Santo se ve claro, cuando escuchamos el diálogo entre Jesús y Pilato: *“¿Qué cosa es la verdad?”*, le dice a Jesús el Gobernador...

Estas palabras en su boca no son una pregunta; es la confesión de lo que con refinado decir podríamos llamar “desistencia”; era como decir: desde hace mucho tiempo –dice Pilato– he renunciado a buscar la verdad. En efecto, para moverse en la vida hace falta contentarse con algo menos. Por ejemplo, con razonables compromisos. Si tú, Jesús de Nazareth, estuvieras dispuesto a un razonable compromiso llegaríamos en seguida a un acuerdo; si te obstinas en pretender una cosa grandiosa, como la de afirmar la verdad, de ser incluso el intérprete soberano de la verdad, no te debe extrañar que provoques hostilidad y violencia.

Así es como Pilato (¡y cuántos Pilatos existen en cada institución!) resulta realizador más seguro de la paz social respecto a cuanto no lo sea Jesús. La filosofía de la paz propuesta por Pilato ha hallado ilustre continuación en los ideales laicistas, liberales y tolerantes de las sociedades europeas modernas. Ha sido proclamado como un principio de filosofía política y de amor a la paz esto: hace falta vivir juntos como si Dios no existiera. Al individuo no se le prohíbe, desde luego, que busque a Dios en el secreto de su conciencia. Está prohibido tan sólo dar testimonio público de la propia fe; ¿para qué crear contraposiciones? ¿O aquella antigua, inútil violencia? Toleramos incluso que tú puedas decir públicamente tu convicción, pero atento a añadir enseguida la fórmula mágica: *“esa es mi opinión”, “no pretendo en modo alguno que tú la reconozcas como la verdad”*. En el gran mercado de lo opinable y de lo verosímil, cuando sean propuestas como meras opiniones, incluso tus verdades de fe (o tal vez mejor *“convicciones religiosas”*?) interesan. Pero ante la Verdad que es Jesucristo, hay que decidirse, y deprisa. La cual mira a lograr una conversión, no un arreglo marginal con soluciones de buen sentido que lamentablemente en nuestra vida son reglas.

65 - Ahora se cumple el Juicio

¿En qué consiste el Juicio? En examinar y por tanto separar lo que es verdadero de lo que es falso, lo que es un bien de lo que es un mal, lo que es conforme a la Voluntad de Dios de lo que no lo es. En definitiva es ver si amamos más la Verdad o por el contrario nuestro “yo”. En esto consiste la prueba de la vida.

“Será el Amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí, o será el amor propio llevado hasta el desprecio de Dios” (San Juan Pablo II). ¿Quién es tu Dios?

Al final de la historia, el Juicio final lo hará el Señor y *“no hay nada escondido que no haya de ser revelado, o nada secreto que no tenga que ser manifestado”* (Mt 10,26). Pero por ahora, en cada momento, el Juicio de nuestra vida lo hacemos nosotros mismos en cada decisión nuestra.

Tengamos presente que no existe nada que no tenga una finalidad, un motivo de existir. Todas las cosas hechas por Dios son por motivo de su Amor a nosotros y su finalidad es llevarnos a una plena comunión de Vida y de Amor con El. Por tanto, el valor de todo lo que existe y de todo lo que ocurre lo da la finalidad que se propone el que lo hace. Por eso, *“ya sea que comais, ya sea que bebais o que hagais cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios”* (1ª Cor 10,31).

Así, si la finalidad de lo que hacemos no converge, no sintoniza con la finalidad de Dios, lo que hacemos acaba en pura pérdida. *“El que no está conmigo está contra Mí, y el que no recoge conmigo, desparrama”* (Mt 12,30). Deberíamos preguntarnos siempre en todo lo que hacemos: **¿por qué lo hago?** O mejor dicho: **¿por quién lo hago?**

La vida es como un juego de ping-pong con Dios: El nos envía continuamente “la pelota”, es decir, su Amor en forma de mil cosas, y nosotros debemos devolverla en forma de reconocimiento, de adoración, de gratitud, de amor... El tentador hace todo lo que puede por distraernos, para hacer que miremos para otro lado, y de esa forma llega “la pelota” y no la vemos, se interrumpe el juego, perdemos y el Amor no es amado.

Todo el arte de la vida se podría resumir en esto: **saber recibir todo de Dios y a continuación poner todo en mano a Dios**. Cada cosa, en cada instante. Las situaciones en que me hallo, las cosas que me suceden, las noticias que me llegan, las cosas agradables o desagradables que me hacen..., que Dios no permitiría si no fueran por mi bien, por una finalidad de bien, por un fruto bueno que deberían producir (si sigo “el juego”). Y las permite en la medida que pueden servirme de ayuda, hacerme un bien en vista de la finalidad última.

Si recibo una carta, no importa si el cartero es simpático o antipático: lo importante es el mensaje y Quien me lo envía... Así tantas cosas pueden llegarme a través de causas

secundarias, a través de criaturas, que a menudo no saben de que se trata; pero yo debo reconocer que vienen de Dios. Y que Dios espera mi respuesta. ¡Esa es mi RELACIÓN CON DIOS!

Porque cada uno de nosotros es único ante Dios. Si un padre tiene diez hijos, cada hijo es único para él. Por eso, cada uno de nosotros ha venido al mundo “solo”, y “solo” se irá. Cuando llegue nuestra hora, aunque alrededor tuvieramos a quinientos amigos que nos quieren mucho, nada podrán hacer por nosotros: estaremos solos. O mejor dicho: estaremos solos con Dios. Y si eso es evidente al comienzo y al final de la vida, igualmente es verdad todos los demás días. Al final de la jornada, cuando se baja el telón y se apagan las luces del teatrillo de la vida –porque es un teatro, aquí nada va todavía en serio, en serio será luego–, en este gran teatro vacío quedamos sólo dos: mi Padre del Cielo y yo. Y en ese momento, puedo imaginarlo que, sentado a mi lado, me abraza y me dice: “pues bien, hijo mío, ¿qué hemos hecho hoy de bueno?”...

¿Y todos los demás? No estan. Mejor dicho, son comparsas, son las ocasiones de Dios, son los canales de los que se sirve para hacer que me llegue normalmente su Providencia, sus Noticias, su Amor... y por medio de los cuales desea que yo Le dé mi respuesta de gratitud y de amor. Esa es la tarea y el significado de las criaturas y de mi prójimo.

Mi prójimo... tan prójimo, que desde la eternidad el Padre ha mirado a Jesús y en su Humanidad ha visto toda la humanidad y la entera Creación. Y me ha conocido y me ha amado en cuanto miembro de su Familia, de su Cuerpo Místico, no independiente de la Cabeza y de los demás miembros del Cuerpo.

Porque es cierta la primera *dimensión “personal”* del hombre: que cada uno es único y solo ante Dios (de hecho, si yo como, no es que otro hace la digestión...), pero es también cierta esta segunda dimensión: *la dimensión “social”*, por la cual lo que soy yo me llega casi todo por medio de otros, y lo que hago tiene consecuencias en el bien o en el mal para los otros. Mi relación con Dios tiene estas dos dimensiones: de ella forma parte mi prójimo e incluso todo el resto de la Creación.

Entre **el Cuerpo físico**, “personal” de Cristo y **su Cuerpo “místico”** (su Iglesia) hay un profundo vínculo, una interdependencia, por la cual todo lo que sucede a nosotros y lo que hacemos repercute en El, y viceversa. Ese es el por qué de su Pasión, así como de la Eucaristía. El Padre ha mirado a Jesús y nos ha visto a todos, a cada uno de nosotros. Ahora, mirandonos a nosotros, quiere ver a su Unico Hijo, Jesús. Y en nosotros quiere encontrar a Jesús junto con todo su Cuerpo Místico e incluso con todas las criaturas: ¡en nosotros! Quiere que nos hagamos responsables de todos y de todo, que abracemos todo y a todos, que con Jesús y como Jesús demos al Padre la respuesta de amor de todos y de todo. ¡A esta RELACIÓN CON ÉL nos llama!

Por eso, desde el principio del día, el Padre me está esperando con tanto amor; he de presentarme a El revestido de su Hijo, junto con Jesús, para que me reconozca: “*Héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu Voluntad*”, y además de mi respuesta personal desea que le presente todos los homenajes de adoración, de alabanza y bendición, de agradecimiento y de amor que Le deben todas las criaturas... En mi relación con El deben estar presentes las relaciones de todos los seres creados: “*Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío*”. Es más, como para un hijo, la verdadera herencia no son tanto las cosas de su padre, sino el Padre mismo: “*¡yo soy Tuyo y Tú eres mío!*”

66 - Etica Cristiana

No sólo en el ejercicio de nuestra profesión, sino en todo aspecto de la vida, el contenido del pensamiento determina la escala de valores que explica lo que decimos (“*He creído, por eso he hablado*”, 2ª Cor. 4,13) y por consiguiente nuestras decisiones.

Como es lógico, nuestra fe cristiana –conforme con el “depósito” o patrimonio de Fe que nos ofrece la Iglesia Católica– orienta nuestro modo de ver la vida y por tanto la impostación del obrar en la misma dirección de Ntro. Señor, y nos identificamos más con su pensamiento y con su querer.

Puesto que la vida no nos la hemos dado nosotros, sino que en todo momento, en realidad, se nos da –de nosotros no depende tenerla, sino sólo decidir lo que hacemos–, comprendemos que no venimos “de la casualidad”, “de la materia” o “de la nada”, sino del Creador, de Dios, que no es algo sino Alguien. Así descubrimos su Providencia, Sabiduría y Amor que nos solicita y comprendemos que nuestra plena realización humana y por tanto nuestra felicidad consiste –en lo que de nosotros depende– en dar cumplimiento a su Voluntad, en conocerlo (*“Esto es la vida, conocerte a Tí y a Aquel que Tú has mandado, Jesucristo”*, Jn. 17,2) y en amarlo, porque por justicia el amor exige respuesta de amor. La primera cosa que necesitamos en la vida es saber de dónde venimos y adónde vamos o mejor aún, adónde debemos ir antes todavía de saber de qué manera se ha de ir.

Y en la escala de valores que determina toda ética –el placer, el poseer, el saber, el poder, el bienestar, la paz, la amistad, etc.– por encima de todo está la verdad (de la cual forma parte la justicia). Y como la verdad, antes que ser una cosa es una Persona, Jesucristo, si le preguntamos cual es el valor supremo que explica todo lo demás, nos diría: “la Voluntad del Padre”.

Sobre esta base de nuestra relación con Dios –no sólo como criaturas con el Creador, sino como hijos con el Padre– se apoya y se explica nuestra relación con los demás hombres, con el prójimo, y con todos los seres creados por Dios, por medio de los cuales Dios nos hace llegar su Providencia, sus noticias y su Amor, y por medio de los cuales debemos darle nuestra respuesta: adoración, alabanza y gloria, gratitud y amor. *“Aquel que te ha creado sin tí no te salvará sin tí”*, ha dicho San Agustín, porque el hombre viene de Dios y debe regresar a Dios, pero libre y conscientemente.

Nuestra personal relación con Dios supera y absorbe en sí una simple regla ética de conducta, lo mismo que las señales de carretera no son el fin de sí mismas; tienen sentido en vista de poder llegar a nuestra meta. Hemos venido de Dios y cada uno de nosotros es “único” para El; estaremos solos en el momento de volver a El y entonces ninguna criatura podrá añadirnos ni quitarnos nada. Lo mismo pasa al final de cada día: en el gran teatro vacío baja el telón, se apagan las luces y cada uno de nosotros se queda solo con Dios.

¿Y los demás? ¿Cuál es su papel en nuestra vida? Son las ocasiones de Dios para nosotros y ocasiones nuestras para con Dios. Son nuestras credenciales. *“El que no ama a su hermano que ve, no puede amar a Dios, a quien no ve”* (1ª Jn. 4,20). Porque debemos comprender que, si Dios es nuestro verdadero Sol, nosotros somos como espejitos en los que El quiere ver Su rostro de Luz, formando en nosotros como otros pequeños “Soles” por gracia, una especie de “bilocación” o de “encarnación” suya: *“Brille vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos”* (Mt. 5,16). Esa es la primera caridad para con el prójimo: ponerlo con nuestras buenas obras en contacto con Dios.

Cada acción (o bien cada omisión) tiene consecuencias buenas o malas para nosotros mismos y para nuestro prójimo, y no sabemos hasta dónde llegan. Pensemos: si los Santos no hubieran respondido fielmente a la llamada y al amor de Dios, ¡qué vacío enorme de bien y de salvación habría hoy en la Iglesia y en el mundo al cabo de ocho siglos! ¡Qué responsabilidad tenemos en responder a Dios y qué consecuencias para nosotros y para tantos hermanos!

Creo que la deontología propia de cada profesión se puede resumir, a partir de la fe, en **fidelidad** y **responsabilidad**. Y que los elementos prácticos de nuestro obrar, cualquiera que sea la tarea que Dios nos da en la vida y que nosotros escogemos conforme a los “talentos”

recibidos, sean en primer lugar examinar (conocer) cuál sea *la verdad o la falsedad* de cada situación y de cada cosa que hacer, si es justa o no. En segundo lugar determinar bien cuál es nuestra *finalidad* y nuestra verdadera *intención*, que responda al Amor de Dios dando amor a nuestro prójimo. Y por último cuáles sean *los medios que emplear*, diciendole al Señor: “¿Quieres Tú que hagamos ésto? Pues entonces hagámoslo juntos”.

67 - Los libros y el Libro de la Vida (nuestra preparación al Cielo)

«Concedenos sentarnos en tu Gloria, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda» (Mc 10,37).

«Después vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono. Fueron abiertos los libros. Y fue abierto también otro Libro, el de la Vida. Los muertos fueron juzgados conforme a lo que estaba escrito en aquellos libros, cada uno según sus obras. El mar restituyó los muertos que custodiaba y la muerte y las regiones inferiores devolvieron los muertos que custodiaban y cada uno fue juzgado según sus obras. Después la muerte y los lugares inferiores fueron arrojados al lago de fuego. Esa es la segunda muerte, el lago de fuego. Y el que no estaba escrito en el Libro de la Vida fue arrojado al lago de fuego» (Apocalipsis 20, 12-15).

La vida es como un libro, de muchas páginas. Tantas como son los días de nuestra vida, incluso las horas y los minutos. Lo escribimos día tras día, hora tras hora. Al final, la Gloria del Cielo, el grado de felicidad dependerá de cuantos motivos de felicidad y de gloria habremos acumulado en nuestra vida, en las páginas de nuestro libro. Y lo que escribimos en él debe corresponder a lo que está escrito en el libro de Aquel que es la Vida, Jesucristo.

“Motivos de felicidad y de gloria”, de lo contrario será motivos de infelicidad y de vergüenza: nada se improvisa, todo se prepara aquí, en esta vida, momento por momento. El puesto que ocuparemos en el Cielo ha sido ya establecido por el Padre (“*en la Casa de mi Padre hay muchas moradas*”), pero nosotros en esta vida nos lo preparamos y dependerá de los motivos de felicidad y de gloria que habremos acumulado. Hay quien tendrá cien y quien cien mil, y quien, tal vez, salvándose en el último momento, tendrá uno o dos...

Imagino la escena inicial del día: el niño (nuestra alma) se despierta y corre enseguida a su Papá, el Padre Divino, que lo está esperando con tanto amor. Cuando llega, lo abraza, le da un beso y lo sienta sobre una de sus rodillas; a continuación saca un libro grande, maravilloso, “el Libro de la Vida”, mientras que el niño toma su cuadernito, en el que ha de copiar lo que para ese día ya está escrito en el Libro de la Vida... ¿La Vida de quién? ¡De Jesús! Porque El ha vivido en su Vida la vida de cada uno de nosotros, como debía de ser, de un modo perfecto, divino.

“Si tú me lo permites –dice Jesús– Yo quiero ser en tí Actor y Espectador al mismo tiempo”. Entonces, si el niño es inteligente, dice: “Papá, yo no sé escribir, lo hago muy mal, me distraigo y pierdo tanto tiempo, me equivoco con las palabras, y luego mi escritura impresentable, llena de errores, de manchas, de monigotitos..., ¡ayúdame!” ¡Esa es la palabra que el Padre esperaba! Entonces el Papá le dice: “Dame la manita, ponla en la mía”, y así, en un momento, mano en la mano, escriben la página del día... “Papá, qué bonito es lo que Tú has escrito...” –“Hijo mío, «que hemos escrito», porque si tú no me hubieras prestado dócilmente la manita, Yo no habría escrito nada”.

Jesús, el divino Protagonista del Libro de la Vida, nos ha llevado consigo, como cosa suya, a todos nosotros, a todas las criaturas, en cada página de su Vida desde la Encarnación. Ha hablado por nosotros, ha respondido al Padre en nombre propio y en nombre nuestro: “*Héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu Voluntad*”. Pero nosotros no lo sabíamos, estábamos en El como criaturas. Después, en el huerto de los Olivos ha repetido, de nuevo en nombre nuestro: “*Padre, si es posible, aparta de Mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la Tuya*”, y de esa forma nos ha redimido. Era la esencia de nuestra Redención, pero nosotros

todavía no lo sabíamos. Con el Bautismo la Redención ha entrado en nosotros, haciendonos hijos, y Jesús se ofrece a ser el divino Protagonista de cada página de nuestra vida, “si se lo permitimos”. Así lo ha vivido San Pablo, como todos los Santos: *“He sido crucificado con Cristo y ya no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí”* (Gál 2,20). Pero su proyecto, su anhelo es que ahora nosotros vivamos en El conscientemente, tomando parte activa con El en cada página de su Vida, para hacer que así sea nuestra.

68 - ¿Sanación de qué cosa?

“Al regresar de la región de Tiro, Jesús pasó por Sidón, dirigiéndose hacia el mar de Galilea en pleno territorio de la Decápolis. Y le llevaron un sordomudo, rogándole que le impusiera la mano. Y llevándolo aparte lejos de la gente, le puso los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua; mirando al cielo, suspiró y dijo: *«Effetá»*, o sea: *«¡Abrete!»*. Y enseguida se le abrieron los oídos, se le desató el nudo de su lengua y hablaba correctamente. Y les mandó que no lo dijeran a nadie. Pero cuanto más lo recomendaba, más hablaban de ello y, llenos de asombro, decían: *«¡Ha hecho bien cada cosa; hace oír a los sordos y y hace hablar a los mudos!»*.” (Mc 7,31-37)

Esta página del Evangelio presenta una curación milagrosa más, hecha por Jesús, en este caso de un sordomudo. Todas estas sanaciones físicas extraordinarias hechas por el Señor en su vida pública no tenían como fin la simple curación, no fueron definitivas, no evitaron a los beneficiados tener más tarde tal vez alguna otra enfermedad y por último la muerte. Además, parece que casi todos los sanados fueran ciegos, sordos, mudos, parálíticos o leprosos, además de los poseídos por el demonio. Todo lo cual debe avisarnos que toda esa actividad taumatúrgica del Señor contiene un significado bien preciso: llevar de nuevo al hombre a una plena salud, rehacer la imagen divina herida por el pecado, salvarlo: la Redención. Porque todo mal físico del hombre, así como cada desorden en lo creado, es expresión y consecuencia del mal moral, espiritual, del pecado.

De ahí que los verdaderos ciegos, sordos, mudos, parálíticos y leprosos no son tanto los que padecen esos problemas físicos, sino los que los tienen espiritualmente: los ciegos que no ven la realidad como es a la luz de la fe, a la luz de Dios, y ven todo ni más ni menos que como lo ven los animales; los sordos a las voces de la conciencia, que más que no oír, no escuchan la voz de Dios y por eso su corazón se endurece; los mudos que no saben decir una palabra al Señor o del Señor; los parálíticos en el bien, que saben hacer sólo el mal, obras muertas, de ningún valor; los leprosos horriblemente deformados y corrompidos por sus propias pasiones y pecados...

“El hombre ve el externo, la apariencia, pero el Señor mira el corazón, el interior del hombre”. Así quiere que también nosotros veamos. El mundo ve todo al contrario de como es, ve como “en negativo”: lo que es blanco lo ve negro, lo que es negro lo ve blanco, considera mal el bien y bien el mal, una desgracia lo que es por el contrario una gracia de Dios, rechaza lo que Dios le ofrece para hacerlo feliz, mientras busca una satisfacción en lo que lo destruye. Es decir: vive de falsedad, se complace en la mentira. Cree que ama, cuando lo suyo es sólo egoísmo, y buscando siempre su propio “yo” acaba por odiarse él mismo en su desesperación...

Por eso, el Apostol Santiago dice en su carta: *“Considerad perfecta alegría, hermanos míos, cuando sufrís toda clase de pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce la paciencia...”* Y añade: *“El hermano de humilde condición alégrese de su exaltación y el rico de su humillación, porque pasará como flor de hierba. Se levanta el sol con su ardor y seca la hierba y cae su flor, y la belleza de su aspecto desaparece. Así también el rico se marchitará en sus empresas.”*

Esto lo dice en el primer capítulo, como avisando que los ricos y los pobres de los que habla en el capítulo segundo, se deben considerar por lo que en realidad son a los ojos de

Dios. Pero si no vamos más allá del modo como los considera el mundo, entonces los verdaderos miserables y ciegos somos nosotros. Es decir, la Palabra de Dios no hace más que avisarnos que la verdad de las cosas se ve con los ojos sobrenaturales de la Fe, como las ve Dios, como son ante El. Dios nos da la luz y nos da también los ojos, pero de nosotros depende el ver (o sea, la Fe) porque de nuestra voluntad depende abrirlos o cerrarlos. Y ahora nos dice “¡*Effetá!*”, “¡*Abrete!*”

69 - “Estoy a la puerta y llamo”

Entonces Jesús dijo a sus discípulos: “*En aquellos días, despues de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, la luna ya no dará su resplandor, los astros empezarán a caer dal cielo y las potencias de los cielos estarán trastornadas. Entonces verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes con gran poder y gloria. Y El enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, del extremo de la tierra al extremo del cielo. De la higuera comprended esta parábola: cuando sus ramas se vuelven tiernas y brotan las hojas, sabéis que el verano se acerca; así también vosotros, cuando veáis que suceden esas cosas, sabed que El está ya cerca, a las puertas. En verdad os digo: no pasará esta generación antes de que todas esas cosas hayan ocurrido. Pasarán el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán. Y en cuanto a ese día o a esa hora, nadie los conoce, ni los ángeles en el cielo, y ni siquiera el Hijo, sino sólo el Padre.*” (Mc 13,24-32).

En los últimos domingos del Tiempo ordinario, que culmina en la Fiesta de Cristo Rey, a la que sigue el Tiempo del Adviento, la mirada de la Iglesia se dirige, como es lógico, a la promesa del Señor, a su venida gloriosa. En realidad todo el Evangelio mira a esa meta de la historia. Como dice San Pablo en su carta a Tito, 2,13: vivimos “*en espera que se cumpla la dichosa esperanza y de la manifestación de la gloria de nuestro gran Dios y salvador Jesucristo*” (y lo decimos cada día en la S. Misa). Su Venida o, mejor dicho, su manifestación gloriosa lleva consigo el cumplimiento de su Reino en la tierra “como en el Cielo”.

Pero la venida de su Reino, que pedimos siempre en el Padrenuestro, encuentra la feroz oposición del reino contrario, el reino del pecado, del demonio, del querer humano que rechaza el Querer Divino. “Reino contra reino”. Y de esa guerra de espíritus procede la “gran tribulación” de la que habla el Señor. La cual resume todos los “signos de los tiempos” anunciados por el Señor para avisarnos del próximo cumplimiento de su Promesa.

El Papa Pío XII dijo en su radiomensaje de Pascua del 1957: “*¡Ven, Jesús, Nuestro Señor! Hay tantos signos de que la hora de tu Venida no está lejos...*”

El Papa Pablo VI en el Angelus del 5.12.1976 dijo: “*Os exhortamos también a buscar en esos signos de los tiempos que parecen preceder a un nuevo Adviento de Cristo entre nosotros (o sea, en la tierra, como anunciado por las profecías). María, la portadora de Cristo, nos puede hacer de maestra*”. Y Juan Pablo II ha invitado a escuchar las enseñanzas de María en este tiempo. María, ella que es la portadora de Cristo, ella que es la estrella que precede la Venida gloriosa de Cristo, ella, cuyo triunfo dará lugar al triunfo de Cristo en la tierra, como ha prometido en Fátima. Y también ha dicho: “*El mundo, al aproximarse el Tercer Milenio, es como un campo listo para la siega*” (de la cizaña, porque va a venir –palabras del Papa– la primavera del Espíritu, la nueva era, la del Amor, la civilización del amor en el nuevo milenio).

«*Cuando veáis suceder estas cosas, sabed que el Reino de Dios está cerca*» (Lc 21,31). Su Reino en la tierra, donde Jesús ha prometido que “beberá el jugo de la vid” –que se beba en la tierra es seguro; que se beba también en el Cielo, todavía no ha sido revelado, y “la Vid” es El–. Atengámonos a la Palabra de Dios, que es clara. También nos invita a observar los signos de los tiempos para poder comprender; pues los impíos no comprenden. Y viceversa: si uno no comprende, puede que sea por ser débil de inteligencia, pero puede ser que sea un “creyente fariseo”, es decir, de hecho un impío.

“Después de dos días nos dará otra vez la Vida y al tercero nos hará levantarnos y nosotros viviremos en Su presencia” (Oseas, 6,2). La Iglesia ha entrado ya en el tercer milenio cristiano. *“Para Dios un día es como mil años”*, dice San Pedro; siempre hay un “tercer día” en que Jesús vuelve a los suyos, de manera que en el tercer milenio nos dará sua Vida, su Divino Querer. En el tercer milenio llevará de nuevo al hombre al ordine primordial de la Creación, a su puesto y al fin por el que lo creó.

“Cuando veais el Arca de la alianza de Yahvé vuestro Dios y a los sacerdotes levitas que la llevan, partid también vosotros de vuestro lugar para seguirla; pero entre vosotros y ella habrá la distancia de unos dos mil codos: no os acerqueis a ella. Así podreis conocer el camino que habeis de seguir, porque no habeis pasado antes por ese camino” (Josué 3,3-4). María es el Arca de la Alianza que nos precede y nos indica el camino para pasar al otro lado del Fin de los tiempos y entrar en el tiempo del cumplimiento del reino de la Divina Voluntad, como en tiempos de Josué la antigua Arca precedió al pueblo de Israel para cruzar prodigiosamente el Jordán y tomar posesión de la tierra prometida.

Dos mil codos no es difícil interpretarlos como dos mil años.

San Lucas cita por entero las palabras del Señor: *“Mientras algunos hablaban del templo y de las hermosas piedras y dones votivos que lo adornaban, dijo: «Vendrán días en los cuales, de todo esto que admirais, no quedará piedra sobre piedra que no sea destruída». Le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo ocurrirá eso y cuál será la señal de que está a punto de cumplirse?». Respondió: «Mirad que nadie os engañe, porque vendrá muchos en mi nombre y dirán: “Yo soy” y “ya ha llegado el tiempo”; no les sigais. Cuando oigais hablar de guerras y revoluciones, no os turbeis; eso ha de suceder primero, pero no es enseguida el fin». Luego dijo: «Se levantará pueblo contra pueblo y reino contra reino. Habrá grandes terremoti y en diversos lugares hambres y pestes; habrá también cosas aterradoras y grandes signos en el cielo. Pero antes de todo eso os prenderán, os perseguirán, os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, os llevarán ante reyes y gobernadores, a causa de mi nombre. Eso os servirá para dar testimonio...»* (etc.) (Lc 21,5-13).

«Habrá signos en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las naciones, en ansia por el fragor del mar y de las olas, mientras los hombres desfallecerán de espanto, a causa de la expectación de lo que ha de ocurrir en el mundo, porque las potencias de los cielos serán trastornadas. Entonces verán al Hijo del hombre viniendo en una nube con gran poder y gloria. Y cuando estas cosas empiecen a ocurrir, erguíos y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación» (Lc 21,25-28).

«Estad bien atentos a que vuestros corazones no se carguen con disipaciones, embriagueces y afanes de la vida y que aquel día non os caiga encima de improviso; como una red caerá sobre todos los habitantes de toda la tierra. Velad y orad en todo momento, para que podais escapar a todas las cosas que han de suceder, y comparecer en pie ante el Hijo del hombre» (Lc 21,34-36).

“Vendrán días en que desearéis ver uno solo de los días del Hijo del hombre, pero no lo veréis. Y cuando os digan: Está allí, o está aquí; no vayais, no les sigais. Porque como el relámpago, fulgurando, resplandece desde un extremo al otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su día. Pero antes es necesario que sufra mucho y sea rechazado por esta generación. Como en los días de Noé, así será en los días del Hijo del hombre: comían, bebían, se casaban y se daban en matrimonio, hasta el día en que Noé entró en el arca y vino el diluvio y los hizo perecer a todos (y nosotros vivimos “en un tiempo peor que el del Diluvio”, ha repetido tantas veces la Stma. Virgen en sus apariciones en Brasil). Como fue también en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, construían; pero el día en que Lot salió de Sodoma cayó fuego y azufre del cielo y los hizo perecer a todos (y nosotros vivimos en el tiempo en que aquella Sodoma es bien poca cosa comparada con la

depravación del mundo actual, y del “humo del demonio que ha entrado en la Iglesia”). Así será en el día en que el Hijo del hombre se revelará” (Lc 17, 22-30).

“El abominio de la desolación en el Lugar Sagrado”, del que habló el profeta Daniel (8,12-14; 9,27; 12,11), con la cesación del Sacrificio cotidiano.

“El misterio de iniquidad ya está en acto, pero es necesario que sea quitado de enmedio lo que hasta ahora lo detiene (sin duda, el Romano Pontífice junto con la Eucaristía y la Stma. Virgen). Sólo entonces será revelado el impío, que el Señor Jesucristo destruirá con el Sople de su boca (el Espíritu Santo) y lo aniquilará al aparecer en su Venida” (2ª Tes. 2,7-8).

“Habrá entonces una gran tribulación, como nunca la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni nunca más la habrá” (Mt 24,21). Eso quiere decir que, puesto que hay un futuro y sigue la vita, aquí no se habla del Fin del mundo.

“Habrá un tiempo de angustia, como nunca lo había habido desde que surgieron las naciones hasta entonces. En aquel tiempo será salvado tu pueblo” (Daniel, 12,1). No puede tratarse de la salvación de la Redención, porque cuando Jesús vino era un tiempo de paz, todo el mundo estaba en paz; no era un tiempo de angustia. Ni puede ser el Fin del mundo, tanto por el contexto de las demás citas, como porque sería absurdo salvar sólo a los últimos hombres de la historia.

“Y si aquellos días no fueran acortados, ningún viviente se salvaría, pero a causa de los elegidos, aquellos días serán acortados” (Mt 24,22). Podrá alguien tal vez evitar la muerte al fin del mundo? ¡Desde luego que no! Por tanto tampoco aquí se habla de Fin del mundo.

“Así Cristo... aparecerá por segunda vez, sin ninguna relación con el pecado, a aquellos que Lo esperan para ser salvados” (Hebreos, 9,27). Dios realiza siempre todos sus proyectos.

“¿Cuándo se cumplirán esas cosas extraordinarias?... Cuando sea eliminado el que disipa las fuerzas del pueblo santo” (Daniel, 12,6). Es decir, cuando el demonio sea encadenado y hecho inofensivo. Daniel preguntó cuándo, y Dios se complació y le reveló todo. ¿Por qué se molestaría con nosotros, cuando indagamos los signos de los tiempos y le decimos: “¡Maranathá, ven, Señor! ¿Cuándo vendrás?” “Cuando empiecen a suceder esas cosas, erguíos y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación” (Lc 21,28). ¿Liberación de quién o de qué? ¡Del maligno! Pero no tendremos que esperar el Fin del mundo para ser liberados. También en Medjugorje la Reina de la Paz dice que el poder de sataná, después de cumplirse los diez “secretos”, cesará. ¿Pues cómo podría el Espíritu Santo obrar, si todavía reinase el demonio, el príncipe del mundo?

“No habreis terminado de recorrer todas las ciudades (del mundo, anunciando el Evangelio), antes de que venga el Hijo del hombre” (Mt 10,23). Es decir, el Señor ha de venir todavía antes de que sea anunciado el Evangelio a todas las gentes. Estas palabras y las siguientes del Evangelio de Mateo describen respectivamente la venida intermedia de Cristo y la última, con una claridad impresionante:

“Entre tanto este evangelio del Reino será anunciado en todo el mundo, a todas las gentes (a todos, sin excluir a nadie) y entonces vendrá el fin” (Mt, 24,14) Notemos que dice “el anuncio del Reino”. Y démonos cuenta de que, hoy todavía, dos tercios de la humanidad no conoce el Evangelio de Cristo. El Fin del mundo no puede llegar antes de que el Reino sea anunciado al mundo entero.

En resumen, ahora es suficiente decir que los signos específicos que preceden la Venida gloriosa del Señor ya se han cumplido o se están cumpliendo ante nuestros ojos.

Y para terminar, ¿por qué dice Jesús que “aquel día o aquella hora nadie los conoce, ni los ángeles en el cielo, y ni siquiera el Hijo, sino sólo el Padre”? Porque no depende sólo de Dios, sino también de nosotros, de nuestro deseo o de nuestra apatía o de nuestras rebeliones, anticipar o retrasar la hora, dentro de ciertos límites fijados por Dios, como dice San Pedro (2ª Pe 3,11-13): “Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo no tendréis que

ser vosotros, en la santidad de la conducta y en la piedad, esperando y apresurando la venida del Día de Dios, en el que los cielos se disolverán y los elementos incendiados se fundirán? Y luego, según su promesa, nosotros esperamos nuevos cielos y una tierra nueva, en los que tendrá estable morada la justicia”.

Así sea, “¡Maranathà, ven, Señor Jesús!” (Apocalipsis 22,20)

70 - Un consejo divino

Nuestra Madre Celestial nos da un consejo precioso, utilísimo sobretodo en este tiempo de confusión y de angustia. Dice a Luisa: *“Hija mía, ven conmigo y encontrarás el camino y a Jesús; es más, quiero enseñarte el secreto para poder estar siempre con Jesús y como vivir siempre contenta y feliz aun en este mundo, es decir, ten fijo en tu interior que sólo Jesús y tú estais en el mundo, y nadie más a quien tengas que agradar, complacer y amar, y sólo de El esperar ser amada y contentada en todo. Estando así Jesús y tú, ya no te hará impresión si estás rodeada de desprecios o alabanzas, de parientes o extraños, de amigos o enemigos. Sólo Jesús será todo tu contento y sólo Jesús te bastará para todo. Hija mía, mientras que no desaparezca del todo del alma todo lo que existe acá abajo, no se puede encontrar verdadero y perpetuo contento”* (4º Volumen, 21-08-1901).

Y Jesús nos dice como dijo a Marta: *«tú te preocupas y te agitas por muchas cosas, pero sólo una cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada»* (Lc 10,41-42).

Un párroco dijo: “Dios me ha dado dos ojos, uno para ver el bien, el otro para ver el mal. El que es para ver el bien lo tengo bien abierto, el otro lo tengo casi cerrado; no para no ver el mal que existe –no puedo ignorarlo–, sino para que no entre en mí”.

Hermanos míos, estemos atentos también a este peligro, bien sabiendo que cuando el enemigo infernal no puede negar, exagera, y cuando no puede frenar, empuja. Cada día aumentan las noticias negativas de cosas que hacen sufrir y turban, pero no sirve de nada saberlas. Es más, saber lleva consigo una responsabilidad. ¿Podemos hacer algo? No digo evitarlas, pero al menos pasar por encima. Y enseguida mirar a Jesús y refugiarnos en El, como hacen los pequeños, como primera cosa: “Jesús, confío en Tí”. Y también a nosotros El nos dice: *“Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura”* (Mt 6,33). Lo que sucede afuera de nosotros no tiene importancia; lo que sucede dentro de nosotros es lo realmente importante.

Hay quien considera necesario o al menos importante saber lo que dicen o hacen los corrompidos o los adversarios de la Fe para hacerles frente. Esta es responsabilidad sólo de quien tiene una autoridad, pero para los pequeños no sirve. Por gracia de Dios nunca me he puesto a leer libros de herejes o de teólogos protestantes o modernistas; me basta conocer la verdadera Doctrina de la Iglesia. Mi formación espiritual y teológica la debo a la Sagrada Escritura y a los Escritos de la “Sierva de Dios” Luisa Piccarreta, para mí es como una segunda madre: quien no los conoce y nunca se ha alimentado con ellos no comprenderá mi afirmación. He leído, desde luego, de otros místicos y santos sus escritos, pero mi ADN espiritual, mi “gran Herencia” está enteramente en el conocimiento de lo que Ntro. Señor ha titulado “Libro de Cielo”.

Esto que digo vale también –con las debidas proporciones– para todo el que quiera cultivar su propia Fe y su propia vida espiritual. Cuando se encuentra con doctrinas corrompidas o comportamientos equivocados –por ejemplo, en la moral o en la liturgia–, entonces el “sentido de la Fe”, como un instinto, lo pone en guardia y le avisa del error. No necesita saber lo que los demás dicen, sino lo que el Señor dice. Por eso El ha dicho: *“Y cuando os entreguen en sus manos, no os preocupeis de como o de que cosa deberéis decir, porque se os sugerirá en aquel momento lo que tendréis que decir: pues no seréis vosotros los que hablan, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla in vosotros”* (Mt 10,19-20).

Es mucho más importante y útil mostrar la Verdad que nos alimenta y nos hace libres, mirar lo que es positivo, que no el detenemos más de lo indispensable en lo que es negativo. Un poco de paciencia, no perdamos el tiempo, no perdamos la paz por cosas que no dependen de nosotros y que no podemos impedir. Pidamos más bien para obtener las gracias necesarias para nuestros hermanos. *«Es inevitable que haya escándalos, pero ¡ay del hombre por culpa del cual sucede el escándalo!»*, dice el Señor (Mt 18,7), y a nosotros añade: *«Déja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete y anuncia EL REINO DE DIOS»* (Lc 9,60).

Y cuando San Pablo dice que *“nosotros, los vivos, los supervivientes, seremos raptados junto con ellos entre las nubes, para ir al encuentro del Señor en los aires, y así estaremos siempre con el Señor”* (1ª Tes 4,17), creo que se puede entender, ante todo, que nuestra mente, nuestra atención, nuestra sensibilidad debemos tenerla a diez mil metros por lo menos por encima de las noticias malas e impresionantes, de todo lo que es negativo y falso de la tierra, para no ser contaminados y perder la paz...

Luisa escribe en el vol. 10º, el 24 de Marzo de 1911: *«Continuando mi habitual estado, mi siempre amable Jesús ha venido y, pidiendole yo por ciertas necesidades de la Iglesia y por un cierto B., que ha publicado libros de infierno, me ha dicho: “Hija mía, no ha hecho sino arrojarse aún más en el fango. Una mente de sano criterio verá enseguida cuánto es cretino y como Yo lo he cegado, no poniendo ninguna verdadera fuerza de razón en lo que afirma. No quiero que los sacerdotes se preocupen de leerlo, haciendose demasiado despreciables si lo hacen; rebajarían su dignidad, como si quisieran hacer caso al disparate de un niño, porque así le darían espacio a hacer otras necesidades, pero no ocupandose y no haciendole caso, le darán al menos el dolor de que nadie pone atención a lo que hace y que nadie lo aprecia. Responderán con las obras dignas de su ministerio: esa es la más bella respuesta. Ay, a ese le sucederá que caerá en la trampa que preparaba para los demás”.*»

71 - Carta de Amor del Padre Divino

Hijo mío, tal vez tú todavía no me conoces (→Jn 3,1), pero Yo sé todo de tí, sé cuando te sientas y cuando te levantas; Yo conozco todas tus costumbres (→Sal 138,1-3); conozco incluso el número de los cabellos de tu cabeza (→Mt 10,30), porque has sido creado por Mí a imagen mía (→Gén 1,27). En Mí tú vives, te mueves y existes, porque tú eres de mi familia (→Hechos 17,28). Yo te conozco desde antes de que tú fueras concebido (→Ger 1,4-5), te he elegido desde antes de la creación del mundo (→Ef 1,11-12). Tú no has sido un error, porque todos tus días han sido escritos en mi Libro (→Sal 138,15-16). Yo he establecido el momento preciso de tu nacimiento (→Hechos 17,26). Yo te he formado en el seno de tu madre, te he hecho como un prodigio, de un modo estupendo y maravilloso (→Sal 138,13-14) y he tenido cuidado de tí desde el día que naciste (→Sal 70,6).

Me han presentado mal aquellos que no me conocen (→Jn 8,41-44); eso me ha indignado, pero soy también todo Amor (→1ª Jn 4,16) y mi deseo es sólo amarte, porque tú eres mi hijo y Yo soy tu Padre (→1ª Jn 3,1). Yo puedo ofrecerte mucho más de todo lo que un padre terreno pueda hacer (→Mt 7,11), porque Yo soy el Padre perfecto (→Mt 5,48). Todo buen regalo que recibes procede de Mí (→Santiago 1,17), porque Yo soy Aquel que se ocupa de cada necesidad tuya (→Mt 6, 31-33), porque te amo con amor eterno (→Ger 31,3). Mis pensamientos por tí son innumerables como la arena del mar (→Sal 138, 17-18) y me alegro por tí con gritos de gozo (→Sal 39,17).

Nunca dejaré de hacerte el bien (→Ger 32,40). Tú me perteneces, eres mi tesoro (→Es 19,5). Yo deseo hacerte el bien con todo mi Corazón y con todo mi Espíritu (→Ger 32,41) y quiero mostrarte cosas grandes y maravillosas (→Ger 33,3). Si me buscas con todo el corazón, me hallarás (→Dt 4,29). Busca tu gloria en Mí y escucharé los deseos de tu corazón (→Fil 2,13), porque soy Yo quien provoca tus deseos, el querer y el obrar (→Ef 3,20).

Yo puedo hacer por tí mucho más de todo lo que tú puedas pedir o imaginar (→2ª Tes 2,16-17), porque Yo soy tu más grande consolador y defensor (→2ª Cor 1,3-4), soy el Padre que corre a tí todas las veces que estás en dificultad. Yo te escucho y te salvo de todas tus angustias cuando tienes herido tu corazón (→Sal 33,18). Como un pastor cuida de su corderito, Yo te llevo en mi regazo, junto a mi Corazón (→Is 40,11). Un día Yo enjugaré cada lágrima de tu rostro y cancelaré en la tierra toda tribulación que has sufrido hasta ahora (→Apoc 21,3-4).

Yo soy tu Padre y te amo como amo a mi Hijo Jesús (→Jn 17,23), porque en El te he revelado mi amor por tí (→Jn 17,26). El es la perfecta imagen de como soy Yo (→Hebr 1,3). El ha venido para demostrarte que estoy de tu parte, no contra tí (→Rom 8,31), y para decirte que no estoy contando tus pecados. Jesús ha muerto, para reconciliarnos tú y Yo (→2ª Cor 5,18-19). Su muerte ha sido la prueba más grande de mi amor por tí (→1ª Gv 4,10): he dado todo lo que tenía para poder tener tu amor (→Rom 8,32). Si recibes el don de mi Hijo Jesús, lo recibes en Mí (→1ª Jn 2,23) y nada podrá jamás separarte de mi amor eterno (→Rom 8,38-39).

Vuelve a mi casa y haré la fiesta más grande que jamás hayas visto (→Lc 15,7).

Yo he sido siempre tu Padre y seré siempre tu Padre (→Ef 3,14-15). Mi pregunta es: ¿quieres tú ser mi Hijo? Repito: ¿quieres ser mio Hijo? (→Jn 1,12-13)

Te estoy esperando con amor (→Lc 15,11-32).

Firmado:

tu Papá, Dios Omnipotente



*Vosotros ya sabéis en qué momento vivimos,
que ya es tiempo de despertarnos,
porque nuestra salvación ahora
está más cerca que cuando creímos.
La noche ya va muy avanzada.
Despojémonos de las obras de las tinieblas
y vistámonos con las armas de la Luz”.*

(Romanos, 13,11-12)